

“EL SACO DE CUENCA”
BOINAS ROJAS BAJO MANGANA

MIGUEL ROMERO SAIZ

INTRODUCCIÓN

“...saber que las preguntas fundamentales de la vida jamás serán respondidas, pero que, aún así, podemos y debemos seguir adelante.”

El carlismo es un fenómeno social, iniciado en el siglo XIX, el más convulso de los siglos españoles, y culminado en el siglo XX.

¿Cómo surge?

Durante el gobierno de Fernando VII (1814 – 1833), una vez acabada la guerra de la Independencia, vuelve a imponerse en España un duro absolutismo monárquico a pesar de que las Cortes de Cádiz habían aprobado la Constitución liberal de 1812.

En los momentos finales, el rey, decide derogar la Ley Sálica, por la que no podían gobernar las mujeres y lo hace por medio de la llamada Pragmática Sanción, al no tener descendiente varón y sí, dos hijas, nacidas en su último matrimonio.

Esta decisión de claro corte absolutista provoca la reacción de un importante sector de la nobleza y burguesía española –con apoyo popular- que deciden secundar a Carlos María Isidro, hermano del rey, en su reivindicación legitimista al trono, según establecía la citada Ley y las partidas alfonsinas. Surge así el problema del Carlismo.

Su manifestación vendrá determinada en dos acepciones: por un lado, la bélica, generando un conflicto militar que enfrenta a los propios españoles entre sí por medio de tres guerras carlistas; y la ideológico-parlamentaria, por la que intentarán, en momentos determinados de la historia, conseguir por la vía pacífica el derecho dinástico a la corona española.

¿Cómo se origina?

El desarrollo bélico surge en el primer momento de la aparición del carlismo. Como único medio de luchar contra las decisiones absolutistas de Fernando VII, instauradas después de su muerte y llevadas a cabo por su esposa M^a Cristina de Hausburgo y luego, su hija Isabel II, se produce el levantamiento carlista.

La primera guerra (1833-1840) se inicia con Carlos V (Carlos M^a Isidro) como pretendiente carlista; la segunda –mucho más corta- por su hijo Carlos VI, conde de Montemolín, desarrollada exclusivamente en

Cataluña; y la tercera y última (1872-1876), con Carlos VII, duque de Madrid. En esta se basa el presente trabajo.

¿Cuándo se desarrolla?

Se produce una dramática guerra civil o tres, según la visión del historiador, en la que se enfrentarán los liberales en el poder (Isabelinos o Cristinos) frente a los Carlistas (seguidores de don Carlos). Este conflicto se desarrolla en tres fases y cada una de ellas tendrá, como hemos visto, un pretendiente carlista diferente, en tres momentos cronológicos del mismo siglo XIX y, quizás, con tres conceptualizaciones diferentes del credo ideológico que originase el problema.

Aunque el carlismo fue, en sus inicios, un movimiento popular espoleado por la crisis agraria y por la defensa de las libertades forales – de ahí su fuerte desarrollo en Navarra, Aragón y Cataluña-, va a encontrar en los pequeños propietarios rurales, recelosos ante esas medidas agrarias del gobierno, un apoyo inesperado.

Por eso, ese primitivo concepto de origen choca, si cabe, con el que nos ha ofrecido la historia –el discutible y trivial problema jurídico de la sucesión a la corona española- y permite establecer esas dos concepciones distintas de cómo debía estar organizada la sociedad, enfrentadas en unas guerras civiles sangrientas, que fueron mucho más allá que una simple pelea entre “frailes montaraces y conspiradores de logia”, como algunas caricaturas, de uno y otro lado, pretendían.

En este pequeño trabajo quiero centrar el problema carlista en la tercera de las guerras civiles, en aquella en la que el carlismo se hizo, si cabe más foral, pero que ahondó en el problema católico como bastión de defensa. “Dios, Patria y Rey” fue su lema principal, espoleado con ese “Altar y Trono” que tanta riada de tinta gastó.

Por su carácter rural, el carlismo no pudo conseguir el apoyo de las “clases ilustradas” que veían en el liberalismo un sistema político más apropiado a sus intereses y a su modo de vida. Esto explicará las simpatías aristocráticas que Isabel II primero y luego, Amadeo de Saboya y la República, curiosamente, tuvieron. No estaban dispuestos a cambiar su Madrid por la corte migratoria de don Carlos, -Carlos VII bajo el carlismo-, con sus “patanes” y sus “payos”, en boca de ellos. El carlismo fue de sentimientos antiaristocráticos, más popular que patricio.

Representó, por tanto, un movimiento más de zonas rurales, a excepción de algunos pequeños núcleos urbanos del norte, ya que las grandes ciudades como Pamplona, Zaragoza o Bilbao eran liberales.

Durante el Sexenio Revolucionario, 1868-1874, el carlismo que, empezó su lucha política por medios pacíficos –actuando en las urnas-, volvió a la insurrección, levantando armas contra el gobierno liberal español.

Aún no habían terminado las elecciones senatoriales del 1872, cuando la minoría carlista protesta por los procedimientos fraudulentos empleados por el Gobierno contra la coalición de oposición. Al no

obtener eco alguno la propuesta, don Carlos de Borbón y Austria-Este, el nieto de aquel Carlos María Isidro, iniciador de uno de los conflictos más importantes de nuestra historia contemporánea: el Carlismo; envía una circular a los jefes carlistas ordenando la retirada de la minoría de su partido de las Cortes y se pone en marcha la primera fase de esta tercera insurrección carlista, alzándose las primeras partidas el 21 de abril de 1872. **Daba comienzo, así, la tercera guerra carlista: 1872-1876.**

Fue el comandante en jefe del Ejército carlista en esta tercera de sus guerras, el infante don Carlos Alfonso de Borbón, hermano del pretendiente Carlos VII. La petición de su hermano para que éste tomase las riendas de las operaciones fue una orden asumida, aceptada y compartida, por él y por quien sería su esposa, María de las Nieves de Braganza, la que fue llamada doña Blanca por sus propios soldados.

Durante la primera fase de este conflicto, el desarrollo en Cataluña y el País Vasco marcó el desenlace del mismo. Después, la extensión al Levante español, con Castellón, Valencia y Alicante como centros de operaciones, lo hizo meridional, para llegar al Bajo Aragón en ese amplio deseo de conseguir el dominio legítimo. Fue una guerra de amplia extensión geográfica, de gran seguimiento popular, de grandes acciones militares y de un “Estado Carlista” perfectamente organizado en toda su extensión.

Fue el momento más álgido que tuvo jamás el Carlismo como movimiento dinástico de legítimo derecho al trono en su intento de consecución. La guerra estaba permitiéndole creer en su proyecto con mayor fe y ciego convencimiento, pero las circunstancias internas, la falta de unión y ciertas discrepancias foralistas, llevarían al traste con su objetivo.

Quizás, el enfrentamiento entre aquel general catalán Francisco Savalls, por entonces responsable carlista de Cataluña y el infante Alfonso Carlos, comandante en jefe de todo el Ejército de don Carlos, -ya en esa fase intermedia- obligó a demostrar a éste último, cuál era su verdadero lugar en este “empeño carlista”, arrastrando esa terrible guerra a otras tierras, quizás un poco más “alejadas” de este tercer conflicto, -la Meseta castellana-, sin fueros, sin afanes reivindicativos, sin credos ideológicos, limitadas a una economía casi autárquica, y creyendo que había “buenos y malos” en un enfrentamiento donde el populismo se hizo popular.

La Mancha, con tierras llanas donde el latifundismo daba vida a casi toda la masa campesina, poco tenía que decir; la Sierra -mitad aragonesa y mitad castellana- volcada siempre en su antagonismo, donde el ideal lo daba su sustento -“sacando pan de las piedras”-, ¿qué iba a decir? , y... Cuenca, “la ciudad provinciana de Madrid”, enhiesta en su mundo rural, metida en un protagonismo que no compartía y que no quiso, como prueba de fuego en ese dilema, el creerse o no creerse la Causa, tuvo que ser la que dijo...

A Cuenca le tenía que tocar, ¿y por qué a ella?; quizás, porque Teruel mantuvo la defensa, porque estaba cerca de Madrid y había que imponer temor o porque aquí había católicos –muchos- y en ello tenía el carlismo gran parte de su apoyo. No lo creo.

Pero, fuera por lo que fuera, la historia aquí jugó su mala pasada. En una ciudad, sin vascos, ni navarros, ni catalanes, solamente recogida en su angosto pasado, sin ninguna conciencia foral, ensimismada en su vida cotidiana –demasiado inculta por atraso económico-, libre de aquellas apuestas ideológicas definitivas en otras tierras de España, en las que absolutistas, integristas, apostólicos, moderados o liberales se enzarzaban en la búsqueda de conceptos; aquí, se vivió, demasiado intensamente, la cruel realidad de una guerra.

Mangana se vistió de rojo, sus hoces se cubrieron de boinas, el humo negro de la muerte, invadió la atmósfera del transparente catedralicio, bajó al Huécar, abrió heridas en su muralla, gimió en el Salvador y, por el Júcar, lloró –desconsoladamente- ante San Julián, su Patrón devoto.

Año 1873. Primero, don José Santés, valenciano con credo carlista, hombre de puras ideas, leal a la Causa de don Carlos, perfecto estratega militar, brigadier por derecho y un respetuoso hombre de armas, fue el que dio su primer aviso. Llegó por sorpresa, conquistó la ciudad, tomó sus botines de guerra, demostró cual era su axioma y marchó hacia sus tierras de Chelva.

Año de 1874. Luego, don Alfonso y doña María de las Nieves, trajeron su particular guerra a la meseta castellano-aragonesa: desde Chelva a Cantavieja; desde La Minglanilla a Cañete y desde el Masset a las Hoces.

Por Contreras, Monsaete, Las Majadas y ese Júcar hacia arriba, las tropas del intrépido Santés dejaron huella en dominio y sumisión, abriendo unos meses antes, la puerta de la lucha y la conquista a unos Infantes, -hermanos del pretendiente-, deseosos de mantener viva la llama de un Carlismo militar agonizante, que por Albacete, Teruel y Guadalajara, delinearon, lo que las páginas liberales –alfonsinas y republicanas- llamaron por y para siempre “el Saco de Cuenca”.

Aquí, amigos, hay un relato pormenorizado, que intenta por todos los medios, ser objetivo; un relato en boca de las dos partes, de los dos bandos, de las “dos Españas” enfrentadas en el siglo XIX; de aquellas mentes liberales, aún en “capilla”, frente a las mentes conservadoras; unos, demasiado absolutistas y otros, basculando en ese moderantismo, catolicismo o foralismo, casi siempre contrapuestos.

Es una descripción dramática, tal cual fue, documentado en la historiografía del momento (de uno y otro bando), aquella en la que la subjetividad le enmarca y le define, y también en la que expresa lo sucedido, amparados en el miedo y el temor como bandera.

No hay defensa de ninguna ideología porque no debe de servir de excusa; no hay ningún atisbo de maniqueísmo porque no “ha cuento viene” y sí, descripción, narrada con la sangre como ese esquema que da color a un drama, a una guerra; como todas, sin sentido.

Es una parte de esa última guerra civil, cruenta e inútil, en la que el destino hizo llorar a Cuenca y su provincia. El ¿por qué a Cuenca?, apenas tiene respuesta, pero, en su desarrollo queda la herida abierta; profunda, por todo el derramamiento de sangre; intensa, por el contenido ideológico sin respuesta y, real, por lo que supuso para unas gentes, dos generaciones atrás, que sin entender la razón, enfrentaron españoles contra españoles.

Sin embargo, conquenses militaron y apoyaron a uno y otro bando, así se reflejó en los partes militares de uno y otro ejército; por eso, las referencias a su recuerdo en años posteriores, aludían una y otra vez, al perdón, a la comprensión y a la libertad como medio de pacto social y convivencia.

Quizás, ese ahondamiento en el problema católico como base potenciadora de esta tercer guerra, tuviese la clave justificadora en ese trágico enfrentamiento entre conquenses, ciudad provinciana de fuerte raíz confesional y, no tanto, esa raíz rural y económica que abrió contenidos en el resto del país.

Esta narración está dividida en dos partes: ***La Carlistada en el Centro y La Mancha***, en ese alarde de aportar datos importantes a un desarrollo histórico que inclinó su capacidad de maniobra hacia el interior, obligado por las circunstancias geográficas del propio Carlismo; y ***el Saco de Cuenca***, donde se narra pormenorizadamente, la conquista de la ciudad, por las tropas dirigidas por los infantes don Alfonso de Borbón y doña Blanca, decisión que sirvió para demostrar al gobierno que el movimiento carlista estaba vivo y con fuerza suficiente para haber conseguido su objetivo dinástico, pero que, determinados factores que iremos analizando en su desarrollo, tiraron por la borda todo el efecto triunfal conseguido en el triste saco de Cuenca.

Sin querer entrar en más detalles de todo el conflicto carlista, desarrollado en toda su extensión en el País Vasco, Navarra, Aragón, Levante y, por último, en el Centro de la península, aquí afrontamos una página de esa historia, profunda e intensa, llena de heroísmo, drama, odio, destrucción, lealtad, protagonismo, religión, sufrimiento y sangre.

Entendámosla, pues, en su contenido moral, pero intentando retrasar nuestra conciencia, a una etapa cuyos condicionantes de vida eran totalmente diferentes a los que ahora tenemos. Valoremos la conducta de aquellos protagonistas, unos y otros, bajo el prisma conceptual de una España diferente, abstracta en su ideología social, inmersa en la gran incultura del Antiguo Régimen, de gran desequilibrio económico, católica por tradición y no tanto, por devoción y, así, sin

comparar y con rigor objetivo de tiempos diferentes y conceptos políticos e históricos también diferentes, sepamos entender mejor este drama.

Archivos, biografías, manuscritos, memorias, obras literarias, prensa oficial, partes militares, prensa en el exilio, relatos orales y sobre todo, trato investigativo, exhaustivo y riguroso, han guiado este trabajo personal que aquí expongo para juicio y lectura de los conquenses, y de aquellos que, no siéndolo, quieren conocer a esta bella ciudad y su intenso pasado histórico. Léanlo, sin más.

El autor.

Un día de principios del 2009

ÍNDICE

- INTRODUCCIÓN

- CAPÍTULO I

“La Carlistada en el Centro de la Península. Alfonso Carlos de Borbón y D^a María de las Nieves de Borbón y Braganza desarrollan su actividad bélica en La Mancha castellana”

- 1.- Inicio de la Tercera Guerra Carlista.
- 2.- Desarrollo de la misma en el Centro a consecuencia del enfrentamiento entre el general carlista Savalls y el propio infante don Alfonso Carlos.
- 3.- Creación del Batallón de Zuavos.
- 4.- Actuaciones de los jefes carlistas, Pascual Cucala, José Santés y Casimiro Villalaín.
- 5.- Composición de las tropas del Centro.
- 6.- Acciones del brigadier Calleja.
- 7.- Batalla de Minglanilla.
- 8.- Toma de Cuenca por el brigadier Santés, en 1873.
- 9.- Acciones y movimientos de diferentes partidas por La Mancha castellana.
- 10.- Batalla de Monsaete.
- 11.- Nuevas incursiones por Aragón y Valencia.
- 12.- Fracasado intento de conquistar Teruel.
- 13.- Organización de las tropas carlistas del Centro.

- CAPÍTULO II

“El saco de Cuenca”

- 1.- La ciudad, estructura defensiva y urbanística. Demografía y definición ideológica.
- 2.- Nombramiento de don César Ordax Avecilla como gobernador civil de Cuenca y provincia. Organización de la defensa de la ciudad.
- 3.- Nuevo intento del brigadier Santés por volver a conquistar la ciudad.
- 4.- Nombramiento de don José de la Iglesia como gobernador militar de la ciudad.
- 5.- Reorganización de las fuerzas carlistas de don Alfonso Carlos y establecimiento en la localidad serrana de Cañete.
- 6.- 13 de julio de 1874. Llegada de las tropas carlistas comandadas por los infantes a la puerta de la ciudad de Cuenca.
- 7.- Primeras acciones de conquista y resistencia de los defensores de la ciudad. Número de fuerzas de uno y otro bando.
- 8.- La parte baja de la ciudad cae en manos de las tropas carlistas. Se mantiene defendida la parte vieja. Descripción de los hechos por medio de testigos directos.
- 9.- Narración de Benito Pérez Galdós en sus Episodios Nacionales.
- 10.- Asalto de la ciudad amurallada el 15 de julio. Enfrentamiento mortal en las calles de Cuenca.
- 11.- Narraciones de los diferentes jefes, tanto carlistas como liberales, en el desarrollo de la conquista.
- 12.- Análisis del Sumario Oficial abierto por el gobierno central, a causa de los sucesos que determinaron la entrada a la ciudad por la calle de la Moneda.
- 13.- Descripción detallada del desarrollo bélico del día 15 por las fuentes liberales (Prensa) y narración de la propia doña Blanca en sus Memorias.
- 14.- Relatos pormenorizados de la prensa liberal del momento y comunicados oficiales de los gobernadores militar y civil de la ciudad al Gobierno central.
- 15.- Dudas ante la ayuda esperada y tiempo tardado por parte de las tropas del gobierno dirigidas por el general Soria Santa Cruz.
- 16.- Relación de las bajas habidas en uno y otro bando, por ambas fuentes.
- 17.- Sucesos curiosos entre el Obispo de la ciudad y los infantes carlistas; encuentros de liberales en la catedral; reedición de artículos y episodios por parte del Consistorio y descripción de actuaciones para obtener los recursos tributarios de la ciudad.

- 18.- Actuación de las tropas carlistas durante los días 16, 17 y 18 de julio en su estancia en la ciudad.
- 19.- Preparativos para organizar la comitiva de prisioneros y soldados en su marcha hacia Chelva, su cuartel general.
- 20.- Medidas municipales en la recaudación de tributos; organización de la ciudad una vez marchados los carlistas; entrevistas a víctimas directas de la conquista; narración de testigos directos de los cordones de prisioneros.
- 21.- Encuentro en Salvacañete de las tropas carlistas y prisioneros contra las fuerzas liberales de López Pinto que logra liberarlos.
- 22.- Recorrido geográfico realizado por los prisioneros liberados en su vuelta hacia Cuenca pasando por tierras aragonesas.
- 23.- Reorganización de la ciudad de Cuenca, una vez liberada.
- 24.- Recuperación tributaria y dictámenes municipales para recuperar la hacienda municipal.
- 25.- Celebración de festejos con motivo de la derrota de los carlistas y la vuelta de los prisioneros a la ciudad.
- 27.- Reconocimiento al conquense don José Laso por su brillante actuación en el rescate de los prisioneros.
- 28.- Actuaciones gubernamentales de agravios a militantes carlistas de la provincia de Cuenca.
- 29.- Llegada de los carlistas a Chelva y reorganización de las tropas por parte de los infantes.
- 30.- Nuevo intento de conquista de la ciudad de Teruel por las tropas de don Alfonso Carlos.
- 31.- Reestructuración de las fortificaciones y plazas defensivas por orden gubernamental.
- 32.- Relación de fallecidos durante la conquista de la ciudad de Cuenca, según las fuentes de uno y otro bando.
- 33.- Conmemoraciones y elevación del monolito en honor de las víctimas. Actos religiosos.
- 34.- Crónicas liberales de tal hecho.
- 35.- Coplas y poemas en honor de aquel trágico suceso.

- QUIZÁS LA VERSIÓN MÁS OBJETIVA...
- EPÍLOGO
- A MODO DE DOSIER
- FOTOGRAFÍAS Y DOCUMENTOS
- NOTAS BIBLIOGRÁFICAS
- BIBLIOGRAFÍA
- **ACABOSE**

**I.- LA CARLISTADA EN EL CENTRO
Y LA MANCHA CASTELLANA.**

II.- EL SACO DE CUENCA.

I

La carlistada en el Centro y La Mancha.

“No son las explicaciones lo que nos hace avanzar, sino nuestra voluntad de seguir adelante –decía don Carlos-. ”

La tercera guerra carlista se desarrollaría entre 1872 y 1876. El mismo día señalado por don Carlos de Borbón y Austria-Este –hijo y nieto de reyes carlistas-, para iniciar el alzamiento, se alzan las primeras partidas. El 21 de abril, el general Castells sale de Barcelona con una columna a su mando. Dorregaray se alza en Valencia, Savalls en Gerona y Ferrer en el Maestrazgo. Pero tenía que ser en el País Vasco donde se concentrase la mayor acumulación de efectivos carlistas para proteger la entrada del pretendiente carlista en España. En ese primer intento, van a fallar las guarniciones y los depósitos de armas no están donde debían estar, Pamplona, Bilbao y Vitoria permanecen quietos.

Fulgencio Carasa logra concentrar en Morentín a mil voluntarios; Ollo reúne en Echauri a un centenar de jóvenes; Rada penetra por Vera. En Vizcaya se alzan partidas en Abadiano, Arratia, Marquina, Guernica, Odárroa y Berriatúa. La guerra comienza a crecer.

Poco a poco se va extendiendo por toda la geografía. Aunque se producen numerosos enfrentamientos, conquistas de pequeños centros urbanos, localidades dominadas, la primera gran batalla, en que se enfrentan dos ejércitos se da los días 7, 8 y 9 de noviembre de 1873 en Montejurra. Los carlistas ya copan todo el territorio vasco.

En los países Catalanes, la guerra también seguía su marcha positiva, aunque en menor escala. El coronel Cercós vence en las acciones de Albiol, Alfonso Carlos en Campdevanol y Savalls en la de San Quirico de Besora.

En Valencia, Cucala gana Játiva y Santés entrará en Albacete y en Cuenca –que ya relataremos-.

Es el gran momento de los carlistas. El desarrollo de la guerra le es favorable en todos los frentes. Madrid esté inmerso en esos constantes cambios de gobierno, donde Amadeo de Saboya como rey ha dado paso a la primera República Española, para volver después, a una Restauración monárquica en la figura de Alfonso XII.

El gobierno central no para de mandar refuerzos militares pero no consigue frenar el ímpetu carlista. Sin embargo, todo este entusiasmo de los seguidores del pretendiente se romperá cuando vuelven a tropezar en aquella misma piedra de la primera de las

guerras: el sitio de Bilbao. Allí, donde ya había muerto Zumalacárregui, mueren ahora, los generales Ollo y Rada.(1)

Este fracaso lleva a otra inflexión en el bando carlista. A partir de entonces se dan cuenta que el triunfo de la Causa tradicionalista será más difícil y cada vez más lejano.

El gobierno empieza a utilizar una campaña contra el carlismo en base a alianzas con Francia para evitar que éstos utilicen el territorio francés como plataforma de apoyo; en Cataluña empiezan a producirse altibajos y varios golpes de efecto del gobierno hacen que se tambalee el dominio carlista.

Las disensiones internas empiezan a extenderse por todo el carlismo. Los jefes de partidas guerrilleras actúan cada vez más, por su cuenta; la coordinación territorial de los mandos del “Estado Carlista” creado por don Carlos de Borbón –Carlos VII- va perdiendo poco a poco, cierto contenido. También en Cataluña, donde don Alfonso Carlos, hermano del pretendiente y el general carlista Savalls no se entienden desde hace tiempo. La duda, hace que el propio rey carlista Carlos pierda confianza en su propio hermano. En octubre de 1874 el infante Alfonso Carlos y doña María de las Nieves se retirarán de España, cansados de la indisciplina de algunos jefes y contrariados por la separación de los ejércitos del Centro y Cataluña. Antes, las dos acciones sobre Cuenca marcan la historia de esta tercera guerra. Pasamos a su relato pormenorizado.

La decisión de marchar hacia el Centro de España en el año 1873 –a finales- y, de esta manera, dejar expedito el enfrentamiento entre Savalls y don Alfonso fue decisiva para la evolución de los acontecimientos carlistas.

Sin embargo, aún pasarían bastantes meses hasta tomar esa decisión, tiempo en el que el enfrentamiento entre Savalls, comandante del ejército carlista de Cataluña y el infante don Alfonso llegaría a alcanzar momentos dramáticos, mientras la guerra llegaba a su punto más álgido, combatiéndose a muerte en Cataluña y, un poco después, en tierras de Castellón y Valencia.

Corrían los primeros meses del año de 1873, concretamente el mes de marzo. Hacía un frío inusual aquella primavera como consecuencia de las fuertes y constantes lluvias caídas a lo largo de una semana. El verano pasado había sido demasiado caluroso y eso arrastraba hielos en el invierno siguiente. En los días de enero de aquel año apenas hubo enfrentamientos, pues las fuerzas estaban demasiado cansadas y el frío y la nieve en el Maestrazgo y la Sierra de Requena impedía el desplazamiento y las correrías. Durante bastantes semanas, Don Alfonso y su cuartel general se quedaron estacionados en las tierras de Gerona, muy cerca de Castellón –concretamente entre Oropesa y Morella-, mientras Savalls se mantenía en Tarragona.

Llegó, por tanto, marzo y llegó lluvioso. En ese mes, las tropas carlistas, al mando de don Alfonso decidieron tomar Ripoll, en Cataluña, bastión gubernamental demasiado importante por su posición y por lo que representaba para el bando liberal. Durante dos semanas se debatieron a muerte en la toma de esa localidad y allí, después de un nuevo enfrentamiento dialéctico con Savalls, el infante decidió reunirse en Castellón, con las tropas del coronel don Jerónimo Calcerán donde se encontraba, sirviendo en ellas, su primo Alberto de Borbón. Para don Alfonso fue un encuentro muy sentimental pues, solo conocía al hermano de éste, Francisco de Borbón, el cual también era militar. Ambos eran primos hermanos de él y eran carlistas de convicción, sentimiento y decisión, siendo soldados “muy valientes” –según palabras de doña Blanca- y, juntos

decidirían a partir de ese momento, caminar al lado de su primo, tanto en la guerra en Cataluña como en su marcha más tarde, al Centro de la meseta castellana.

Don Francisco de Borbón y de Castellví, había nacido en 1853 y era hijo del infante don Enrique de Borbón, hermano de don Alfonso y de doña Elena de Castellví, por lo tanto, primo hermano. Después de servir en las filas carlistas, al ser proclamado su otro primo don Alfonso XII, con autorización de Carlos VII salió de las filas carlistas para reconocerlo, con la condición de no combatir nunca a las tropas de la Causa. Ascendió a Teniente General y pretendería, ya en el siglo XX, la corona de Francia utilizando el título de duque de Anjou.

Su hermano Alberto M^a, también llevó una vida paralela, después de estar con los carlistas en la compañía de Zuavos, pasó junto a su primo don Alfonso XII llegando igualmente a la graduación de su hermano. Estuvo con los liberales en Cuba y fue agregado militar en Londres.

En Ribas –Gerona-, don Alfonso Carlos decidió formar una Compañía de Zuavos, objetivo que desde hacía mucho tiempo llevaba en mente. Recordemos que él mismo había servido en este regimiento cuando defendió el Vaticano, en aquella Puerta Pía de desagradable recuerdo. Para él, los zuavos eran fundamentales en su esquema militar, por su disciplina y tenacidad.

Para ello, echó mano de aquellos españoles con los que había compartido instrucción militar en Roma y, como comandante interino colocó al frente del grupo, al heroico teniente coronel don Jerónimo Calcerán. A su lado, como ayudantes, a sus dos primos Alberto y Francisco.

Este gran jefe de zuavos moriría pronto –en la toma de Ripoll- aunque su influencia en la organización del batallón quedaría siempre patente.

Curioso fue, sin duda, el papel que la *Compañía de Zuavos* llevaría a cabo en esta tercera guerra carlista y, sorprendente también, el empeño del propio infante por dar vida a uno de los cuerpos de infantería más exclusivos de aquellos tiempos.

La compañía de *Guías del Infante* era su guardia personal, aquella en la que estaban los soldados más fieles; sin embargo, la compañía de zuavos fue la más decidida en los momentos claves del conflicto. Hasta tal punto, esta Compañía llegaría a ser fundamental en el transcurso de la guerra que, doña Blanca, sería su fiel defensora en todos y cada uno de los momentos en que tuvieron que actuar, incluso en aquella ocasión posterior en el que se les acusaría de cobardes después de la retirada de Gerona. Ella, se sentirá orgullosa de formar parte de este grupo especial en sus valientes acciones, destacando aquella entrada en la ciudad de Cuenca, una vez conquistada –acción de la que hablaremos más adelante-. Tanto los Guías del Infante como la Compañía de Zuavos, recibían sus sueldos de la propia intendencia personal de don Alfonso, sostenida por los dineros que su hermano Carlos le enviaba –cada vez más a cuenta gotas- y, de la aportación personal de su esposa doña María de las Nieves.

Recordemos que la guerra se financiaba, en gran parte, con haciendas particulares, bien de la familia del pretendiente, como de otras familias europeas de corte absolutista. En muchas ocasiones, los compromisos matrimoniales de la familia Borbón, venían condicionados por las dotaciones que aportaban las familias compromisorias. Don Carlos VII recibió gran cantidad de dinero de la dote de su esposa doña Margarita, así como de las cortes de Baviera, Módena y Leichesthein. La escasez en la llegada de estas partidas económicas, así como el desgaste que la larga guerra generó, fueron dos

razones fundamentales por las que, las partidas y los ejércitos carlistas, utilizaban la requisa de dinero o la exigencia del pago de contribuciones en aquellos ayuntamientos afines o en aquellas localidades conquistadas. (2)

Vestían con uniforme gris azulado que se inspiraba bastante en ciertos aires orientales. Pantalones bombachos e inflados hasta la altura de la rodilla, polainas y faja roja apretada a la cintura. Los oficiales se distinguían gracias a un color algo más claro, entre gris y azul claro, y por la boina blanca, la roja estaba reservada a los generales Carlos VII, a su hermano Alfonso Carlos y a su mujer María de las Nieves, aunque ésta utilizase en muchos momentos, la blanca como identificación con su compañía de zuavos a los que adoraba.

Su divisa era también “Dios, Patria y Rey” y sus emblemas guerreros, -de los que hablaremos más adelante al referirnos a su bautizo-, la Inmaculada y el Sagrado Corazón, con la premisa “detente-bala” grabado en el pecho, cerca del corazón.

Creían y estaban convencidos de que *“un lugar sagrado en nuestras casas abre una puerta al cielo, y el cielo penetra.”*

Desde marzo hasta julio, el enfrentamiento constante entre las tropas liberales y carlistas puso a prueba la valentía y decisión de esta compañía donde don Alberto de Borbón se encontraba. Por eso, el 1 de julio de 1873, don Alfonso decidió subir a Suria para que en su iglesia mayor fuera bendecida junto a su bandera, bordada por unas monjitas de Vich, según el modelo que el propio infante les había aportado.

La celebración se inició en la plaza frente a la iglesia de Suria, con un bonito desfile de las tropas allí congregadas. Estaban concentrados unos doscientos soldados bien uniformados, dispuestos a realizar un bello acto militar. Después, se accedió al interior del templo, amplio y elegante. Una nave central que habían engalanado con varias telas alargadas que colgaban de unos soportes en las naves laterales, con el fin de hacerlo más vistoso.

Al fondo, el altar mayor. De un lado, estaba en el centro, el Corazón de Jesús, a derecha e izquierda, las armas de Pío IX y las de España y la inscripción: “Ejército Real. Zuavos Carlistas”. Al otro lado de la bandera, se veía la imagen de la Purísima Concepción con la inscripción: “Dios, Patria y Rey”.

Acabado el acto de entrega, don Alfonso dirigió unas bonitas y breves palabras a sus correligionarios y algunos vecinos de la localidad, allí presentes. Con sus alocuciones, arengaba al patriotismo y sobre todo al valor que ese reciente Batallón de Zuavos debía de tener como emblema, aludiendo a sus años como zuavo pontificio.

Doña María de las Nieves, - la popular doña Blanca para el ejército-, estaba emocionada. Cada acto castrense le generaba unas sensaciones especiales e intensas y sus ojos brillaban con efecto diferente. Era una mujer que vivía con mucho fervor la Causa carlista, enamorada de su esposo y convencida de los derechos dinásticos.

Ella estaba convencida de que “la libertad es sentir lo que el corazón desea, independientemente de la opinión de los otros. El amor libera” y ella estaba profundamente enamorada.

A partir de ese momento, el Batallón de Zuavos se iba a distinguir en cada una de las múltiples acciones que les tocaría intervenir. Don Alfonso, convencido de su lealtad y su disciplina, siempre les destinó a aquellos enfrentamientos o conquistas de mayor dificultad, así como el convencimiento de que serían parte fundamental de su desarrollo como comandante de las tropas en Cataluña y el Centro.

En octubre de 1873, los Zuavos eran ya unos doscientos sesenta hombres, bien uniformados y bien instruidos en las armas. Su jefe era, en aquellos momentos, el comandante Giner, mientras el primo del infante, Alberto de Borbón era el encargado de la Escolta de don Alfonso. A finales de aquel mes, nombró Alfonso un nuevo oficial de Zuavos, concediendo el diploma de alférez de este batallón al barón austriaco don Pío de Lazarini, que había sido sargento de los Zuavos Pontificios, consiguiendo con ello, disponer de un gran instructor para experimentar a la tropa.

Por aquellos años, solamente este oficial austriaco y el teniente Murray, de origen canadiense, eran los únicos jefes extranjeros de que disponían. Sin embargo, como tropa había en este batallón un buen número de holandeses, un belga, varios portugueses y un alemán. Don Alfonso cuidaba mucho la oficialidad de aquel batallón, consciente como era de la importancia y el ejemplo que representaban para todas las fuerzas carlistas.

Tres importantes jefes militares carlistas tendrán un papel fundamental en el desarrollo de los acontecimientos militares de esta tercera guerra –en toda la zona Centro- a partir de finales de 1873 (3). Serán Pascual Cucala y José Santés –ya citados con anterioridad- y el brigadier Ángel Villalaín, hombre cuya influencia en don Alfonso será decisiva en la parte final del conflicto.

El Infante, después del control de la zona catalana y habiendo entrado para su organización en Valencia, decidió nombrar el 11 de septiembre de 1873 a don Pascual Cucala, teniente coronel con antigüedad de 30 de agosto, después que se había destacado en una gloriosa expedición por el reino de Valencia –recordemos que había conseguido conquistar Xátiva-.

Pascual Cucala y Mir había nacido en 1816 y era un propietario agrícola de ideas católicas y carlista de convicción. Ello le llevó a tomar el mando de un grupo de paisanos suyos lanzándose al campo en esa guerra de partidas. Su brillante campaña le llevaría a alcanzar el título de Brigadier a pesar de sus directos enfrentamientos con los comandantes del Ejército de Aragón y de Valencia. Terminada la guerra, marcharía a Francia como la mayoría, donde falleció, dedicado a negocios de compraventa.

Cucala destacó por su habilidad en el conocimiento de la táctica guerrillera y, también, en conseguir voluntarios a la Causa. Si en junio de 1873 disponía de unos ciento cuarenta hombres después del combate de Prats, cuando llegó al Maestrazgo castellano, en julio, disponía de quinientos hombres y treinta caballos.

Pocos días después, atacaba a los Voluntarios de la República de Alcalá de Chisvert –su localidad de origen-, y su ejército superaba los setecientos infantes y los treinta caballos. Todas estas brillantes acciones le hacían valedor dentro del Maestrazgo y de Valencia. (4)

Por otro lado, la figura de José Santés y Murguá, natural de Liria, llegará a ser más determinante en esta segunda etapa de la Guerra, tanto en Levante, Maestrazgo como en el Centro. Había nacido en 1827 y era estudiante cuando decidió enrolarse en las tropas carlistas, en la segunda de las guerras. Formó una partida conocida como “Río Blanco” y luego tomó parte directa en la tercera de las guerras donde iba a ser una de las figuras más importantes y trascendentales de la misma. Al acabar la guerra, emigró a Francia donde, curiosamente, acabaría como vendedor ambulante, falleciendo en la miseria.

Al principio del verano de 1873 nombró Alfonso Carlos al coronel Vallés jefe del Maestrazgo, y al coronel Santés, segundo jefe de la provincia de Valencia. En el mes de agosto, concretamente el día 12 del mismo año, pasó el tal Vallés el río Ebro para

hacerse cargo de su mando; y con él, fueron Pamiés y seiscientos hombres de la provincia de Tarragona. El coronel Santés y Murgui entró en funciones el 24 de agosto de 1873.

Mientras esto iba sucediendo, en Castilla la Nueva se iba a producir un importante levantamiento en ese mismo verano del 1873, dirigido por Ángel Villalaín, posiblemente la figura carlista más importante de todo el Centro. Sin embargo, el brigadier Villalaín que ostentaba en su cuerpo las cicatrices de sesenta heridas, recibidas en defensa de la causa carlista, no mantenía unas excelentes relaciones con algunos de los jefes de la zona catalana a pesar de que él era considerado como uno de los principales por el propio infante Don Alfonso. Esa razón y el hecho de que fuera el encargado de las provincias de Cuenca y Guadalajara, hizo que mantuviera un contacto muy directo con el coronel Santés, compartiendo incluso los mismos propósitos de dominio y lealtad.

Villalaín conocía perfectamente todo el territorio castellano, palmo a palmo. Con sus primeras correrías por La Mancha también le iba a permitir contactar con los cabecillas locales y controlar incluso las partidas, sus movimientos y la requisa de víveres y armas. No tenía más ambición que el triunfo de la Causa, demostrando en cada una de sus acciones, esa caballerosidad que bien define a un militar bien adiestrado. Había venido desde Burgos con treinta caballos y con ese escueto ejército tomaba el mando de Cuenca y Guadalajara, encargo que le había hecho la Junta de Valencia. Sin embargo, era tal su capacidad y su honradez, que el mando aragonés también le encargaría el control de Daroca y Calatayud.

Eran, por tanto, Cucala, como encargado de la zona de Teruel con su capital en Carrión, Santés como segundo jefe de Valencia, quién decidiría establecer su cuartel general en Chelva y, Villalaín, como jefe de las provincias del centro junto a Daroca y Calatayud, los que protagonizarían las más importantes acciones de esta fase de la tercera guerra.

Santés era nombrado el 10 de septiembre de 1873 Brigadier, a pesar de que Carlos VII se resistía a los nombramientos solicitados por su hermano, entendiéndolo que había que esperar mucho más tiempo para comprobar las lealtades y las capacidades de mando de muchos de los jefes de partidas o de compañías sueltas. A partir de ese momento, Santés quedaba como segundo jefe de la provincia de Valencia y ello le iba a generar un constante control de toda aquella provincia y sus limítrofes.

El 4 de octubre, con un importante contingente carlista decide, partiendo de su cuartel general de Chelva, realizar una expedición por toda La Mancha con la intención de recoger contribuciones, efectos de guerra y presionar al gobierno liberal que creía tener perfectamente dominada esta zona del centro de España.

Así lo relataba el propio brigadier:

“Salí, Serenísimo Señor Alfonso Carlos, del Cuartel General de Chelva el 4 de octubre, a las cuatro de la tarde, con el deliberado propósito de realizar la expedición aprovechando el valor de mis soldados, ahora decididos y valientes, y no me equivoqué. He tenido el honor de realizar tal expedición por parte de La Mancha y la provincia de Cuenca. Llevaba conmigo al primer y segundo batallones de Cazadores, las Compañías de Guías y el escuadrón de los Lanceros del Cid.

Después de dominar Chera, llegué a Requena –punto fortificado por el enemigo–, luego a Utiel, Caudete y, después de descansar en Villalgordo del Gabriel, pernoctamos en

Minglanilla, donde recogimos armas y caballos, incorporándose unos 65 voluntarios a la Causa, algunos de Alicante.

El 11 del mismo mes, entré en Iniesta donde hubo buenos resultados en el cobro y la requisita, incorporándose también algunos voluntarios, después fuimos a Tarazona a desarmar a una compañía de Voluntarios de la República, recogiendo sus armas, luego requisamos en Quintanar del Rey para descansar en Villanueva de la Jara, un precioso pueblo con muchos amigos de vuestra Alteza.

El 13 pernocté en la Motilla, pasando por el Peral, el día siguiente estaba en Campillo de Altobuey donde se incorporaron varios voluntarios a mi tropa y entré de improviso en Almodóvar del Pinar el día 15, en donde decidí estar hasta las siete de la noche, a cuya hora proseguí la marcha hacia Cuenca, cuya ciudad me había propuesto sorprender.

Hice alto, mandé que el tesoro y la brigada se situaran, custodiadas por el Requeté, en la próxima aldea de La Melgosa, enviando la avanzada de la caballería a cortar el telégrafo. Seguí avanzando las tropas y cuando llegué a las mismas puertas de la ciudad, me día cuenta que había conseguido sorprenderla.” (5)

Curiosamente la Cuenca que encontró el brigadier Santés en su llegada por sorpresa, tranquila y pacífica como la relata el propio jefe carlista, hacía escasos meses que acababa de evitar un ataque de las fuerzas carlistas dirigidas por D. Isidoro del Castillo. Desde el mes de marzo de este año de 1873, los responsables del gobierno de la ciudad, instaban constantemente al Ministerio de la Guerra a que les enviasen refuerzos para poder defender la ciudad, una vez que eran numerosas noticias de constantes movimientos carlistas por toda la provincia, tanto en la frontera con la zona valenciana como hacia Teruel y el Maestrazgo.

Madrid, sin embargo, no se encontraba en buena disposición de enviar tropas a las constantes demandas de algunas poblaciones. Todo ello, a pesar de la proximidad geográfica entre Madrid y Cuenca y, sobre todo, teniendo en cuenta que la ciudad del Júcar era el bastión que debía de defenderles de los territorios carlistas de Cataluña y Levante, fuertemente consolidados y fortalecidos por el gobierno de Carlos VII.

Las autoridades de Cuenca, conocedoras de las numerosas incursiones carlistas por la provincia, comenzaron a tomar medidas de seguridad y defensa. Varias secciones de la guardia civil, junto a varios grupos de Voluntarios de la Libertad, comenzaron a llevar a cabo los preparativos para asegurar la tranquila y pacífica vida ciudadana.

La organización de este Cuerpo de Voluntarios conquenses comenzó a obtener sus frutos, iniciándose la convocatoria de admisión el 12 de febrero, consiguiendo entrar en el mismo, cuatro en la primera Compañía, veinticuatro en la segunda y diecinueve en la tercera. Luego pasaron a llamarse Voluntarios de la República, constituyendo un batallón que empezaba a acrecentar el número de admitidos: quince entraban en la primera compañía, nueve en la segunda y tres en la tercera, en la siguiente semana a su formación.

Junto a estos voluntarios, un importante grupo de civiles, vecinos de la capital, deciden colaborar en los dispositivos de defensa y quedan armados para una posible intervención. Se les ordena reunirse el 4 de septiembre a las siete de la tarde en la sala del Ayuntamiento. Para ello, desde el gobierno municipal se echó un bando para concentrar a todos los que quisieran formar parte de un grupo de voluntarios en defensa de la ciudad.

Sin embargo, aunque asistieron sesenta y tres vecinos, solamente serán veinte los que acepten la propuesta, mientras que cuarenta y dos no se pronunciarían. De la zona de

Carretería y centro de la ciudad fueron ochenta y tres los allí convocados y de ellos, solamente quince aceptaban.

Como se observa por los datos reflejados en las Actas Municipales, la vecindad de Cuenca era remisa a utilizar las armas en defensa de su integridad, bien por su indeferencia política o bien, por escasa valentía ante la posible superioridad carlista.

La Comisión municipal, mientras, nombraba a don Toribio Piñango Arcas como el encargado de custodiar las llaves municipales de las puertas de la línea de fortificación de toda la ciudad. (6)

Al poco tiempo, llegaban noticias de que unos dos mil trescientos carlistas se encontraban en la zona de Cañete dispuestos a llegar hasta la ciudad. Unos días después, se comunicaba al gobierno municipal de Cuenca que un nutrido grupo de carlistas dirigidos por don Isidoro del Castillo había entrado en la provincia por Guadalajara. En pocos días, por medio de alocuciones escritas –proclamas carlistas- instaba a entrar a formar parte de su ejército por los pueblos conquenses. En poco tiempo, unos doscientos se unían a la Causa, sobre todo de la comarca de Priego.

Decía en su proclama:

“Conquenses, ha sonado la hora del combate.

¡Conquenses a las armas!

Hierva la sangre y el que tenga corazón de hielo y en su pecho no arda el fuego del entusiasmo huya a ocultar su vergüenza como una cobarde mujercilla. Pero no porque corre por vuestras venas la sangre de los García-Alvarez, Albornoz, Mendoza, Alarcón, Carrillo, Iranzo, Acuña, Pozobueno, Cereceda y sabréis repetir las proezas de aquellos héroes que se sacrificaron en aras del patriotismo.

¡A las armas los esforzados hijos de la provincia de Cuenca!

¡A las armas los veteranos de la guerra de Albalate, Reillo y Carboneras, los descendientes de los defensores de Cañete, Beteta y otros fuertes al pie de cuyos muros se estrelló la pujanza del ejército usurpador!

Madres, doncellas y esposas, la revolución os ha insultado, os ha llamado barraganas. Armaos de valor de las Crátidas y Porcias y decid a vuestros padres y hermanos que vayan a por vuestra honra.

¡Carlistas! ¡Viva la religión! ¡Viva la integridad nacional española! ¡Viva Carlos VII! ¡Abajo el liberalismo!” (7)

Cuando Don Isidoro del Castillo entró en la provincia por la comarca alcarreña fue rápidamente alcanzado por las fuerzas reales del cantón de Alcalá de Henares, mientras el destacamento de la Guardia Civil de la capital de Cuenca apoyaba la acción, iniciándose un duro enfrentamiento en la sierra de Buendía y logrando dispersar a las fuerzas carlistas. Recordemos que en aquella comarca, el carlismo había tenido bastante profusión en la primera de las guerras, cuando el cabecilla Astudillo, puso en jaque a todo el gobierno de la reina Isabel, en La Isabela.

Parecía que iba a ver un tiempo de tranquilidad gracias a los recorridos que las tropas del ejército real realizaban por las comarcas de Guadalajara y Tarancón, pero el brigadier Santés tenía muy claro cuales eran sus propósitos.

Desde La Melgosa, Una vez en la Carretería y viendo que la población estaba demasiado tranquila, mandó Santés a dos Compañías de Guías que se colocarán en la salida por la puerta, llamada de Huete una, y por la puerta de Valencia a otra, para cortar

la retirada de la posible tropa de la ciudad. Por otro lado, la caballería se encontraba preparada para el asalto definitivo en el campo de San Francisco.

Entró en la ciudad con su escolta, avanzó hacia la Glorieta y se parapetó en el Hospital de Santiago. En dos horas, la ciudad era prácticamente tomada, pues toda la fuerza que traía entró en acción a la vez, por un lado el teniente coronel José Antonio Rivera, con tres compañías, tomaba las casas del cerrillo de San Roque, al lado del Hospital, y su hermano Simón Santés, con otras dos compañías, subió hacia el castillo y eremitorio de San Cristóbal, tomándolo en poco tiempo, sin apenas derramamiento de sangre, pues las tropas que defendía la ciudad: cien quintos, el cuadro de oficiales de la reserva, veinticuatro guardias civiles, quinientos voluntarios y ocho caballos, fueron progresivamente rindiéndose, siendo los primeros en hacerlo, los que se encontraban en la defensa de la Plaza Mayor y el castillo: cinco oficiales, un teniente coronel, un comandante, varios oficiales y los quintos, que entregaron sus armas y fueron puestos rápidamente a cuidado de las tropas carlistas.

El propio Santés en su comunicado a don Alfonso, relata al detalle el ataque a la ciudad: “Las fuerzas de la Carretería encerraron en el Instituto de Segunda Enseñanza a todos los Voluntarios republicanos y empezaron a escalar el edificio, encontrándome dispuesto a prenderle fuego por sus cuatro lados si en el término de un cuarto de hora no se rendían, lo cual les hice saber.

Enarbolaron, entonces, bandera de parlamento. Mandé cesar el fuego, y abiertas las negociaciones, se concluyó por firmar el acta de capitulación, de que tengo honra de remitir una copia a su Alteza.

Una vez que los soldados defensores de la ciudad fueron rendidos, éstos gritaron ¿Viva el rey legítimo!. Dispuesto estaba a salir de Cuenca, pero no habiendo cumplido los vencidos las condiciones del pacto, pues casi todos los efectos que eran estipulados estaban por entregar, ocupé militarmente la ciudad y permanecí en ella hasta el día 17. Al siguiente día a las doce de la mañana, habíanse recogido sobre setenta caballos de los paisanos, cuatrocientos fusiles y carabinas Minié, abundantes municiones, los trescientos fusiles del pacto, sables, espadas, monturas, cornetas, tambores, cananas, blusas, morrales, vestuarios, mantas, abundancia del almacén de utensilios y Guardia Civil, los fondos del estado procedentes de contribuciones y varios otros efectos de guerra.” (8)

Fue, sin duda, una de las acciones más rápidas y exitosas que habían realizado los carlistas en todo esta tercera guerra. Curiosamente, cuando la ciudad de Cuenca era un baluarte inaccesible por su estratégica posición, sus defensas naturales, sus murallas y una tropa –insuficiente-, pero perfectamente adaptada a su defensa, la sorpresa del ataque, después de haber evitado hacía escasos días, el del coronel Del Castillo, no hacía presagiar pudiera llevarse a cabo con esa facilidad y rapidez. Si a todo esto añadimos que, la proximidad a Madrid debería haberle hecho estar más protegida por las tropas gubernamentales, no era lógico pensar que alguien tan audaz creyese en conseguirlo de esta manera. Santés, demostró su valentía y también su arrojo y, a Madrid le costó creerse el resultado.

Con la misma rapidez con el que las fuerzas carlistas de Santés había entrado en la población, consiguiendo ese éxito fulgurante, varias personas vecinas de la ciudad se unieron a ellos, unos por convicción y otro por temor a las represalias. Entre ellos, dos estudiantes del Instituto de Segunda Enseñanza: Nicolás Redondo Pinedo, natural de Villaescusa de Haro y Eduardo de la Torre Velázquez, de Villamayor de Santiago,

estudiantes que residían en la capital. Junto a ellos, ocho seminaristas, de los cuales uno era de Mohorte, otro de Sotos, de Belmonte, de Villaescusa y de Belmontejo.

En la parte baja de la ciudad, unos cien vecinos decidieron abandonar el ataque de defensa de la ciudad, bajo el mando de don José María Verde, capitán de la fuerza ciudadana, alistándose con los carlistas atacantes, mientras otros cincuenta se mantenían fuertes al lado del comandante de voluntarios don Isidoro Arribas.

En la plaza del Carmen, el sargento primero del batallón de reserva de Cuenca, Julián Vaquerizas Vaquero, seduciendo a varios reclutas de la Caja que estaban con él, abandonaba su puesto y se ponía también al lado de las tropas atacantes. Igualmente, unos doscientos vecinos de las calles adyacentes y plaza del Salvador, tomaban la misma decisión.

La noche del día 16, las tropas carlistas dirigidas por el mismo Santés, ocupaban el Ayuntamiento y sus dependencias anejas, llevándose unos cuatrocientos cincuenta y siete fusiles, cincuenta y cuatro carabinas, cuarenta y cinco mil cartuchos, treinta y nueve mil capuchas o pistones, cuatrocientas cincuenta y cuatro bayonetas, doscientos portafusiles y cien cananas, todo ello perteneciente al material que hacia escasos días había enviado el gobierno para armar a los Voluntarios de la República.

Después pasaron a la casa donde se encontraba la factoría, llevándose mantas, sábanas y otros materiales, accediendo a los sótanos municipales donde requisaron cuatro revólveres, cuatro pistolas y siete cornetas, cuatro cajas de guerra, una bandera del batallón de voluntarios, cuatro pares de chinoscos, unos palillos, cinco útiles de gastador, una tienda de campaña y dieciocho palos de hacer cartuchos.(9)

Como era costumbre, en aquellos lugares ocupados por los carlistas, establecían un pago de contribución de guerra a sufragar en el momento por las arcas municipales. Santés, ordenaba que el pago adelantado de un trimestre por valor de 15.750 pesetas y que el ayuntamiento debía abonar, se hiciera en ese momento, dándoles cuatro días para realizar la recaudación entre la vecindad. Al no disponer de ese dinero, el Ayuntamiento solicitaba al propio Banco de España, por medio de su oficina en Cuenca, que se hiciera efectivo y así lo firmaba el alcalde Don José Barrios, según queda reflejado en las Actas Municipales.(10)

Recaudada la contribución, temerosos de que las fuerzas de ayuda que el gobierno enviaría hacia Cuenca, Santés ordenaba el día 17 que se iniciase la marcha y abandonasen Cuenca. La dirección que llevarían sería otra. Esa misma tarde, llegaban a Fuentes, el siguiente estaban en Reíllo y Carboneras, acelerando el paso para llegar pronto a Cardenete donde descansaban una noche. A la mañana del día 20 por Villora, de triste recuerdo por el incendio sufrido por las tropas de Arnau en la primera de las guerras, cruzaban el Cabriel y por Mira, donde requisarían tropas, víveres y armas del somatén, pasaban a Utiel. El 23 por la tarde, estaban en el cuartel general de Chelva.

El propio Santés lo relataba en su informe:

“Tal ha sido, serenísimo señor, la expedición que he llevado a cabo con las fuerzas de mi mando, por cuyo éxito doy buen gracias al Todopoderoso, que colma de bendiciones la Causa que defendemos, y un solo herido ha costado la acción de Cuenca a nuestras tropas.

Mis subordinados, ya lo han dicho al principio, se han portado como buenos españoles, y con esto dicho está que han merecido bien de Dios, de la Patria y del Rey y que han sido valientes, fuertes y sufridos.

Dios guarde a V. A. R. muchos años. Campo de honor de Chelva, 26 de octubre de 1873. Serenísimo Señor: el segundo jefe militar interino, Santés y Murgui.” (11)

Cuando sus tropas tenían el control total de la ciudad, se llevaron a cabo manifestaciones de alegría y vítores constantes al Rey Carlista Carlos VII. Igualmente, muchos ciudadanos se habían unido a las tropas de Santés y haciendo alarde de sus condiciones, intentaban celebrar con actos lúdicos, comidas y bailes, la victoria de los carlistas, ante el atónito general de una población, asustada y temerosa de las posibles represalias de los vencedores.

Sin embargo, este brigadier, hombre leal a su Causa, pero también un soldado disciplinado y honesto, nunca llevó a cabo ninguna manifestación de dominio y abuso, dando muestras de generosidad en algunos casos de reprobada actitud. Tal es así, que se redactó y firmó un Acta de Capitulación en los siguientes términos:

“En la ciudad de Cuenca, a 16 de octubre de 1873, en casa de don Manuel Pajarón (12) se establece lo siguiente.

El segundo comandante general del ejército carlista de la provincia de Valencia, Don José Santés y Murgui; el coronel de infantería del mismo ejército Don Joaquín Cabanes Pedrón; el teniente coronel de infantería Don Fernando Manglano, de una parte, y de la otra, Don Miguel Lardiés, gobernador civil de la provincia de Cuenca, los tres individuos de la comisión permanente, Señor Jiménez, Señor Frías Samide y Señor López Pelegrín ; el Señor coronel graduado Teniente coronel gobernador de la provincia, Don José Pérez de Oñate; Don José Baños, alcalde popular de esta ciudad; Don Isidoro Arribas, comandante de los Voluntarios y el comandante capitán de la guardia civil Don Pedro Navarro, teniendo en consideración que la población fue sorprendida; que, a pesar de esto, se ha sostenido el fuego de dos horas y media por una y otra parte, en cuyo tiempo las fuerzas sitiadoras han ocupado la parte baja de la población y hecho algunos prisioneros con armas y Voluntarios, cuya fuerza ocupaba la parte alta de la ciudad, y siendo ya, si no completamente inútil, muy difícil y ocasionada a grandes desgracias toda resistencia sin esperanzas de éxito, el Excmo. Señor, Segundo Comandante General Don José Santés y Murgui, pasó una comunicación al Señor gobernador civil de la provincia intimando la rendición en el término de un cuarto de hora. En este estado, él consultó con los señores anteriormente citados y algunos Voluntarios en celebrar una entrevista con los señores jefes de las fuerzas legitimistas, y celebrada ésta, acordaron en ella la capitulación siguiente:

- 1ª.- La libertad de todos los Voluntarios prisioneros.
- 2ª.- La de los señores jefes y oficiales de la reserva hechos prisioneros, como igualmente la del Comandante Capitán de la Guardia Civil Don Pedro Navarro.
- 3ª.- La de los individuos de la reserva.
- 4ª.- La entrega de trescientos fusiles con sus bayonetas a las fuerzas legitimistas.
- 5ª.- Esta entrega debe hacerse con la brevedad posible, o sea, hasta las cinco de la tarde del día de hoy.
- 6ª.- Asimismo se entregarán a ésta o será permitido la requisa de caballos y monturas, previa tasación y dando al dueño el correspondiente recibo.
- 7ª.- Recaudar la contribución de un trimestre en la capital, según los repartos y según el tipo del dieciocho pro ciento.
- 8ª.- Los señores jefes y oficiales de cada clase de Arma quedarán con sus espadas y revólveres.

9ª.- Las partes contratantes garantizarán el orden público de la capital, respetándose todas las personas y bienes, sean las que fueren las opiniones políticas y que profesen, obligándose el cumplimiento de este convenio y capitulación.

José Santés y Murgui, Joaquín Cabanes y Miguel Ladies, Victoriano López Pelegrín, Ramón Jiménez, José Baños, Pedro Navarro, Isidoro Arribas, José Manuel Garrido y José Pérez Oñate.

Adición: Por un olvido involuntario, se ha omitido de consignar en el convenio la libertad de todos los señores de ideas carlistas que se hallen presos, y se pondrán inmediatamente en libertad; que se entienda que el número de fusiles que hay que entregar ha de ser, además de los trescientos estipulados, los noventa que tiene la fuerza de la reserva y las diez carabinas de la propiedad de ésta.

Cuenca, fecha ut supra.

José Santés y Murgui.

Miguel Lasdies.

Isidoro Arribas.

José Pérez Oñate.

Una vez que las tropas carlistas se marcharon de la ciudad, el comandante militar de la misma enviaba un comunicado a la Capitanía General Militar, relatando lo acontecido.

El día 16 del presente mes, a las cinco de la mañana, fue atacada la población de Cuenca por la facción de Santés compuesta de 2.500 infantes y 100 caballos. Como comandante en jefe, había mandado descansar a la guardia compuesta por los reclutas, cuando observé el paso de varios soldados carlistas. En poco tiempo logré reunir a mis oficiales y exponer la grave situación decidiendo todos, en función de cómo se encontraba la ciudad dominada por las tropas enemigas en un ataque relámpago, rendirnos ante el escaso número de soldados con que disponíamos para la defensa frente al enemigo que contaba con un elevado número de activos. Por tanto, dispuse se abrieran las puertas y nos entregáramos para evitar sangre inútil. Algún grupo de soldados, bien situados, junto a varios Voluntarios de la República y algunos civiles, intentaron hacer frente, pero pronto desistieron al observar las pocas posibilidades de resistencia. Hoy, 18 de octubre de 1873.(13)

Cuando Santés recaudó el tributo establecido en las capitulaciones y, después de tomar las armas, siguió marcha hacia su cuartel general de Chelva, por la carretera que conduce a Cañete, llevando consigo varios conquenses partidarios de la Causa. Salió hacia las tres de la tarde.

“Cuando me disponía a salir de la ciudad, observé como no se había cumplido lo pactado en la capitulación por lo que decidí quedarme un día más, hasta el 17, recogiendo lo necesario y pactado. Marchamos el mismo día por Fuentes.

Cuando en Madrid se tuvo conocimiento del ataque a Cuenca y que, por la rapidez de los enlaces, fue el 17, es decir, un día después, el 18 estábamos en Carboneras por Reillo, el 19 en Cardenete, el 20 a Villora, cruzando el río Gabriel a Mira donde hicimos requisa de armas y contribución pasando a Utiel hasta llegar a nuestra capital en Chelva el día 23 a las ocho de la noche.”

Así se lo comunicaba al infante.

Al enterarse el gobierno de Madrid del ataque a Cuenca, por la rapidez de los enlaces, dio la orden urgente de que un contingente de soldados en número suficiente, saliese del

Cuartel General y llegase a la ciudad de Cuenca para socorrer a los vecinos y tropa. Ese mismo día 17, se formó una columna de tropas reales mandadas por el coronel López Pinto para que saliese a cumplir la orden. Este importante batallón de ayuda, enterado de que los carlistas habían salido ya de la ciudad, decidieron cortarles la retirada e iniciar su persecución.

Unos 800 soldados del batallón de cazadores de Mérida, una compañía de la guardia civil, 100 caballos del de Villaviciosa, una sección de caballería de la guardia civil y otra de artillería montada componían fuerzas que, desde Madrid, y en dos trenes preparados para tal fin, salían al anochecer del día 18 en dirección a Valencia, para desembarcar en Minaya y La Roda, y esperar allí la llegada desde Cuenca de las tropas de Santés.

Sin embargo, los carlistas, quienes transportaban un rico botín, decidieron cambiar la ruta en previsión de lo que podía suceder, por lo que las tropas gubernamentales de López Pinto no pudieron encontrarse con ellos, dando orden de continuar hasta Valencia para reforzar allí aquella línea, muy necesitada de ello.

No había duda que la acción victoriosa de Cuenca para el carlismo aumentó la moral de los seguidores de Carlos VII, hasta tal punto que se incrementaría el número de soldados que entraron a formar parte de los ejércitos del Centro. Por el contrario, el gobierno central exigió fuertes responsabilidades a todas las autoridades de las localidades que habían transigido al pago de contribuciones y requisa de armas.

Los miembros de gobierno de Cuenca seguían aún atónitas por la rapidez con que las tropas de Santés habían dominado la ciudad. Igualmente, las facilidades que algunos vecinos habían dado, así como el alistamiento de otros en las tropas carlistas, habían generado un clima de inseguridad y recelo en muchos conquenses y, sobre todo, en parte de las autoridades. El gobernador militar de la provincia, exigió el pago de determinadas multas a los ayuntamientos que habían ayudado a las tropas legitimistas.

Así ocurrió al propio Ayuntamiento de la capital, al cual se le exigía la cantidad de 125 pesetas por no haber comunicado a su debido tiempo tal hecho –el ataque a la ciudad- al propio gobernador. Así queda reflejado en las Actas Municipales firmadas el 26 de noviembre por Gaspar Tortas. (14)

A pesar de este triunfo importante para los deseos de Carlos VII, quedó minimizado en gran parte para el propio Estado Mayor carlista, al seguir en alza el enfrentamiento que mantenían entre el mariscal de campo Savalls, en Cataluña, con su constante insubordinación y el propio Alfonso Carlos, como comandante en jefe, tanto de Cataluña como del Centro. Si a esto añadimos que otros jefes, tal era el caso del coronel Vallés, no aceptaban las decisiones que desde altas esferas carlistas se les imponía, existiendo además fuertes y numerosos enfrentamientos personales con otros jefes de partidas o demarcaciones, la situación estaba demasiado complicada para que triunfase la Causa carlista.

Como ejemplo de ello, el escrito que el propio Pascual Cucala, firmado el 6 de octubre, enviaba al propio infante, donde le comunicaba que el coronel Vallés, comandante General interino de Valencia, le había quitado el mando de su brigada, dejándole solamente el de un batallón, dando otro a Vicente Venell y nombrando también a Ramón Domingo, excapitán de la guardia civil jefe de un tercero.

Esta situación iba contra las decisiones del propio don Alfonso, autor del nombramiento a Cucala como brigadier y además había generado demasiado descontento en toda la

zona de Valencia con estas y otras decisiones, provocando desconcierto en la tropa y minando su moral.

La existencia de numerosas partidas, a veces, sin el control necesario por parte del gobierno carlista, las negativas de Carlos VII a conceder ascensos por actos de valentía, la escasez de armas en muchas de ellas, los enfrentamientos por envidia o vanidad y, sobre todo, la falta de una coordinación adecuada, debilitaba la capacidad de victoria del gobierno tradicionalista. Una prueba clara había sido, el no haber sabido aprovechar la conquista de la ciudad de Cuenca para sitiar al gobierno de Madrid, situado a escasos kilómetros. (15)

Durante los últimos meses del año 1873, posiblemente el año decisivo para haber inclinado la balanza hacia el lado carlista, la actividad de las partidas por toda La Mancha, Rincón de Ademuz y límites con Valencia, eran constantes y desorganizadas. Cabecillas, con pequeños grupos de “facciosos” según la terminología gubernamental, deambulaban por esta zona de la península. Aznar al mando de trescientos hombres entraba en Minaya y siguiendo por Casasimarro y el Picazo, llegaba a Motilla del Palancar, habiendo cobrado numerosos impuestos y recaudado algunas armas.

En el mes de noviembre aparece con fuerza la actividad de otro jefe carlista: Marco de Bello, quién haciendo uso de su amistad con Vallés, al que acababan de nombrarle comandante en jefe del Maestrazgo, éste le compensaba con el mando del Bajo Aragón y eso obligaba a quitárselo a Cucala, al que no le tenía gran simpatía.

Mientras Marco de Bello ocupaba Daroca y Cantavieja (15), donde establecía la Academia Militar del Centro, Cucala, desposeído de su brigada, marchó hacia Ademuz desde Utiel, donde recibió parte de ayuda de las tropas de Santés para así evitar que las tropas del gobierno llegasen a Chelva, su cuartel general; por el Maestrazgo se encontraba Vallés y otros, recorrían la zona aragonesa y tarraconense, como era el caso de Miret, el Cura de Flix, los hermanos Tristany y algún otro cabecilla de menor importancia.

La figura de Santés era especialmente querida por la familia real carlista. Don Alfonso lo llamaba “el viejecito Santés” y para él había pedido hacía ya varios meses, el título de brigadier a su hermano el rey Calos VII, que, por fin, conseguiría el 11 de noviembre.

Doña Blanca mantenía una estrecha relación con Santés y Murgui, hasta tal punto que cada vez que se encontraba con él, lo llamaba a su residencia de campaña, hablaba largo y tendido, escuchaba sus consejos como gran estrategia militar, y sobre todo, por su humanidad en el trato a sus soldados y, especialmente, a sus enemigos. Nunca se supo de él que ejecutase ninguna orden de fusilamiento ni de trato injusto, según siempre, las noticias que les llegaban.

Unos meses más tarde, el recién nombrado brigadier José Santés visitaba a los infantes. Con la disciplina y el respeto que le caracterizaba, entró en las dependencias reales de campaña y saludando cortésmente a doña Blanca (16), hizo el correspondiente saludo militar al infante. Éste le pidió que se sentara y que rompiera el protocolo diciéndole, “por favor brigadier, sentaos, estáis en vuestra casa...”. Así hizo y comenzó a explicar con minucioso detalle su conquista de Cuenca. Enterados del gran triunfo, observando cada uno de los múltiples detalles que el brigadier expresaba, advirtiendo los aspectos débiles en defensa de una ciudad, considerada en tiempos históricos, inexpugnable, el infante dejó descansar a Santés, después de tan larga marcha. Todo fue debidamente anotado y, sin duda, este minucioso relato sería fundamental en el posterior ataque que los infantes decidirían en julio de 1874.

El 15 de noviembre, el propio brigadier valenciano volverá a entrar en la provincia de Cuenca y esta vez, con cuatro mil soldados, invadiendo Minglanilla y después Enguídanos, donde revisó su castillo, le mejoró su aljibe para una posible necesidad y levantó el lienzo situado al norte. Después de descansar allí unos días, marchó el 21 para Valverde del Júcar y Albaladejo de Cuende, volviendo a amenazar nuevamente a la ciudad de Cuenca, sin intención de volverla a conquistar.

Su intención era recorrer todos los pueblos de la comarca y requisar armas, víveres y contribución, siempre tan necesaria para sus intereses bélicos. El 24 pasa por Torrejoncillo del Rey y San Lorenzo de la Parrilla, hasta Mota del Cuervo y Quintanar de la Orden.

Para batirle, salió de Albacete, el día 24 de noviembre y por orden del Ministerio de la Guerra, Don Felipe Moltó, al frente de una columna de mil quinientos hombres de infantería y cien caballos. Entró en la provincia por Iniesta y llegó hasta la capital donde aprovecho para tranquilizar a los habitantes. Desde allí, marchó para Priego, ya que las noticias llegaban en esa dirección.

Santés, desde Las Majadas (17), va a hacer prueba una vez más de su valentía, cuando decidió enviar un escrito a Moltó, explicándole su situación y retándole a un combate, cuándo y cómo lo deseara.

“Hace algunos días marchó por la provincia alrededor de la capital y como estoy enterado de que V.S. ha salido en mi busca he resuelto manifestarle que me encuentre en el punto que sirve de firma a mi escrito y le ruego que sirva para designarme el punto y el momento en que desee midamos nuestras fuerzas y antes de que mi silencio se atribuyese a cobardía, le envío este comunicado. Las Majadas, 29 de noviembre de 1873. José Santés y Murgui.”

Felipe Moltó con sus tropas gubernamentales, temeroso de que el brigadier carlista Santés intentase llevarles a un punto favorable para él y provocarles una posible emboscada, decide enviarle otro escrito en el le comunica la continuación de tal misión:

Tengo que comunicarle que mi intención en seguir, hasta llegar a su encuentro, cumpliendo así el objetivo que se me ha encomendado, le advierto que por primera y última vez, contesto a escritos de esta índole. Albalate de las Nogueras, 30 de noviembre de 1873. Don Felipe Moltó.

Moltó continuó la marcha, algo más lenta a causa del pesado carruaje de artillería, llegando a Zarzuela. Las dificultades del terreno obligaba a superar demasiados obstáculos y poder conseguir alcanzar a las fuerzas carlistas. Santés marchaba con mayor rapidez y contaba con seis mil soldados, aunque solamente fuesen armados unos dos mil quinientos, con fusiles Remington, Berdan y Minié y el resto, jóvenes y mal equipados.

La rapidez de acción le permitió llegar con mayor comodidad y cruzando por Cañete, llegaba a Chelva al final del mes de noviembre. Por su parte, el coronel Moltó, regresaba el día 2 de diciembre a Cuenca desde donde marcharía a Albacete por orden del Ministerio. Dejó en Cuenca dos compañías de la reserva de Madrid para su defensa y marchó hacia su centro de reparaciones.

El resto del mes, transcurrió con relativa calma en la provincia, ya que las pequeñas partidas habían ido desapareciendo, una vez que Santés marchó fuera de la provincia.

Es curioso como los enfrentamientos entre los diferentes mandos carlistas de cada región, provincia o comarca en las que se dividía el territorio, generaban constantes comunicados, escritos y cartas entre ellos y, a su vez, con el propio rey Carlos VII. Don Alfonso, su hermano, mantuvo una fluida correspondencia con el monarca y siempre le manifestó su preocupación respecto a algunos de los jefes militares.

En una de ellas, le expresaba, en forma de duda, de la gran preocupación que él tenía, respecto a su jefatura en las tres grandes divisiones: Cataluña, Aragón y Valencia, entendiendo que la ejercitaban otros en su lugar. No hay duda, que se refería a Savalls, pero también a otros jefes militares como Palacios o Vallés y no tanto, a Santés, al que consideraba un hombre fiel y leal a la Causa. Sin embargo, a pesar de su duda, Alfonso Carlos quiso seguir manteniendo el mismo sistema jerárquico.

En una carta de don Alfonso al general Palacios, comandante general de Valencia y Murcia le hacía curiosas manifestaciones:

“Querido Palacios:

....Necesito nombres al segundo jefe militar de la provincia de Alicante, ya que don Estanislao Bolinches ha sido cogido prisionero; aceptes al brigadier Vallés como segundo jefe de Castellón y al coronel Santés, como segundo jefe de Valencia.

Oí decir que algunos batallones valencianos vestían garibaldinas encarnadas; te encargo que trates de quitarlas, o al menos, no se haga ninguna nueva pues no es el uniforme adecuado para la Causa. Deseo que tu ejército vaya vestido de azul, así como estará el de Cataluña y, trataré que se te envíen algunos uniformes para allá. Te ruego, me hagas llegar el número de fuerzas y su distribución. Deseando verte pronto, me despido saludándote. Don Alfonso de Borbón y Austria. Hoy 8 de enero de 1874. Mi mujer María de las Nieves me encarga saludarte” (18)

Aunque con fecha 6 de febrero, es decir, dos días antes de la carta anterior, ya el propio general Palacios había establecido su parte de fuerzas de la siguiente manera:

División del Maestrazgo y Castellón

Los batallones de la primera brigada tenían:

El 5º batallón con 779 soldados; el 6º con 1.037 y el 7º con 455.

La segunda brigada:

El 3º batallón, 552 soldados; el 4º con 696 y el 8º con 428.

La brigada de operaciones:

Batallón de Guías, con 582 soldados.; el 1º batallón con 619 y el 2º con 603.

Total: 5.751 soldados.

División de Valencia

Primera brigada:

Batallón de Guías, 684 soldados; Batallón Cazadores del Cid, número 1 con 1.396 y Batallón Cazadores de Liria, número 2 con 488.

Segunda Brigada:

Batallón de cazadores de Cuenca, número 3 con 306 soldados; Batallón de Cazadores de Orihuela, número 4, con 443. Escolta del señor Santés, 116. Soldados de la plaza de Chelva, 110. Rondas, 478. Compañía Sagrada, 147 y Batallón Altar y Trono, 305.

Total: 3.463 soldados.

División del Maestrazgo (Caballería)

Con el señor Vallés, 92 caballos, con el señor Segarra, 72 caballos; con el señor Corredor, 73; con el señor Ramón Domingo, 41. Total: 277 caballos.

División de Valencia (Caballería)

Escuadrón Tiradores de Valencia, 103 caballos; Escolta del señor comandante general, 37; Regimiento de Lanceros del Cid, 170.

Total: 110 caballos.

La labor de José Santés en la zona Centro y concretamente en lo que ahora es el territorio castellano-manchego, desde su cuartel general de Chelva, fue incesante y fructífera. Era un gran estratega militar, contaba normalmente con el factor sorpresa y tenía controlado los movimientos de los ejércitos del gobierno republicano.

Después que don Alfonso se comunicaba con el general Palacios, responsable de las tropas valencianas, y le instaba en ese afán por mantener la disciplina y el correcto equipamiento de las tropas del rey, su hermano, a que disciplinase a todas las tropas a su mando, incluso la del brigadier Vallés y la del coronel Santés, uniformándolas adecuadamente en ese modelo que deseaba su esposa doña Blanca y que definía al ejército catalán: blusa de paño azul oscuro con pantalón de azul más claro, sobre todo a los nuevos voluntarios incorporados. Mientras esto sucedía, Santés, incansable y valiente, había decidido entrar en la ciudad de Albacete, otro bastión del gobierno central.

El 17 de enero de 1874, salía Santés de su cuartel general de Chelva. Tras una marcha intensa de doce horas llegaba a Camporrobles donde descansaban y al amanecer salían para Villamalea. En aquel lugar, reunió el coronel a sus jefes para comunicarles sus intenciones, que no eran otras que entrar en Albacete y lograr su dominio. Todos se entusiasmaron con la idea y sin advertir a la tropa, prepararon concienzudamente el ataque para sorprender a la guarnición que allí defendía la plaza. Para ello, sus tropas debían realizar la siguiente acción:

- Por un lado, el batallón de Guías, mandando por su primo Simón Santés, debía ocupar bajo las órdenes del Jefe del Estado Mayor Don Javier Sanchís, la estación de ferrocarril y el gobierno civil.
- El comandante del Primer Batallón de Cazadores, coronel Rivera, debía apoderarse del cuartel de la Guardia Civil.
- El comandante del Segundo Batallón de Cazadores, coronel Lafuente, debía tomar el Instituto de Segunda Enseñanza, entrando su fuerza por la Aduana de la Veleta, y ocupando al mismo tiempo las bocacalles que llevaban de San Francisco al Cuartel Grande o Cuartel Mayor y la Casa Ayuntamiento, entrando por las calles de la Feria y de Zapateros.
- El cuarto Batallón de Cazadores, con su comandante Lozano, y con los que se llamaban entonces Lanceros, debía quedar de reserva en Santubón, mientras que un escuadrón de tiradores, a las órdenes de Chilalón, tenía orden de ocupar la carretera y las afueras de la ciudad. De esta manera quedaba una sección en la Aduana, otra en el cruce de las carreteras de

Valencia y Murcia y la otra, en la Feria. Las demás debían vigilar las diferentes salidas de la ciudad. Estaba todo perfectamente organizado.

A las 10 de la mañana llegaban a ciudad, sorprendiendo a la vigilancia de la misma. A pesar de tener todo preparado y así se llevó en su práctica, Santés, en previsión de circunstancias no previstas, mandó pequeñas secciones en varias direcciones, como era, sorprender al correo en la estación de ferrocarril de la Gineta para evitar que pudiese escapar y avisar, así aprovechaba para cobrar los impuestos de aquella localidad; o cortar la vía férrea con La Roda, e impedir los diferentes puntos del telégrafo. Otra compañía inutilizaba el ferrocarril de Cartagena y otra cortaba la línea a Alicante y requisaba caballos y armas (17).

Cuando se llevó a cabo la entrada a la ciudad, los disparos de las tropas afincadas en el cementerio, mataron al cronista Cajá que siempre les acompañaba. Tras un fuego intenso, se rendiría el enemigo.

Mientras el comandante de la guarnición de Albacete, el brigadier Alemany había pedido ayuda a Valencia y Madrid, Santés mandaba quemar aquellos puntos que iban dominando, sobre todo, los cuarteles o puntos defendidos.

El carlista Lozano tomaba el Casino, mientras el brigadier de la Guardia Civil Galiano, encargado de la defensa de los edificios gubernamentales, junto a dos tenientes coroneles, un comandante, dos capitanes y algunos oficiales, decidían rendirse ante la realidad que tomaban los acontecimientos, haciéndolo efectivo a mediodía del día 10.

Los soldados desplazados a la Gineta cortaban la vía, apresaban el tren que llegaba de Madrid y obtenían un botín de 9.000 duros.

La victoria fue total, se cogieron mil doscientos fusiles, setenta cajas de munición, cincuenta caballos, dos carros de tabaco y dos de papel sellado y setecientos doce mil reales.

Aunque las tropas de Santés contabilizaron cuatro muertos y seis heridos, las tropas del gobierno perdieron diez hombres. Acabada la rendición y capitulando las fuerzas defensoras de la ciudad, Santés, sin esperar más tiempo para evitar la llegada de las fuerzas republicanas, decidió marchar para Minglanilla en donde daría dos días de descanso a todas sus tropas. De allí, a Utiel y luego a Chelva, adonde llegaría el 15 de enero en olor de multitudes.

Esta brillante acción de Santés volvió a reactivar la petición que don Alfonso había hecho ya a su hermano Carlos para que le concediese el nombramiento de Brigadier a quién, para él, era uno de los más intrépidos jefes que tenía el carlismo.(19)

La situación de enfrentamiento entre los diferentes jefes carlistas, por esa vanidad y envidia en la que se veían habitualmente envueltos, junto a la “blandez” que, según el propio Carlos VII “presentaba de su hermano Alfonso”, seguía generando demasiados problemas para coordinar todas las actividades de la Causa. El general Palacios no sentía gran admiración por Santés a pesar de sus grandes triunfos –lógicamente por la envidia que suponían sus constantes éxitos-, por otro lado Vallés le había quitado poder a Cucala, incluso se había adueñado de la brigada recibida por el propio don Alfonso, y por si ello fuera poco, el propio hermano del pretendiente seguía obstinado en su enfrentamiento con el mariscal Savalls.

Todas estas circunstancias determinaron que el propio don Alfonso decidiese tomar medidas, solicitando una nueva estructura del ejército, pidiéndoselo al propio general

Palacios, jefe de las provincias de Valencia, Maestrazgo, Castellón y Alicante. Tal es así, que le propuso lo siguiente (20):

“En la División del Maestrazgo y Castellón, la primera Brigada (Maestrazgo) fuese para Vallés, la segunda (Bajo Aragón y parte de Castellón) para Cucala. De este modo, suprimía la tercera brigada y todos quedaban contentos.

En la División de Valencia, la primera Brigada para el señor Santés y la segunda Brigada, afincada en Alicante, para quién propusiera el propio Palacios.

Quizás fuera conveniente que las provincias de Murcia y Albacete dieran forma a otra División con dos brigadas, siendo Moya el jefe posible de esta nueva división y él buscara jefes para sus dos brigadas.”

Aunque estas eran las Divisiones en las que el propio infante tenía capacidad de mando, había también una serie de exigencias que las propias circunstancias hacían modificar su estructura. Don Alfonso consideró que debía de tener un general para Aragón y pensó que la persona adecuada podría ser Marco de Bello. Sin embargo, en la zona de Castilla había quedado una fuerte laguna en el ejercicio de coordinación y el elevado número de partidas con sus jefes hacía más difícil la unión de las fuerzas en los ataques importantes. Allí, estaba el brigadier Villalaín, del que hemos hablado anteriormente, un carlista valiente y leal, encargado del mando de las provincias de Cuenca y Guadalajara. Por otro lado, Marco, un hombre demasiado autoritario y exigente, quería mantener un único control de dominio y ello le llevó a enemistarse con Villalaín.

Esta circunstancia situó a don Alfonso en una difícil tesitura y doña Blanca (21) relata al detalle la misma:

- Este intrépido jefe, el brigadier Villalaín, se distinguía por su audacia en las provincias de Guadalajara y Cuenca, y hasta había entrado en la importante ciudad de Sigüenza, dominándola, y por una injusticia de Marco de Bello se vio paralizado en sus operaciones. La Junta de Zaragoza había puesto los distritos de Calatayud y Daroca bajo el mando de Villalaín antes de que Marco entrara en campaña. Estos distritos pertenecían al reino de Aragón, así que este general podía, si lo quería, sustraerle del mando a Villalaín; pero, por lo demás, no tenía ninguna autoridad sobre este jefe ni el menor derecho para ordenarle que se le presentase, puesto que Villalaín mandaba en Cuenca y Guadalajara y estos territorios eran del todo independientes del general Marco.

De aquí se desprende, las continuas disputas de poder entre los propios mandos carlistas, disputas favorecidas por la envidia y por el deseo de control que les guiaba a muchos de ellos, en ese afán de disponer de maniobrabilidad fuera de los dictámenes directos del Estado Mayor Carlista. El brigadier Villalaín había recibido el mando de su comarca directamente del propio General Palacios, que como sabemos fue en un momento determinado Comandante en Jefe de las dos Castillas y, curiosamente era éste, quién ahora quería desposeerle del mismo, motivo por el que quería desprestigiarle. Para ello, buscó por medio de intrigas, una orden del Ministerio de la Guerra, firmada por el general Elío, ordenando a Villalaín se presentase con sus tropas en Cantavieja y de esa manera, al llegar a una zona que no le correspondía, el jefe de la misma, en este caso, Marco, tendría la facultad de ponerlo preso. Así fue. Una vez, que Villalaín llegó a esta capital del Maestrazgo, las tropas de Marco le apresaron, junto a sus soldados, encerrándolo en la cárcel de aquel lugar, a cuya custodia dispuso a un tal Lacambra, un farmacéutico al que Marco de Bello había nombrado gobernador militar de aquella plaza. El carácter del terreno, abigarrado y su único acceso al caserío por medio de un solo camino, era punto adecuado para mantener ese calificativo de plaza difícil.

Cantavieja, recordemos, era un bello pueblecito de Teruel, situado en el centro del Maestrazgo, que había destacado en la primera guerra carlista, al ser el cuartel general del “Tigre del Maestrazgo”, apelativo ganado por el tortosino Ramón Cabrera; sin embargo, ahora, ya no era considerado de vital importancia para el Estado Mayor Carlista, por lo que era lugar adecuado para mantener preso a Villalaín.

Allí, el brigadier sufrió todo tipo de burlas y vejaciones por sus enemigos, acusándole injustamente de haber cometido numerosos actos punibles en las provincias de Guadalajara y Cuenca; sin embargo, en el Estado Mayor y en aquellos lugares donde había combatido todos le reconocían como un honrado militar, un valiente y un defensor de la Causa, como después lo demostraría muriendo en combate, cuando ya se encontraba gobernando la zona Centro el mariscal carlista Dorregaray.

Para conocer el desarrollo de la tercera guerra carlista es fundamental analizar, lo más detalladamente posible, la actividad en esta provincia conquense. Los meses de febrero y marzo fueron intensos. Las fuerzas de José Pascual García, ante la ausencia de Villalaín, empezaron a hacer algunas incursiones por numerosas localidades de la misma con un grupo de cuatrocientos soldados y treinta caballos que daban vida al batallón Altar y Trono, guardia personal del infante don Alfonso. Desde Cañete por Garaballa, Landete y Carboneras, llegó incluso a aproximarse a las mismas puertas de la ciudad de Cuenca, sin decidir atacar, pero sí requisando armas y contribuciones, en las poblaciones limítrofes.

Mientras el coronel Santés, desde Chelva, seguía actuando en toda la comarca oriental de la provincia conquense, obteniendo los tributos necesarios y ayudando al alistamiento de nuevos voluntarios, evitando por otro lado, que los mozos de la reserva llamados por el gobierno para su alistamiento en las tropas de la República, pudiesen cumplir ese mandato. En el mes de febrero, volvía Santés con sus tropas a acercarse a la ciudad de Cuenca, sin querer llegar a ella. Cruzó los Palancares y se adentró en Buenache de la Sierra y Palomera, volviendo por sus propios pasos, hasta Cañada del Hoyo. Desde allí, mandó a uno de sus jefes hacia el sur con quinientos soldados, concretamente a Motilla para despejarle el camino. Unos días después llegaba él con cinco mil infantes, pasando por La Pesquera y Campillo de Altobuey donde recaudó un rico botín.

A pesar de que Madrid, no disponía tampoco de un elevado número de fuerzas para poder distribuir las por todo el territorio nacional, el gobierno, viendo el peligro que corría la provincia de Cuenca, expuesta constantemente al ataque de fuerzas carlistas, tanto las del Bajo Aragón, como las de Valencia, mandó al brigadier Carondelet, la madrugada del día 10 de febrero, con quinientos hombres del batallón de Cazadores de Mérida y del Regimiento de caballería de Farnesio, por los pueblos de La Mancha conquense, llegando incluso hasta Alcázar de San Juan, para vigilar las líneas férreas y una máquina exploradora que recorriese todo el tendido ferroviario desde Alcázar hasta Valencia pasando por todos los pueblos de Cuenca. Sin embargo, eran pocas las fuerzas enviadas y se solicitó un nuevo envío por lo que llegó hasta la zona, la brigada de Calleja, compuesta del regimiento de infantería de la Lealtad, el batallón de Reserva de Madrid, menos dos compañías del mismo que se encontraban estables en la ciudad de Cuenca. Además, se trajo también a dos escuadrones del regimiento de caballería de Écija, encargado de recorrer los pueblos de la Sierra, y una batería de montaña, sumando entre todos los hombres, unos dos mil infantes y ciento cincuenta caballos.

Al enterarse Santés de la llegada de todas estas tropas, decidió reunir a un fuerte contingente y marchar hacia el norte, atravesando parte de La Mancha, por Honrubia, Valverde y llegar a Villar de Saz de Arcas donde pernoctó. Durante una jornada amenazó la capital y así obligo al enemigo a repartir sus tropas. Cuando, parte de la tropa de Calleja se dispuso a llegar hasta Cuenca, Santés abandonaba la posición y cruzando por el puente Palmero, cortó la línea telegráfica en una extensión de treinta kilómetros, dejando a Cuenca totalmente aislada. Al obligar a llegar hasta aquí las tropas del gobierno, él dando un rodeo se presentó en la retaguardia de las mismas, llegando hasta Tarancón donde recogió 35.000 pesetas, que eran los fondos que tenía el recaudador del Banco de España, todo el armamento de la milicia, un gran número de caballos y mucha munición y armas que el ejército había dejado allí como avituallamiento. Había dado una lección de estrategia militar.

Después marcharía por Huete, dejando un destacamento de seguridad en Barajas de Melo, que aprovecharon para quemar el Registro Civil; el 19 pernoctaba en Villalba del Rey y por Saceda y Tinajas, volvía hacia su territorio valenciano, dando una vuelta que le permitía la seguridad de regreso. (22)

Como consecuencia de todo lo acontecido, la provincia de Cuenca quedaba totalmente desguarnecida y a merced de los carlistas. El gobernador de la misma, lanzaba un comunicado al gobierno donde manifestaba su honda preocupación, relataba los acontecimientos y manifestaba como había quedado cortado el telégrafo con Madrid.

Ante esta situación, el gobierno central decidió enviar al general Soria Santa Cruz en dirección a Guadalajara, ya que las fuerzas de Carondelet tenían la obligación de proteger las líneas férreas y toda la zona manchega.

Las tropas del gobierno estaban compuestas por los dos batallones de cazadores de Las Navas y de Estella, el primer y segundo regimiento de Marina, cien caballos del regimiento de Villaviciosa, sesenta caballos del de Farnesio, ochenta del de España y dos baterías del primer regimiento montado, formando un total de dos mil ciento veintitrés infantes, cuatrocientos cuarenta caballos y doce piezas Krupp. Con todas ellas, marchó desde Alcalá de Henares hacia Cuenca para su defensa, entendiendo que Santés se acercaría a ella.

El 19 de febrero ya estaban en Sacedón donde inutilizaron las barcas y puentes que permitirían el paso a Santés, sin embargo, éste y sus tropas ya estaban en Gascueña.

Soria Santa Cruz, decidió atacar rápidamente a Santés, enterado de su situación, y se apresuró a hacerlo el día 20. Llegó a Tendilla, desplazó hasta Pastrana al brigadier Arnaiz con cuatro compañías y tres escuadrones para atacar a las partidas disgregadas por aquella zona. Cuando llegó a Gascueña, Santés se había marchado, por lo que Santa Cruz giró hacia Cañavera y Albalate de las Nogueras para cortarle el paso. Aunque no pudo alcanzar a las tropas carlistas, el general liberal no desistiría, acelerando su marcha y comunicando al Estado Mayor la situación (23):

"A la salida de Cañaveras avisté, diversas partidas enemigas que huyeron y disponiendo de mi ejército para el combate, en línea de columnas, avance hacia Villaconejos de Trabaque, sin conseguir alcanzarlos, ya que tomaron rumbo a Beteta. Sin embargo, les he aprendido 1.500 raciones de pan, 600 de pienso y bagajes. Un escuadrón llegó hasta Priego y desde allí a Beteta el día 23, sin poder haber conseguido llegar a ellos-."

Como el camino que cruza los términos de Beteta y Tragacete presenta muchas dificultades, Santa Cruz, decidió variar su rumbo en dirección a Sotos y llegar hasta

Cuenca, donde se presentaba el día 25. Sin embargo, cuando entraba en la ciudad recibía un comunicado desde Madrid, ordenándole que tenía que regresar para dirigirse a otro cometido, dejando solamente el batallón de Estella y los 80 caballos del regimiento de España, que debían quedar para la brigada de Calleja, a cambio de los 50 caballos de ésta que se le unieron.

Como tenían que volver a Madrid, aprovechó la ocasión para que escoltasen los caudales del Banco de España que guardaba Cuenca y que se encontraban en constante peligro por las escasas tropas que custodiaban la ciudad. Las autoridades conquenses establecieron unas medidas de seguridad para sacar todo el dinero sin alarmar a la población y sin que pudiesen enterarse las partidas carlistas. Un sistema de conducción muy vigilado, pero bastante disimulado, trasladó los caudales en dos carros, sin que la escolta de los 406 reclutas que también iban a marchar a Madrid pudiesen despertar sospechas, y en columnas diferentes se trasladaron hasta Tarancón donde se formó una sola para dirigirse a Madrid, ya que ese tramo de recorrido era bastante más seguro.

La brigada Calleja quedaba en Quintanar de la Orden y reagrupando a un elevado número de soldados al llegar el batallón reserva de Madrid, emprendió camino hacia Cuenca, donde llegaba el día 20 de febrero para intentar coger una partida importante de carlistas que dirigidos por Cucala se encontraban en Torrejoncillo del Rey, según las últimas noticias. Sin embargo al comprobar que no eran ciertas tales noticias, ya que Cucala se encontraba a bastante distancia de nuestras tierras, y observar que un grupo de los hombres de Santés, sí que estaban bastante más próximos, hizo que los movimientos de Calleja cambiasen de dirección, dirigiéndose hacia Naharros y Cabrejas para volver nuevamente a Cuenca. Estando allí, le llegó un comunicado de Santa Cruz, quien le instaba a que fuese hacia Cañete para cortar el paso de Santés que se dirigía a Chelva, por lo que el 24 se encaminaba hacia Cañada del Hoyo y pasando por Pajaroncillo, llegó a Boniches, donde descansó.

Mientras estuvo en Boniches, recibió un oficio del Ministerio de la Guerra en el que se le comunicaba su plena autoridad y libertad de maniobra en la persecución de cualquier partida carlista que actuase por aquellas zonas, e incluso, en su persecución a Santés, siempre que no cruzase la frontera de los distritos de Aragón o Valencia, donde debía actuar el General Jefe del Ejército del Centro.

En Boniches, tuvo tiempo de contactar con algunos voluntarios de aquellas localidades y a su vez, estableció varios contactos en puntos estratégicos de la zona, tales como Salvacañete, Garaballa, Moya y Tragacete, con el objetivo de controlar perfectamente cualquier movimiento sospechoso. La acogida que le dispensó la localidad de Boniches fue muy aceptable, ya que la población albergó a las tropas de Calleja y les abasteció de cuantos víveres necesitaron. Desde Tragacete, pasó a Salvacañete sin que los enlaces de Calleja pudiesen avistarlo, gracias a las fragosidades del terreno y al conocimiento que ya tenía de esta zona. Sin embargo, cuando llegaba a las proximidades de Ademuz, Calleja se enteró de la situación y quiso rápidamente cortarle el paso. Cuando podía haberle dado alcance, tuvo que esperar a los cazadores de Estella y a los 50 caballos de Farnesio, retrasándole la marcha y permitiendo a Santés llegar a Chelva.

Durante todo el mes de febrero y parte de marzo, grupos de avanzadilla de los batallones carlistas de Luna y Marco de Bello, realizaban incursiones y acciones de recaudación por los pueblos que ocupan la división entre las provincias de

Guadalajara y Cuenca, sin que las tropas del gobierno actuaran contra ellos, a pesar de las constantes peticiones de los habitantes de las citadas poblaciones.

Por otro lado, los ejércitos comandados por Palacios y Cucala actuaban por la zona fronteriza entre Valencia y Cuenca. Las órdenes del Ministerio de la Guerra a Calleja fueron de que dejase de perseguir a Santés y dirigiese sus miras en los pueblos limítrofes a la ribera del Júcar, protegiendo la vía férrea de Cuenca a Valencia. Cuando Calleja, recogió unos fondos que esperaba de Cuenca, descansó algunos días en Landete, realizando los preparativos necesarios para actuar contra las partidas del Júcar. Mientras estuvo allí, recorrieron sus hombres los pueblos de Ademuz y Moya, con vistas de dejar asegurada esa zona y después, ante un nuevo y urgente aviso del Ministerio para defender la vía férrea, clave de las comunicaciones de abastecimiento de la zona Norte, marchó hacia Camporrobles el 6 de marzo y de allí, a Minglanilla, destacando una avanzadilla al puente de Contreras, a fin de explorar los movimientos de Santés, Cucala y Palacios que, según noticias, se encaminaban desde Utiel y Requena a Villargordo del Cabriel.

Sin embargo, Calleja no quería enfrentarse directamente a Santés por el escaso número de fuerzas con las que contaba, y, Santés aprovechó el momento para iniciar un enfrentamiento en Minglanilla, frente a las tropas liberales allí afincadas.

La verdad es que esta acción bélica fue de las más encarnizadas que se libraron en la zona conquense, pues las tropas de Cucala sufrieron muchísimas bajas, incluso el propio jefe recibió una herida grave. Quizás, la mala coordinación entre las fuerzas de Pascual Cucala y del general Palacios fuese la causa de ellos, pero lo cierto es que aquel abigarrado terreno fue más bien una tumba que un escape. Por eso, el general Palacios escribe (23):

“En lo alto del puerto se detuvo la brigada, esperando a que yo, con la división de Santés, apareciese en lo alto de la carretera que, desde el puente de Contreras conduce a la Minglanilla; pero habiendo oído el fuego que yo había roto hacía algún tiempo emprendió Cucala la marcha a la carretera, pasando por La Pesquera y cayendo de improviso sobre Minglanilla.”

En este ataque, después de tres horas de fuego incesante, acabadas las municiones de las tropas carlistas, Cucala cayó herido en un brazo y decidieron retirarse de la primera línea con el mayor orden.

Esta retirada fue siempre una acción reprochada por Palacios, pero lo cierto es que las tropas de Cucala quedaron al margen de las enemigas, sin el apoyo previsto de las del general Palacios y agotaron todas sus municiones.

La propia Doña Blanca, en sus Memorias, relata al detalle esta acción, culpando al propio general Palacios de no haber dado la ayuda con sus cuatro mil hombres del batallón de los Cazadores del Cid, a los dos mil que Cucala disponía y, además, sin armas suficientes, sin municiones y con escasos cincuenta caballos. Ella misma alude:

- ¿Dónde estaban los demás batallones de Palacios, mientras Cucala luchaba a muerte contra Calleja? ¿Por qué se calla el parte oficial de su situación y de su orden de ataque y porqué el general Palacios no da ninguna justificación?

Lo cierto, es que las bajas sufridas por las tropas de Pascual Cucala fueron diecisiete muertos y setenta heridos, mientras que las tropas de Cazadores del Cid, que era la que mandaba Palacios no tuvo ninguna baja, solamente un muerto provocado, seguramente por una descarga del enemigo en el primer momento de la llegada.

En una comunicación del 21 de marzo de este año, escribió el General Palacios a don

Alfonso para comunicarle que había salido una persona con 17.000 duros para comprar 4.000 carabinas Minié, pero que hasta el presente día no había tenido noticias del tema. Nunca aparecieron tales fusiles ni el dinero por lo que Palacios siempre dudó de la honestidad de algunos de estos carlistas.

Sin embargo, y a pesar del enfrentamiento entre los jefes carlistas Cucala y Palacios y de la duda que doña María de las Nieves podía tener al respecto del resultado de las acciones anteriores, don Alfonso tenía en buen concepto a este general, considerándolo honrado y brillante.

Después de esta derrota carlista en La Minglanilla y en el puerto de Contreras, la huida hacia Chelva era la única solución posible para rehacerse nuevamente. Su marcha fue lenta y segura, atravesando el Cabriel por los pasos de Pajazo y Valdecañas, mientras el brigadier Calleja se encaminaba por Iniesta a Albacete para dejar allí a los numerosos heridos y reponer municiones.

Acabadas estas acciones, don Alfonso y doña María de las Nieves, viendo la situación de enfrentamiento entre Savalls, incluso el general Palacios, y la poca credibilidad que le podían dar los comunicados de su hermano el rey, decidieron marchar para Francia, hasta que la situación pudiese cambiar.

Abandonaban por un tiempo la dirección de la tercera guerra. (24)

Mientras los infantes no estuvieron en España, la guerra seguía su curso.

Por la zona norte, entre Guadalajara y Cuenca, los sucesos ocurrían de distinta manera. El comandante carlista Polo con un numeroso grupo entraba por Molina de Aragón en busca de recursos, llegando hasta Beteta y Moya, restableciendo algunas comandancias de armas. Florentino Polo era un carlista nacido en Madrid, que participó activamente en la tercera guerra, pero que después sería desterrado a Estella en el año 1875 por orden del gobierno de Alfonso XII, una vez hecho prisionero.

Tenía a su cargo varios cabecillas de partidas como Nicasio, Peñalver, Pechuán y Pulmón, quienes, actuaban sin cesar y en varias ocasiones, sin muchos escrúpulos, por todos aquellos pueblos en busca de los recursos y dinero suficiente para su causa. Al principio, tan solo algunos guardias civiles, intentaban intimidar sus actuaciones. Pero, tanto ellos, como los 50 soldados que el gobierno de Cuenca envió para ayudarles tenían tremendas dificultades para frenar sus avanzadillas. A pesar de ello, los carlistas fueron arrinconados en la sierra de Molina. Otras pequeñas partidas, formadas en su mayoría por voluntarios de las localidades de Cañete, Moya, Carboneras, e incluso, la zona de Motilla del Palancar, solían hacer tímidas incursiones por toda la provincia, refugiándose siempre en sus guaridas muy bien situadas y que las tropas del gobierno desconocían.

El ministro de la guerra en el gobierno de la República española, en un comunicado firmado el 21 de marzo, decía claramente al gobernador militar de la provincia de Cuenca que (25):

“No debe V.S. consentir que insignificantes partidas recorran e impongan contribuciones disponiendo de las tropas que guarecen esa ciudad, pues su vecindario con buen espíritu y armamento puede dejar desembarazada la acción de aquellas, permitiendo el alistamiento de nuestros hombre de la reserva.”

Sin embargo, el ministro de la guerra no debía conocer que las tropas que defendían la ciudad de Cuenca eran solamente cien guardias civiles y doscientos soldados de la reserva de Madrid, por tanto, muy inferiores en número a los destacamentos carlistas

que actuaban por estas comarcas. A pesar de ello, el gobernador militar, se atrevió a enviar una pequeña columna para intimidar a los carlistas que se movían por la comarca de Landete, sin conseguir dar con el batallón de Pascual, ni ningún otro.

La ciudad de Cuenca, mal defendida sin duda, también había aprendido de lo sucedido en aquel duro ataque de Santés, meses atrás. Ante la escasez de fuerzas, el alcalde de la ciudad, en estas fechas, solicitó al gobernador militar de la provincia, tuviese a bien conceder autorización para que se soltasen a numerosos presos, todos aquellos cuya pena no fuera por actos criminales y, de esta manera, se les obligaba a formar parte de los Voluntarios que pudieran defender la ciudad en caso de necesidad. Los presos que se encontraban en la cárcel de Cuenca -cárcel provincial-, fueron liberados, siempre que estuvieran en ella desde el 1 de julio de 1873 hasta la fecha de su liberación. La relación, en función de los partidos judiciales, fue la siguiente (26):

Partido de Priego: 11 (1 de Cañamares, 2 de Poyatos, 2 de Olmeda de la Cuesta; 1 de Alchujate; 1 de Cañizares; 1 de Valsalobre; 1 de Cañaveruelas y 1 de Priego)

Partido de Huete: 11 (2 de Pineda; 4 de Carrascosa del Campo; 2 de Olmeda del Rey; 1 de Huete y 1 de Vellisca)

Partido de Tarancón: 7 (3 de Saelices; 2 de Villamayor, 1 de Torrubia y 1 de Uclés)

Partido de Belmonte: 24 (2 de Villarejo Fuentes; 1 de Pedroñeras; 1 de Montalvo; 1 de Almonacid; 1 de Santa María de los Llanos; 7 de Hinojosos; 3 de Belmonte; 2 de Osa de la Vega; 2 de Cervera; 2 de Montalbanejo; 1 de Villar de la Encina 1 de Mota del Cuervo)

Partido de San Clemente: 7 (1 de Almonacid; 1 de la Alberca; 1 de Valverde; 2 de San Clemente y 1 de El Provencio)

Partido de Cañete: 6 (1 de San Martín de Boniches; 1 ambulante; 1 de Cañada del Hoyo; 1 de Alcalá de la Vega y 1 de Cañete.)

Con esta orden, sesenta y seis nuevos *Voluntarios de la República* engrosaban el número de soldados dispuestos a defender la ciudad en caso de ataque. Con los presos no liberados por ser su causa criminal de mayor gravedad, se formaron pequeños grupos para realizar trabajos de reforma y acondicionamiento de las puertas de la muralla, de los accesos al castillo y de puntos débiles. Iban bien custodiados por los propios voluntarios y la guarnición gubernamental.

De vez en cuando, el Ayuntamiento de la ciudad (27), emitía diferentes comunicados para conseguir mantener la atención y, a la vez, la seguridad ciudadana ante el enemigo. El 18 de febrero, un escrito municipal solicitaba la presencia de un pirotécnico para la construcción de cohetes de iluminación y, así, poder iluminar todas y cada una de las diferentes puertas de acceso al casco urbano.

Como podemos observar, nuestra provincia estaba minada por numerosas partidas carlistas que, por un lado y otro, realizaban incursiones, recaudaban impuestos y víveres y tenían en jaque a los habitantes de todas las poblaciones, con el siempre temor de que la capital pudiese nuevamente ser asaltada y devastada como ya sucediese meses atrás con Santés. El gobierno no encontraba el modo ni la manera de frenar estos avances, bien porque quería controlar la zona norte del país donde estaba el foco principal o bien, por carecer de las fuerzas necesarias para conseguirlo. Lo cierto es que, idas y venidas de diversos destacamentos desde Madrid, intentaban intimidar las actuaciones carlistas pero que, por la irregularidad de sus llegadas y por la poca constancia de sus actuaciones, permitía

que Cuenca y provincia fuese foco de gran actividad de la causa de don Carlos.

A pesar de que desde Madrid y desde Cuenca, las autoridades intentaron tomar medidas en el asunto, controlando a las numerosas partidas que por aquí actuaban, durante un tiempo siguieron Peñalver y Pechuán con sus correrías, el primero en la comarca de Priego y el segundo en la de Cañete. Contra el primero salió desde Cuenca una pequeña columna de 40 guardias civiles que se internó en la sierra de Bascuñana y tuvo que retirarse a Villaconejos de Trabaque, donde fueron avisados que en Beteta había una concentración de numerosos carlistas desde el 7 de abril.

Allí, habían llegado desde distintos puntos de la zona, numerosos grupos con el objetivo de volver a reconstruir su castillo, lugar que tanta importancia tuvo en el desarrollo de la primera guerra civil. Observando la excelente situación estratégica que presentaba y comprobando que su estructura defensiva era bastante aceptable a pesar de encontrarse parcialmente derruido, indujo a las partidas carlistas de la zona a reconstruir sus muros para establecer cuartel general de actuaciones. Sin embargo, y cuando ya se había procedido a la subida de bastante material para realizar la reconstrucción, tuvieron que abandonar rápidamente los trabajos y marchar todo el destacamento allí establecido al recibir la noticia que desde Guadalajara se acercaba un elevado número de fuerzas gubernamentales.

El convoy que los carlistas iban a recibir desde Madrid con destino a la fortaleza de Beteta, y que se componía de tres carros de municiones, fue descubierto en las cercanías a Villarejo de Fuentes por algunos alcaldes de las diferentes localidades por las que había pasando, quienes en una acción triunfal consiguieron apropiarse de todo el armamento sin apenas derramamiento de sangre.

Los carlistas de esta zona se encontraban apoyados por una partida que comandaba Villalaín, sobrino del conocido jefe carlista, y que desde la zona aragonesa intentaba cortar todas las comunicaciones por ruta y vía férrea en dirección a Cuenca.

Pero, curiosamente, este cabecilla no tenía una gran aceptación entre el propio mando carlista, ya que se le consideraba rebelde a la causa, por cuanto había desobedecido numerosas veces al alto mando e incluso, había realizado muchas acciones criminales por su propia cuenta. Por ello, no solo fue perseguido por las tropas liberales sino por sus propios correlegionarios. Esto originó varias disensiones entre sus subordinados hasta el punto que en algunos lugares hubo enfrentamientos violentos entre partidas carlistas. Sus actuaciones se centraban en una vasta comarca situada entre la raya aragonesa y la provincia de Guadalajara que, en esos momentos, no disponía de suficiente tropa liberal, ya que, una compañía de la reserva de Toledo y una sección de caballería de Villaviciosa, recién llegada, eran sus únicos defensores y cuya misión era operar contra Villalaín. (28)

Varios cabecillas carlistas actuaban durante estos primeros meses del año 1.874 por nuestras tierras provocando constantes correrías y teniendo a los habitantes de nuestros pueblos en alerta y temor. Las escasas fuerzas con que contaba la comandancia militar de la provincia no podían impedir que esto sucediese, a pesar de realizar numerosos y asiduos servicios de vigilancia y persecución. Desde Guadalajara y Sigüenza se adentraba de vez en cuando la partida de Chávarri y Villalaín; desde el partido de Molina hasta Beteta y Tragacete, llegaban algunas compañías del Batallón de Marco de Bello y la partida de Madrazo con sus 2.000 hombres, recaudando contribuciones y obteniendo excelentes botines entre los pobres campesinos de aquella zona; entre Teruel y Cuenca, los cabecillas Ladio, Megino y

Luna que obraban independientemente, se internaban por la sierra y provocaban honda preocupación en los pueblos conquenses de la sierra media y baja, entre Cañete y Moya, acercándose incluso a las proximidades de Cuenca; partidas de Santés, la que dirigía Valiente, y un destacamento de Vallés con sus 700 hombres y 40 caballos tenían allí su campo de operaciones.

Doscientos carlistas se presentaron en abril en Cañete y después en Enguñados, cuya fortaleza permitía resistir cualquier tentativa por parte de las fuerzas del gobierno. Otro carlista, también de las fuerzas de Santés, de nombre Lázaro con sus 80 hombres, recorría los pueblos de la comarca de Moya, a cuyos alcaldes y secretarios de ayuntamientos puso presos y les obligó al pago de ciertas contribuciones. Cuando realizaba sus incursiones, se refugiaba en la anteriormente citada pequeña fortaleza de Garaballa, gracias a la situación de difícil localización que presentaba. Allí, había establecido su guarida con una extraordinaria red de puntos de vigía y con un servicio obligado de avituallamiento bien atendido por los campesinos de aquel lugar, que obligados a ello, no tenían más remedio que cumplir lo que les exigía ante el temor de ver a sus mujeres raptadas y expuestas a ciertas vejaciones. Esta situación instó a los alcaldes y habitantes de pueblos de la comarca que, unidos y armados se dirigieron en su búsqueda hasta que consiguieron, después de un enconado combate a pies de la fortaleza, matar a tiros al cabecilla y a cinco carlistas, rescatando todos los prisioneros. (29)

No hay duda, que en una guerra, la barbarie actúa en determinados momentos, tanto de un bando como del otro. Es de suponer, que el bando carlista, obligado a requisar víveres, municiones y dineros, era más vulnerable a ejecutar acciones reprobables, sobre todo, aquellas partidas, más bien descontroladas y poco habituadas a una disciplina militar como lo era el ejército carlista del Norte. Parte de las tropas, en este caso dirigidas por Valiente, formadas en su mayoría por hijos de la provincia de Cuenca quiso establecer su centro de operaciones en Cañete, lugar que conocía gracias a los informes que el Estado Mayor carlista le había proporcionado. Desde allí, pensaba realizar sus correrías por toda la zona apoyado por las fuerzas de Santés desde Chelva y por las de Villalaín desde Guadalajara. El 23 de abril recorrían Pajaroncillo, Carboneras y Monteagudo de las Salinas. Al día siguiente llegaban a Campillo de Altobuey y el 25 a Valverde y Honrubia, salvando el Júcar por los molinos de Valdespinar y de Talayuela. No paró Valiente en su propósito y alcanzó Belmonte donde estudió a la perfección su bonito castillo. Desde allí, pasando por San Lorenzo de la Parrilla, donde estuvo el 29, recaudaba fondos y rehenes. Fue entonces, cuando la brigada gubernamental de Calleja por orden del ministerio de la Guerra, comenzó la persecución de la partida de Valiente, alcanzando en los últimos días del mes, a algunos rezagados y un convoy de tres carros de armas y pertrechos.

Enterado en Cuenca, el brigadier liberal Carbayo de la actuación de Calleja, quiso ir en su ayuda y con 300 hombres de infantería y 23 caballos de la guardia civil, únicos soldados que podía disponer, se adentró en los pasos del Júcar, próximos al molino del Castellar y de puente Palmero, en previsión de que los carlistas se dirigieran hacia Cuenca. Sin embargo, Valiente que conocía bien el terreno y era además un excelente estratega, equivocó a sus perseguidores y se dirigió hacia Naharros y Cabrejas. Pero, lo que Valiente desconocía era que desde Madrid se aproximaba a Cuenca una columna al mando de Laiglesia como nuevo comandante militar de la plaza de Cuenca, y sorprendentemente, se encontró totalmente rodeado por las fuerzas del

gobierno en los tres frentes. Calleja desde el Levante, Carbayo, desde la zona de la Mancha y desde el Centro, el destacamento de Laiglesia. A pesar del intento de Valiente de huir por Valdecolmenas, fue avistado en el puerto de Monsaete donde se libraría una de las más duras batallas de esta tercera guerra en nuestra provincia. Batalla de Monsaete (30). 7 de mayo de 1874.

Según el parte dado por Carbayo a su comandancia militar y del que insertamos solamente un breve resumen por la extensión del mismo, el enfrentamiento entre los carlistas de Valiente y las fuerzas anteriormente citadas en el puerto de Monsaete fue muy importante para el desarrollo del conflicto en la zona centro (31).

"Hemos perseguido a los 1.000 infantes de la facción de Valiente ayudando con mis tropas a las del brigadier Calleja, jefe de la tercera brigada del ejército del Centro. He dispuesto de 300 hombres de infantería de las cuatro compañías de la reserva de Madrid y Toledo, y 23 caballos de la guardia civil de esta provincia.

He salido hacia Valdeganga el 29 de abril y allí se me comunicó que Calleja iba en dirección hacia el puente Palmero, en donde debíamos encontrarnos. Sin embargo, cuando me enteré, que los carlistas iban hacia Naharro, cambie dirección hacia Cabrejas, aunque fatigados mis hombres, después de una larga jornada de ocho leguas por un terreno quebradizo y dificultoso, creí conveniente darles descanso.

Enterado de la situación, envié a mi segundo jefe a encontrarse a Alcázar del Rey con el brigadier Laiglesia que allí estaba con 250 infantes y 70 caballos, a fin de que me proporcionase unos 20 o 30 caballos que necesitaba para reforzar mi columna y seguir a Valiente hacia Valdecolmenas y la Ventosa. Cuando llegué, a este último pueblo, me enteré, que aunque Valiente salido ya, se encontraban allí mismo unos cuantos carlistas rezagados y decidí que una sección de caballería de la guardia civil dirigida por el capitán D. José Rendos y Cinz llegase hasta ellos con total sigilo y precaución.

Después de apresarlos, continuamos marcha hacia Bólliga donde hubiera podido alcanzar y derrotarlos si hubiera contado con unos 70 u 80 caballos más de los que disponía. Los carlistas, enterados de las fuerzas que les perseguían, marchaban a una gran velocidad esquivando la lucha e incluso dejándose tras de sí, enseres y víveres, como los 12.000 reales que dejaron encima de la mesa del recaudador de la Ventosa.

El brigadier Calleja, enterado de que yo contaba con menos fuerza, me envió su vanguardia en mi ayuda con el coronel del regimiento de caballería de España, que estaba compuesta de 800 infantes y 160 caballos, aunque tuvimos que descansar por llegar exhaustos después de larga y rápida marcha. Continuamos en dirección hacia Albalate de las Nogueras, yendo en vanguardia los tiradores de la brigada Calleja, dos secciones de caballería de la misma, la sección de la guardia civil, en seguida, mi columna, finalizando el escuadrón de caballería que mandaba D. José Lozano.

La marcha fue silenciosa y al rayar el alba, llegábamos al citado pueblo, donde la caballería que iba delante consiguió 600 raciones de pan que los hombres de Valiente habían pedido un día antes a los habitantes de La Frontera. A pesar de todo, ví muy difícil alcanzar a las fuerzas de Valiente, aunque la esperanza de que La Iglesia venía hacia nosotros desde el otro punto podía ser decisiva. Así era la situación cuando afrontábamos el puerto de Monsaete, en la orilla izquierda del río Escabas, donde se habían parapetado los carlistas. No vacilé en preparar el ataque, coordinando mis movimientos con Calleja, cuyos tiradores ya habían iniciado los disparos. Este ataque era muy peligroso por las duras y difíciles

condiciones del terreno, ya que las revueltas del camino del puerto y la estrechez del paso del río, nos ponía al descubierto en el ataque y había que hacerlo demasiado lento.

La defensa de los carlistas estribaba en impedir la subida del puerto y entonces dispuse el ataque simultáneo entre las dos alas, para lo cual mandé adelantarse al coronel D. Carlos Suero, de cazadores de Mérida, con dos compañías del Lealtad, otra de su batallón, una del reserva de Madrid y otra de la de Toledo, dejando como reserva, la compañía de Ávila. Desde abajo comencé a hacerse visible la situación del enemigo, al comenzar a disparar a las fuerzas de Suero por uno de sus flancos y dejando desguarnecido el otro. Aproveché el momento para que mis soldados subiesen por aquellas escarpadas rocas y poco a poco fueran llegando hasta la cima. Por el camino subían las fuerzas de la guardia civil a costa de caer bastantes bajas, pero permitiendo que por los flancos llegasen las otras fuerzas.

Los carlistas, viéndose atacados por todas partes, huyeron alocadamente por entre mientras varios de ellos caían prisioneros, como el segundo jefe de Valiente, llamado Motilla, aunque conocido por Mochales y que llevaba insignias de comandante. Mis hombres de infantería estaban rendidos por la dureza de la marcha y del combate y pensé que fueran los 27 caballos de tiradores del regimiento de España que mandaba el comandante Aguilera en persecución de ellos. Llegó hasta Cañizares y Beteta a pesar del cansancio de la tropa, continuando hasta el mismo puente de Vadillos, donde no hubo más remedio que suspender la marcha por haber quemado el último cartucho la caballería, y habiendo causado al enemigo 11 muertos, cogido dos cajas de municiones y dos prisioneros, un botiquín, dos caballos, 14 armas de fuego y varios efectos de guerra.

Esta acción de guerra que tuve el honor de dirigir ha provocado un duro golpe a las tropas carlistas del centro del país, moral y físicamente, ya que se le ha causado la baja de 50 muertos, sin precisar el número de heridos y un elevado número de armas de fuego, además de 26 prisioneros. Por nuestra parte solamente hemos tenido 19 heridos de la clase de tropa.

Esta batalla de Monsaete ha producido en todos los pueblos de la zona una gran alegría, por el temor y abatimiento en que se encontraban todos los vecinos a causa de los ataques constantes de las partidas carlistas. Esta acción del 2 de mayo, en el mismo centro de sus operaciones ha causado el desastre en la tropa de Valiente que tanto daño estaba haciendo en nuestro país. Cuenca, 7 de mayo de 1.874.

Firmado, el brigadier Carbayo."

El 25 de abril fijaron la marcha los dos infantes, don Alfonso y doña María de las Nieves para regresar a España y cruzar la frontera francesa. Según cuenta ella en sus Memorias (32):

- A las cuatro de la mañana del domingo día 26 de abril de 1874, segundo aniversario de nuestra boda, llegamos a Ayres e inmediatamente, mi esposo escribió al jefe del batallón de Zuavos, nuestros queridos Zuavos, con su capitán Giner, que había sustituido al malogrado Wils, para que se hallara el 27 de este mes en Picazón, frontera francesa esperándonos y asegurarnos nuestro regreso. Estuvimos en una casa llamada Casa Puig, ocultos todo el día para no ser descubiertos, ya que había muchos cipayos merodeando por todo Puigcerdá. Por la noche con dos mulas y el guía Moliner, nos trasladamos sin ser descubiertos hasta el camino. Sin embargo, unos cipayos nos vieron y comenzaron a decir "qui avança es mort", mientras nosotros corríamos y los zuavos nos defendían

con sus disparos. Nos salvamos de la muerte por suerte. Salimos descalzos, sin alimento suficiente, sin apenas ropa, pero vivos y con un grupo de Zuavos dirigidos por Pío Lazarini, llegamos sanos y salvos a Ribas, el 27 de abril.

Este Pío Lazarini era un aristócrata austriaco muy valiente. Había servido en la defensa de Roma siendo sargento de los pontificios, pasando luego a España para servir de alférez de los zuavos carlistas de mi esposo. Fue su ayudante más experimentado.

En ese momento, mi esposo Alfonso escribió una carta para ordenar la nueva reafirmación del Ejército del Centro, pero conjuntamente con el de Cataluña, reino de Valencia y Aragón. Volvía retomar su mando y empezaba nuevamente a pensar en la zona Centro, sin dejar de lado Aragón y Valencia.

Curiosamente, para aquellos días del mes de abril, una vez que don Alfonso fue nombrado comandante en jefe del Centro, el propio general Palacios, haciéndose eco de ese feliz nombramiento, le mandaba una carta donde le decía:

“Como acabo de decir, el batallón primero de Cuenca, fuerte de setecientos hombres, con toda la gente que la dicha provincia tiene y cuarenta caballos la mando a su terreno para extender la guerra y llamar la atención del enemigo, así como para cortar las vías férreas y esperar hasta cerca de la provincia de Madrid. Estos de Cuenca son gente ruda, pero muy valiente, saber atacar y defenderse en las montañas, donde han estado acostumbrados siempre y son leales a la Causa.”

Lo cuenta el general Palacios como si esta idea fuese suya, sin embargo fue el propio infante, hacía algún tiempo, el que había recomendado a sus subordinados reunir a la gente de Cuenca, organizarla, crear un batallón y establecer su centro de operaciones en su propia Tierra. Tuvo luego Alfonso que hacerlo él mismo cuando llegó al Centro, poniendo al frente de esta fuerza a su buen amigo el brigadier Villalaín, soldado experimentado por haber mandado antes un batallón en la zona aragonesa –regiones orográficamente parecidas, y un poco antes de que Marco de Bello se hubiese metido por medio.

Por aquellos días de abril de 1874, la capital conquense siguió, a pesar de sus escasas fuerzas, haciendo los preparativos que podía para asegurarse en todo lo posible, su mejor defensa. Además de vigilar sus puntos fortificados, trataba de mantener una estrecha vigilancia de las puertas de entrada, controlar perfectamente la apertura y cierre de las mismas por la noche, y de mantener a la población en constante estado de alerta a lo largo del desarrollo de sus actividades normales de comercio y trabajo.

El ayuntamiento emitía de vez en cuando comunicados de precaución y defensa. La comandancia militar de la provincia realizaba constantes envíos de enlaces para estar siempre informada de los movimientos de las tropas carlistas.

Los recursos municipales, siempre escasos, se destinaban a mejorar aspectos de defensa. A finales de abril se elevaba un expediente de subasta para la construcción de 150 botes de lata para metralla de los cañones que había destinados en los puntos fortificados de defensa de la ciudad. Este expediente se libraba a favor del latonero Andrés Llanos por valor de 75 pesetas en total, a 50 céntimos cada bote de metralla. Con ellos se completaba la deficiencia de metralla de los diferentes cañones.

(33)

Por otro lado, la Comisión de la Milicia Nacional de la ciudad estableció un proyecto de organización de la misma, solicitando el alistamiento de los jóvenes de

18 a 45 años de edad y así formar tres compañías de milicianos, una en cada distrito de la ciudad, con dos secciones, una de artillería y otra, de obreros bomberos, cuya misión era reforzar y complementar la estructura militar defensiva de la ciudad, que, como sabemos, no era suficiente.

La comandancia militar de Cuenca (34) y la provincia emitía un comunicado el día 3 de mayo de este año, para que la población militar y civil festejase con los actos que se estimasen oportunos, al igual que músicas y otras algarabías, por las victorias del ejército del Norte y de las fuerzas del ejército del Centro, frente a las tropas carlistas. Con ello, se reconocía el último triunfo obtenido por Carbayo contra Valiente en el puerto de Monsaete.

El alcalde, por entonces de la ciudad, don Hilario Lozano Serrano (35), dispuso que se colocase una iluminación especial en toda la ciudad la noche del día 3 de mayo, desde el anochecer hasta el amanecer, e incluso, obligando a todos los vecinos a hacer lo mismo con sus fachadas.

El edificio de San Pablo seguía cumpliendo su función de Almacén de Bagajes, donde quedaban guardados y custodiados todo el material de guerra, abastecimiento y carga, como también los animales de avituallamiento, necesarios para los diferentes recorridos que realizaban los destacamentos de vigilancia y persecución a las partidas carlistas. A tal fin, había una serie de personas encargadas de su custodia y reposición. Este edificio perteneciente al Obispado, había sido cedido en su momento por el Sr. Obispo de la Diócesis para servir de depósito a la Compañía de Bagajeros, mandada por el brigada D. Emilio Calleja, desde el 3 al 10 de mayo de 1.874.

Estos bagajeros provocaban de vez en cuando, desperfectos de uso, y el Fondo municipal se encargaba de sus reparaciones y gastos. En este periodo sumaron 91,50 pesetas los gastos de arreglo, aunque al descontarle los beneficios obtenidos de la venta de basura que ascendía a 25 pesetas, dejaba los gastos en 66,50 pesetas a sufragar por la Tesorería municipal.

Curiosamente, hay documentada también una carta de un oficial de la Columna del brigadier Calleja, concretamente el teniente del Batallón de la Reserva de Ávila, don Francisco Granja, que había actuado en la batalla de Monsaete del 2 de mayo, contra las tropas del cabecilla Valiente, y que, después de tal acontecimiento, trajo a guardar unas mulas de su propiedad al almacén de bagajes de San Pablo. Sin embargo, la mala situación económica por la que atravesaba al fallecer su esposa y tener que cuidar a sus tres hijos, sin más recurso familiar que dos pequeños huertos en el Huécar, le obligó a solicitar aquellas mulas de su propiedad que había dejado requisadas en el citado almacén. Cuando llegó al mismo, no encontró a los animales e hizo una solicitud formal a los responsables gubernamentales (36): *“Por lo que requiere al Gobierno militar de la provincia con carácter urgente, se le reponga de las citadas mulas, o se le abone su costo, por ser de su propiedad y necesitarlas.”*

Después del suceso de Monsaete, las tropas carlistas que se encontraban por esta zona quedaron desconexionadas. Los soldados de la partida de Valiente que pudieron huir de la cruel batalla, llegaron hasta Cañete, donde se encontraba De Bello y otros cabecillas con 4.600 infantes, amenazando a la capital con que se hallaba bastante desguarnecida, al haber salido la escasa tropa en busca de Valiente. Allí, se unieron a aquellas tropas. Pero, Calleja, enterado de las pretensiones de estos jefes, marchó rápidamente hacia la capital para defenderla, avisando para que

hiciera lo mismo, el brigadier La Iglesia que se encontraba en Cañamares el día 5 de mayo. Al enterarse Marco de la concentración de fuerzas en Cuenca, decidió abandonar sus propósitos, saliendo de la provincia de Cuenca y dirigiéndose hacia Valencia por el Rincón de Ademuz.

Con la llegada de Carbayo, Cuenca recibía el mayor contingente de tropas del gobierno que jamás había tenido en el desarrollo del conflicto. Juntos los tres jefes, se decidió que fuera La Iglesia quién ocupase el Gobierno militar de la provincia, en sustitución de Carbayo, mientras Calleja entregaba los 29 prisioneros, armas y caballos incautados en la batalla de Monsaete y marchaba en dirección a Albacete siguiendo las órdenes del mando central, para cambiar dos piezas de artillería de 8 centímetros que llevaba por otras Plasencia y desde allí marchar con sus dos compañías del batallón reserva a Madrid.

Con ello, quedaban en Cuenca, 360 infantes y 60 caballos, que volvía a ser nuevamente fuerza escasa para asegurar su defensa, teniendo en cuenta que las partidas de merodeaban por los límites de la provincia con Valencia y además, sabiendo que Valiente había conseguido reconstruir su tropa con 500 nuevos infantes. Una de sus secciones, concretamente la que dirigía Pechuán, había recogido soldados dispersos y actuaba por los contornos de Beteta, amparándose en su fortaleza y las fragosidades de la sierra, con sus 100 hombres y los 300 que llegaron desde Guadalajara, a pesar de que el gobernador de Guadalajara intentaba desde Cifuentes y Molina evitarlo. (37)

Mientras estos acontecimientos estaban sucediendo en los partidos de Sigüenza y Molina, además de las tierras altas de la Sierra de Cuenca, seguían en pie los rumores que hablaban de una posible toma de Cuenca. En algunas ocasiones, eran noticias sin fundamento, como los producidos el 18 de mayo por medio de telegramas alarmantes dirigidos por varios alcaldes de pueblos situados en los confines de Ciudad Real, que indicaban la presencia en Las Pedroñeras y Belmonte de una nutrida facción, cuya fuerza se hacía ascender a unos cuatro mil soldados, añadiendo que gran número de familias huían a su aproximación; noticias que por ser reiteradas con muchos detalles y apariencia de ser reales, obligaban al Ministro de la Guerra a poner en movimiento a la brigada Calleja, que estaba en Albacete por esos momentos. Les obligó a marchar hacia Villarrobledo donde no encontraron ninguna partida ni resto de que hubiera pasado por allí. Igualmente, los rumores saltaban por la comarca de Tarancón y Huete, sin poder encontrar rastro de ella; y una tercera, andaba por las tierras de Cañete, exigiendo contribuciones en nombre de la Comandancia Carlista de esa población. Ciertamente es, que en esta parte de nuestra provincia sí fue muy común encontrar movimientos de diferentes partidas, destacando la citada de Francisco Julián, digna de atención por su elevado número de participantes, unos ochocientos, que junto a la de Agapito García, dominaban este territorio.

Curiosamente, la de Julián actuará por los límites de Guadalajara hacia Poveda de la Sierra y Beteta, siendo la más activa por aquellos años.

El 31 de mayo llegaría a la capital conquense el brigadier La Iglesia con las fuerzas que le acompañaban desde Guadalajara. Su principal atención era, por entonces, apoyar el ingreso en caja de los reclutas, operación que se hacía con gran lentitud y no pequeñas dificultades, como consecuencia de la carencia de personal para abastecerla. Como eran pocos los voluntarios adscritos a la tropa de defensa de la ciudad, desde Madrid se le

enviaría un escuadrón provisional de carabineros, quienes junto, a las cuatro compañías de infantería, la guardia civil y algunos caballos del regimiento de España, pudo destinar fuerzas a tal objeto y proteger la cobranza de contribuciones, muy desatendida en tiempos atrás (38).

Organizó este servicio destacando tres reducidas comunas que recorrerían los partidos de la capital, Priego y Cañete, en el último de los cuales, fue donde encontraría mayor obstáculos como consecuencia de haber partidas carlistas merodeando por toda la zona. El brigadier La Iglesia fue nombrado gobernador militar de la plaza, capital y provincia, encargado de organizar el control de todas las comarcas, obligado a cortar los vuelos de las tropas que, desde Chelva, procuraban hostigar las comarcas limítrofes a Valencia. En cierta ocasión, salió de Cuenca al frente de cien caballos con ánimo de capturar el destacamento que actuaba en Cañete, pero advertido éste, evacuó el pueblo en dirección a Campillos de Sierra sin poder ser alcanzado. Sin embargo, el gobernador de Cuenca les siguió con tesón y alcanzándolos en esta última localidad consiguió apresarles diecisiete hombres. Mientras La Iglesia actuaba por aquí, la brigada de Calleja lo hacía por Mira donde había establecida una comandancia carlista.

Todo el mes de junio era un constante ir y venir de partidas carlistas y tropas liberales de control. Los más audaces llegaron hasta Brihuega y Pastrana, donde el cabecilla Mohón hacía sus correrías llegando incluso hasta los pueblos de Molina. Todos estos movimientos procuraban ser vigilados y controlados desde Cuenca sin conseguirlo. Las fuerzas de la ciudad no eran suficientes a pesar de haber conseguido aglutinar un importante número de voluntarios.

En la mitad del mes de junio, el jefe carlista Francisco Julián sustituyó a Valiente en el mando del batallón de Cuenca y uniendo los hombres de Pechuán y los de Lázaro, consiguió aglutinar una brigada formada por reclutas de la comarca de Moya, Cañete y Priego, decidiendo entrar en la provincia de Guadalajara en busca de nuevos recursos para afrontar con éxito el ataque a Cuenca más tarde. A pesar de los éxitos de reclutamiento, no pudieron conseguir sus propósitos de recaudación, al ser perseguidos por las fuerzas de la provincia alcarreña, teniendo que regresar y volver a refugiarse en el fuerte de Beteta.

Enterado de todos los movimientos carlistas, el comandante La Iglesia desde Cuenca va a intentar atacar por sorpresa al carlista Julián en Beteta con las compañías de Toledo. Pasando por Buenache de la Sierra el 16, llegaba a Tragacete el día 17 de mayo donde descansó. Sin apenas darle tiempo a la tropa, aceleró la marcha y en una jornada de trece horas llegaba de improviso a Beteta, por la parte posterior de la población e intentando ascender al castillo con el mayor sigilo y en un alarde de estrategia militar extraordinaria. Sin embargo, cual no sería su sorpresa cuando, al llegar arriba los doce hombres que escalaron el lienzo rocoso, no hallaron ningún carlista. No había ningún soldado, ni defendiendo la fortaleza, ni en la población, cuyos habitantes asustados se encontraban dentro de sus casas con las puertas y ventanas cerradas, en premonición de lo que creían iba a suceder. Julián, como buen estratega militar del ejército carlista, había colocado tres vigías en puntos destacados y bien situados, para conseguir dar a conocer cualquier movimiento sospechoso de las fuerzas del gobierno. Estos habían conseguido avisar por medio de señales de humo a su destacamento que, a pesar de doblar en número a las fuerzas que llegaban, decidió marchar hacia Molina de Aragón por Cueva del Hierro.

El Ministerio del ejército (39) había determinado que la columna Pons se pusiera a las órdenes del comandante general de Cuenca, quien al tener noticia de tal disposición cuando regresa la capital, le contestaba a dicha autoridad superior:

"Si en lo sucesivo puedo contar con las fuerzas de la provincia de Guadalajara, me prometo destruir la facción de Julián, o, por lo menos, reducirla a corto número de carlistas, porque se compone en su mayoría de gente de esta provincia que si se ve obligada a salir de ella, volver a sus casas. Me atrevo a llamar la superior atención de V. E. sobre la escasísima fuerza de que dispongo. En los confines con Valencia, hacia la parte de Cañete y Chelva, se halla casi siempre el cabecilla Monet, que manda una fuerza ocho veces mayor que la mía. Pienso, sin embargo, hacer una expedición a aquellos pueblos, pero no podré ser más que una correría, a fin de no tener un encuentro en condiciones desventajosas con la indicada partida."

Por tanto, comprendiendo las dificultades de dar alcance al grupo carlista, y estando Guadalajara desguarnecida y expuesta a ser invadida por el grupo que dirigía Marco de Bello, que el día 20 se encontraba en Alhama de Aragón, el Ministerio dio una contraorden para que Pons, en lugar de reunirse con La Iglesia, se encaminase hacia la capital alcarreña para defenderla del posible ataque. Se encontraba en Beteta cuando recibió la orden, y desde allí, se encaminó por Molina hacia Guadalajara.

Varios días después, y una vez que Bello desistió de atacar la ciudad, el brigadier La Iglesia que había entrado para apoyar a Pons, el día 27, volvió a marchar nuevamente y esta vez, en dirección a Madrid por ferrocarril, menos una compañía de ingenieros que se quedaría en Sigüenza para seguir con las obras de su castillo. Quedaba solamente en Guadalajara la fuerza habitual y 200 caballos del depósito de instrucción que formaron parte de la columna de Pons, algunos de los cuales recorrían los pueblos, donde el orden público había sido alterado con motivo de los anuncios que circularon de un próximo levantamiento carlista.

Mientras tanto, en la provincia de Cuenca seguían merodeando algunas partidas por las comarcas próximas al cuartel general de Chelva, e incluso, en los confines de Ciudad Real, como las noticias que llegaban indicando la presencia de carlistas en las Pedroñeras y Belmonte, en un número elevado de fuerzas, aproximadamente de unos 4.000 hombres y que, obligaba a la brigada Calleja establecida en Albacete a estar en constante estado de alerta. Sin embargo, dicha partida no fue encontrada por las tropas del gobierno y ello hace suponer de la falsedad de su existencia.

Otras veces las alarmas venían de las correrías de algunas partidas de escaso número que operaban por los distritos de Huete y de Tarancón y de otra, algo más importante, que actuaba por la comarca de Cañete, teniendo en ese punto su cuartel general gracias a la fortificación que presentaba la población. Entre todas ellas, destacaban dos grupos. Una era la de Agapito García, que andaba por los alrededores de Cuenca recaudando contribuciones, y la otra, la ya conocida de Francisco Julián, digna de mayor atención por contar con 800 hombres, los cuales, al disgregarse del grupo de Marco de Bello, cuando éste marchó a Cantavieja, caminaron por los límites de Guadalajara en la zona de Poveda de la Sierra y Beteta, después de haber estado algunos días en la zona norte de Cañete. (40)

El 31 de mayo llegaba las tropas de La Iglesia a la capital conquense con la finalidad de apoyar las cajas de los reclutas, operación que se hacía con mucha lentitud y ciertas dificultades, necesitando incluso, más tropas para realizar su cometido, por lo que desde Madrid hubo que enviar un escuadrón de carabineros para su organización.

Durante bastante tiempo estuvo aquí este brigadier para reorganizar la defensa y la estructura militar de la provincia, constituyendo tres grupos de actuación, cuya misión era recorrer los partidos de Priego, Cuenca y Cañete, siendo en este último donde mayores obstáculos encontraría, porque al pasar por allí Francisco Julián, había dejado establecidas comandancias militares, que extendiendo su acción por gran número de pueblos contrarrestaban los esfuerzos de las autoridades.

Para intentar cortar la acción de estas partidas, el comandante militar salió de Cuenca con 100 caballos hacia Cañete para conseguir capturar al cabecilla. Pero, enterado éste de la llegada de la caballería, por los buenos enlaces que tenía, consiguió evacuar el pueblo y llegar hasta Campillos Sierra donde fue alcanzado por La Iglesia y en un fuerte encuentro en las calles de la población, donde fueron heridos algunos paisanos, capturó a 17 soldados carlistas, dos caballos y armas con las que regresó hasta Cuenca.

Las acciones de las partidas carlistas continuaban a pesar de las persecuciones a que se veían expuestas durante los últimos meses. La zona de nuestra sierra era un terreno muy propicio para actuar y poder esconderse a la vez. Por otro lado, las fragosidades del terreno eran siempre un duro obstáculo que nunca querían afrontar las tropas del gobierno.

En el mes de junio el cabecilla Monet desde Ademuz, exigía fuertes contribuciones a los alcaldes de las poblaciones próximas. El día 16 solicitaba de las autoridades de Cañete, 30.000 raciones de pan para sus hombres, anunciando que las recogería cuando pasase por allí el día 19. Sin embargo, no podría realizar tal movimiento, excepto un batallón de su tropa que, desde Fuentelespino de Moya intentó conseguir las raciones, pero que no pudo conseguir al llegar un destacamento de guardias civiles a la zona.(41)

El mes de junio fue de plena actividad carlista. Las tropas de don Alfonso y doña Blanca (42) recorrieron las tierras de Valencia, Castellón y Cataluña. Por Ulldecona, donde se encontraron con Carlos VI, conde de Montemolín, su tío; después, su llegada a la ciudad de Vinaroz –ese paraíso del mar, según habían relatado otros carlistas y en la que vivían muchos liberales-; la preparación y ataque a Castellón; el recibimiento entusiasta en, Benicarló; la discutida propuesta de Intendente General para Marco de Bello y los enfrentamientos entre otros mandos carlistas, todo en ese mes de junio intenso.

Curiosamente, en aquellos primeros días de junio, don Alfonso llamó a su lado al brigadier Ángel Villalaín, uno de sus más fieles seguidores. Hacía un tiempo que había sido nombrado por la Junta directiva de frontera, Comandante General de Cuenca y Guadalajara y de algunos distritos de Aragón, mandando una gran fuerza en Castilla la Nueva, habiéndose distinguido en numerosas acciones. Sin embargo, seguía el enfrentamiento entre él y el general Marco de Bello. Sucedió entonces, que el propio Marco engañó a Villalaín y pidiendo que se entrevistara con él en Cantavieja, lo apresó

y lo tuvo allí un tiempo hasta que se enteró el propio infante, quien en un par de días mandó su liberación y amonestó al propio Marco.

Cucala, desde su herida en aquella refriega por Minglanilla estaba enfermo, mientras su hijo Sebastián se había encargado de las tropas de su padre. Sebastián Cucala, el cronista Violet y el comandante Martín, habían llevado a cabo la famosa batalla de Lucerna.

Toda la zona valenciana estaba en armas en estos últimos días del mes de junio. Además, las acciones seguían en todo el Maestrazgo, concretamente en Cantavieja, Segorbe, Alcublas, Villar del Arzobispo, incluso llegaban hasta el cuartel general en Chelva. Era un constante ir y venir entre las tropas carlistas y las liberales en su intento de persecución. Provocaciones constantes, escarceos, estrategias de desgaste, alguna refriega y movimientos de despiste. Los devaneos entre los mandos seguían siendo un grave problema para el infante don Alfonso. Pues constantes eran, entre el general Freixas, Corredor, el general Palacios, el mariscal Lizárraga, Marco de Bello, Villalaín, el teniente coronel José Pascual, y otros, en ese querer y no poder, como jefes de sus dominios o como jefes subordinados.

Mientras Cataluña y las zonas del País Vasco estaban controladas por las tropas del propio pretendiente Carlos VII y, sobre todo, con el mando de Savalls y Tristany, éste último mariscal de campo y miembro del consejo privado del rey legitimista.

En el Centro, sin embargo, se acusaba demasiado la descoordinación. El ejército liberal estaba confiado al Brigadier Calleja, el mismo que ya había dado muestras de grandes dotes estratégicas en el comentado enfrentamiento por tierras de Cuenca, unas semanas antes. Mientras, don Alfonso y doña Blanca tuvieron la duda de atacar Requena o continuar la lucha hacia el interior de la Meseta.

Viendo que el ataque a Requena podía ser un intento fallido por carecer de la tropa necesaria, decidieron caer sobre Teruel y Cuenca, según les favoreciesen las circunstancias para ir a una u otra ciudad. Querían demostrar a su hermano y al propio Consejo del Rey carlista, que en esta zona seguían ejecutando acciones brillantes y hacía tiempo que no habían podido demostrarlo.

El martes 23 de junio emprendieron la marcha hacia el interior, siendo las dos y media de la tarde, llevando los tres batallones de Valencia, los dos que mandaba Belda, el de Cuenca que era muy escaso de tropa en aquellos meses, y los Zuavos; como caballería llevaban el quinto Escuadrón de Cataluña, su pequeña escolta y una fuerza de caballería de Valencia. Se dirigieron hacia Aras de Alpuente, por un terreno muy árido, completamente montañoso, con piedras y rocas encontrando caminos sin apenas vegetación alguna.

En sus apuntes de campaña, doña Blanca (42) nos cuenta esa marcha y sus consecuencias.

- De tanto en tanto encaramado entre las rocas y distinguiéndose a expensas de ellas la piedra, se apercibían algunos míseros pueblos, y mi pregunta era siempre la misma en estas condiciones, ¿sentirán estas gentes la necesidad de alimentarse como habitantes de aquellas tristes chozas, igual que los demás seres humanos y de qué lo harán?

Llegamos a un estrecho valle, donde se juntan las tres regiones de Valencia, Aragón y Castilla. Pasamos después por tierras más ricas en cultivo y luego otra vez, campos sin casi vegetación. El primer pueblo que nos encontramos, ya de

Castilla, se llamaba Santa Cruz de Moya. Estaba en un lindo valle y con mucha vegetación, sin embargo pasamos al lado y no lo tocamos. Llegamos por la tarde a Aras del Alpuente, zona de Valencia, todavía un terreno más árido y triste. Continuamos largas jornadas y el sol despiadadamente echó sus rayos ardientes sin encontrar una gota de agua a lo largo de mucho trecho. Las gentes vivían en especies de cuevas y se podría decir que son almas en pena, que Dios puso allí para expiar sus pecados en estos sitios de desconsuelo. Qué gran diferencia entre esta mísera zona y Cataluña, con sus grandes pueblos. Después de día y medio llegamos a Casas Bajas y al lado Casas Altas, donde hay buena vegetación y cerezas, muchas cerezas que sus habitantes nos ofrecían a pesar de estar ellos muertos de hambre. ¡Qué bondad la de aquella gente! Me dí cuenta de cómo nuestros soldados del Centro estaban también mal alimentados y era por descuido de sus jefes. Este desorden en los Ejércitos de Valencia y el Maestrazgo, no se daba en Cataluña.

Las tropas marcharon hacia Ademuz, allí se descansó y don Alfonso esperó a recibir noticias sobre la situación y movimientos del enemigo, para así decidir el ataque a Cuenca o a Teruel. Después de larga deliberación pensaron dar la preferencia a Cuenca y un poco antes de acostarse, el propio infante le decía en oración a su esposa:

“Ruego a Dios nos conceda una u otra empresa porque necesitamos dar un golpe de importancia; pero sobre todo no hacer lo que otros, es decir, pasarse a derecha e izquierda sin hacer nada.”

A las tres de la mañana don Alfonso mandó buscar a su apreciado amigo Villalaín y éste acababa de recibir noticias de las tropas enemigas, entendiendo que estaban más cerca de Cuenca, por lo que se cambiaron los planes previstos, decidiendo atacar Teruel. Iniciaron su marcha, desde Torrebaja, a Libros después de pasar por estrechos y cauces del río Guadalaviar. De Libros a Villel donde descansó la tropa carlista. Los soldados estaban demasiado cansados y antes de decidir pernoctar allí, muchos de los jinetes se echaron al suelo y se quedaron dormidos apoyados en las paredes de las calles de aquella población.

A las dos de la mañana se encontraban al lado de Teruel, viendo las escasas luces que a esas horas tenía la ciudad. Según el plan previsto había que atacar por la zona del cementerio, sin embargo, los guías equivocarían el sitio, aunque Don Alfonso decidió atacar sin esperar a modificar el plan. Sin embargo, la equivocación les despistó y les hizo vadear varias veces el río seco que limita la ciudad. Cuando se dieron cuenta, el ejército estaba cansado y había amanecido. Ahora, tenían Teruel a su derecha. El plan de don Alfonso había fracasado, por lo que hubo que esperar a realizar una nueva decisión de ataque.

Las tropas carlistas se encontraban al lado de pueblos desconocidos, como eran Tartajada y Guillenas (43). Por otro lado, los defensores de Teruel ya no fueron sorprendido porque desde las casas y la parte fortificada de la ciudad estaban viendo a los carlistas, tanto las boinas rojas como el resplandor de sus bayonetas. Habían sido descubiertos.

Los escasos cañones de la ciudad comenzaron a detonar y una parte de la infantería liberal de la ciudad salió a atacar a las fuerzas de don Alfonso, cerca de la muralla. En ese primer enfrentamiento falleció el comandante de las fuerzas carlistas que atacaron

en primer lugar. El primo de Don Alfonso, Don Alberto de Borbón, tomó las riendas de ese escuadrón y logró sacarlos sin ninguna baja más.

El ejército carlista decidió abandonar el ataque y girar su rumbo. Marcharon por tierras montañosas, con escasos recursos alimentación y pocos lugares de descanso. Cuenta el propio Don Alfonso como: “viendo aquellos montes y sin aldea ninguna, estando tan cansando, me eché encima de un romero y me encontraba como en una cama mueble. Descansé un buen rato.”

En aquellos días del mes de junio, seguían los enfrentamientos entre los mandos militares carlistas. Don Alfonso era incapaz de conseguir unirlos a la Causa y a la coordinación para que la guerra pudiera ser un éxito. Marco de Bello, intransigente y orgulloso no cedía en sus pretensiones de aceptar a Villalaín y de obedecer las órdenes del infante que quería que doscientos hombres de Marco engrosasen la Brigada de Villalaín –demasiado escasa- encargada del control de Cuenca y Guadalajara. Por otro lado, seguían los problemas en las otras zonas, tales como Valencia y Cataluña.

Desde Cedillas llegaron a Alcalá de la Selva el 27 de junio de 1874. (44) Era un bello pueblo encaramado en la montaña y con fácil defensa. El coronel Tomás Segarra estaba en Mora de Rubielos después de escapar de las tropas enemigas en La Tesa. La brigada de Calleja seguía persiguiendo a las tropas carlistas y obligándoles a cambiar varias veces de rumbo. Cerca se encontraban los dos batallones del general carlista Palacios.

Desde Santa Cruz de Moya, les advertían los carlistas allí afincados que las tropas del General liberal Montenegro se acercaban desde Abejuela; sin embargo, don Alfonso consiguió unificar todas las tropas, añadiéndole además quinientos cuarenta y nueve caballos que el brigadier carlista Herranz le había traído desde Linares. Marco, por otra parte también se le incorporaba el 27 de ese mes. El propio Herranz le comentó al infante que tenía un número de oficiales que formaban el llamado Escuadrón Sagrado, que no tenían tropa a la que mandar y que necesitaba colocarlos en el ejército. Herranz tenía la intención de formar un octavo escuadrón con gente de Valencia y con fuerzas mandadas por el teniente coronel Polo. No pudo conseguirlo.

Cuando don Alfonso llegaba a Fontanete le esperaba el general Marco con su caballería, compuesta en gran parte por yeguas, algo poco usual y además con grave inconveniente según manifestaba doña Blanca:

- Las monturas de su Estado mayor son del sexo femenino-yeguas- y esto produjo una revolución entre nuestros caballos (todos enteros) y justo a la entrada de la población donde hay que pararse. Como encima la vecindad no es muy agradable y el relincho constante de los caballos exacerbó todavía más a la gente. Hubo que tomar medidas.

Desde allí marcharon a Cantavieja, en pleno corazón del Maestrazgo, y allí descansaron. Sigue contando doña Blanca:

- Cantavieja era un lugar precioso. Hay una escuela de cadetes, un hospital, unos adecuados rincones para el descanso, igual que le sucede a Chelva. Nuestro alojamiento es grande y allí se reunió mi esposo con Marco, que amaba profundamente este lugar, para organizar un nuevo ataque a Teruel. Pidió uniformes para mejorar a la tropa. Después utilizó la táctica y mandó los tres batallones valencianos comandados por Cortés para Chelva y otros dos batallones del Maestrazgo con el jefe Belda hacia Segorbe, para así despistar a

los liberales que estaban resguardando Teruel, igualmente a las tropas de Calleja y les dejase vía libre para reiniciar el segundo ataque a Teruel.

El 3 de julio de este mismo año, el ejército carlista dirigido por don Alfonso se volvió a presentar en Teruel. Aquel ataque no produjo el efecto deseado. Como nos dice Herrando (45) en la campaña carlista:

“Por desgracia o por equivocación, no se dio las órdenes a las compañías que estaban dentro de la plaza, y aisladas y cortadas enseguida por el enemigo, se defendieron bravamente hasta la madrugada en que, viéndose sin salida posible, tuvieron que rendirse. Aquél revés provocó la destitución del general Marco de Bello, el cual fue sustituido por el brigadier Gamundi.”

En el ataque, las tropas comandadas por el propio infante se acantonaron con vistas a iniciar el asalto a la ciudad. Las tropas que había en su interior no estaban preparadas para el ataque y el mismo que tenía que ser rápido y por sorpresa. Así determinó el infante y así dio las órdenes oportunas a su fiel brigadier Villalaín. Cuando se iba a producir el ataque y, según lo planeado, las tropas de Marco, venidas desde Aragón, debían actuar a la vez, no aparecieron.

El asalto volvió a ser un nuevo fracaso al no coordinarse el ataque. La negativa de Marco no se pudo demostrar, pero lo cierto es que la ayuda de sus tropas por el flanco norte no se llevó a cabo y don Alfonso tuvo que desistir por segunda vez de su ataque a la ciudad de Teruel, retirándose nuevamente a su comandancia de Alcalá de la Selva.

La Orden General (46) del 5 de julio de 1874 dada en Alcalá de la Selva donde había quedado el infante como cuartel general provisional decía claramente:

“Para llamar la atención de la columna enemiga Montenegro, y atraerla a las buenas posiciones ente Segorbe y Teruel, donde le aguardaban los batallones valencianos con objeto de batirla, quise atacar a la segunda de dichas ciudades.

Cuando por vuestro valor y heroísmo ya se habían apoderado nuestras armas de parte de la población y a las pocas horas debía ser nuestra toda ella, contra mis órdenes terminantes, y abandonando a los que ya habían dentro, se retiró vergonzosamente el general Marco, encargado de la operación, y tuve que mandar retirar, para no sacrificarle inútilmente, al brigadier Villalaín que, con el primer batallón de Cuenca, atacaba el centro.

Como general en Jefe y usando de las facultades de que me hallo investido por S.M. el Rey, mi augusto hermano, vengo a destituir al general Marco de Bello del cargo de Comandante general interino de Aragón, a cuyo puesto vendrá en breve el brigadier Gamundi; y al mismo tiempo encargo interinamente del mando de la división de Aragón al coronel Pallés.

El general Marco quedó preso y sujeto a un Consejo de Guerra. Igualmente se procederá con los jefes y oficiales que no se han mostrados dignos de la causa que defienden. El infante general en jefe, Alfonso de Borbón y Austria.”

Sin embargo, el general Marco sufrió el citado Consejo de guerra y la sentencia, curiosamente, le resultaría favorable. Se llevó a cabo el proceso el 1 de febrero de 1875. Fue una audiencia sin mucho protocolo solemne, más bien, un acto judicial tranquilo y respetuoso. Entre los jueces militares había una gran imparcialidad, pretendida sin duda por el propio Carlos VII, quien siempre había tenido alta confianza en sus generales, especialmente en los responsables de Cataluña y Aragón. El propio infante no quería

tampoco desanimar a su hermano, atendiendo desde el primer momento sus decisiones. Quizás esta era una prueba más del desánimo que, a partir de ese momento, empezó a cundir en la pareja de infantes, los cuales al poco tiempo, iban a desistir de seguir en la Causa carlista. Para Alfonso, la decisión de retirar el mando a Marco fue dura y muy reflexionada, a pesar de que ya había habido motivos anteriormente para haberlo podido hacer. Sin embargo, lo pensó mucho por lo que ello podía suponer, pero fiel a su convicción y a su dignidad creyó conveniente hacerlo, para mantener la moral de su tropa, llevando a cabo este tipo de ejemplos.

Según los documentos del Archivo carlista (47), *“se declaró que el proceso que se había formado al general Marco de Bello, no podía afectar lo más mínimo a su honra y reputación militar y por ello, no debía de servir de nota desfavorable a su Hoja de Servicios. La buena labor realizada por la Causa carlista a lo largo de muchos años y sus éxitos en la región aragonesa era un buen aval que debía de quedar impune a pesar de las decisiones del infante Don Alfonso.”*

Curiosamente hay una comunicación enviada desde la localidad castellonense de Burriana a un periódico, -por parte de un oficial liberal- en fecha incluso posterior a la conquista de la ciudad de Cuenca, ocurrida como veremos más adelante en julio de ese mismo año de 1874 -y que describe La Gaceta- (48), en la que se detalla el número de fuerzas de que se compone el ejército del Centro, con Valencia y Aragón, bajo las órdenes del infante don Alfonso. Esta descripción, bastante ajustada a la realidad y con cierta imparcialidad, nos viene muy bien para comprobar las fuerzas que disponían los carlistas en esta última etapa de conflicto civil y, sobre todo, la relación de cada uno de los oficiales en función de la responsabilidad que ostentaban en los diferentes cuerpos y batallones del propio ejército.

“Llaman los carlistas Ejército Real de Centro y Cataluña al conjunto de facciones de todas las clases que defienden las causa en los distritos de Cataluña, Aragón y Valencia y de los establecimientos e instituciones formados en estos territorios con el objeto de organizar, instruir y proveer aquellas, y contribuir, de cualquier modo que sea, al triunfo de sus armas.

El haber reunido bajo una misma denominación de fuerzas de aquende y allende el Ebro, debe obedecer a la idea de colocarlas bajo el mando de una persona que por su categoría dentro de su partido tenga autoridad suficiente para imponer obediencia a los jefes de partida; y como esto sólo puede conseguirlo, y no sin grandes dificultades, un soldado de su familia real, han necesitado de poner bajo el mando de Don Alfonso Carlos, único individuo de ella que llena la condición de soldado todas las fuerzas del Centro y Cataluña.

Pero esto no pasa de ser una agrupación nominal y política. El Ebro por una parte, y la diferencia de tendencias y afecciones entre los guerrilleros catalanes y valencianos y aragoneses por otra, hacen que las facciones de cada una de las dos regiones que aquel río separa sean en realidad independientes entre sí, respecto a sus operaciones militares.

En consecuencia los ejércitos que las combaten son también distintos y nunca tiene ocasión de operar combinados para algún fin común; a ellos, como a los carlistas, les separan razones geográficas y militares, que exigen la total independencia de sus planes y objeto.

Así es que, a pesar de la denominación oficial que dan nuestros enemigos a sus fuerzas de estos distritos, yo no puedo considerar opuestas a nosotros más que las que tienen en Valencia y Aragón y Centro.

Se dividen en las siguientes:

- *La de Vallés, la mejor organizada de todas, compuesta de unos 1.700 hombres, divididos en dos batallones.*
- *La de Segarra, fuerte, de unos 1.400 hombres, distribuidos también en dos batallones, seguía a la anterior en bondad relativa.*
- *La de Cucala, de unos 2.000 hombres, divididos en tres batallones, mal organizados y disciplinados. Esta fuerza era una reunión de varias partidas, como las de Monet, Valiente, Sierra-Morena, etc.*
- *La de Corredor, compuesta de unos 700 hombres,*
- *La de Polo, poco más o menos como la anterior.*
- *La de Gamundi, formada por unos 2.000 hombres.*
- *La de Madrazo, unos 1.000 hombres.*
- *La de Villalaín, en el Centro, con gente de Cuenca y Guadalajara, con unos 1.000 hombres.*

Don Alfonso trajo consigo, cuando vino a tomar el mando conjunto, del batallón de Zuavos y unos 400 hombres destinados a formar, modificar o completar los cuadros de las fuerzas que se proponía organizar.

Varió las antiguas denominaciones de las partidas y batallones, hizo un cambio casi total en el personal de sus jefes, de los cuales encausó a muchos, y organizó las fuerzas del distrito de Valencia –que son el verdadero núcleo de las que manda y las que parece apreciar más-, en 16 batallones, 10 escuadrones y una batería de montaña.

Estas unidades de fuerza elementales, están agrupadas como sigue:

Escolta de Don Alfonso, dos batallones –uno de ellos es el de Zuavos-, dos escuadrones y la batería de montaña. Total, unos 1.400 infantes, 100 caballos y cuatro cañones.

- *Primera Brigada, destinada a operar hacia Gandesa, a las órdenes del coronel Agramunt, cura de Flix.*
- *Tres batallones, los dos de Vallés y uno de Corredor.*
- *Un escuadrón.*

Total, unos 2.000 infantes y 50 caballos.

- *Segunda Brigada, destinada a operar hacia San Mateo, bajo el mando del teniente coronel Don Juan Ponce de León.*
- *Tres batallones, los dos de Segarra y uno de Sierra- Morena.*
- *Un escuadrón.*

Total, unos 1.800 infantes y 50 caballos.

- *Tercera Brigada, al mando de Pascual Cucala y destinada a operar hacia Castellón.*
- *Tres batallones, los tres de Cucala.*
- *Un escuadrón.*

Total, unos 2.000 infantes y 50 caballos.

- *Cuarta Brigada, al mando del coronel Joaquín Cabane, para operar hacia Segorbe.*
- *Dos batallones de los de Santés.*
- *Un escuadrón.*

Total, unos 1.400 infantes y 50 caballos.

- *Quinta Brigada, mandada por el coronel Don Manuel Monet y encargada*

hacia la comarca de Chelva.

- *Dos batallones, los e Monet.*
- *Dos escuadrones.*

Total, unos 1.600 infantes y 100 caballos.

- *Sexta Brigada, al mando del teniente coronel Don Manuel Lozano, en la provincia de Alicante.*
- *Un batallón de los de Santés.*
- *Dos escuadrones.*

Total, unos 800 infantes y 100 caballos.

Ignoro las modificaciones que en sus nombres y organización hayan sufrido las facciones de Aragón, Cuenca y Guadalajara, pero se que siguen mandados por Gamundi, Villalaín y Madrazo, respectivamente, y que pueden estimarse en unos 4.000 hombres, probablemente repartidos en seis batallones, cuatro escuadrones y una batería rodada que formarán tres brigadas.

Las fuerzas carlistas existentes en los territorios a que el ejército del Centro extiende su acción, consisten en 22 batallones, 14 escuadrones y dos baterías, con una fuerza que no excede de 15.000 infantes, 800 caballos y ocho cañones. Éstos son de bronce, antiguos y el armamento de la infantería cargado por la boca, a excepción de unos 2.000 fusiles, que son de los sistemas Berdan, Remington y de aguja.

Para el cuadro de administración de estas fuerzas existen diversas dependencias de guerra que son las principales:

- *Comandancia General de Valencia, confiada al mariscal de campo, interinamente, Don Francisco Moya.*
- *Comandancia General de Aragón, al cargo también interino del brigadier Pascual Gamundi.*
- *Comandancia General de las provincias de Cuenca y Guadalajara, encomendada, en el mismo concepto de interinidad, al brigadier Don Ángel Villalaín.*
- *Intendencia General del ejército del Centro y Cataluña, establecida en Vistabella y confiada interinamente al mariscal de campo, Don Manuel Salvador Palacios.*
- *Junta clasificadora de jefes y oficiales, presidida por el mariscal de campo D. Cayetano Freixa, y compuesta de las personas siguientes:*
 - *Brigadier Don José Navarrete, vicepresidente.*
 - *Vocales, coronel Don Calixto Cortés; coronel Don Joaquín Nasarre; teniente coronel Don José Galán y Martínez y comandante Don Joaquín Moreno.*
 - *Coronel Don Francisco Díaz Iglesias, secretario primero; capitán Don José Torres, secretario segundo.*
 - *Esta Junta tiene una sección de requisa y reseña de ganado.*

Fracasado el ataque a Teruel, el 12 de julio de 1874, el Ejército Carlista del Centro, dirigido por los infantes de Borbón llegaba a la ciudad de Cuenca con el objetivo de realizar su conquista. Era necesaria ejecutar una gran acción para mantener la moral de la tropa y demostrar que la Causa seguía su noble objetivo de recuperar el trono español. Es muy posible que hubiese varios móviles que ayudasen a decidir a los infantes a tomar la ciudad conquense. Quizás, la proximidad a Madrid y el efecto presionante que

podía provocar en el gobierno realista allí afincado; tal vez, la importante población de filiación carlista o, simplemente, de afinidad, por el carácter católico de la misma; la frustración reciente por haber fracasado en la toma de Teruel; la existencia de una débil presencia de fuerzas defensoras de la ciudad, a pesar, de haber crecido en número con respecto al año anterior y; por último, la necesidad carlista de avituallamiento y recursos económicos que, solo una capital de provincia, aunque fuese pequeña, les podía proporcionar. Necesitaban ¡ya!, dar ese golpe de gracia para manifestar al enemigo que la Causa estaba viva, que Don Carlos conseguiría su objetivo y que, el ejército que dirigía su hermano Don Alfonso estaba cohexionado, bien adiestrado, unido y mantenía la lealtad a su rey.

*“Una cosa es creer que estás en el camino
acertado y otra es pensar que tu camino es el único.*

II

“El Saco de Cuenca”

“El miedo va hasta donde lo inevitable comienza; a partir de ahí, pierde su sentido.”

Cuenca –en aquellos años de la mitad del XIX- era una ciudad provinciana, próxima a Madrid y situada en plena meseta castellana. Elevada en lo alto de una colina, crespón rocoso, parece querer tocar el cielo escarpándose entre sus dolomías maquiavélicas y anclada entre dos ríos: el Huécar y el Júcar, los cuales dibujan perfectas hoces que rodean la ciudad, haciéndola, si cabe, más inaccesible. Está dividida en la llamada “ciudad vieja”, la parte más antigua, dominada por murallas y su derruido alcázar en otros momentos, fortín poderoso, y la parte nueva, dibujada al lado de esa Carretería como calle comercial y eje central del nuevo caserío.

El sol de verano siempre ha caído como un peso plomizo que hiere los nervios de cada arteria de la ciudad; el frío es, en invierno, demasiado riguroso para una población acostumbrada a sufrir fuertes contratiempos, acelerando esas enfermedades comunes de las tierras montañosas.

En la zona vieja, está la ciudad antigua, aquella que conforma la Cuenca fortificada de antaño, dando vida a un largo lienzo amurallado que rodeaba, prácticamente, toda la parte alta. Seis puertas principales y tres postigos dan entrada a la misma, si bien, perfectamente delimitadas y adecuadas para una correcta vigilancia. La puerta del castillo –llamado Arco de Bezudo-, la más alta, da entrada a los caminos que llegan desde Palomera y la alta sierra. Allí, algunas casas de hortelanos, al lado de la muralla o en los llamados hocinos, albergan a familias dedicadas al cultivo de productos del campo; la de San Pablo, al sureste, que comunica con el puente de ese mismo nombre, puente de piedra –en aquellos años-, robusto y elegante, que cruza el Huécar y nos lleva a uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad: el convento de San Pablo, almacén por entonces de las armas y bagajes de la soldada; la puerta de Valencia, al sur, en donde desemboca la salida hacia tierras de levante que se abren a ese mar, un poco lejos de estas tierras de La Meseta, y nos reconduce a uno de los lugares más comunes en el momento descrito, el llamado campo de San Francisco; la puerta del Postigo, al oeste, que conduce a Nohales; la de Madrid o Trinidad, en que termina la carretera de Tarancón y Huete, con puente sobre el Júcar, donde confluyen ambos ríos, y, por último, la de San Juan, al norte en el camino de Embid, quizás la más histórica por leyenda. Los postigos, el de la escalerilla del Gallo o el de San Miguelillo, como los más importantes, dan salida de la ciudad vieja al exterior, y los más pequeños, por ser de menor importancia, estaban tapiados, en algunos casos con puertas aspilleradas.

Como podemos apreciar por esta minuciosa descripción, una ciudad bien hecha para defenderse, casi infranqueable, amurallada en todo su caserío más sublime, la misma que se defendió hasta el engaño contra el cristiano en tiempos musulmanes y, esa ciudad, que le ha dado la naturaleza su propia sabiduría y su encanto.

Curiosamente, la ciudad vieja se puede considerar dividida en tres distritos: el de arriba, comprendido por la Plaza Mayor, con sus callejas y aledaños como Zapaterías, Pilares, San Miguel, etc., las plazuelas de San Martín y de El Carmen, con la bajada al río en el llamado Matadero y esa bajada de San Gil, todas con calles y callejuelas, empinadas, estrechas, comunicando cada uno de los centros principales; el segundo distrito, es el que abarca la plazuela de Santo Domingo, el cerrillo de Santiago y la calle del Peso, añadiéndole el juego de Pelota, la calle de Cordoneros y Palafox; y el tercero o llamado de abajo, comprendería las plazuelas de El Salvador, el Pósito, el Rastro, la Misericordia, las Escuelas y la Ventanilla, con los cerrillos de San Agustín y San Roque.

Las calles que abrigan a Tintes, del Agua, San Martín y algunas otras que van bordeando el río Huécar, estuvieron antaño flanqueadas por robustas murallas, ahora perdidas en gran parte, con algunos muros aspillerados y esas presas de agua que la hacían más vulnerables al ataque de tropas enemigas.

Entre medias de la parte vieja y la nueva, por el lado del Huécar, el barrio de Tiradores, donde artesanos y agricultores viven; mientras que al otro lado, en el Júcar, el barrio extramuros de San Antón, colgado sobre la ladera de ese cerro que firma el Calvario. Barrio pobre que alberga a su patrona la Virgen de la Luz.

Abajo, la separación de la ciudad vieja de la nueva, lo determinaba el parque de San Julián y la Carretería, abierta, sin más obras de defensa que aspilleras en las casas, haciendo de este punto la zona más débil de todo el entramado edificado.

La ciudad se encuentra delimitada por tres importantes cerros elevados. Al norte se encuentra el cerro de su Majestad, a corta distancia del caserío; por el sur, el cerro Socorro, el más alejado, con otro menor que forma parte de su estribación llamado cerro Molina; y al Este el cerro de San Cristóbal y en cuya falda se encuentra el lugar donde se asienta esta ciudad vieja. El terreno es despejado, sin mucha arboleda, con matorrales bajos y de fácil visibilidad. Estos cerros serían –en época de artillería– los puntos de destrucción en caso de asedio por coronar la ciudad y poder ser flanco fácil ante los disparos de sus piezas. Prueba de ello, lo fue el enfrentamiento contra el francés en aquella guerra de la Independencia y lo será, en esta etapa bélica de la historia.

Todas las calles son estrechas, con empinadas cuestas muchas de ellas, el pavimento es de casquijo y entre su caserío, casas poco cuidadas, muchos edificios religiosos que albergan a comunidades de monjas y frailes. Cuenca, desde el siglo XVIII y hasta la primera década del XX, fue una de las ciudades más clericales de España. Como construcciones importantes, está el Seminario, antiguo palacio de los marqueses de Cañete, cerca de esa plaza de la Merced, luego el Instituto de Segunda Enseñanza en la parte más baja, el edificio de Palafox –al lado de la Trinidad–, el Pósito, al lado del Huécar, el matadero en la bajada de San Martín, La Beneficencia, también cerca del Júcar y, casi al lado, el gran edificio del Hospital de Santiago, colocado en lo alto de ese cerrito que lo corona.

Pío Baroja (48 bis) narraba: “El arrabal de Cuenca, formado principalmente por una calle larga a ambos lado del Camino Real se llama Carretería.

La Carretería era progresiva; la ciudad alta era perfectamente reaccionaria, perfectamente triste, estancada, desolada y levítica.

Aquel Belem de nacimiento, vivía con un espíritu de inmovilidad y de muerte.

En el arrabal, se sentía de cuando en cuando alguna agitación; llegaba hasta allí la oleada del mundo, se hablaba, se discutía, se leían gacetas. En el Belem alto no había más agitación que la del aire cuando sonaban las campanas de la catedral, de las iglesias y de los conventos.”

En cuanto a la demografía, a mediados del siglo XIX, la población de la ciudad se aproxima a los 8.000 habitantes, manteniendo la ciudad durante todo este siglo un importante proceso urbanizador, con ciertos altibajos. A partir de 1856 se observa un aumento significativo respecto al de la provincia, bastante despoblada como consecuencia de su baja actividad económica. Sin embargo, y a pesar de este aumento, la ciudad no disponía de una estructura adecuada para albergar ese crecimiento, excepto su actividad maderera, fuente de recursos por aquellos años y generadora del primer tendido ferroviario -que llegaría a partir de 1885-, y las actividades administrativas. Este desarrollo económico en evolución, escaso, apenas iba a permitir que la ciudad abandonase esa fase artesanal regresiva en la que había entrada bastantes años atrás. Cuenca era, prioritariamente, artesanal y agraria.

El ambiente político que presentaba la ciudad durante la época isabelina, un poco antes de esta tercera guerra carlista, se caracteriza desde el punto de vista electoral por la pugna entre progresistas y moderados en un ambiente influido por los caciques y manipulado por funcionarios gubernativos. Cierto era, que Cuenca, como ciudad castellana, pequeña, con escasa economía, anclada en ese caciquismo rural, era una ciudad muy conservadora en muchos de sus aspectos, profundamente católica y fiel a esos principios de fuerte tradición popular. El enfrentamiento nacional entre moderados (donde se habían refugiado algunos absolutistas disidentes) y los liberales progresistas, había provocado un entramado político de cierto convencionalismo y con ideologías confusas. El gobierno isabelino luchaba entre esa dicotomía y los partidarios del carlismo dinástico. Curiosamente, y a pesar de que Cuenca y provincia pudiera ser una de las provincias más católicas y conservadoras del panorama nacional, las figuras más importantes de la política provincial, serían personajes destacados en el mundo cultural y político del momento, incluso algunos de ellos muy implicados en el proceso reformador liberal –desamortizaciones- de la España de la Restauración, tales como Fermín Caballero, José Luis Sartorius, Manuel Bardají, Severo Catalina, e incluso Mendizábal.

“En Cuenca –nos dice Pedro Gómez Martínez, liberal que vivió directamente aquel acontecimiento- había carlistas y liberales en aquellos años. Muchos eran los carlistas, pero eran muchos más los liberales. Teníamos por costumbre pasear por San Francisco, dando vueltas a una magnífica fuente de cuatro caños que allí había. Paseaban, como es natural, carlistas y liberales. Los carlistas hacían ostentación de sus ideas llevando en el ojal una simbólica margarita. Eran contadísimos los días que no había discusiones que terminaban con una cuantas bofetadas, no pocos paños y algún que otro tiro.

Por otro lado –comentaba Juan Álvaro Celada (49), otro conquense liberal-, había una cuadrilla que se le llamaba “partida de la Porra”, gente poco recomendable que se

mezclaba siempre en los jaleos. Todos los días, en cuantas discusiones se suscitan en las tabernas o en las calles, entre carlistas y liberales, aparecía siempre la intervención de alguno de los individuos de esta partida.”

Durante el Sexenio Revolucionario, -con la caída de Isabel II-, los diversos procesos electorales llevados a cabo en la provincia, se efectuaban en general con más limpieza que los anteriores y mediante sufragio universal, mostrando los votantes una creciente inhibición.

Después de la guerra de la Independencia con los fuertes saqueos sufridos por la población frente a las tropas francesas, la ciudad comenzó a ser importante para el gobierno, por su proximidad a Madrid, permitiendo que tuviera una guarnición permanente que le diera seguridad ante los posibles conatos ideológicos que tendría que soportar la historia política española. Sin embargo, suficiente en tiempo de paz, no lo iba a ser tanto, en tiempo de guerra.

Con el primer conflicto carlista, iniciado en los años 1833-34, y su sucesivo desarrollo, la ciudad reforzó su potencial defensivo humano, manteniendo una importante guarnición para poder servir de retén ante los ataques del general Cabrera quien desde su capital de Cantavieja en el Maestrazgo, asediaba constantemente la capital del gobierno isabelino: Madrid. Pasado aquel tiempo, Cuenca queda, casi desprovista, de soldados que pudieran ofrecer seguridad a su población en tiempos de revuelta.

Esta circunstancia será determinante en la primera conquista, que por sorpresa, llevará a cabo el brigadier valenciano Santés, quien –como hemos visto en el capítulo anterior-, con un reducido ejército carlista toma la ciudad sin ningún problema en el año 1873, ante la poca resistencia ofrecida.

En enero de 1887, Ángel Miró Fueneto (50) hizo una publicación personal dedicada a la figura de Don César Ordax Avecilla y en ella relata detalladamente la labor política que este personaje desarrolló durante su estancia en Cuenca.

Después que la capital del Júcar había sufrido el ataque propiciado por el general carlista Santés, el 16 de octubre de 1873 al frente de unos dos mil hombres, saqueando las cajas de la Administración de Hacienda y demás fondos de las corporaciones, requisar todas las armas y municiones y, sin causar daño personal alguno, marchar victorioso de la ciudad, el país y el gobierno republicano se alarmaron y, sobre todo, se indignaron con las autoridades conqueses que, faltas de previsión, no habían sabido evitar tal dura afrenta, ni siquiera intentar defenderse de ese ataque.

Tal es así, que la primera medida tomada por las autoridades españolas, sería la de destituir a su gobernador civil y buscar un hombre apropiado que fuera capaz de *“poner las cosas en su sitio, pues aquella ciudad, situada a escasamente veinte horas de la capital del reino, no tenía una guarnición adecuada, pues solamente unos guardias civiles la podían defender; y por último, era necesario un perfecto control, ya que había, entre sus habitantes, un elevado número de simpatizantes del carlismo y necesitaba una mano dura.”*

El 19 de octubre, reunido el Consejo de Ministros, se decidió por unanimidad nombrar al Sr. Ordax, gobernador civil de Cuenca.

Llegó a la ciudad el día 20, sin escolta alguna, ante la gran sorpresa de todos los habitantes, junto a su hermano Alfonso Ordax y su jefe de orden público.

En su primer escrito oficial, publicado en el boletín extraordinario de la provincia de Cuenca, de fecha 22 de octubre, queda perfectamente reflejado el estado en que se encontraba la provincia de Cuenca en estos días:

“Conquenses, cuando profundamente perturbada vuestra provincia, entre el estupor y el sobrecogimiento de sus pacíficos moradores, la recorren tumultuosamente algunos centenares de facciosos, desvanecidos por la inverosímil victoria de haber convertido en objeto de botín, la capital invicta, que inaccesible un tiempo a Cabrera, apenas puede comprenderse que haya sido ahora asaltada, más que por una incomprensible sorpresa.

Investido, por tanto, de atribuciones extraordinarias y hallándonos en una situación de fuerza, aspiro a vuestra cordura, patriotismo y valentía, y pido confianza en que el gobierno os dará una ilimitada protección a pesar de estar necesitados muchos otros puntos de la península.

Antes, necesitare tomar todos los resortes del poder necesarios para restablecer y consolidar el orden de la ciudad y provincia, por los medios persuasivos y de prevención necesarios, utilizando la severidad y el empleo de todos los procedimientos eficaces para ello.”

Para dar idea del pánico que entonces reinaba en la ciudad de Cuenca en aquellos tiempos, es curioso analizar algunos detalles de tal publicación:

“Bastaría conocer aquel hecho en el que el jefe de la guardia civil, cada vez que iba a tomar orden a las primeras horas de la noche, se hacía acompañar siempre de dos guardias armados, temeroso de alguna reacción de vecinos o facciosos. El gobernador, viendo aquella actitud, mandó prohibir ese proceder, saliendo además él como ejemplo a pasear cada noche por todas las calles de la ciudad, sin más compañía que su hermano.”

El gobernador Ordax había decidido tranquilizar a la ciudadanía, intentar que volviese a la normalidad y tomó diversas actuaciones como ejemplo para conseguirlo. Entre ellas, decidió volver a anular el exilio de la junta carlista, -expulsada meses antes por su antecesor-, a regresar junto a sus familias, pues de esa manera tendrían la garantía de utilizarlos –en caso necesario- como rehenes, ante el posible ataque de facciones que merodeaban por la provincia.

Decidió fortificar la población, reformando aquellos puntos más débiles ante el posible ataque. Para ello, creó una Junta y emitió un bando:

“Se concede un plazo de 24 horas para que todo ciudadano entregue en el Ayuntamiento, todas aquellas armas, blancas y de fuego, que estén en el poder de los particulares no afiliados a ningún instituto.

Por otro lado, los voluntarios de la República harán también la provisional entrega de las suyas en el Ayuntamiento mientras se proceda a la reorganización de la milicia con arreglo a las bases establecidas en la ordenanza de 14 de julio de 1822.”

Enterado por noticias de confidentes, de que el cabecilla Santés iba nuevamente a asaltar la ciudad, comunicaba el 21 de noviembre a su Junta de Defensa tal hecho para evitar el pánico de la vecindad y establecer los preparativos necesarios para afrontar el posible ataque. Sin contar con la citada Junta, que él mismo había formado, tomó personalmente el mando y decidió lo siguiente:

“Envío cuarenta guardias civiles al hospital de Santiago; mandó obstruir la entrada de la carretera de Valencia y terminar el aspillerado de la plaza de toros, pues todos estos eran puntos estratégicos y baluartes los más avanzados de la ciudad por estar situados en el perímetro de su cerramiento, siendo por ello, el único punto vulnerable de la ciudad.”

Cuando los miembros del Ayuntamiento se enteraron del posible intento de Santés de volver a conquistar la ciudad y, viendo la poca cantidad de soldados que para defender la misma tenía Cuenca, se acercó una comisión permanente ante el gobernador Ordax y le ponía de manifiesto su decisión de abandonar la ciudad en lugar de hacerle frente, ya que consideraban temeraria su defensa al contar con solo doscientos voluntarios mal armados y ciento ochenta guardias civiles, frente a los miles de carlistas que el brigadier mandaba.

La respuesta del gobernador fue tajante:

“Siento mucho señores, que se me hagan tan indignas proposiciones por personas tan respetables. Ante la patria y la libertad, no hay consideración alguna; si es preciso luchar en defensa de tan sagrados intereses, se lucha, aun cuando no quede en pie ni una casa, ni con vida un ciudadano y el primero de todos sea yo. ¿Proponénme que vaya como otro don Quijote en busca de aventuras, huyendo como una mujerzuela, solo para tratar de salvar cuatro cuartos y una existencia deshonorada? ¡Eso, nunca! Mi deber es defender la población a toda costa: si los elementos con que cuento son pocos o muchos no tengo más y me sobran.”

Ante esa posible llegada de los carlistas de Santés, afincados en las proximidades de la ciudad, concretamente en los pueblos de Mohorte y La Melgosa, el gobernador Ordax decidió establecer la defensa adecuada. Mandó a unos treinta milicianos dirigidos por don Manuel Escamilla, miembro de la Junta, para que se armasen con fusiles Remigton almacenados en el Ayuntamiento y luego unirse a los guardias civiles existentes. Hecho esto, él mismo se encargaría de distribuir las fuerzas. Indicó que el propio Escamilla con un alférez y quince guardias se colocase en la plaza de toros como primer punto avanzado; después, el propio Escamilla cogiese a treinta voluntarios y ocupase las oficinas de Obras Públicas, situadas en la Carretería, esquina a la Glorieta. Si por necesidades del ataque, tuvieran que retirarse estas dos avanzadillas, corrieran hacia el Hospital de Santiago donde estaría otro grupo de guardias para defender la puerta del Instituto Palafox, que era el segundo recinto fortificado.

Aquella misma tarde, el propio gobernador y su inseparable hermano Alfonso Ordax recorrieron toda la ciudad, comprobando cada uno de los grupos preparados para la defensa. Después, buscó al comandante militar y le advirtió que acababa de tener noticias en cuanto a que los carlistas con Santés estaban a quince kilómetros de la ciudad dispuestos al asalto.

Cuando observó que los defensores de la plaza de toros habían abandonado su puesto y marchado hacia la parte alta, mandó a cuatro guardias montados que dieran un viaje de exploración por las proximidades de la ciudad. Después, ordenó al jefe militar que en el momento que se abriese fuego, cogiese a la Junta carlista de la ciudad y la llevase obligada al Palacio Episcopal para servir de rehenes. Pasó toda la noche, vigilante y sin descanso, intentando tener controlada la defensa de toda la ciudad. Llegada la mañana, nadie había realizado ninguna acción y a las nueve se supo que Santés, al tener conocimiento del decidido y resuelto propósito de defender la ciudad por parte de todo

su vecindario, había salido hacia Huete, tomando la decisión de no atacar la ciudad, evitando de esa manera una posible derrota.

Ese mismo día, 27 de noviembre, el señor Ordax, gobernador civil de Cuenca, lanzaba el siguiente comunicado oficial a la ciudad:

“Conquenses, el peligro ha cesado. Las huestes carlistas, que por tres días consecutivos habían hecho un amago de atacar la ciudad, han retrocedido desconcertadas por vuestra valiente actitud. Y, sin embargo, el jefe de esas fuerzas, diez veces mayores que las nuestras, es el mismo envanecido triunfador de ayer que aprovechando sin escrúpulos todo género de vergonzosas ventajas se enseñoreó un momento de esta capital para satisfacer su propósito de vulgar codicia más bien que un fin político o guerrero. Aquel primer ataque, obligado por la sorpresa y teniendo en cuenta que él llevaba cuatro mil soldados frente a los doscientos defensores dispuestos, además de que no os había dado tiempo a concluir vuestras fortificaciones, ahora ha visto como vuestra valentía y arrojo ha sido suficiente para hacerle desistir de su intento. Gracias a todos por vuestro patriotismo.”

Esta noticia recorrió todo el país. Con su capacidad de maniobra y su valiente arrojo había conseguido elevar todavía más el respeto que su persona representaba para el gobierno de la nación. Después de toda una eficaz gestión durante varios meses, fue nombrado gobernador de Toledo, como premio a su dilatada carrera. Cuando a punto estaba de marchar, se produjo el golpe de Pavía de 3 de enero de 1874 por el que se pretendía imponer al rey Alfonso XII, dirigido por el conde de Valmaseda. Esta situación, exigía un cambio de planes en la propia vida del propio Ordax, quien lanzaba este comunicado a los conquenses:

“Viendo que dejo la ciudad después de demostrar al cabecilla Santés de que esta ciudad es honrosa e inexpugnable, me despido de vosotros, dimitiendo ante los acontecimientos políticos de nuestro país. Sin embargo, aconsejo que esta ciudad sea fortificada exteriormente para defender la parte baja de la ciudad, lugar donde se asienta el comercio, os propongo consigáis que con obreros de la provincia podáis finalizar la ingente fortaleza y que yo había iniciado con la ayuda de los presos de las cárceles y los peones camineros; después determiné la llegada de soldados que pudieran permitir a la ciudad tener una defensa adecuada, que ahora no tiene, conseguí constituir la Comisión Provincial de la Cruz Roja, el establecimiento de cuatro Hospitales de Sangre para su uso en caso de necesidad. Por eso, os pido, solicitéis todo esto pues la ciudad lo merece. Sin otro particular, me despido de vosotros. Vuestro siempre gobernador y amigo, César Ordax-Avecilla.”

Ante tal circunstancia, el Ayuntamiento popular conquense, bajo el mandato del alcalde presidente don José Baños, decidió por unanimidad nombrarle Hijo Adoptivo de la ciudad de Cuenca, *“en justo tributo a la actividad y celo incansable con que había procurado ponerla a cubierto de nuevas asechanzas, atendiendo a su fortificación y atendiendo a ese bienestar y tranquilidad de toda la población, haciéndolo Hijo Adoptivo en fecha diez de enero de 1874.”*

La respuesta del propio Ordax fue profundamente emotiva. Cuando lo recibió en su casa de Madrid, entre lágrimas de emoción, exclamó ante su esposa: ¡qué poco humildes somos los hombres que no sabemos expresar nuestra alegría sin la emoción que muestra nuestro orgullo personal!. Recordaba su estancia en Cuenca, la respuesta de aquella

gente, asustada por los acontecimientos políticos, creía de verdad en la buena convivencia como meta de progreso y, sintió, que debía expresarlo en unas breves palabras. Su escrito de agradecimiento fue puesto en todos los lugares públicos de la ciudad, como un ejemplo de respeto y admiración hacia su persona.

Igualmente, la Junta de Armamento de la ciudad, decidió bautizar uno de los fuertes construidos con el nombre de su gobernador:

“El inexpugnable fortín levantado a la entrada de la carretera de Valencia, recibirá desde este momento el nombre de Fortín Ordax-Avecilla en honor de quién tanto trabajo para nuestra ciudad en agradecimiento por los incansables esfuerzos que ha hecho y las eficacísimas disposiciones que ha tomado para preservar a esta provincia de la dominación del carlismo. Firma, el comandante militar de la plaza, Francisco Muñoz Moreno; el vicepresidente de la Comisión provincial, Ramón Giménez Frías; el comandante de la milicia, Isidoro Arribas; el comandante de la guardia civil, Rafael Rodríguez Bonilla y el ingeniero jefe de caminos, Juan Bautista Nevot.”

Gran resonancia tuvieron estos hechos en toda España, ocupándose de ello, la prensa de Madrid y provincias.

No hay duda, que la buena labor de este hombre y los informes emitidos al Ministerio de la Gobernación, habían hecho mella. La influencia en los ambientes políticos del sr. Ordax provocaron la llegada a Cuenca de un importante cuerpo de soldados para fortalecer la débil defensa que, por entonces, presentaba. A finales del XIX, la ciudad ya no se encontraba desprovista de guarnición como había sucedido un año antes, cuando el cabecilla Santés la conquistó. Sin embargo, aunque bastante más numerosa y mejor preparada, incluso habiendo reforzado aquellos puntos más débiles del entramado defensivo, seguía siendo insuficiente para poder defender completamente el largo recinto amurallado que suponía la propia ciudad, en caso de ataque.

Su defensa militar, se componía de cuatro compañías del Batallón de Reserva de Toledo, unos cuatrocientos cincuenta hombres en conjunto; setenta caballos del Primer Escuadrón del Regimiento provisional de carabineros; sesenta lanceros del Regimiento de caballería de España; treinta guardias civiles montados y diez a pie; cuatro piezas rayadas servidas por once artilleros, lo que daba un total de unos seiscientos combatientes, de los que estaban montados ciento sesenta. Había además, un batallón de Voluntarios de cuatrocientas plazas, de los que solamente entrarían en combate unos ciento cincuenta. Todas las fuerzas de defensa de la ciudad estaban bajo el mandato del brigadier don José de la Iglesia, Gobernador Militar de la plaza. (51)

Durante unos meses, la ciudad y provincia se mantuvo en cierta tranquilidad. Apenas algún altercado aislado rompía la paz que se vivía. Los habitantes, dedicados en gran parte al cultivo de sus huertas unos, y a la artesanía industrial, la mayoría, habían conseguido calmar su honda preocupación de ser nuevamente asaltados por las tropas carlistas.

La soldada, sin descuidar un momento su vigilancia, recorría constantemente los puntos más vulnerables y los ciudadanos, acostumbrados a convivir con el miedo, se sentían tranquilos ante tales circunstancias.

Sin embargo, meses más tarde, se iba a producir el gran saqueo de julio de 1874. Este acontecimiento bélico, sería uno de los hechos más significativos de esta tercera guerra carlista. Posiblemente, sus consecuencias, hubieran podido ser determinantes para el triunfo final de la Causa carlista y, aunque relevantes por el desarrollo del mismo, no lo

serían por varios factores: la situación interna del gobierno de don Carlos, la desilusión que iba minando las profundas convicciones de su hermano, el infante Alfonso y su esposa, doña Blanca y, por último, los enfrentamientos entre los cabecillas de las diferentes comandancias o territorios en los que se dividía su Estado Mayor, que condicionaron, sin duda, ese momento clave para el desenlace del carlismo. Aún siendo una conquista de indudable éxito militar para la Causa, facilitada por la gran diferencia en el número de combatientes, de uno u otro bando, cierto es que, esta exitosa acción militar quedó en los anales de la historia como uno de los acontecimientos más sangrientos e inútiles que una guerra civil puede generar.

Como enfrentamiento entre españoles, cruel en la lucha cuerpo a cuerpo, dramática en su desarrollo, sangrienta en su odio ideológico, hiriente en su concepción religiosa y sin causa justificada como cualquiera de las guerras, ésta llegó a su máxima expresión en esta conquista de Cuenca donde se alcanzaron en profunda dimensión cada una de estos postulados, siendo ejemplo de incultura, sinrazón, pobreza, egoísmo, odio e hipocresía. Nadie supo porqué tuvo que suceder y nadie, ni siquiera en tiempos posteriores, pudo encontrar la razón de tanta y tanta sangre derramada inútilmente, de tanto sufrimiento, destrucción y el llanto de una población inmersa en una guerra que nunca buscó ni supo el motivo de su puesta en escena.

La descripción y el desarrollo del llamado por los anales de la época: **“Saco de Cuenca”**, bien por uno, como por el otro bando, generó numerosos ríos de tinta, tanto en la prensa liberal del momento y de años posteriores, como en diversos ensayos, relatos, novelas y trabajos de historiadores de cada tendencia, siendo significativas las descripciones pormenorizadas que los partes militares oficiales dieron a su Estado Mayor, tanto liberal como carlista, por cada uno de los dirigentes responsables de los dos bandos. En ese afán de ser objetivo, de intentar describir con la mayor neutralidad que el tiempo transcurrido puede permitir al historiador no coetáneo –como es mi caso-, y el intento de ser fiel a los hechos ejecutados, relato en doble vía aquellos sucesos que marcaron una ciudad, en su contenido moral, económico, religioso y social.

Unos meses antes de la entrada en la ciudad, una carta desde Santa Cruz de Moya, escrita por el coronel jefe del Estado Mayor carlista don Calixto Cortés (52) al infante general jefe del Real Ejército carlista don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este, firmada el 24 de junio de ese fatídico año de 1874, servía de antesala a este suceso.

“Serenísimo Sr., la distancia que desde este pueblo hay hasta Boniches consiste en siete horas, camino que haré mañana acercando mi fuerza dos horas de Cañete, en cuyo punto volveré a tener el honor de besar la mano de vuestra alteza.

Tengo confidentes puestos hasta Utiel, que me darán noticias del movimiento enemigo, tengo atendido la llegada desde Teruel y de esta manera queda expedito el camino. Pronto llegaremos al objetivo propuesto.”

El infante tenía clara su acción y su objetivo. En los primeros días del mes de julio de aquel año de 1874, el calor era agobiante. Los pueblos de la provincia de Cuenca sufrieron mucho por las cosechas de aquel año, pues las constantes correrías de tropas carlistas y los dos años de sequía sufridos, habían dejado bastante diezmados los graneros de cada uno de estos lugares de la meseta castellana. Quizás, la Mancha, más acostumbrada a sacar grano fácil, tenía reservas suficientes para soportar estos años de crisis, mientras, los pueblos de la Sierra –más pobres y deficitarios-, sufrían como ninguno estos malos tiempos.

Por aquellos días, quedaron interrumpidas las comunicaciones de la ciudad de Cuenca con el límite de Valencia, recibiendo constantes avisos de que numerosas fuerzas carlistas se encontraban en las proximidades de Cañete.

Allí, en aquel encastillado lugar (53), doña Blanca, junto a su esposo, el infante don Alfonso, descansaron y organizaron sus tropas, junto al jefe de su Estado Mayor el general Freixa. El lugar era idóneo para estos fines. Su situación geográfica, el amurallamiento del caserío, su tradición carlista desde la primera guerra y la pasividad de sus gentes, expuestas al infortunio histórico, facilitaban la primera acción de ataque que, no era otra, que reorganizar sus fuerzas, aglutinar sus efectivos y determinar su plan militar de conquista. A partir de ahí, todo sería más fácil. El vecindario, receloso de los acontecimientos vividos en la primera guerra cuando el comandante de la plaza Don Heliodoro Gil desertó, dejando la población a merced de las represalias liberales, no quería dar muestras de entusiasmo ni tampoco indiferencia, sin embargo, el elevado número de tropas carlistas allí estacionadas inhibía, por miedo y respeto, cualquier manifestación popular. Había que esperar para que fueran llegando el resto de las fuerzas: por un lado, debía llegar Pascual Cucala y sus tropas desde la zona levantina, unos dos mil hombres y cincuenta caballos; mientras, la compañía de Zuavos y el batallón de Guías que acompañaban a los propios infantes, junto a los mil hombres del brigadier Villalaín, todos de Cuenca y Guadalajara, debían incorporarse en la primera hornada, pues desde el fracasado intento de conquista de Teruel, habían acompañado siempre a don Alfonso. Fueron los primeros contingentes llegados a Cañete.

El día doce de julio, se encontraban en esta localidad serrana, unos siete mil carlistas. Ese mismo día, los infantes deciden iniciar la marcha y pasan por Pajaroncillo, Cañada del Hoyo y La Cierva, donde se les agregarán, por un lado, una parte de las tropas de Monet y el batallón de Agramunt, el llamado cura de Flix.

Las noticias llegarían a Cuenca por medio de algunas personas que habían venido de aquella dirección. Concretamente, -señala el parte dado por La Gaceta- (54), que ese mismo día doce a las siete de la tarde, se presentó el conductor de correos de Cañada del Hoyo, manifestando que el funcionario de Cañete no se había presentado a su hora, incluso no había podido salir de la localidad. El motivo, las tropas carlistas allí afincadas.

Un poco más tarde, una mujer procedente de la localidad de Pajaroncillo, sobre las diez de la noche del mismo día, manifestaba que en su pueblo y sus alrededores, debía haber cerca de ocho mil soldados, bien uniformados y bien armados, con dirección a Cuenca.

La ciudad de Cuenca empezó a alarmarse por todas las noticias que iban llegando. Carlistas en Pajarón, Pajaroncillo, Cañada del Hoyo, cerca de Carboneras, algunos otros, desde la Cierva, estaban concentrando todas sus fuerzas para iniciar y cumplir su objetivo: la conquista de la ciudad.

Las noticias corrieron como la pólvora. Un hortelano de los llamados “hocinos” de Cuenca, comunicó a las autoridades de la ciudad, que un contingente de tropas carlistas se encontraban en Palomera, posiblemente, las tropas llegadas desde Aragón y dirigidas por Gamundi, a quienes se unirían también dos compañías de Madrazo. Podía haber un número total de catorce mil soldados carlistas dispuestos a sitiar la ciudad, entre todos los flancos citados.

Enterados de la situación, el gobernador civil interino D. Norberto Sancho, junto al gobernador militar el brigadier La Iglesia, redactaron un comunicado oficial para hacerlo llegar al Ministro de la Guerra y Gobernación, manifestando la situación y solicitando ayuda militar.

Además, don José de la Iglesia, advertido por las noticias que le llegaban desde diferentes puntos de los pueblos próximos, tomó aquellas precauciones propias de un militar acostumbrado a decidir en situaciones dificultosas:

“Este empeño del enemigo en que yo ignorase su presencia en la provincia, me afirmó más en la sospecha de que iba a ser atacado. En su consecuencia, dispuse que acudiesen los oficiales a los cuarteles, me reuní con el gobernador civil y el alcalde de la capital para que reuniese a la fuerza ciudadana, y, aunque no acudió, ni con mucho, la que se decía iba a presentarse en caso de alarma, me decidí a no abandonar el barrio de Carretería, barrio situado fuera del recinto de la ciudad, hasta que, conocido el número de enemigos, pudiera calcularse si era prudente o no su defensa...”(54 bis)

La situación del ejército carlista, su proximidad a la capital y las circunstancias en las que estaban esperando el ataque, obligó a realizar todo tipo de decisiones urgentes, tanto a los defensores como a los civiles, muchos de ellos, sorprendidos por la acción. Así, unos días después, se expresaban, en un parte desde la próxima Guadalajara: *“Que el gobernador de aquella provincia alcarreña daba un comunicado al ministro de la Guerra advirtiéndole que las facciones de don Alfonso y otros cabecillas estaban el día 11 sobre Cuenca que se resistía con valor. El fuego empezó a ser muy vivo y los viajeros salidos de aquí, de Guadalajara, a las 8 de la noche del 11 en la diligencia que hace el servicio desde esta capital a Cuenca, han regresado a las siete de la mañana de hoy -12 de julio-, desde Chillarón, que dista de Cuenca 10 kilómetros por la carretera y 6 por el camino vecinal desde Nohales. Ante ello, yo he tomado mis acciones pertinentes.”*

El ejército carlista preparado para la toma de Cuenca estaba dirigido por los infantes don Alfonso y doña María de las Nieves. Como jefe del Estado Mayor el general Freixa que contaba con una división llamada de Valencia a las órdenes del coronel Monet, constituida por dos brigadas, la de Játiva y la de Chelva y una tercera, la brigada independiente de Castilla al mando de Villalaín. En total, unos siete batallones, una batería de montaña y tres escuadrones de caballería, o sea, unos 5.000 infantes, 4 piezas y 300 caballos.

Un poco más tarde, se habían incorporado otros 6.000 soldados carlistas, capitaneados por Pascual Cucala y compuesta por seis batallones de la división del Maestrazgo, de los cuales, muchos habían nacido en estas tierras conquenses. En total, unas y otras, conformaban de 12 a 14.000 soldados, dispuestos a atacar la ciudad del Júcar.

Según el comunicado que, una vez acabado el conflicto de la conquista de la ciudad, elaboraría el Presidente de la Diputación de Cuenca al Presidente del Consejo de Ministros (149):

“Las fuerzas atacantes ascendían a unos 14 o 15.000 hombres y constaban en la mañana del 15, día fatídico, de 16 batallones, cinco escuadrones y una batería de montaña, con un total de 10.900 infantes, 370 caballos y unos 45 artilleros, sin contar varias fracciones sueltas de las Comandancias de armas que se habían incorporado en aquellos días con la esperanza del saqueo. Según el parte oficial, las tropas carlistas estaban por entonces en su pleno apogeo, pues eran tropas regulares a excepción de las indisciplinadas de Cucala y las feroces partidas de los comandantes de armas. El 1 de agosto de aquel año constaban de 26 batallones, 14 escuadrones y dos baterías, divididas en nueve brigadas con un total de 17.800 hombres. La actividad que, por aquel entonces, se imprimió a las operaciones de campaña comenzó a introducir la desorganización en las tropas enemigas, todavía poco consistentes, que desde luego

comenzaron a disminuir, para dejar al fin vergonzosamente olvidada junto a los muros de Cantavieja toda la importancia que creyeron poder conquistar.”

Antes del amanecer del día 13 de julio, las numerosas tropas carlistas, por diferentes flancos, se encontraban en las puertas de la ciudad, dispuestas a conquistarla. La Carretería comenzó a ocuparse de boinas rojas, a caballo y a pie; por el flanco derecho, camino de Madrid, un destacamento procedía al corte de la línea del telégrafo, dejando a la ciudad completamente incomunicada; mientras, otro grupo, marchaba hacia la puerta de Valencia para cercar completamente todo el caserío. Un perímetro de medio kilómetro rodeaba la ciudad de fuerte contingente carlista, colocando guerrillas en zanjas, abiertas durante la noche para ponerse a cubierto del fuego procedente de la parte alta de la ciudad, ocupando todas las casas de campo que se ubicaban en las riberas del Júcar y Huécar.

En menos de una hora, la brigada de Villalaín, coronaba el cerro de San Cristóbal; y en el cerro Socorro, los carlistas colocaban en batería las cuatro piezas de artillería que habían traído, mientras un batallón de apoyo les guarnecía. Dos destacamentos ocupaban el alto del Rey de la Majestad y el cerro de Molina. Cuenca, estaba prácticamente sitiada. Eran las doce de la noche.

Sin embargo, a pesar del factor sorpresa y del mayor número de las tropas carlistas, la ciudad pudo colocar su guarnición de defensa en aquellos puntos estratégicos más determinantes. En la madrugada del día 13 de julio, los soldados liberales que defendían la ciudad, tocaron diana, como era de costumbre y los carlistas, creyendo que era su toque de ataque, rompieron fuego simultáneamente desde todas las posiciones ocupadas que rodean la ciudad, siendo contestados por la guarnición. A las siete de la mañana, apareció por la parte de Palomera una gruesa columna de infantería y caballería, mientras desde la Carretería el fuego se hacía cada vez más intenso.

En el momento del ataque carlista, aquellos vecinos afines a la Causa del pretendiente, desaparecieron sigilosamente para incorporarse a las tropas que acaban de llegar a la ciudad, mientras los liberales progubernamentales decidieron engrosar las tropas del gobierno y de los voluntarios milicianos.

-Quizás, podría haber en la ciudad, unos doscientos seguidores del carlismo, seguro, yo creo que esos o más –comentaba Celada (56)-.

Uno de los testigos supervivientes – Pedro Gómez- (57) explicaba: “...decidí alistarme como miliciano cuando me enteré que acababan de llegar los carlistas, y eso, que cuando me llamaron a filas del servicio militar intenté redimirme. Tenía veinte años y cuando corrieron los rumores de que a Cuenca se dirigían diecisiete mil carlistas mandados por Don Alfonso y Doña Blanca, me enrolé y me puse a ayudar a realizar los preparativos para la defensa. Se arrancaron las verjas de las iglesias, tales como la del Salvador y de San Felipe, con ellas tapamos las puertas de la ciudad, y se reforzaron las murallas con piedras que recogimos en la parte del barrio del castillo. El brigadier Don José de la Iglesia distribuyó las fuerzas y que se componían, de un regimiento de reserva de Toledo, un escuadrón de Lanceros de España, otro de carabineros, algunos guardias civiles y nosotros, los milicianos, que formábamos unas seis compañías. Yo estaba en la sexta y tenía de capitán a Don Calixto Giménez de Aguilar, hombre dignísimo, que nos animó paternalmente durante todas las jornadas. Cuando atacaron el día doce, cada uno fuimos a nuestros puestos y a mí me tocó estar de centinela en el cerro Molina.

Allí estuve con cuatro soldados en lo alto de las Angustias, en lo que hoy es el huerto del Sr. Ballesteros -comenta el otro compañero llamado Celada-, y estuve defendiendo esa puerta tres días seguidos, sin comer casi, muerto de sed, sufriendo los rigores de aquel sol de justicia que caía evitando los balazos que nos enviaban. Fue demasiado duro.”

Los sitiados, es decir, el ejército liberal que defendía la ciudad, reforzaron aquellos puntos más débiles para evitar el fácil asalto de la misma y, las puertas amuralladas de Valencia, Trinidad, San Juan, Castillo y los portillos, fueron avitualladas para su defensa, evacuando la Carretería y fortaleciendo toda la ciudad vieja, sobre todo, la margen del río Huécar. Se colocaron parapetos con piedras, sacos, maderos, y carros, procurando evitar el asalto fácil y que la guarnición pudiera guarecerse de los disparos del exterior.

Así, un comandante de la reserva de Toledo, se colocó a defender la llamada puerta de Madrid (Trinidad) y el edificio del Instituto; don Juan Ballesteros, comandante de las fuerzas de la Guardia civil, ocupaba las puertas del Postigo y de San Miguelillo, reforzando su defensa; Ismael González, comandante de carabineros, puerta de Valencia y calle de la Moneda; Segundo Alonso, también comandante de la reserva de Toledo, las ruinas de la Inquisición y la puerta del castillo (arco de Bezudo); mientras Francisco de la Peña Arévalo, teniente coronel de la reserva de Toledo y el gobernador militar brigadier La Iglesia se situaba en la plaza mayor con una reserva de sesenta hombres del batallón de Toledo, presto a acudir donde fuera necesaria su ayuda.

En los papeles desordenados de la infanta doña María de las Nieves (58), aún sin publicar, escribe los pormenores de la gran conquista de Cuenca. En ellos, relata los diferentes partes y comunicados que los jefes de la tropa carlista iban enviando a los dos infantes: En un primer lugar, explica como el cura de Flix, don José de Agramunt, le da cuenta de su situación:

“Estando aguardando el punto de Salvacañete por orden de V.A. con dos batallones de la brigada de Gandesa, que el día anterior se me habían confiado, mandado el de Guías 8º batallón del Maestrazgo por el comandante don Vicente Bon y el noveno por el comandante don Julio Segarra, recibí a las tres de la mañana una comunicación de V.A. previniéndome que al recibo de ello, a marcha forzada, me trasladase con los dos batallones a Cuenca y que procurase llevar seis mil raciones de pan, carne y vino. A las tres y media salí de Salvacañete, dejándome al capitán ayudante don Antonio Seguí con dos compañías para que recogiera las raciones, tanto en Salvacañete como en Cañete, y las fueran mandando a Cuenca.

Serían sobre las diez y media del mismo día cuando llegué al campamento. Mandé a los jefes del batallón que, sin perder la formación, dejaran descansar a la fuerza por compañías, hasta segunda orden por si convenía el asalto con aquellos batallones que no habían visto el peligro. Llegado a la “cuevecita” donde descansaban sus altezas y explicado el objeto de mi precipitada marcha, me dijo que no me esperaban hasta la mañana del siguiente día, momento en que llegaría el brigadier Villalaín con el batallón de Cuenca, y con aquél y el de Guías dar el asalto a la ciudad. Al llegar a la ciudad, junto con las tropas de Villalaín, entramos en acción y recibimos una fuerte descarga, obligando a las tropas de Villalaín, todos de Cuenca, arrimarse a la pared de las casas que había al lado del río y yo acudí en su socorro, y al decirles que es nuestro deber salvarles por el gran peligro que corrían y debíamos salvarlos o morir en el intento, saqué el sable y al grito de ¡Viva nuestro rey! bajo un nutrido fuego de artillería, nos tiramos sobre las casas.”

Estos primeros intentos fueron vanos. La defensa de la ciudad estaba bien organizada y las puertas, bien parapetadas y defendidas. Las fuerzas carlistas, ocupaban casi toda la parte nueva y aguardaban el momento oportuno para poder entrar en el casco viejo de la ciudad.

Según escribió el general Cayetano Freixa en su parte militar al propio Infante don Alfonso, las tropas con que contaba la defensa de la ciudad no sobrepasaban los 2.200 infantes liberales, entre soldados y voluntarios, 4 piezas de artillería de montaña y 180 caballos. Era, como se puede apreciar, un número muy reducido ante su contingente de ataque.

Sin embargo, la ciudad, tal cual la hemos relatado al principio, estaba muy bien defendida por su perímetro amurallado. Sus seis puertas principales y los tres postigos que daban entrada, estaban cubiertos con parapetos y un cuerpo de guardia, aleccionado y bien preparado para su cometido. Según la Narración militar del propio gobierno liberal describía el número de tropas de Cuenca en base al parte de su gobernador militar. Estaba formada la guarnición por cuatro compañías del batallón de reserva de Toledo, unos 450 hombres en conjunto; 70 caballos del primer escuadrón del regimiento provisional de carabineros; 60 lanceros del regimiento de caballería de España; 30 guardias civiles montados y 10 de a pie, y cuatro piezas rayadas por 11 artilleros, lo que daba un total de unos 600 combatientes, de los cuales, solamente 160 estaban montados. Además, un batallón de voluntarios compuesto por unos 400 hombres, del que solo entrarían en combate unos 150. Como podemos apreciar, hay una importante diferencia entre un parte y el otro, algo propio y común en las guerras donde la importancia de la victoria debe de autogestionar la moral del enemigo.

El teniente coronel del estado mayor carlista Luis de Toledo (59), escribía a don Alfonso de Borbón ese mismo día 13, lo siguiente:

“En atención a encontrarse ocupado por el enemigo la parte alta de la población, no me ha sido posible todavía cumplimentar sus superiores órdenes, pero en cuanto me sea posible, así lo haré. En este momento, he ido a una casa particular donde he conseguido unas cien arrobas de tabaco y una gran paquete de papel sellado, lo he puesto a disposición del Sr. Delegado de Hacienda, tal como su alteza nos lo tiene ordenado.”

Sin embargo, el fuego que había empezado en la madrugada del día 13 seguía cada vez con más fuerza y su intensidad aumentaba en algunos puntos de la ciudad como era el caso de la puerta del Castillo, puerta de Valencia, calle de la Moneda y el Instituto. Allí, los carlistas intentaron tres asaltos y fueron rechazados por las tropas defensoras de la ciudad.

Desde la torre de la catedral y Mangana los liberales observaban el movimiento del enemigo, viendo como se iban concentrando muchas fuerzas carlistas hacia la parte del Castillo, motivo que obligaría a que el brigadier La Iglesia decidiese dejar de defender la Carretería -dándola ya por perdida- para reforzar con sus tropas la parte alta de la misma.

Fue en ese momento, cuando las tropas carlistas dominaron la Carretería y se apoderaron en poco tiempo de las casas de la orilla izquierda del río Huécar, donde se parapetaron para hostilizar a cubierto a los defensores de la orilla derecha.

En el campo de San Francisco hubo enfrentamientos encarnizados entre los carlistas que ya habían conseguido dominar esa primera zona de la ciudad y estaban ocupando toda la puerta de Valencia y aledaños. Durante esa refriega, un grupo de voluntarios entre los

que se encontraba Anico el de la Ventosa, vendedor de frutas, se enfrentaron con un grupo de diez zuavos que habían desviado su atención hacia las casas de Tiradores y, éstos, lograron dispersar a los liberales, logrando coger prisionero al frutero, al cual mataron junto al cuartel de San Francisco –según un testigo ocular del hecho en su entrevista a El Imparcial-, “quemándole la cara con petróleo”.

Nos cuenta en su entrevista de El Sol, Pedro Gómez- *“nosotros los que estábamos en la calle de la Moneda cuando se generalizó la llegada carlista, hicimos mucho fuego contra ellos. Sin embargo, habían tomado el arrabal y se habían refugiado en las casas de la calle de los Tintes, frente a nosotros, al otro lado del río. Pero no tiraban desde los balcones, sino que los muy listos, se habían subido a los desvanes, habían levantado las tejas y por allí metían los cañones de los fusiles y nos disparaban. Nosotros nos hicimos con colchones un parapeto y procurábamos nos desperdiciar munición por lo escasa que la teníamos. En algún momento, nos la fabricábamos nosotros y lo hacíamos alternando los tiros con las “bombas” que consistían en unas botellas llenas de petróleo, envueltas con cáñamo a las que le prendíamos fuego y las arrojábamos a mano a las casas donde se refugiaban los carlistas. Surtían un efecto a medias.”*

Al evacuarse la Carretería, los carlistas pudieron avanzar con cierta rapidez, apoderándose de una de las casas de la parte izquierda del río, mientras por la parte del arrabal del Castillo ya habían conseguido hacerse dueños de aquel caserío extramuros, disparando sin cesar. A las 11 de la mañana, todos los vecinos residentes en los arrabales, tales como los de Tiradores y huertas próximas al mismo, sintiéndose inseguros, habían decidido trasladarse a la parte alta de la ciudad, donde se concentraba el grueso de las tropas liberales.

El tiroteo continuaría hasta las siete de la tarde del día 13, en que habría un alto el fuego pedido por los propios carlistas decididos a parlamentar. El jefe del Estado Mayor del Ejército del Centro don Cayetano Freixa conminaba, mediante un escrito, al gobernador militar de la plaza para que capitulara, ofreciéndole una rendición honorable, oferta que este último declinó. Tras esto se continuó el combate durante toda la noche de ese día.

Tal vez, el relato ficticio que Pérez Galdós (93) nos ofrece en su obra “De Cartago a Sagunto”, sea de lo más “verídico” que podríamos encontrar:

“Cuando Ido no había vuelto de sus diligencias, en aquel día 13, me lancé solo por las calles de la ciudad baja, después de comer. Por un momento, pensé subir a la catedral para pedir a San Julián un favor, cuando me detuvo el extraordinario movimiento que notaba en las calles. Hombres y mujeres, iban y venían en actitud de recelo y alarma... Las fuerzas que habían de defender a Cuenca eran harto débiles: cuatro compañías de la Reserva de Toledo, un escuadrón de Lanceros del Regimiento de España, otro de Carabineros, algunos Guardias civiles, y dos centenares de Voluntarios, gente por punto general poco aguerrida. Las fortificaciones se reducían a unas verjas de hierro, arrancadas de las iglesias para ponerlas en las entradas de la ciudad vieja, y a unos cuantos remiendos echados de cualquier manera en la vetusta muralla. Cuatro cañones con insuficiente servicio de artillería eran las únicas piezas disponibles para tener a raya al enemigo.

El fuego siguió muy nutrido durante la mañana. Poco antes de las once, los vecinos de los arrabales, creyéndose poco seguros en aquella parte de la ciudad, empezaron a trasladarse a toda prisa a la ciudad alta. Mi patrón y mujer, donde me alojaba, personas sencillas y afables, se empeñaron en llevarme conmigo: “Caballero –me dijo el fondista-, aquí no puede usted quedarse porque esto está muy malo. Venga con

nosotros. Allá, en los altos de la Plaza de San Nicolás, tenemos una casita en paraje resguardado de los zambombazos que atizan esos perros... ¡Ay, caballero: lo peor para la pobre Cuenca es que tenemos el enemigo en casa! Muchos vecinos, muchas familias de acá son circundas hasta los tuétanos. Con que hágase cargo..."

Cuando accedí a un barrio de calles pinas, angostas y oscuras, entramos en una casa y allí un gachupín refugiado, de tipo gitanesco, vivaracho y más listo que el hambre, el cual salía y entraba a cada momento, me traía noticias de lo que ocurría.

Por aquel muchacho supe que se habían apoderado los sitiadores de la Carretería y calles inmediatas, saqueando casas y tiendas con final estrépito. Supe también que los carlistas quisieron parlamentar junto al Instituto; pero el brigadier don José de la Iglesia, gobernador militar de la plaza, hombre tan chiquitín como bravo, les mandó a escardar cebollinos... Mientras el chiquillo andaba recorriendo los sitios donde más empeñada era la lucha, mi patrón, dolorido y suspirante, me dijo: "Caballero, nos quedamos sin agua. Esos cafres han cortado el acueducto en el caserío de la Cueva del Fraile." La patrona, llorando, agregó: "¡Ay, Virgen Santísima, mañana no habrá ya pan en Cuenca! El poco que amasaron hoy se lo arrebató la gente en la calle, y los pobres que están batiéndose no tienen qué comer". Por la tarde, volvió despavorido el chicuelo contándonos que había fuego horroroso en la cuesta de Tarros, Matadero, Jardín de las Carteras, Retiro, San Miguel y las Angustias, con la mar de muertos y heridos. Una vieja que vino después nos dijo que los Voluntarios, con el cañón que habían puesto en una de las ventanas del Instituto, estaban abrasando a los carcas..."

Amaneció el día 14 y los carlistas decidieron un ataque general, arrojando a la vez, granadas sobre los puntos de defensa más fuertes. Sin embargo, tanto el ataque desde la parte baja, en la puerta de Valencia, como en la parte alta, las ruinas del castillo de la Inquisición, fueron abortados por las tropas defensoras de la ciudad en un alarde de valentía inusual.

La situación era difícil, tanto para los sitiados porque el cerco se iba estrechando y cada vez disponían de menos municiones, como para los sitiadores, viéndose incapaces de poder tomar la ciudad, a pesar de contar con un número tremendamente superior de fuerzas. Todo carlista que intentaba trepar por la parte más empinada de la hoz, o bien, pretendía penetrar por las diferentes puertas de entrada bien defendidas, caía muerto o herido mortalmente.

Desde la alcaldía popular de Tarancón (61) enviarían una carta al gobernador don José de la Iglesia y en ella le advertían:

"El Excmo. Sr. Ministro de la Guerra me participa por telégrafo a las 12 de esta noche haber salido numerosas fuerzas de las tres armas en socorro de la ciudad de Cuenca, las cuales se dirigen por ferrocarril a Minaya.

Me encarga dicho Sr. que esta noticia la haga llegar a la expresada ciudad de Cuenca. En su consecuencia, ruego a V.M. en mi nombre y encargo en el del Sr. ministro circulan esta comunicación por el medio más rápido de pueblo a pueblo hasta Cuenca...

Tarancón, a las 12 y media de la mañana del 14 de julio de 1874. Ceferino Alcázar"

La defensa era encarnizada, avivada si cabe, por las noticias de que pronto llegarían las tropas de ayuda enviadas desde Madrid.

Ante tal situación, un grupo de carlistas de la partida de Monet, fueron enviados al manantial de la Cueva del Fraile, donde decidieron cortar el agua por el acueducto que

abastecía la ciudad. En el interior, sin agua, la escasez de alimentos, concretamente la falta de pan, hacía más difícil su situación.

En palabras del conquense Celada: *“estuvimos durante los tres días manteniendo a raya a los carlistas. Apenas se podía descansar. Ni nos acordábamos de comer. Nuestra preocupación era el agua. Las mujeres que se encargaron de abastecernos acudían al depósito de la calle san Pedro. Como los carlistas habían cortado el agua, el depósito estaba casi seco. La poca que quedaba, más que agua era cieno. A pesar de eso, las pobres mujeres empapaban sus pañuelos, que luego escurrían, a fin de poder calmar la sed de los que defendíamos Cuenca en aquellos caliginosos días.*

Todas nuestras esperanzas estaban puestas en la llegada de la columna de Soria Santa Cruz, que esperábamos de un momento a otro. Nuestra visita se perdía en el horizonte, queriendo descubrir la presencia de tropas leales. ¡Vaya empeño!. Luego supimos que la columna estuvo tres días en Valverde... (El Sol)”

Pérez Galdós (93) relata admirablemente en su obra: “Por aquel galopín de corte gitanesco, vivaracho y más listo que el hambre, el cual salía y entraba a cada momento, trayéndome noticias de lo que sucedía, supe que se habían apoderado los sitiadores de la Carretería y calles inmediatas saqueando casas y tiendas con infernal estrépito. Supe también que los carlistas quisieron parlamentar junto al Instituto; pero el brigadier don José de la Iglesia, gobernador militar de la plaza, hombre tan chiquitín como bravo, les mandó a escardar cebollinos...Mientras el chiquillo andaba recorriendo sitios donde más empeñada era la lucha, mi patrón, dolorido y suspirante, me dijo: Caballero, nos quedamos sin agua. Esos cafres han cortado el acueducto en el caserío de la Cueva del Fraile. La patrona, llorando dijo: ¡Ay, Virgen Santísima, mañana no habrá pan en Cuenca! El poco que amasaron hoy se o arrebató la gente en la calle, y los pobres que están batiéndose no tienen qué comer;”

Por la tarde del día 14 había un fuego intenso en la cuesta de los Tarros, Matadero, Jardín de las Carteras, Retiro, San Miguel y las Angustias, con numerosos muertos y heridos. Los Voluntarios, con el cañón que habían puesto en una de las ventanas del Instituto, causaban fuertes estragos a las fuerzas carlistas que pretendían entrar, mientras que éstos hacían fuego constante por las puertas del Postigo, Valencia y convento de la Concepción. Los carabineros, soldados y Voluntarios que defendían aquellos lugares sufrieron numerosas bajas. Por la noche los zuavos habían intentado vadear el Huécar cerca de la desembocadura del Júcar, siendo rechazados por unos cuantos lanceros. Otras tentativas de los carlistas por la calle del Agua y ruinas de la Inquisición corrieron la misma suerte. Entre tanto, se producían, originados por los combates, numerosos incendios en la ciudad. Durante todo este día 14, los carlistas sufrieron grandes pérdidas entre sus soldados, incluso la de Julio Segarra, uno de sus comandantes, que moriría de un balazo junto a al convento de la Concepción, intentando atacar la puerta de Valencia. Los intentos continuaban sin cesar. No había descanso a pesar del desaliento y de las constantes pérdidas de los carlistas.

El comandante José Agramunt (61) comunicaba a su alteza, el infante don Alfonso, la mañana del día 15, día fatídico para los defensores y habitantes de la ciudad:

“Ocupo con el primer batallón de Guías del Maestrazgo y primero de Guías de Cuenca, las manzanas de la calle de los Tintes que dan a las huertas de la Albuerca. El enemigo queda reducido al centro de la población que le cerco y adelanto con rapidez. Hoy sólo mantendré durante el día un ligero tiroteo, y llegada la noche probaré el asalto.

El señor Villalaín creo que avanza por nuestra izquierda. Necesito si es posible de raciones para mis soldados. Dios guarde.”

El asalto a la ciudad se iba a producir el día 15 de julio. La descripción del mismo es contradictoria, según leamos el parte de los sitiados o el de los sitiadores. Un historiador, de corte liberal, que narró para La Gaceta este ataque alude claramente, como después de cincuenta y seis horas continuadas de fuego cruzado, los carlistas abrían una brecha por la calle de la Moneda, gracias a la ayuda de algún vecino “traidor”, de filiación carlista que allí vivía, permitiendo a las tropas enemigas llegar al interior del casco antiguo después de tantas horas de sufrimiento.

Pedro Gómez en su citada entrevista, nos decía *“después de tanta resistencia, tantos carlistas llegaron a ser, que algunos lograron entrar por una puertecilla que una mano traidora les abrió. Inmediatamente la guardia de la puerta de Valencia corrió y las puertas se franquearon para los carlistas. Nosotros, corrimos también. De la plaza de las Escuelas fuimos al Almudí. Con nuestro machete rajamos todos los pellejos de vino y de aceite que allí había. Cuando ya teníamos encima a los carlistas, echamos a correr por la calle de las Tablas. Ellos nos perseguían dando gritos y haciendo fuego sin cesar, mientras ya en Santo Domingo, les hicimos frente, matándonos a uno. Nosotros, bien parapetados, les conseguimos herir mortalmente a varios, entre ellos, al que hacia de cabecilla o jefe. Eso les hizo retroceder y eso nos salvo porque mi compañero no podía y cayó rendido al suelo. Subimos por la calle de Cordoneros al cabo de unos minutos; allí, en san Andrés, había una barricada y al llegar nosotros, tomándonos por carlistas nos apuntaron y casi nos matan, mientras gritábamos, “¡somos voluntarios, somos voluntarios!” El alférez que defendía aquel paso, un hombre pequeño, nos designó puesto en aquella barricada, mientras ya los carlistas venían en masa y el alférez, espada en mano, daba órdenes a la vez que el corneta hacía sonar con toque de carga. “¡Adelante, hijos míos!” nos decía. Nos mataron al corneta y el mismo alférez, exaltado por la situación, recogió el cornetín y siguió tocando. ¡Todo inútil! Tuvimos que replegarnos hacia la plaza, perseguidos por los carlistas y llegamos hasta la calle san Pedro, y por fin, al Penal, donde pudimos refugiarnos. A eso de las dos de la tarde se pregonaba un bando para que nos entregáramos y los carlistas quedaron establecidos en San Pedro, enarbolando la bandera blanca. Se destacaron parlamentarios y se concertó la entrega, pero cuando nos llevaron a San Pedro, una vez entregados, faltaron a sus promesas y comenzaron a fusilar a diestro y siniestro. Algunos pudimos escapar. Locos, frenéticos, echamos a correr y queríamos huir, pero era imposible, no quedando más solución que arrojarnos por los riscos, como ya habían hecho otros y morir igual que ellos o permanecer en cuenca, expuestos a ser fusilados. Ante la imposibilidad de escapar, quedamos a su merced.”*

Un parte carlista, firmado por D. Luis de Toledo (62), que no pone la hora, pero comprende está hecho y mandado poco después de penetrar por la brecha, dice lo siguiente: “Illmo Sr., nuestros bravos voluntarios al mando del brigadier Villalaín, han entrado en la población; así es que espero antes de poco tendrá V. Alteza real a disposición la capital. Nuestras bajas son mínimas, si bien tenemos que lamentarlas. Dios guarde a V.A.R. Cuenca, 15 de julio de 1874. Postdata: está ardiendo la casa que ha hecho más resistencia.”

Cierto es que la entrada a la ciudad aquel día 15 fue dramática. Gritos ensordecedores por todos los lados, toques constantes de cornetas de uno y otro bando, disparos

cruzados, lamentos de los numerosos heridos, humo de casas incendiadas, desolación, muerte por las calles, desorientación en unos y otros, explosiones...

El asalto fue un éxito para los carlistas, después de tres días de intentos frustrados. La concentración de las fuerzas llegadas, dirigidas por el brigadier Villalaín y el acierto en conseguir abrir una brecha en la calle de la Moneda fue decisivo. Antes, la toma de la Carretería y después la conquista de la primera parte del cordón amurallado, permitió un ascenso rápido hacia la parte alta de la ciudad. A las cuatro de la mañana empezó el fuego sin cesar, penetrando y provocando la huida del brigadier La Iglesia –con cuarenta hombres- que tenía que abandonar la segunda línea de defensa y por San Felipe Neri, huir hacia arriba. Aún así, las tropas liberales sostuvieron tres horas de dura resistencia hasta replegarse hacia el castillo. Para ello, los defensores arrojaban petróleo con la bomba de incendios del Municipio sobre las casas de la calle de los Tintes, ocupadas por ingentes masas de carlistas. Como no lo lograban, lanzaban a mano el líquido inflamable contenido en botellas. En esa entrada lograron matar a numerosos liberales colocados en barricadas, entre ellos, al teniente coronel de la Reserva de Toledo, don Francisco de la Peña. Cuando estaban llegando arriba, vieron que bajaban por la calle de San Pedro, un contingente elevado de tropas carlistas, y que eran los cuatro mil voluntarios carlistas de Monet que habían llegado desde Palomera, cortando, de esta manera, la retirada de los defensores de Cuenca.

Desde El Salvador hasta la plaza del Trabuco, un elevado número de muertos se encontraban en pena calle. Apenas podían recogerlos para darles cobijo y luego, sepultura. Corrían hacia arriba con demasiada rapidez por el peligro y el tiempo del que disponían y ello, les impedía atender a los caídos, sí a los heridos, a los que procuraban coger y, llamando a los servicios de enfermería, atenderlos en los barracones preparados para ello, alguno de ellos, situados a lo largo de la calle de Zapaterías.

Un protagonista directo, Germán Torralba (63), que luego escribiría sus memorias relatando al detalle este acontecimiento y su marcha hacia Chelva, hace un desarrollo pormenorizado de aquellas dramáticas circunstancias:

“Pasaron las horas del día 15 hasta las nueve de la mañana, confiados todavía nosotros los defensores en nuestra propias fuerzas; si bien iniciado ya el principio del desaliento o desesperación, nacido de la idea del abandono y la falta de agua, que hay en este día, se notaba bastante. Seguíamos pensando en morir resistiendo, a pesar de ver como desde el barrio del Castillo, el carlista Villalaín con una pieza de artillería, seguía disparando a los parapetos que nuestro comandante La Iglesia había preparado para tapar la entrada del Castillo. Seguíamos parapetados en la aspillera y el muro que nos habían encargado de su defensa. Al momento, llegó un compañero para decirnos que las tropas de Calleja llegarían en breve porque estaban cerca. Nuestro regocijo y nuestra alegría nos hizo aligerar el rancho para estar más fuertes y dispuestos a ayudar en ese trance feliz. Pero, ¡ay! que alegría más corta, cuando nos dijeron que era falsa alarma y que las tropas de ayuda no se veían ni por asomo.

Cuando se rompió la defensa de la calle de la Moneda y entraron las tropas carlistas, corrimos hacia arriba para seguir parapetándonos en la iglesia de San Felipe. Nuestro comandante nos mandó hacia arriba, hacia el castillo, pero cual fue nuestra sorpresa cuando el enemigo avanzaba y nosotros no podíamos salir de la ciudad por tener hecho un parapeto en la misma puerta del castillo que nos obligaba a quedar encerrados. Aunque la memoria me priva de reseñar muchos de aquellos momentos y acontecimientos vividos, aún recuerdo oír estrepitosas voces, ver caballos que caían acribillados a balazos, densa nube de humo y, últimamente, oír las cornetas mandar hacer alto en el fuego. Al momento, el enemigo se confundió con nosotros. Así recuerdo

ver un hormiguero de hombres extraños y harapientos que, unos en catalán, otros en valenciano y los demás en castellano, gritaban y se daban el parabién. Entretanto la confusión seguía.

En esa confusión reinante, mi cuñado y yo decidimos salir de la marabunta en busca de refugio sin que se dieran cuenta los carlistas. Nos metimos en un portal desconocido y allí, observábamos numerosos carlistas que pasaban por la puerta y subían cantando. Con franqueza declaro que jamás conocí miedo como el que pasé en el dichoso portal que nunca olvidaré. Allí, dediqué el primer recuerdo en son de despedida, dedicado a mi esposa y a mis cuatro hijos –el mayor de once años– por el temor de no verlos más. Al momento, me sacó mi cuñado de aquel pensamiento y me dijo, ¡ahora, salgamos!, ahora, que no pasa nadie. Corrimos sin parar para buscar refugio en cualquier casa que no fuera la nuestra ya que ésta se encontraba en el centro de la población y era el lugar más peligroso. Decidimos ir a una casa de una familia que nos debía favores y cuando llamamos y salió el jefe de la misma, nos dijo que no podía albergarnos a pesar de los ruegos y súplicas que le imploramos. No quiero entregarme a los sentimientos que despierta en mí este recuerdo, y corrimos hacia la casa de mi tío, que por entonces estaba allí accidentalmente. Cuando anocheció, salí de ella y entre mil carlistas fui a mi casa a ver a mi familia. No quisiera relatar lo que el lector podrá sacar en conclusión de el miedo y lo que mi espíritu sufriría en el recorrido de ese trayecto. Aquella noche del 15 dormí tres horas. Cuando la criada salió para comprar el pan, nos relató que había miles de carlistas por las calles y la plaza y que habían matado a varias personas, no sabe dónde ni a quienes, pero que lo había oído. Ese día 16 fue terrible para todos y vimos como se hacían altercados, incendios y gritos constantes. Enfrente de mí, habían asesinado a un vecino y eso me provocó el miedo más atroz. Volví a la casa de mi tío, más segura y allí estuve hasta el día 18, sin apenas poder conciliar el sueño ni saber que sería de mi familia. No pudiendo aguantar esa mañana, salí de la casa y decidí ir a ver a los míos, cuando al cruzar la plaza, comprendí que aquél día era también de matanza. Sin darme cuenta y deseoso de la curiosidad, pasé entre multitud de carlistas y me metí en la cueva del león al querer enterarme de lo que estaba pasando en un grupo de gente allí congregada. Era el ajuste de cuentas de las tropas carlistas sentenciando a un pobre hombre del campo, de unos cincuenta o sesenta años. El desgraciado, trémulo y horrorizado era acusado de espía. Me marché a casa de mi tío y cuando llegué ví que en la puerta había un caballo y cuatro o seis carlistas. Entré dentro y ví una gorra roja encima de la mesa. Mi tío estaba junto a un caballero que llamaba comandante Flix, que era clérigo y que dirigía parte de la tropa carlista. Me presentó como sobrino suyo, pero ya supe cual iba a ser mi destino, al igual que el de tantos y tantos otros. Mi tío, me dio cuatro duros, nos recomendó al capellán que estaba con ellos y en aquel amanecer del día 19 pusimos los pies en la calle para esperar los acontecimientos. Nunca olvidaré aquel día.”

Este importante y decisivo momento fue narrado por la propia doña María de las Nieves, en base a los comunicados de sus oficiales. El relato se ajusta mucho al expresado por los vencidos, en sus comunicados al gobierno de Madrid, una vez rendidos y hechos prisioneros. Sin embargo, el momento decisivo del ataque y la entrada en la ciudad, genera, si cabe, ciertas dudas, en cómo y de qué manera se pudo llevar a cabo.

El comandante Agramunt (64), director de las últimas operaciones de la entrada carlista, relata pormenorizadamente cada uno de los difíciles momentos vividos:

“Aquel lugar era un infierno. Todo lo conformaba un barranco, por donde discurrían las aguas de un río y a ambos lados, casas. Por el lado izquierdo, la ciudad estaba amurallada con las puertas y portillos tapados y bien cubiertos; las casas, con aspilleras, bien defendidas. Los disparos desde un puente situado a mi derecha eran mortíferos, al igual que otros que salían de aspilleras de varias casas. Mandé, para equivocar al enemigo que defendía la ciudad, que el comandante don Vicente Bon con dos compañías ocupase las casas más próximas al puente para distraer hacia allí a los sitiados. Al mismo tiempo, mandé cargar 25 fusiles con perdigones y dije a los gastadores del batallón de Cuenca que a los ocho primeros que salieran voluntarios para abrir la brecha y poder entrar en la ciudad, se les daría ocho duros a cada uno. Viendo que nadie aceptaba el ofrecimiento, le dije a algunos oficiales que al que fuera primero al asalto le daría dos grados y, tampoco, salió nadie. Como nadie se atrevía, decidí obligar a iniciar el ataque y mandé al comandante Bon que simulase el asalto del puente. Cuando el enemigo se corrió hacia aquel lado, debilitaron esta otra zona y fue el momento, en el que mandé romper el fuego de perdigones contra la media luna de aspilleras y aprovechando aquella situación confusa, mandé a los gastadores, que conocían mejor la ciudad por ser de ella, abrieran una brecha por los bajos de una casa que daba al barranco. Por aquel agujero pudimos penetrar. El primero en entrar por él fue el capitán de Guías don Luis Vedrel, el segundo un sargento del mismo batallón y yo entré el tercero.

Al ver el enemigo nuestro arrojo, abandonó precipitadamente la casa, cogiendo todavía por las correas al último *guiri* que salió de ella.

Una vez dentro de la ciudad, mandé al brigadier Villalaín que acudiese con su fuerza y entrase por aquel lado, mientras también el valiente don Ambrosio Oriel penetraba por el puente, abandonado en la huida por los defensores. Villalaín mandaba un grupo de conqueses, jóvenes y decididos, además de conocer el terreno, sobre todo dos de ellos. Así, guiaron al grupo en el ascenso y metiéndose por aquellos pequeños callejones, nos permitió una mayor rapidez de acción.

Uno de ellos dijo: -Por aquí, por aquí. Esta casa es del tío Ambrosio y tiene un corralillo. Pasemos deprisa. Seguidme.

Las primeras calles tuvimos que tomar casa por casa, batiéndonos como desesperados cada uno de los batallones. Los enemigos no fueron menos valientes, pues defendían el terreno palmo a palmo. Al fin, todos éramos españoles.

Después de todo esto y de nuestra llegada a la plaza mayor, no sabiendo que hacer con los prisioneros, los puse en la catedral con sus correspondientes guardias y yo ya no cuidé de nada más. (Esta última frase fue tachada por doña Blanca del escrito de Agramunt, desconociéndose el motivo, pero quedó legible.)”

Los sucesos de la calle de la Moneda fueron, sin duda, los más sangrientos en cuanto al ataque directo. Hubo también, acabado el conflicto, un intento de depurar las culpas que, en algún caso, tuvieron que soportar los pocos supervivientes que habían estado defendiendo aquella zona, lugar por donde se llevaría a cabo el asalto carlista. Sin embargo, todo quedaría inmune. La defensa de los militares allí ubicados fue tan valiente como inútil, siendo recordados y alabados por los partes de guerra de cada bando.

Tal es así, que en la sumaria (65) instruida para depurar los hechos por parte del gobierno liberal, en cuanto a si hubo o no cobardía o falta de diligencia en la vigilancia del lugar de la puerta del Postigo por donde entraron los carlistas, la información que el

propio gobernador militar de Cuenca dio, quedaba perfectamente claro que no la hubo, sino que debió de haber una mano traidora la que abriese ese portón o brecha.

Ante tal hecho, dijo el fiscal encargado del caso que: *“estando el alférez Don Antonio Peñón, como responsable, junto a unos pocos hombres, de la parte más baja de la ciudad, que era la parte más peligrosa de la población, punto único vulnerable de la plaza, tuvo necesidad de dirigirse al juez inmediato para pedir refuerzos ante el ataque constante de los carlistas en aquellos momentos, y no teniendo persona de quien valerse, fue el mismo el que se dirigió comisionado; probando con ello, su deseo de cumplir, mucho más cuando el sitio al que fue a buscar estaba solamente a unos sesenta pasos de su lugar, momento que aprovecharon para poder abrir un boquete y entrar en la plaza. Con ellos, queda demostrado que no hubo ninguna omisión de abandono o falta de diligencia y que sus hombres se defendieron con total tenacidad.”*

Igualmente, don Remigio Moltó (66), enviado a Cuenca con auxilios después de los sucesos ocurridos, comunicaba al Juez instructor encargado de la investigación del hecho que:

“...no había habido omisión ni descuido en la defensa de la ciudad, y concluía pidiendo el sobreseimiento del sumario, porque, lejos de resultar cargos contra ningún jefe ni oficial, se evidenciaba más bien que habían rivalizado en celo y valor, cumpliendo todos su deber en los lugares cuya defensa se les había encomendado.”

De esta manera, este mariscal de campo comunicaba al Ministerio de la Guerra que el gobernador La Iglesia había hecho una defensa correcta y heroica de la ciudad, repeliendo al enemigo todo lo posible con las tropas a sus órdenes, teniendo en cuenta la superioridad del ejército contrario. Viendo la imposibilidad de mantener a salvo la parte nueva de la ciudad, se vio obligado el brigadier a abandonar La Carretería por las malas condiciones defensivas de este barrio, replegándose, paso a paso, por las diferentes partes que dan acceso a la ciudad antigua, a pesar de disminuir con esto el recinto defensivo. El poco número de soldados para guarecerlo que, además, le impedía poder acudir en socorro a los puntos más amenazados, le obligó a desistir de una defensa inútil y buscar refugio dentro del recinto amurallado, donde podrían mantener una defensa adecuada y resistir más tiempo hasta la llegada de los ansiados refuerzos solicitados. Sin embargo, a pesar de todas estas dificultades y circunstancias negativas, el brigadier La Iglesia y sus soldados, continuarían la resistencia rechazando con vigor las diversas tentativas de asalto hechas por los carlistas, hasta el fatídico día 15 en que, habiéndose aprovechado los enemigos de la oscuridad de la noche anterior para desfilar sigilosamente de a uno y entrar por su puerta falsa de una casa de la calle de la Moneda, se extendieron por la población amagando cortar la retirada de los voluntarios y carabineros que defendían aquella parte.

Sin embargo, no todos los partes, comunicados o noticias, referían el hecho de la misma manera. Por supuesto que, fuese o no, una mano amiga o enemiga a la Causa, eso es lícito en una guerra civil. Todos luchaban por un ideal y, en aquellos casos, en los que la ideología quedaba encubierta por un trasfondo económico, social o de afinidad voluntaria, el hecho queda siempre impune por la cruel realidad del cuerpo a cuerpo y ¡sálvese quién pueda!

El periódico progresista y republicano “La Época” en su noticiario del 4 de agosto del mismo año expresaba con la parcialidad de la que hacía constante gala que: *“...según parece, una de las cuestiones que más prolijamente trata de averiguar el delegado del*

Gobierno en Cuenca, el general Moltó, es cómo los carlistas penetraron en la ciudad por un punto que estaba bien defendido y por donde los sitiadores sólo podían acercarse de uno en uno.

También esperamos que, si fue quemado el famoso expediente de daños en los montes, será rehecho para que los dañadores no se salgan con la suya.

Que es importante averiguar quién facilitó a los carlistas la entrada a Cuenca se desprende de la relación hecha por ellos mismos en los periódicos de Bayona, pues en ella se dice que el brigadier La iglesia, después de rechazados varios asaltos y de agotadas las municiones, iba a retirarse al castillo cuando lo vio tomado por la partida de Monet compuesta de 4.000 hombres.

Es de advertir que los mismos carlistas confiesan que fueron pasados a cuchillo cuantos tenían armas. Y hubieran podido añadir que lo mismo sucedió a los que no las tenían.

También confiesan que se apoderaron de todo lo que quisieron en comestibles, efectos y dineros, y que cobraron dos años de contribución. Allí iban a matar el hambre, por lo visto.”

La propia infanta María de las Nieves (68), hace una descripción muy detallada de todo el ataque y la toma de la ciudad, paso a paso, y en ella, hace una glosa de valentía por parte de los sitiadores a lo largo de aquellas interminables horas desde la madrugada del día 15 hasta las tres de la tarde, momento de su rendición en la parte alta de la ciudad:

“Pasado el recinto se triunfó en lo que parecía casi invencible, pero una resistencia casi encarnizada esperaba también a nuestros valientes una vez que se hallaron en el interior del recinto. Tuvimos que conquistar, palmo a palmo, aquel suelo defendido en el interior de la ciudad con furor por los asaltados.

El interior de la ciudad se prestaba admirablemente para la defensa. Las calles muy tortuosas para los nuestros, siempre en subida, se hallaban defendidas por un gran número de troncos o parapetos rollizos atravesados, cubriendo en parte los puentes de defensa que, a la altura de las ventanas, pasaban de un lado al otro.

Mientras, los fuegos de arriba se cruzaban por todas partes desde las aspilleras. Un sin número de barricadas se oponían igualmente al avance de los carlistas; pero nada retiene a nuestros valientes, y a la bayoneta cogen el terreno al tiempo que logran ocupar una tras otra las casas en las que penetran por los agujeros que hacen con picos y hachas, y se retiran los defensores a las casas contiguas.

Una vez entrados en el centro de la población, les parecía segura la victoria a los nuestros y Villalaín dio orden de suspender el fuego para mandar a uno de sus ayudantes, acompañado de un corneta y dos jinetes, al presidente del municipio con un oficio comunicándole que, si en el plazo de una hora la plaza se entrega incondicionalmente a discreción, Alfonso trataría a todos los defensores, cipayos y paisanos armados, lo mismo que a los prisioneros del ejército regular.

Buena parte de los defensores de Cuenca no pertenecían a las tropas regulares, pues unos eran los llamados *cipayos* o cuerpo franco llamados también Voluntarios de la República, y muchos otros se armaron de un fusil para la ocasión, no perteneciendo a ninguna clase de tropa. Y apenas se tomaba una casa, hacían el papel de pacífico paisano que se escondía en algún rincón de la casa, muerto de miedo, ocultándose donde no llegaban las balas (y haciendo ver que) no habían visto nada de lo que sucedía. Este género de personaje no debía tener derecho a los privilegios de la tropa regular y no merecía otro proceder, en cuanto a justicia, que un sencillo asesino. Pero tampoco los cipayos hubiesen tenido otro privilegio que el de meros malhechores que se hallaban

fuera de la ley, siendo independientes de las tropas regulares, a los cuales ya les habían dado mucho de tragar durante la guerra.”

Cierto es, sin duda, el hecho de que muchos de los habitantes de la ciudad, asustados, temerosos de morir, presionados por el miedo, la cobardía o su afiliación al carlismo, cerraron ventanas, balcones y puertas, no saliendo a la calle; mientras otros, huyendo de tales atrocidades y temerosos de morir fusilados, procurarían esconderse y escapar de los posibles apresamientos y de la rendición obligada a que se verían sometidos, haciéndolo en los lugares más recónditos de la ciudad o en los pinares y rocas de los montes próximos. Tal es el caso, que el propio Pedro Gómez Martínez, (69) liberal conguense unido a las fuerzas voluntarias, narra en su entrevista, lo siguiente:

“Una vez que los carlistas tomaron la ciudad, huimos en desbandada. Comenzamos por la calle Pilares nuestra peregrinación y allí nos encontramos a varios amigos, combatientes como nosotros, que ya se habían disfrazado para no ser reconocidos. Tiramos nuestras carabinas, aquellas carabinas Remington que por espacio de unos días no se habían separado de nuestra compañía. Llegamos a casa del tío Ambrosio, un amigo que tenía casa de huéspedes en la Merced y allí nos escondimos, después de lavarnos. No había manera de arreglarnos las manos, que estaban chamuscadas de tanto disparar y estando en estas condiciones, llegaron tres carlistas, antiguos huéspedes del tío Ambrosio. Mientras los entretenían, echamos a correr por Santa María, pasando junto a la plaza del Carmen, que eran donde estaban las dependencias del Estado donde nos hicieron muchos disparos y yo, pude afortunadamente, salvarme. No sucedió lo mismo con mi compañero que allí quedó muerto. La ciudad ofrecía un triste espectáculo. Era desconsolador. Las casas tenían sus puertas y ventanas herméticamente cerradas. Sólo los carlistas estaban contentos. Se entregaron a toda clase de desmanes. Entraban en las casas, robaban, asesinaban, violaban...”

Por otra parte, otro de los supervivientes, Juan Álvaro Celada nos cuenta también sus vivencias en aquel infortunio:

“Cuando yo me enteré de la rendición de Cuenca, abandoné mi puesto, tiré el fusil y marché hacia la Trinidad que era donde yo vivía. Las calles estaban llenas de piedras, restos de barricadas, heroicos defensores muertos, caballos destrozados. El Carmen ardía violentamente. Al llegar a la calle de Cordoneros ví a muchos carlistas agrupados que chillaban. “

No todos los habitantes civiles tuvieron la misma suerte. Mientras Álvaro Celada y Pedro Muñoz se salvaron de morir en aquel sangriento enfrentamiento, otros caían en plena reyerta. Tal es el caso, de Antonio Benítez Gascón y a Eusebio Rodrigo Algarra quienes, huyendo hacia arriba una vez que los carlistas habían roto el parapeto del barrio de San Gil, fueron tiroteados en la misma puerta del jardín de los poetas. “Eusebio, dejaba en la mayor miseria a su hermana y a su padre, impedido, de 69 años de edad” – relataba Celada.

Sin embargo, la descripción más detallada de esta dramática página de la historia, incluso con fuerte carga literaria pero, sin duda, no exenta de parcialidad, es la que aporta doña Blanca (doña María de las Nieves), llena de galicismos y de numerosos adjetivos que hacen de ella, un relato literario de fuerte intensidad. Sus descripciones de cada uno de los múltiples y sangrientos sucesos vividos en plena ciudad durante todo el día 15 de julio, hacen que este hecho alcanzase una inusitada atención en toda la prensa del momento, ya fuese liberal como carlista. Ella, en ese alarde de bravura, demostrado

a lo largo de los dos años que vivió en el frente junto a su esposo, el infante don Alfonso, sabe reconocer la valentía de los sitiados y enaltecer su lealtad, como valores propios de un soldado afín a su causa y a su honor (70):

“En cuanto a la defensa de la población, no había quien los igualase. Tan cobardes, parecían cuando, por casualidad, se encontraban en campo abierto, como indómitos cuando defendían sus murallas, sus hogares, resistiendo con el furor de las fieras.

Prodigios de valor se operaron en este ataque, en el que los dos adversarios rivalizaban en inmortalizar una vez más las proezas del soldado español. Poco a poco, los nuestros se apoderaron de las diferentes casas, de las barricadas y tambores, edificios e iglesias fortificadas. Uno a uno, paso a paso, el adversario iba cediendo, no sin lucha, contra una de las defensas de las más terribles.

Era un espectáculo dantesco en gran parte. Siempre subiendo los invasores, ¡adelante ¡adelante!, por las calles estrechas y yertas de la ciudad, rechazando a los defensores que se batían como leones. Desde el castillo pudimos asistir a la última agonía de aquellos que también merecen ser llamados héroes. Desde ese lugar privilegiado podíamos ver como se desarrollaba el último momento de la lucha.

Todas las cornetas tocaban: unas, fuego; otras, ataque; luego, retirada; después, suspenderlo, y, otra vez, ataque. Sus toques traducían la confusión que allí reinaba, mezclándose los esfuerzos desesperados con los esfuerzos titánicos de la guarnición.

Unos y otros, entre cortinas de humo denso, corrían de un lado hacia el otro. Los defensores no sabían donde guarecerse de los disparos, atónitos, confusos, asustados y, aun así, seguían contestando las tropas liberales, rehusando su rendición.

También veíamos una parte de la caballería, la que al trote y al galope llegaba al castillo. Por un lado, un jinete aislado que, a toda prisa, trataba de entrar en él, pero caía tocado de un balazo al buscar un refugio. Su caballo enloquecido de pavor, daba vueltas a la carrera en la plaza del castillo, y, no hallando salida, continuaba su frenético correr hasta que una bala lo tumbaba herido o muerto en el suelo, como su dueño. Por otro, soldados con el uniforme destrozado, desorientados, huyendo en la dirección contraria.

A cada instante se veían caballos sin amo, derribados que entraban y salían en todas las direcciones sin saber a donde dirigirse. Nadie puede darse una idea de lo que pasó en aquellos momentos, aniquilantes para el enemigo. Y se acercaba a pasos agigantados el desenlace. Por otra parte, se oían gritos de júbilo. Era el entusiasmo embriagador de los vencedores. Eran carlistas marchando al sitio que el brigadier Villalaín había ocupado durante el primer y segundo día y que en ese momento tenía el comandante Izquierdo con algunas compañías, las que habían tenido que llevar a cabo el choque con la población que subía huidiza. Se trataba de una parte de los tres batallones que venían de Valencia. Alfonso que conocía la llegada, mandó en el acto ir a su encuentro para llevarlos al lugar donde debían imponerse definitivamente al enemigo y precipitar el final de su resistencia. Cuando subían para efectuar el ataque, vieron en lo alto del castillo la bandera blanca. Cuenca se había rendida y la ciudad era nuestra. La guarnición se entregó a discreción y Cuenca era nuestra gracias a Dios y a la Virgen Santísima, que ayudaron a nuestros heroicos militares. La Virgen de los Desamparados atendió nuestras ardientes súplicas y escuchó el voto que le ofrecimos.

Con la victoria todo era una locura, todos los sufrimientos y los momentos penosos de la campaña quedaban olvidados y compensados por aquel momento de satisfacción que parecía enloquecer.

Esta capital de provincia de inmensa importancia, esta ciudad, a tan corta distancia de Madrid y como a la sombra de su protección, parecía obligada a estar exenta de todo asalto. Juzgada orgullosamente como inconquistable, sin miedo gracias a la posición, a las formidables defensas que le prodigó la naturaleza y a la que la mano del hombre

había hecho en ella para hacerla fuerte, esta Cuenca conquistada parecía un sueño encantador.”

El gobernador militar de la ciudad don José de la Iglesia (71), finalizada la contienda, hizo una detallada exposición de todo el asalto a la ciudad. En ese mismo relato, la coincidencia de los acontecimientos con los descritos por las cartas carlistas, ayudan a conocer en sus aspectos más pormenorizados cada uno de los diferentes momentos vividos a lo largo de aquellas trágicas cincuenta y seis horas de enfrentamiento mortal:

“Mi decisión, ante el ataque de catorce mil carlistas, fue situarme en la plaza con una reserva de sesenta hombres para, desde allí, poder dirigir la defensa. En el momento del ataque, en la Carretería había ciento cincuenta hombres de mi ejército dirigido por un teniente coronel de a reserva de Toledo y, viendo la imposibilidad de supervivencia con tan pequeño número de soldados y, además, con el agravante de que al fortificar Cuenca, el ingeniero militar que indicó las obras que debían hacerse unos días antes, opinó que entrando en defensa la Carretería frente a un ataque, necesitaría cubrirla con dos mil hombres, decidí que fuese evacuada en aquel momento y se retirasen a defender dentro del recinto de la ciudad fortificada.

Con esta tropa se reforzaba así la línea que se extendía desde la puerta de Madrid a la de Valencia, o sea la margen de Huécar. Uno de los comandantes de la reserva de Toledo se encargó de la defensa de la primera puerta, donde se encontraba el Instituto; mientras, otro comandante, en este caso, de la guardia civil D. Juan Ballesteros, la del Postigo y la menos importante, la de San Miguelillo; mientras los carabineros dirigidos por Ismael González fuesen a la de Valencia y la calle de la Moneda. Otro comandante de la reserva, D. Segundo Alonso, estaba encargado, desde la noche anterior de las ruinas de la Inquisición, situadas en la parte más elevada de la ciudad. El teniente coronel jefe del mismo batallón D. Francisco de la Peña Arévalo, quedó a mi lado en la plaza, punto en que volvía a situarme con la pequeña reserva, para acudir a donde fuera necesario.

Era consciente de que tenía mucha plaza que defender y que había sido necesario reforzar con obras bastante parte del recinto, algo que no se llevó a cabo por no disponer de dinero suficiente, a pesar de que el presidente de la Diputación Provincial me había prometido conseguir fondos. Los hombres de que disponía eran insuficientes para poder enfrentarse a una tropa como la que se suponía atacaría la ciudad, pues las cuatro compañías de la reserva de Toledo, batallón compuesto de mozos de la primera quinta extraordinaria de este año 1874; unos setenta carabineros de caballería; sobre sesenta lanceros del regimiento de España; treinta guardias de caballería, y ocho o diez de infantería, que en total componían unos seiscientos combatientes. Además había un alférez de artillería con once artilleros y cuatro piezas. Creí que iba a poder contar con unos cuatrocientos o quinientos voluntarios cuquenses y solamente escucharon la llamada unos ciento cincuenta.

Los carlistas, después de ocupar la Carretería y avanzar por la parte derecha del Huécar comenzaron un fuego intenso de disparos que duró hasta las siete de la tarde. Entonces recibí un aviso del teniente Carrero que estaba en la puerta de Madrid en el que le pedían parlamento los carlistas. Aunque llegué, recibí la carta del comandante Freixa para rendirme y recibir un buen trato, mi contestación fue rápida y tajante, diciéndole que mi deber era defenderla la plaza hasta el último extremo y que así lo haría.

Inmediatamente se rompió otra vez el fuego y al amanecer del día 14 los carlistas realizaron un ataque general, arrojando granadas sobre la ciudad y consiguiendo, a

pesar de ello, ser derrotados por mis tropas en ese primer intento de ataque. Unos, atacaban por la parte baja de la ciudad y, otros por arriba, a las ruinas de la Inquisición, siendo rechazados durante las cuarenta y ocho horas primeras de ataque, desde todas las guarniciones y posiciones de aspilleras, a pesar de que mis soldados no habían llevado en todo ese tiempo más alimento a su boca que pan y vino.

Por la noche, una fuerza de zuavos atravesó sigilosamente el Huécar cerca de la desembocadura del Júcar, con objeto de apoderarse de las últimas casas que dan sobre este río; sin embargo, enterados de ello, mandé que doce lanceros y un sargento, armados con fusiles ocupasen aquellas casas al anochecer y junto a la vigilancia del comandante Carrero, frustraron este ataque que hubiera cogido por la espalda a la guarnición de la misma.

Amaneció el día 15 y los carlistas solo habían conseguido establecerse bien en las casas de la margen izquierda del Huécar que intentaban dominar a pesar de la valerosa defensa. Cuando estaban prácticamente desanimados de ello, una arenga del propio Don Alfonso Carlos y la llegada de los seis batallones de Cucala, hicieron reactivar su ataque, acelerando el mismo al pensar que las tropas de Madrid debían estar a punto de llegar.

Yo, la verdad, ya no temía ningún asalto más a pesar de esas fuerzas llegadas por el control que manteníamos, sin embargo, mi sorpresa fue cuando unos voluntarios que salían de la calle Correduría me avisaban sobre las diez de la mañana del día 15, los carlistas estaban en el interior de la plaza, sin poder saber por donde habían conseguido pasar. Era increíble. Sin embargo, llegué hasta allí y comprobé como mis fuerzas defensoras de la puerta de Valencia y la del Postigo se habían tenido que replegar hasta la iglesia de San Felipe. Les ordené que se mantuviesen firmes y corrí acompañado del comandante de la caja de quintos D. José Maldonado, hacia la puerta de Madrid.

El comandante Carrero, se retiraba pensando que sería cortado y yo le obligué a seguir yendo hacia la administración de Correos, diciéndole que por su izquierda estaban tomadas las bocacalles y que se mantuviese firme. El comandante Maldonado colocaba varios hombres en la calle Estrecha. De esta manera, aquellas fuerzas podían detener el ataque que llegase para que me diera tiempo a conseguir refuerzos de la parte alta. En San Felipe, las fuerzas del comandante de la Peña y de los carabineros del capitán Ismael González podrían frenar la llegada carlista a aquel lugar.

En consecuencia, dispuse se construyera una barricada en la calle Mayor, hoy Alfonso VIII, frente al edificio de la Diputación y le dije a Maldonado que le comunicase al comandante Carrera que dejase su puesto y marchase por la puerta trasera de la Diputación Provincial y se sostuviera el mayor tiempo posible allí. Cuando todo esto estaba dispuesto, oí un grito que decía, ¡nos cortan! dada por nuestra retaguardia y comprendía que nos estaban atacando por detrás. Corrí como pude, apenas sin fuerzas por el cansancio, y ví como un grupo de carlistas atacaban por un callejón que daba a la calle mayor, concretamente por el que sube de Santa Catalina y me encontré con una veintena de hombres que mandaba el sargento primero de carabineros Don Juan Segura con los que pude frenar aquella entrada. Regresé a la barricada donde había una pieza de artillería para frenar a los que pudieran subir desde la calle de la Moneda o desde la puerta de Madrid. Mientas, mandé defender bien la entrada por San Gil donde quedó siempre el valiente comandante González.

Aunque logré mantenernos en la posición algunas horas, el enemigo consiguió apoderarse de la Diputación que había sido mi baluarte en aquella zona y después de sesenta horas de resistencia, sin ayuda de la vecindad que mantenía las puertas y ventanas cerradas, decidimos retroceder hacia el castillo, lugar donde pensábamos

defendernos hasta el final. Los carlitas habían incendiado numerosos edificios y, viendo la situación tan perdida en aquel lugar, emprendimos la retirada lentamente, no dejando ni un cajón de municiones, ni un cañón, ni un caballo, pues todo lo llevamos a las Ruinas del mal llamado castillo. En la plaza a la entrada de la calle de San Pedro, mandé se quedasen conmigo media docena de hombres, en aquella calle que llaman del Trabuco, así podríamos hacer algunos disparos de retención cuando apareciese el adversario y dar tiempo a llegar bien a refugiarse todos en las ruinas. Pero las reflexiones del comandante Don Ismael González y de mi ayudante Don Manuel de la Iglesia que se ofrecieron a quedarse en aquel punto, me hicieron desistir y subí detrás de la guarnición. Estos dos jefes mantuvieron algunos minutos a los atacantes, pero era inútil toda resistencia, mientras el comandante González seguía demostrando valentía. Queríamos llegar a entrar en la Ruinas pero habíamos tapiado con piedras la entrada para evitar que pudieran entrar los carlistas y ahora no nos daba tiempo a poder quitar todas las piedras, a pesar de que el teniente Pruneda insistía en ello. Fue preciso capitular y, por tanto, mandé que una corneta tocase ¡alto el fuego! y en un momento cesaron todos los disparos y me ví rodeado de una turba que gritaban sin cesar, aunque un oficial arengaba que nouviésemos cuidado que nada nos harían y, en efecto, fuimos respetados.

Este es el relato real de todo lo acontecido Señor Ministro en la defensa y toma de la ciudad de Cuenca. Por mi parte, después de cinco horas de defensa en las calles, creí haber cumplido con mi deber, entendiendo que toda resistencia hubiera sido inútil y que .a pequeña fuerza que defendía la ciudad nada podía haber hecho frente a 16 batallones, 500 caballos y cuatro piezas de artillería, tomando en total una fuerza de 12.000 soldados carlistas a las órdenes de don Alfonso y de doña Blanca. El brigadier, gobernador militar José de la Iglesia.”

No hay duda que una guerra, ya sea de liberación como civil, arrastra destrucción, dolor, muerte, represión, crueldad, dramatismo y miedo. Pero, si esa guerra es entre habitantes del mismo lugar, o entre signos ideológicos enfrentados, o entre familias desaforadas, alcanza los tintes más crueles que pueden existir.

Las guerras carlistas fueron, desgraciadamente ese ejemplo más claro. El siglo XIX fue, por excelencia, el siglo de las ideologías enfrentadas. Liberales frente al exacerbado absolutismo; liberales frente a moderados indefinidos; foralismo y oligarquía, frente a frente; mundo rural, clero, campesinado, hidalguía, nobleza, todos ante todos, etc. En este entramado histórico, España se debatía en la más cruel realidad, reflejando su incultura como base de crisis latente. La guerra era la inútil causa de la indecencia, de la incompreensión y de la frustración.

Cuenca, como tantas y tantas ciudades del centro, inmersa en esa fuerte crisis ideológica que le indefinía, no representaba ningún estandarte de defensa de libertades, ni tampoco era el ejemplo de ciudad en progreso social, sin embargo, una guerra como tantas y tantas otras, sin sentido, llegó a ella y llegó en esos momentos finales en los que el furor de la contienda puede llegar a alcanzar los mayores tintes del dramatismo, obligando a ejecutar una defensa suicida frente a un ataque a muerte por demostrar las razones de un enfrentamiento ideológico sin clara definición de sus postulados.

Estas y otras circunstancias generadas en momentos vitales, hicieron que las crónicas del momento, según partieran de un bando u otro, tintaran con mayor o menor rigor los excesos vividos en la contienda. Que hubo momentos execrables por ambas partes, no hay duda, todos sin justificación humana posible, todos sin razón ni derecho de

ejecución, pero la crueldad no tiene fin cuando se lucha a vida o muerte sin el menor recato de sensatez, en fuerte lucha ideológica, mezclada con un catolicismo que no sabe cual es su verdadero contenido.

Las guerras carlistas, después de todo un siglo XIX, forzando la pretensión dinástica a un trono legítimo, cuando ya las condiciones liberales exigían un cambio necesario en la demanda social constante hacia consecución de reformas democráticas, ya no tenían sentido en estas últimas décadas del siglo. No se podía luchar por luchar, resistir por resistir, morir por morir, no era consecuente con el evolucionismo político de una España que quería salir de la incultura y de la decadencia social.

Por eso, una guerra generó más odio, más rencor, más miedo. Escenas de patriotismo se confundían con escenas de despotismo y vil realidad, donde el sentimiento humano perdía todo su contenido y su valor.

En aquellas palabras de Álvaro Celada se condensa gran parte de ese odio, de ese deseo de enfrentamiento entre los hombres por el sólo hecho de querer pensar de otra manera:

“Al llegar a la calle de Cordoneros, vi a muchos carlistas agrupados, que chillaban. Presté atención y me tropecé con la escena más horrorosa que imaginarse pueda.

- ¿Acaso lo de Escobar?-le dijo en entrevistador.

- Sí, señor. En la calle, frente a la casa donde vivía Don Enrique Escobar y Valdeolivas, comandante en situación de reemplazo, había un grupo de carlistas vociferando, que pedían sangre y venganza. De pronto aparecieron unos hombres en los balcones llevando el cuerpo del desgraciado comandante, que había sido sorprendido en cama, retenido por una grave dolencia. En su misma cama, y en presencia de su pobre madre, fue muerto a bayonetazos. Luego lo arrojaron desde el balcón a la calle, donde le esperaban unos veinte hombres con sus bayonetas caladas, encargadas de recoger en el aire el cuerpo del desdichado Escobar. Y así fue: a una voz, el cadáver de Don Enrique Escobar fue despedido y vino a clavarse en aquellas bayonetas. Yo, horrorizado, eché a correr.

Lo que hicieron aquellos carlistas con este hombre fue encargo expreso de doña Blanca. Según dijo después, parece ser que el comandante estaba comprometido con los carlistas para la acción de Buendía. Y sea por la enfermedad, sea por lo que fuere, el señor Escobar no salió de Cuenca. Desde ese momento, los carlistas lo sentenciaron a muerte. Por eso cuando doña Blanca entró a caballo, victorias, en Cuenca, al pasar por la calle Cordoneros, hizo que su caballo pisotease el cuerpo, ya horriblemente desfigurado, del desgraciado comandante. ¡Se había cumplido la sentencia...!”

He aquí un claro ejemplo de lo que una guerra puede arrastrar. Toda guerra, por propia definición, es inhumana e inmoral. Si aquel hecho, posiblemente cierto en cuanto a la muerte del comandante, necesitaba mayor rigor para convertir el ataque en vil asesinato por entender que los enemigos a muerte deben de ser vilipendiados, cierto es que, las escenas de horror, propia de guerra sin cuartel, pueden ser, más o menos, actos abanderados de la razón que defiende cada parte.

La prensa liberal del momento, también expresó este hecho como referencia de actuación de un ejército sin honor, -así considerados para ellos- dirigido por unos infantes, don Alfonso y doña María de las Nieves, tildados de crueles, para encubrir la banalidad de un enfrentamiento ideológico falto de contenido moral en aquellos momentos finales.

La prensa liberal del domingo 26 de julio de 1875 (72) decía:

“Según cartas de Cuenca, buscado por los carlistas el capitán de la reserva D. Enrique Escobar lo hallaron enfermo en la cama, lo cosieron a cuchilladas y bayonetazos, y aún vivo, lo arrojaron por el balcón y le hicieron objeto de escarnio y ludibrio de la soldadesca. A su madre, que quiso interceder, la hirieron también y a la criada le rasgaron una oreja.

Igualmente, a un alpargatero, le dieron un bayonetazo y se burlaron de su agonía, obligando a la mujer a limpiar y arrojar a la calle la masa encefálica de su marido. Entre los vecinos a quienes obligaron a media noche a salir de sus casas para ayudar al derribo de las fortificaciones, mataron inhumanamente a algunos que no sabían o se resistían a trabajar. Mataron también en la cama a otro joven que estaba enfermo de viruela. Parece indudable que sin la protección de otros carlistas, que pertenecen al batallón de Cuenca, las víctimas hubieran sido muchas más.”

Igualmente, en el parte de algunos jefes militares procuraban incidir en estos sucesos para, todavía más, cargar las tintas contra los enemigos del gobierno. Así, el parte militar del gobernador civil detallaba el suceso de la misma manera (73):

“Cuando los carlistas todavía no se habían apoderado de la población, en ese intento de demostrar su fuerza y provocar temor en la vecindad, entraron algunos en la casa del capitán de reserva D. Enrique Escobar que, indefenso y enfermo, se hallaba en ella, y después de darle infinidad de estocadas y bayonetazos, vivo aún, o arrojaron por un balcón a la calle, donde los pisotearon y escupieron, siendo ludibrio de aquellas hordas salvajes. La madre de este desgraciado quiso interponerse entre él y sus verdugos, pero la hirieron cobardemente; y no satisfechos todavía con tanta atrocidad, maltrataron a la criada y destruyeron cuantos objetos pertenecían a esta desventurada familia.”

Cierto es, que los comunicados militares del desarrollo bélico en la toma de la ciudad, coincidieron en la mayor parte de cada acto realizado. Los defensores de la ciudad, con su brigadier don José de la Iglesia a la cabeza, supieron defender, palmo a palmo, cada uno de los diferentes tramos de la ciudad, mientras los carlistas, dirigidos en su ataque directo en la parte baja de la ciudad por el comandante Agramunt y el brigadier Villalaín, bajo la dirección del general Freixa y el infante don Alfonso, y en mucho mayor número, una vez entrados en la ciudad, supieron conquistar, igualmente palmo a palmo, cada tramo que los liberales iban abandonando. Las descripciones de cada bando coinciden en cada uno de los diferentes momentos vividos a excepción de los relatos que se recreaban para dañar la imagen de cada ejército y que, de alguna manera, rompían la nobleza de una tropa militar digna en el ejercicio leal de las armas.

Esta razón diferencia los relatos escritos por los jefes militares, tanto el gobernador militar de la plaza de Cuenca don José de la Iglesia, liberal y por tanto, defensor del Gobierno, como las descritas por el comandante carlista Agramunt o las propias de la infanta doña María de las Nieves en sus Memorias, por parte de los legitimistas; de aquellas otras, emanadas directamente de los periódicos liberales del momento o, los comunicados oficiales y relatos personales de aquellos otros responsables civiles del bando liberal.

Estas razones justifican la descripción de los relatos en los que recrean los asesinatos, fusilamientos, brutales acciones contra personal civil o militar, los incendios de edificios emblemáticos o los destrozos y saqueos de obras de arte civil o religioso.

En los diferentes comunicados oficiales se reseñaban los diferentes incendios ocurridos en la ciudad durante el choque directo, tal es el caso del Gobierno civil por la tenaz resistencia de la compañía de carabineros que defendía el mismo; la Diputación

Provincial, donde un pequeño grupo de guardias civiles tuvo que enfrentarse al batallón de zuavos o, la Plaza de Toros, la cual fue rociada de petróleo en su parte posterior, provocando una densa cortina de humo que se mantuvo durante dos largos días.

Ejemplos de la parcialidad de aquellos momentos aparecen en los numerosos diarios de la prensa nacional. Se decía el sábado 16 de julio de 1874 (74):

“Confianza y patriotismo españoles. El desaliento es impropio de varones fuertes: nunca como en los momentos críticos es cuando se necesita más virilidad, más energía, más patriotismo.

Nosotros no sabemos lo ocurrido en Cuenca ni en otras poblaciones en que los carlistas desarrollan sus instintos vandálicos y su sed de sangre y exterminio, pero sí sabemos que todos los esfuerzos de estas hordas, baldón del siglo XIX, no conseguirán ciertamente, no ya el triunfo, que esto no puede pasar por las mentes de nadie que sienta latir un corazón verdaderamente por la libertad, pero ni aún aminorar nuestro entusiasmo por la libertad, nuestro odio a los que son, desde hace cuarenta años, la ruina de la patria.

Podrán sorprender pueblos indefensos, acechar sus víctimas para devorarlas, pero esto mismo aumentará nuestro valor para acabar con esa raza de indignos españoles que se llaman carlistas.”

Todas las guerras y, ésta, por su carácter dinástico, un poco más, utilizan con destreza el hito propagandístico como arma letal para convencer o desanimar a las masas, agentes fácilmente moldeables, en función de sus peculiaridades o condicionantes ideológicos o personales. Durante las guerras carlistas, la prensa liberal progresista alardeó de bonanza para las tropas y decisiones del gobierno y tildó de crueldad y fracaso las acciones carlistas. Por otro lado, los periódicos del momento, “El Progreso”, “La Iberia”, “El Imparcial”, “La Época”, “La Correspondencia de España”, “La Ilustración Española”, “La Lucha” o mas tarde, “El Sol”, entre otros, dedicaron innumerables páginas a loar las victorias de las tropas del gobierno y a desdecir los posibles triunfos carlistas, minimizando las acciones de guerra en las que el triunfo les favorecía. Ciertamente, que a la hora de contabilizar las cifras de soldados heridos o muertos en combate, por uno u otro bando, las contradicciones se hacen patentes en función de la procedencia de las fuentes obtenidas. Igualmente, era necesario hacer creer a los españoles que la dignidad y el honor de las tropas seguidoras de don Carlos carecía de contenido, maltratándoles dialécticamente en multitud de crónicas, tanto las decisiones como el comportamiento de los jefes carlistas, incluso, en la figura de los propios infantes: Don Alfonso y doña Blanca.

Los partes oficiales del mando liberal en la conquista de la ciudad de Cuenca generaron ciertas contradicciones, en función de la fuente de partido. Si antes hemos observado el comunicado emitido por el gobernador militar don José de la Iglesia, ahora podríamos valorar –por el contrario- el firmado por el gobernador civil de la plaza, don Norberto Sancho, alegando la cantidad de calamidades, saqueos e incendios producidos, vandálicamente por los carlistas, algo que omite el gobernador militar.

Así, don Norberto (75), alude claramente a la parte más cruel, negativa y propia de todo conflicto civil, haciendo bastante énfasis en los aspectos más deshonestos:

“El día 15 fue el día más trágico y triste de todos. En esa madrugada se tocaba por parte de los invasores a degüello y saqueo general, algunos edificios ardían, la consternación era general, las casas de Carretería fueron saqueadas, y al que encontraban en ellas con armas era muerto y arrojado por los balcones.

Don José de la Iglesia, con una serenidad y una bravura comparada tan solo con la de los antiguos capitanes de la Edad Media, reunió las pocas fuerzas con las que contaba y situado a pecho descubierto en la calle de la Carrtería, se estuvo resistiendo tres horas, hasta que viendo la imposibilidad, mandó retirarse al castillo, en donde pesaba defenderse hasta morir.

El brigadier, desde el momento en que se batía en las calles, nos dijo que nos salvásemos, que ya nada podíamos hacer. Desde aquel momento el enemigo, dueño ya de la población, prosiguió el saqueo y registro general. Hubo casas que fueron registradas ocho veces, y algunos de los que encontraban escondidos eran fusilados.

Mi familia y yo nos salvamos milagrosamente en una casa por de pronto, pues he estado escondido en tres, y por último en una sepultura.

No consigno los nombres de mis libertadores y de muchos liberales, porque en esta capital serían maltratados a la primera ocasión.

Ha permanecido en esta capital los carlistas hasta hoy a las doce y se han llevado toda cuanta existencia había de comestibles, efectos, dinero, dos años de contribución y algunos rehenes. Ha derruido las fortificaciones todas; he contado hasta 480 prisioneros, pertenecientes a Toledo, carabineros, lanceros y Guardia civil, entre ellos el brigadier y demás jefes.

Esto es una mar de lágrimas; el edificio del gobierno civil todavía está ardiendo; cuantos papeles encerraban sus archivos han sido quemados, y así como las demás dependencias. De Cuenca no puede decirse más que es un cementerio.”

Como podemos observar, hay cierta diferencia entre la descripción de don José de la Iglesia, meramente militar, sin cargar apenas las tintas en las atrocidades que toda guerra genera, sea cual sea el bando a tratar, y las de una autoridad civil, responsable político de la ciudad y provincia.

Hubo también algunos otros liberales, de corte intelectual, que supieron narrar con cierta equidad los acontecimientos sucedidos en Cuenca. En el artículo de “Le Guerre civile” (76), un historiador que no refleja su firma, nos dice:

“Este triunfo carlista de Cuenca tuvo un eco considerable y como sucede frecuentemente en la mayor parte de los casos, se trató de lanzar la odiosidad sobre los vencedores; se habló de mujeres degolladas y de violencias cometidas contra el señor obispo y muchos ciudadanos, que si bien pudo haberlas, las habría en ambos bandos, pues El Imparcial y otros periódicos oficiosos inventaron un cúmulo de detalles más o menos dramáticos y parciales.

No tengo aquí la misión de disculpar o encubrir ningún crimen, si los hubo, que los habría, cualquiera que sea el partido que de él se haya hecho culpable; pero habiendo recurrido al examen de los documentos relativos a los sucesos y habiendo hablado con unos y otros, nada veo, nada encuentro que haga mención a los supuestos sucesos de que tanto se habló.

En los primeros momentos de embriaguez de sangre no se dio cuartel como es habitual en las guerras civiles, cuerpo a cuerpo, y algunos soldados que se habían ocultado en casas inmediatas al lugar del combate fueron muertos, por el parte del gobernador Norberto Sancho solo mencionaba este hecho y no los demás.”

El efecto contrario lo observamos en esa prensa oficial y oficiosa del momento, la cual difiere totalmente de los panfletos o escritos emanados por el gobierno carlista desde Cataluña y el Norte.

Por ejemplo, en el conocido diario “La América”, aparecía algún día después de la salida de los carlistas de Cuenca, lo siguiente:

“La guerra carlista es una guerra de bandolerismo y pillaje; el incendio, el saqueo y el asesinato son las huellas que dejan en pos de sí estos bárbaros, vergüenza del siglo y escarnio de la civilización.

La reciente toma de Cuenca por las facciones capitaneadas por Don Alfonso y Doña Blanca han llenado de indignación a todos. Reducidos a sus escasas fuerzas, y víctimas de una tradición, sus defensores sucumbieron como héroes a la superioridad del número, cayendo prisioneros la guarnición en poder de los carlistas, cuyas estancia en la población se significó por sus actos de barbarie, abandonando la ciudad cuando nada les restaba que sacar de ella.

La conducta del general Soria Santa Cruz, a quien se encomendó el socorro de la plaza, es inexplicable; pero sobre este hecho se hacen las oportunas informaciones y nada nos resta añadir.”

Los relatos del personal civil que habitaba la ciudad y que, se vería envuelto en el enfrentamiento a muerte, varía en función del lado en que actuaba. Algunos de los entrevistados durante los años posteriores al conflicto o, incluso, en los primeros años del siglo XX, años de gobierno conservador, aludían a la situación vivida. Unos, los menos, pro-carlistas, callaron ante la posible revancha de liberales y de las consecuencias que ello podría determinar, otros, contaban su vivencia personal, con el rigor de quienes vivieron momentos dramáticos y además fieles seguidores del liberalismo. Así es el caso de los ya citados Pedro González y Álvaro Celada, o tal vez, Juan Martínez (77) quien nos alude a los momentos vividos en su huida por las calles de la ciudad, totalmente dominada por los carlistas:

“Yo pude llegar hasta la Trinidad. Por allí mismo, a dos pasos de mis casas, aquel día 15, cuando ya me creí seguro, me salieron varios carlistas. “¡Alto cipayo!, me dijeron. ¡Arrodillate y reza un credo, que va a morir!” Yo me arrodillé, junté las manos y les imploré por mis cinco hijos... Todo en vano. Me apuntaron, y cuando iban a disparar llegó un carlista a quien yo conocía, y me salvó. Al verme libre de aquella muerte segura, eché a correr. Pocas casas más adelante me detuvieron otros carlistas, que me llevaron al cuartel. Allí me encontré con muchos amigos que, como yo, ignoraban la suerte que les esperaba, aunque ya la presumíamos.”

Igualmente José de la Torre, peluquero, explicaba a un medio escrito (78) que había tenido la desgracia de ser víctima del furor de los carlistas durante la estancia en dicha capital, pues no satisfechos –según sus palabras- con hacer pedazos todos los muebles de sus dos establecimientos, reunieron todo el cabello y postizos que encontraron y le prendieron fuego, consiguiendo de este modo la gran satisfacción de ver reducida a la miseria a una honrada familia.

Jacinto Díaz, contaba muchos años después, como su abuelo Pedro Díaz Escamilla, maestro alpargatero que atendía la Casa de la Beneficencia, entró como voluntario para formar parte de los defensores de la ciudad. Estando en la calle de la Moneda formando parte del grupo allí ubicado para frenar aquella intentona de entrada, pudo huir, una vez que los carlistas habían conseguido entrar por el hueco que una mano amiga le había proporcionado y, herido en el brazo por un balazo. Se escondió en el desván de una de las casas de la plaza de Santo Domingo. Sin embargo, habiendo sido avistado por dos de los carlistas que consiguieron entrar, accedieron a su alcoba y acabaron con la vida del mismo en un tiroteo cuerpo a cuerpo.

Muchos casos en una ciudad convulsa, herida de muerte, fuego y destrucción a doquier. La vecindad no sabía el lado a elegir. Los que habían formado parte de los Voluntarios

de la Libertad procuraban huir de la persecución de los vencedores carlistas, mientras los que, escondidos en sus casas, nunca quisieron tomar parte, temían las represalias de las tropas de don Alfonso. Unos y otros estaban confusos, aturridos.

Así, en esa huida a la desbandada, unos se arrojaron por las hoces, -muriendo en el intento-, otros corrían hacia las poblaciones cercanas, los menos, se refugiaron en los pinares próximos a San Antón y Buenache.

Entre la desolación, el miedo y las deserciones, todo era posible. El suicidio, la venganza, el deshonor y, porque no, la inesperada salvación. Ramón Guijarro y su amigo Pedro Gómez nos dicen como Manuel Moya, aquel vecino carlista que años antes había sufrido la persecución de “la banda de la Porra”, ahora (79), les iba a salvar la vida a ellos:

“Corrimos para evitar la muerte, hasta la puerta de Valencia sin dificultad alguna e íbamos a saltar la barricada allí instalada, que era el último obstáculo que nos quedaba para salir de la ciudad y quedar libres del horror, cuando apareció Eleuterio Évoles “el Calderero”, significado carlista conquense y nos reconoció. Nos hizo coger un pico para que trabajásemos en la demolición de la citada barricada y así lo hicimos. Pero al cabo de un rato llamaron a Évoles desde su casa y se tuvo que marchar a la calle de las Torres donde era requerida su presencia con urgencia. En ese momento, nos vimos solos y huímos...

¡Libres!, estábamos libres, por fin. En la calle de los Tintes, entre cadáveres y piedras que ocupaban casi toda la calle, se encontraba otro carlista, el llamado cojo Pepoles, y aunque le dijimos que se callara y no nos denunciara, le faltó tiempo para hacerlo a los requetés. Muy pronto nos vimos perseguidos por un grupo armado de carlistas que gritaban sin cesar, insultándonos y llamándonos cipayos. Cuando nos alcanzaron en las callejuelas y se disponían a matarnos, vieron un grupo de compañeros dirigidos por un coronel y no se atrevieron a realizar aquel acto. De pronto, observamos que entre el grupo carlista iba un conocido que al vernos, corrió y nos abrazó, concretamente a mí – Pedro Gómez-, comentándole al coronel que les mandaba: - Señor, este hombre es mi hermano. Que no lo maten, por favor.

El coronel me miro y me preguntó de dónde era: -Yo le contesté titubeando, ...¡del Cañavate!, ¡del Cañavate!.

Esta frase nos salvó a los dos de morir. Después, fuimos trasladados prisioneros al cuartel de San Francisco y allí, permanecimos, sufriendo todo tipo de vejaciones hasta nuestra marcha, pero habíamos salvado la vida.”

Hubo un factor que nunca se resolvió, ni siquiera cuando el Ministerio de Defensa intervino aclarar responsabilidades. Desde el mismo momento en que las tropas carlistas de don Alfonso y doña Blanca decidieron el ataque a la ciudad de Cuenca, una vez fracasado su intento de Teruel, el gobierno de la nación conoció la noticia.

Cuando los comunicados desde la ciudad de Cuenca, enviados por los diferentes gobernadores de la misma, llegaban a Madrid, desde allí, se ordenaba el envío de tropas bien preparadas para llegar a su auxilio. Todo esto quedaba claramente expresado en los diferentes partes oficiales y en los periódicos progresistas del momento. Pero, ¿qué pasó para que las tropas enviadas desde Madrid, llegadas por tren a Minaya en tierras de Albacete el mismo día 14, no llegaran a tiempo para auxiliar a los defensores de Cuenca?

La prensa decía:

En “La Iberia” del día 14 se decía *“En los centros oficiales se ha dicho esta tarde que una facción carlista amenazaba a Cuenca, con cuyo motivo han salido esta mañana algunas fuerzas para dicho punto”*

En “La Época” ese mismo día: *“Al saber que se acercan tropas el gobierno en su ayuda, las facciones de don Alfonso y doña Blanca que están atacando Cuenca se ha ido retirando, porque no solo acuden fuerzas de Madrid sino de Valencia y de otros puntos, como el general Zavala.”*

El día 15, este mismo diario expresaba: *“Todavía no habían llegado a Cuenca los refuerzos enviados por distintas direcciones, pero la guarnición se defendía bizarramente. El brigadier Fajardo estaba esta mañana en Minaya (Albacete), y más próximas las fuerzas destacadas desde Madrid. Ambas columnas reúnen nueve batallones, cuatrocientos caballos y seis piezas de artillería.”*

En “La Iberia”, del jueves 16 de julio: *“...se hallan en marcha para socorrer a la ciudad y batir al enemigo las brigadas de López Pinto, Fajardo y otra procedente de esta capital de Guadalajara a las órdenes del brigadier Araoz.”*

Ya el 17 de julio, el mismo diario decía que: *“...las columnas mandadas por el brigadier Fajardo y Araoz van juntos sobre Cuenca desde Minaya de donde salieron anteayer por la mañana, empleando dos jornadas, debieron estar ayer a la vista de Cuenca. Otra columna lleva otra dirección y quizá haya llegado antes. Las últimas noticias recibidas son de las cuatro de la madrugada de ayer, y por lo tanto son falsos los rumores que han circulado, siendo casi seguro que a la hora que escribimos estas líneas deben hallarse enfrente del enemigo todos los refuerzos que se han dirigido para liberar a Cuenca de la facción.”*

En “La Gaceta” se dijo: *“El general Santa Cruz participa desde Valverde que en la madrugada de hoy 18 de julio, caerá sobre Cuenca, cuya población sigue defendiéndose con gran vigor, y que el número de heridos de las facciones es considerable”*. Cuenca se había rendido el día 15.

En “El Imparcial” del 19 de julio, se publicaba: *“El general Soria Santa Cruz, en despacho de ayer, manifiesta que por un cabo de la guardia civil fugado de Cuenca ha sabido que el 15 del actual, a las dos de la tarde, se entregó la ciudad, siendo conducidos los prisioneros a Chelva.”*

En “La América”, el martes 28 de julio se decía: *“La conducta del general Soria Santa Cruz, a quien se encomendó el socorro de la plaza, es inexplicable; pero sobre este hecho se hacen las oportunas informaciones y nada nos resta que añadir.”*

Diferentes partes y cartas oficiales daban cuenta del hecho, de la llegada de fuerzas en ayuda de los desgraciados defensores conquenses:

Una carta firmada en Tarancón, por Ceferino Pérez, alcalde de la localidad, a las doce y media del día doce, comunicaba que: *“El Excmo. Sr. Ministro de la Guerra me participa por telégrafo a las doce de esta noche haber salido numerosas fuerzas de las tres armas en socorro de la ciudad de Cuenca, las cuales se dirigen por Minaya.*

Me encarga dicho Sr. que esta noticia la haga llegar a la expresada ciudad de Cuenca. En su consecuencia, ruego a VM. En mi nombre y encargo en el del Sr. ministro circulen esta comunicación por el medio más rápido de pueblo en pueblo hasta Cuenca...”

También, desde Tarancón, José Moreno, secretario, comunica lo siguiente: *“Por telegrama que acabo de recibir dé así traslado Vd. al Excmo. Sr Brigadier gobernador de Cuenca sostenga el fuego a toda costa, que esta tarde llegarán a esa 4.000 hombres en dos columnas combinadas, cortándoles la retirada y a su defensa.”*

¿Qué pasó con toda esta fuerza? ¿Por qué, estando situada desde el día 14, cerca de Cuenca, en la localidad de Valverde del Júcar, nunca actuó en defensa de los sitiados? ¿Qué razón guió al general Soria Santa Cruz a llevar ese paso tan lento para llegar en su ayuda?

No hay duda, que el miedo a no vencer a los carlistas que, ahora, dominaban la ciudad de la hoces, les hizo dudar en cómo afrontar el ataque. Esta situación, generó numerosas dudas al propio Soria Santa Cruz, que decidió esperar a las tropas llegadas desde Valencia para poder atacar la ciudad por los dos frentes posibles.

Pero, de una u otra manera, su actitud fue criticada por todos los medios de comunicación liberales, por el propio gobierno de la nación y por supuesto, por los propios soldados liberales prisioneros en Cuenca.

Ante las denuncias efectuadas, posteriormente y cuando las tropas fueron liberadas, contra la actuación de las fuerzas del general Soria Santa Cruz, se elevó un sumario por el propio Ministerio de la Guerra.

Un medio de prensa escrita (80) lo expresaba en sus noticias de la siguiente manera: *“Ayer día 25 de julio del presente año, debió empezarse el sumario mandado instruir por la superioridad al general Soria Santa Cruz en averiguación de la causas que impidieron la llegada a tiempo de las fuerzas que fueron en auxilio de Cuenca”*.

Sin embargo, quedaron impunes cuantas diligencias se efectuaron, pues la consideración que el propio general adujo en su defensa, en cuanto a la justificación de no proceder al ataque que hubiera servido de ayuda a los defensores de la misma, por entender que el número de carlistas le superaba en creces y, que el ataque podría de alguna manera interrumpir la gloriosa defensa de los sitiados, fue injustamente aceptado, sirviendo de escarnio y vergüenza para los propios defensores de la ciudad y todos los desgraciados mártires por la causa gubernamental.

Estas circunstancias de duda no quedarían sólo en esas semanas posteriores a la conquista, ni siquiera en las diligencias que pudieran haber llevado a cabo desde el Gobierno para analizar el porqué de la no llegada de los refuerzos habiendo salido días antes desde Madrid en su ayuda, pues años después, siempre quedarían latentes en los habitantes de la ciudad e incluso en muchos de los medios de comunicación que, aprovechando, el aniversario, volvían a dar cuenta de ello. Uno de los artículos que más incidirían fue el que firmó el doctor don Bernardo Herrera (81):

“Cuando se produjo el ataque a la ciudad y, sobre todo, cuando los carlistas se mantuvieron cuatro días en la ciudad, saqueando, incendiando y asesinando a sus habitantes, ¿qué hacía el gobierno de Madrid? Ciertamente es que, en los primeros momentos, cumplió con su deber mandando saliesen en socorro de Cuenca fuerzas del ejército que, en efecto, salieron el 13 de julio, apenándose en la estación de Minaya unos 3.500 hombres con el general Santa Cruz al frente. Pero, ¿porqué se quedaron allí sin llegar a Cuenca? ¿pudo el general Soria Santa Cruz llegar a Cuenca en tiempo oportuno para liberarla del asalto de los carlistas? ¿qué explicación de disculpa tiene que permaneciera desde el día 17 en Villar de Saz de Arcas, sin salir a socorrer a Cuenca o cortar, por lo menos, la facción?

Las tropas que se apeaban en Minaya el día 13 de julio nunca llegaron a tiempo, cuando debían recorrer en cinco días con sus cinco noches una distancia de catorce leguas. Y no porque se encontraran en su camino ninguna facción, que no la hubo, ni que esperasen a las que el día 15 se le incorporaron, del brigadier Arnaz y Fajardo, en Honrubia, dos leguas escasas. Cómo puede ser que en la última jornada llegasen el 17 a Villar del Saz de Arcas, distancia solo dos leguas y después de recibir de un guardia

civil el propio Soria Santa Cruz de que los carlistas están en la ciudad, asesinando por las calles a los indefensos y honestos ciudadanos, éste no entra en la misma, sino que espera.

Huelgan comentarios que dejamos para el propio lector haga los suyos, pero cierto es que el gobierno al no haber fusilado a este general después de la masacre de Cuenca, ni siquiera hacerle un sumario como exigía la causa, digo, el gobierno de Madrid se ha hecho solidario y cómplice de esta nefasta conducta.”

Lo cierto es, que la conquista de la ciudad producida el 15 de julio de 1874 dejó a Cuenca sumida en la más profunda tristeza. El horror reinaba en cada una de las calles de la ciudad vieja; el incendio producido en los edificios más emblemáticos, como el Instituto, la Delegación de Hacienda, la comandancia militar, el Hospital de Santiago, numerosas casas de vecinos, las oficinas del cuartel de la Guardia Civil, el Matadero y, sobre todo, el edificio de El Carmen, que ardía en su totalidad, inundaba de humo toda la ciudad, provocando una imagen dantesca.

En algunos de ellos, no solo fue el incendio material del edificio, sino que la quema de documentos fue crucial para ejecutar los procesos administrativos posteriores, actualizar la situación legal y ejecutar sentencias para volver a la vida normal. Tal es el caso de las oficinas del Estado y las de hacienda (82): *“...en el escrito que ha manifestado el gobernador de Cuenca, del incendio de las oficinas de hacienda sólo han podido salvarse algunos legajos de años anteriores; los de las demás dependencias han sido pasto de las llamas. El incendio empezó el 16 y continuó el 18 con intensidad. Se trabajaría hasta el 20 para sofocar las llamas, pero ya el estrago hecho por las hordas carlistas no ha tenido solución. Está totalmente calcinado.”*

“Es tan lamentable el estado en que se han quedado las oficinas del Estado en Cuenca, cuyo edificio fue completamente incendiado, que el inspector general de Hacienda, Sr. Oliveros, se está ocupando en reunir con muchas dificultades los pocos libros o documentos que salvaron las llamas y que se encuentran en poder de varios particulares.”

Los edificios más modernos en la parte baja de la ciudad, también habían sufrido los primeros disparos de las baterías, derrumbando gran parte de numerosas fachadas. Animales muertos por las calles, algunos cuerpos mutilados en espera de ser recogidos, muebles destrozados, armas, piedras producto de los numerosos cañonazos sufridos a lo largo de aquellas cincuenta y seis horas de constante asedio. La desolación y muerte en cada rincón, en cada calle. A lo lejos, se oía el llanto de alguna madre en la búsqueda de su hijo.

El comunicado de don Norberto Sancho decía: *“Excmo. Sr.: en Cuenca sigue el fuego sin cesar. Anoche pasé el río a las primeras casas del Arrabal, cerca de la puerta de Valencia y también por la puerta de Madrid. La población está sin agua y necesitamos coger agua de los dos ríos para poder apagar los numerosos incendios. Ardieron muchas casas. La ciudad parece un campo en llamas.”*

La resonancia internacional tildaba las tintas en función de su apoyo ideológico al bando afín. Lógico pensar que, los aplausos o desconfianzas de cada acción, eran objeto de las más detalladas pesquisas informativas que, volcaban de una u otra manera, a su particular causa, “arrimando el ascua a su sardina” como vulgarmente se dice:

Llamamos la atención del señor ministro de la Gobernación sobre el siguiente despacho que publican los periódicos franceses, fechado el 28 de julio en la localidad francesa de San Juan de Luz: *“Los comentarios de los periódicos franceses sobre la entrada de los*

carlistas en Cuenca, sobre todo cuando suponen que se han fortificado allí, han impresionado a la opinión pública. El error en que han incurrido estos periódicos se explica por la falta de informes que se dan a la prensa extranjera y por las prohibiciones de que son objeto las noticias salvo las de La Gaceta; aún de aquellos favorables al gobierno.

La recuperación de Cuenca por los liberales se telegrafió a París el 19 de julio; pero este despacho fue detenido por orden del Gobierno a pesar de que se autorizó su publicación a la prensa madrileña.

El servicio de noticias de La Gaceta es tan incompleto, que este órgano oficial se ha olvidado de mencionar la recuperación de Cuenca a pesar de que las tropas han entrado allí hace seis días.”

Por otro lado, los periódicos ingleses decían: “A consecuencia de negligencia por parte de las autoridades, el despacho que anunciaba la ocupación de Cuenca por los republicanos fue interceptado”

Igualmente, el periódico inglés “El Estándard” (83), medio de prensa afín a la Causa carlista, publicaba un artículo acerca de la actitud de Rusia en el conflicto. En él, se expresaba de la siguiente manera: “No es fácil que el ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra, Lord Derby, se deje arrastrar por Alemania. Hay que defender a Francia de los cargos que se le dirigen, ya que la estricta neutralidad en que se mantiene es ventajosa a los carlistas, que gozan así de las mismas facilidades que los propios liberales. Por otro lado, Alemania no tiene derecho a intervenir en España. Además, los actos de crueldad imputados a los carlistas no han sido mencionados por el gobernador de la propia ciudad, señor Iglesias.”

En cuanto a las bajas, fueron más exactos los partes dados por los comunicados del gobierno que los que los cronistas del carlismo reflejan. Era propio del Ejército carlista minimizar sus pérdidas para no debilitar la moral de las tropas, de ahí la omisión en sus partes de información a la sociedad, apareciendo con carácter excepcional, algún número, poco concreto, de bajas en los comunicados oficiales. Sin embargo, es propio de las guerras, encontrar una profunda diferencia entre las informaciones, de uno u otro bando, a la hora de cuantificar las pérdidas, tanto en las victorias como en las derrotas.

Decía doña María de las Nieves:

“Ha terminado esta sangrienta conquista a las tres de la tarde, la toma a discreción de la ciudad fortificada de Cuenca, juzgada tan orgullosamente como inconquistable, aunque no haya dejado de costar sangre preciosa de los defensores de la religión y de nuestro legítimo soberano.”

Don José de la Iglesia, gobernador liberal de la ciudad, posiblemente la fuente más objetiva de todas, refleja un detallado parte militar como responsable del gobierno de la misma:

“Grandes fueron las pérdidas sufridas por los carlistas en los tres días que duró el combate, tanto en los ataques al recinto, como en la lucha en las calles, si bien difíciles de precisar, porque el enemigo tuvo buen cuidado de retirar sus heridos, enviándolos camino de Chelva y en dejar a los muertos, que enterró o quemó en los alrededores de la ciudad. Debían de ser unos seiscientos muertos entre el bando enemigo.”

Mayor que la cifra a que los hace ascender el propio brigadier, es la que se expresa, aunque con ciertas dudas, por el gobernador civil Norberto Sancho, quien fija en 300 el

número de muertos y en 700 el de heridos, dato corroborado por el comandante primer jefe de la reserva de Toledo, que señala un total de 1000 hombres fuera de combate en el ejército carlista.

La prensa extranjera seguía haciéndose eco (84): *“Los carlistas hicieron prisioneros a 480 soldados del batallón de Toledo, quedando además en su poder, también como prisioneros, 25 entre alféreces, tenientes y capitanes, cuatro comandantes y n brigadier, dos escuadrones, uno de lanceros, otro de carabineros y muchos voluntarios nacionales. Las fuerzas de Don Alfonso se apoderaron de un material de guerra bastante importante, que consistía en cuatro piezas Krupp, con 8.530 proyectiles, 377 cajas de metralla, 500.000 cartuchos, 1.500 Minié y 700 Remington.”*

Igualmente, la prensa española (85): *“...a juzgar por los prisioneros y por el material capturado, el resultado de la operación para los carlistas fue sumamente importante: un general, cuatro jefes, veinticinco oficiales, quinientos soldados del batallón de Toledo, dos escuadrones, dos mil doscientos guardias civiles y milicianos, cuatro cañones con 8.550 proyectiles Krupp, 700 Remington, 1.500 rifles y medio millón de cartuchos...*

Pero mayor fue el efecto moral. Porque era la toma de una importante capital provinciana distante solo veinte leguas de Madrid, bien fortificada y preparada para resistir los ataques, y los carlistas habían salido victoriosos.”

Los comunicados carlistas, tanto sus partes militares como, sobre todo, las Memorias inacabadas de María de la Nieves de Borbón, no reflejan del todo, el número total de bajas sufrido, quizás por desconocimiento del número de soldados que se reunieron para la conquista de la ciudad. Lo cierto es, que tanto Villalaín como doña Blanca (86), hacen referencia concreta a determinados cómputos:

“Ahora habría que hablar de nuestros heroicos muertos. Las bajas son dolorosas, pero pocas en comparación con el encarnizado combate y las dificultades que parecían insalvables, oponiéndose a nuestras heroicas tropas. Los muertos son:

- El comandante D. Julio Segarra, jefe del batallón del Maestrazgo.
- Un oficial de zuavos irlandés, que era el abanderado de ese cuerpo.
- Otro oficial de zuavos, Pellicer, muerto después de recibir las heridas. Se sabía que forzosamente tenía que morir porque se salían los sesos por la herida.
- Un teniente de artillería de nombre Don Sebastián.
- Veinticuatro soldados.

Me duele en el alma y no es indiferencia que no los nombre a cada uno en particular.

Los heridos fueron cinco oficiales y cincuenta soldados, aunque creo que fueron más los lesionados porque desconocíamos con exactitud el número exacto. Sin embargo, las bajas de los adversarios fueron considerables.”

Mientras, las bajas de los defensores se pueden resumir en el siguiente cuadro, elaborado por el propio Ministerio de la Guerra (87), según los datos aportados por los propios responsables militares:

- *Batallón de la Reserva de Toledo: 2 oficiales y 14 soldados muertos; 1 oficial y 30 soldados heridos y seis desaparecidos. Total, 16 muertos y 31 heridos.*
- *El regimiento Provisional de Carabineros: 1 soldado muerto; 3 oficiales y 11 soldados heridos y 11 desaparecidos: Total, 1 muerto y 14 heridos.*
- *Regimiento de Lanceros de España: 3 soldados muertos; 3 soldados heridos y 0 desaparecidos. Total, 3 muertos y 3 heridos.*

- *La Guardia Civil: 4 miembros muertos y 2 miembros heridos.*
- *El Cuerpo de Artillería, solamente 2 heridos.*

Un parte municipal (88) elaboró una relación de bajas entre los defensores de la ciudad, desde el momento de su inicio el día 12 hasta su marcha el día 18. Según las Actas Municipales, serían 36 los defensores de Cuenca fusilados en diferentes lugares de la ciudad, 3 los muertos civiles y 3 los muertos militares, haciendo un total de 42.

De los 36 fusilados, 7 eran milicianos, 2 recaudadores de Fielato, 1 alguacil, 1 vigilante, 1 mayordomo, 1 comandante de reserva enfermo y los 23 restantes, no figuraban con profesión alguna. Los lugares destinados para llevar a cabo los fusilamientos no se establecieron fijos, pues dependía del momento de la captura y de la ubicación de la tropa, pero cierto es, que la mayor parte de los ejecutados se realizó fuera de la ciudad, aunque 8 lo fueron en el barrio de Santiago, incluido Anico, el de la Ventosa y Marcos Delgado, el garbancero de Torrecilla, entre ellos: otros 3 en el barrio de San Gil, incluido un empleado que vestía levita.

De los tres civiles muertos, uno era peón caminero, otro empleado de banca y otro, desconocido; y de los tres militares, uno era el teniente ya aludido, Don Francisco de la Peña, otro, un sargento de la Guardia Civil llamado Anastasio Sacedón y el tercero, un guardia llamado Manuel García Contreras.

Curiosamente, se reflejan, igualmente en las Actas municipales, que a consecuencia de todas estas bajas, quedarían 21 mujeres viudas de voluntarios; 4 viudas de civiles, 6 viudas de militares, 1 huérfana y 3 padres a quienes mataron a sus hijos.

Los hospitales de la ciudad, en fecha 20 de julio, enviaban una relación de las bajas producidas en sus dependencias:

Del Hospital de Santiago, 5 muertos y 99 heridos;

Del Hospital de sangre, establecido en la calle Solera, en casa de Don Ramón Escribano, 3 muertos y 30 heridos;

Del Hospital de sangre, establecido en el distrito de Obras Públicas, 8 muertos y 70 heridos;

Del Hospital de sangre, en la calle del Juego de Pelota, establecido en la botica de Don Pedro Manuel Soriano, 2 muertos y 90 heridos;

En el Hospital de sangre, situado en el calle de la Correduría, en casa de Don Rafael Martínez Ubeda, 1 muerto y 22 heridos, haciendo un total de 19 muertos y 311 heridos.

Muchos soldados de la guarnición de la ciudad, por su arrojo y valentía, hechos prisioneros, fueron encerrados durante cuatro días en las dependencias municipales y en algunos otros lugares. En los sótanos de la Casa del Corregidor se establecieron varias celdas, bien custodiadas donde quedaron presos hasta su conducción a Chelva. Se pueden apreciar en las fotografías adjuntas, el lugar donde los liberales fueron mantenidos presos, al dejar grabados los carlistas en las puertas de las celdas, frases como ¡Abajo Isabel II! ¡Viva Carlos VII y muera la traidora!

Los carlistas se incautaron de las cuatro piezas de artillería, caballos, uniformes, equipos y municiones.

Un veterano liberal (89) que había tomado parte activa en la lucha y que fue hecho prisionero escribió unas notas que después pudo leernos su hijo:

“...las fuerzas se rindieron a las cuatro de la tarde del día 15 y yo busqué refugio en la casa de la demandadera de las monjas. Estuve allí dos horas y cuando salí para ver la suerte que había corrido mi familia, fui hecho prisionero al llegar a los arcos de la

Plaza Mayor, siendo llevado al Ayuntamiento. Allí presencié la redacción de los dos bandos terroríficos dictados por los ayudantes del Estado Mayor de los carlistas el general Freixa. En ellos, imponía la pena de muerte a los que no acudieran con herramientas a derribar las fortificaciones o no entregaran las armas que tuvieran en su poder, siendo tal su rigor que dirigiéndose a dos honrados concejales allí presentes, les ordenó que buscaran al pregonero para que los publicase. Habiendo contestado que no lo encontraron al citado pregonero, les amenazaron con que tendrían que hacerlo ellos sino querían morir.”

La ciudad fue conquistada en su totalidad por el ejército carlista. Mandó el infante don Alfonso reunir inmediatamente a la tropa en la propia plaza mayor para rendir cuentas de todo lo acontecido, convocando a su Estado Mayor a llevar a la práctica la necesaria puesta en marcha del proceso de rendición. Era lógico –como cualquier ejército vencedor de una contienda- la manifestación de júbilo y alegría de sus hombres, pues “todo lo pasado y sufrido hasta ese momento, todos los sucesos penosos de la campaña quedaban olvidados y compensados por aquel momento de satisfacción que nos hacía medio enloquecer” – comentaba el general Freixa.

Se mandó a los zuavos que utilizaran los instrumentos musicales para demostrar el júbilo victorioso, aunque las pérdidas de este batallón fueron de las más considerables. Al compás de su música, un grupo de soldados de caballería desfilaba por entre los escombros de la plaza para calmar la ansiada alegría de la tropa vencedora. Los habitantes de la ciudad, excepto algunos, guardaban un silencio sepulcral propio del miedo contenido después de tanto sufrimiento. Unos, liberales, temían la represión que se ejecuta siempre al acabar un conflicto; otros, afines al carlismo, disfrutaban del espectáculo aunque contenidos en su manifestación por el temor de ser confundidos. Todos estaban aún bajo los efectos de un combate encarnizado que mantenía las cortinas de humo como huella de destrucción y ese olor a pólvora, donde se mezclaba un halo dramático de tantas y tantas muertes en una atmósfera pálida como síntoma de dolor y desgracia.

El infante don Alfonso, ataviado a la usanza con su traje de guerra que, un poco ennegrecido por los avatares de campaña, le hacía parece algo más viejo, presidía aquel acto de júbilo obligado y, frente a la catedral, en ese mismo momento del desfile victorioso, recibía el parte de Villalaín, redactado nada más rendirse el brigadier la Iglesia, gobernador militar de la plaza de Cuenca, y que para alegría de la tropa allí formada, leía en voz alta (90): “Ha terminado a las tres de la tarde, la toma a discreción de la ciudad fortificada de Cuenca, aunque no haya dejado de costar sangre preciosa de los dos bandos. El Ayuntamiento republicano no quería admitir las proposiciones de clemencia que les hizo vuestra alteza, y así volvieron a empezar las hostilidades que han dado por resultado que los enemigos abandonasen por fin la población que tenían bien fortificada y abastecida de armas y municiones, en el llamado recinto del castillo y las murallas.”

Después de leer detenidamente todo el parte detallado de su hombre de confianza, se abrieron las puertas centrales de la bella catedral, apareciendo el obispo de la ciudad don Miguel Payá y Rico, junto a su vicario general, archivero, deán y administrador de la Diócesis, al que todos los presentes le presentaron sus respetos. El propio infante se acercó a él y su séquito, le hizo una reverencia, y le pidió que les permitiese cantar un Te Deum de acción de gracias en el interior de la catedral por la victoria obtenida. Ante tal petición, el propio prelado se ofreció a officiar él mismo el acto ante la sorpresa del

propio ejército carlista quien en determinadas y reiteradas peticiones, les instaba a no proceder a tal ofrecimiento por las consecuencias que ello podría tener con el gobierno liberal, una vez que ellos -los carlistas- abandonasen la ciudad. El propio obispo no quiso escuchar las advertencias y, considerando que cualquier acto religioso ofrecido en su casa sacerdotal debía tener su presencia, desestimó las advertencias y ofició el solemne acto de gracias, en el mismo altar mayor.

Dentro, los infantes y todo su Estado Mayor, sentados frente a la bella rejería que adorna ese espléndido templo, escucharon con gran devoción las oraciones de monseñor Payá y Rico, mientras en la plaza mayor, formados como requería la ceremonia, la tropa bien ataviada, procuraba atender las advertencias que sus mandos establecían en función del acto religioso celebrado dentro. “Con esta acción de gracias, el obispo de la ciudad quiso presentar a Dios nuestra gratitud por el favor que nos hizo, uniéndose él a estas gracias” - manifestaba doña Blanca-.

Acabada la ceremonia, las autoridades carlistas pasaron al claustro de la catedral donde se encontraban un buen número de soldados prisioneros, supervivientes de la conquista, junto a los oficiales de menor graduación, ya que los superiores se encontraban separados y en lugar de privilegio como es propio de la norma militar. Entre los soldados, apenas se encontraban vecinos civiles no alistados excepto algún caso en particular, como tampoco estaban aquellos que los carlistas llamaban “cipayos” y que eran voluntarios de la libertad, los cuales, muchos de ellos, habían conseguido huir en los últimos momentos de la refriega, temerosos de las represalias de los soldados vencedores.

Villalaín, en su curiosa crónica, comentaba como “...los paisanos que se habían batido desde las casas, tenían el sistema o plan para resultar impunes, desapareciendo de casi todos y dejando sus casas en el momento adecuado para meterse momentos después, con caras de buena conciencia y hechos pacíficos, entre la demás gente. Imposible reconocerlos entre los asesinos de poco antes.”

No solo los comunicados liberales, emanados de la prensa sensacionalista del momento, relataban pormenorizadamente los acontecimientos vividos en Cuenca, sin que diversos cronistas de la época aprovecharon este suceso para dar rienda suelta a su creación literaria. En la documentación municipal aparece consignada la adquisición, por parte del Ayuntamiento, de 6 ejemplares de la obra “Páginas Sangrientas” por valor de 15 pesetas. En la obra citada consta un romance titulado “Rabía impotente” que trata sobre el valor que los vecinos y defensores de la ciudad demostraron en esta acción, frente a las tropas carlistas. Sus autores, Alejandro Benisia y Manuel Corchado, vecinos de Madrid expresaban lo siguiente:

“Desde que finalizó el ataque final a las tres de la tarde, empezaron una serie de sucesos provocados por los carlistas en toda la ciudad. Iban por las calles divididos en grupos y registrando las casas con el pretexto de buscar armas y en presencia de sus moradores, robaban todo lo que tenían de valor, destruyendo lo que no les gustaba.

Y si, alguna vez, encontraban hombres donde había armas, los sacaban a la calle y titulando de cipayo a cada uno, los fusilaban o mataban a estocadas sin más juicio.

Entraron en una casa donde había un joven de 18 años con viruela postrado en su cama y porque no se levantaba tan pronto como se lo ordenaron fue muerto allí mismo a cuchilladas (90 bis)”.

Un veterano liberal apellidado Muñoz (140) describe su experiencia: “Al final, las fuerzas se rindieron a las cuatro de la tarde y yo busqué refugio, como hacían otros

compañeros míos, en cualquier casa. Fui a la casa de la demandadera de las monjas. Estuve allí dos horas y cuando salí para ver a suerte que había corrido mi familia, fui hecho prisionero al llegar a los arcos del Ayuntamiento. Allí presencié la redacción de dos bandos terroríficos dictados por los ayudantes del Jefe del Estado Mayor de los carlistas. En ellos, se imponía la pena de muerte a los que no acudieran con herramientas a derribar las fortificaciones o no entregaran las armas que tuvieran en su poder, siendo tal su rigor que dirigiéndose a dos honrados concejales que allí había, les ordenó que buscaran al pregonero para que los publicase. Habiendo contestado que no lo encontraron al citado pregonero, les amenazaron con que tendrían que hacerlo ellos sino querían morir.”

Las tropas carlistas –según su propio parte militar- apresaron dos mil doscientos hombres- una cantidad inferior a los defensores de la ciudad, entendiendo que muchos de los voluntarios, naturales de Cuenca, habrían podido huir y esconderse en los montes próximos, cuevas y casas de los hocinos, lugares difíciles de acceder por lo escabroso del terreno donde se ubican, evitando así ser apresados. Entre ellos, el brigadier La Iglesia, cuatro oficiales superiores, veinticinco oficiales subalternos, quinientos hombres del batallón de Reserva de Toledo, y los demás pertenecientes a diferentes cuerpos francos de la guarnición de la ciudad; los jinetes de los dos escuadrones, el uno de Lanceros de España y el otro de Carabineros, los veintiséis guardias civiles que quedaron vivos y los componentes de su sección de caballería. Cogieron también muchos mulos que luego bien utilizarían para la marcha hacia Chelva, como animales de carga.

Como botín, todas las armas relacionadas anteriormente, junto a cien arrobas de tabaco y estancado de la Hacienda Pública.

Algunos de los prisioneros fueron obligados a ejecutar acciones de derribo, otros fueron fusilados por su participación directa y su negativa a colaborar y, otros, con mejor suerte, pudieron contar lo sucedido gracias a sobrevivir a aquel drama (91):

“...después de concertarse la rendición a las cuatro de la tarde del día 15 nos llevaron a mí y a mi grupo a la iglesia de San Pedro, donde nos dejaron prisioneros, pero faltando a sus promesas de que si nos entregábamos nos dejarían luego libres, comenzaron a fusilar. Entonces, nos escapamos unos cuantos por las calles que bajan a San Miguel y allí nos pudimos esconder. Luego, después de unas horas, fui a buscar a mi familia y me sorprendieron nuevamente y cuando iban a dispararme, uno de los que estaba con ellos como carlista, me conoció y me salvó la vida, aunque me llevaron a las celdas que había en los sótanos de la Casa del Corregidor. No sabré quién fue y me gustaría llegar a conocerlo, porque me había salvado la vida.”

Los Infantes, siempre preocupados del trato que sus oficiales daban a los prisioneros, decidieron realizar una visita a todos los defensores que habían sido cogidos, o bien, se habían rendido, en los diferentes lugares de la ciudad. Don Alfonso quería conocer la situación en que se hallaban para que todos pudieran tener una condición honrosa.

Decía doña Blanca en sus Memorias (92) que, “mi esposo sufría muchísimo por el trato que podrían recibir los prisioneros de guerra. Siempre le pasó esto, pues esa fue la razón por la que se enfrentó muchas veces al mariscal Savalls en Cataluña. Quería un trato digno y, solo permitir fusilar, cuando no había otra razón mayor.”

Sin embargo, no hablaban igual los medios liberales de tales actuaciones, pues según algunas informaciones propiciadas por los propios conquenses o viajeros de la ciudad que habían podido huir, los infantes dejaban mucho que desear en su comportamiento. Incluso, hay un detalle que fue alardeado por todo los medios escritos del país, basado en un enconado encuentro entre el obispo de la diócesis, Paya y Rico, y la propia doña Blanca (92 bis):

“Se presentó el señor prelado, que se ha conducido como corresponde a su misión de paz y caridad, pidiendo gracia a su alteza a favor de varios voluntarios acogidos en el palacio episcopal. La esposa de don Alfonso, con una crueldad y fiereza digna de la causa que representa, despidió duramente a monseñor diciéndole: Y tú, da gracias de que no se haga contigo como con ellos.”

Siguió la prensa diciendo que:

“Viajeros llegados de Cuenca aseguran que en la reyerta habida entre la “humanitaria” doña Blanca y el obispo de la ciudad, éste se vio forzado a censurar, hasta agriamente, la conducta de tal señora y de su “digno esposo”, recordándole que él era príncipe de la iglesia y que los medios empleados por don Alfonso y su “bendita” mujer no conducían ni a tronos en la tierra ni a coronas en el cielo. El obispo de Cuenca ha hablado como cumple a su misión y es digno de alabanza; pero ¿qué importa a los “humanitarios” esposos la observación del digno obispo?”

Esta acción, tan alabada desde la prensa madrileña, no lo fue tanto en los provinciales que ni siquiera hicieron la más mínima mención de tal suceso. Así denunciaban tal parcialidad:

“No hemos visto que ningún periódico de la ciudad ni de otro lugar próximo haya hecho constar la noble conducta que tanto el obispo como todo el clero de Cuenca ha seguido durante los tristes acontecimientos que llenaron de luto aquella capital durante la invasión carlista y que es acreedora a los mayores elogios. La actitud de tan dignísimos sacerdotes ha rayado en el heroísmo, viéndolos sin cesar en los puestos de mayor peligro para salvar a sus feligreses del furor de los invasores, como lo consiguieron en muchas casas arrebatándoles multitud de víctimas.”

Aquel día 15, revisada la tropa prisionera, el propio prelado de la diócesis llevó a los infantes a su propio alojamiento en el palacio Episcopal, un edificio suntuoso, grande y que apenas había sufrido los reveses de la contienda. Edificado junto a la catedral, en la llamada Plaza de la Fuente de los Canónigos, presentaba una fachada clásica y su interior, se estructuraba en un elevadísimo número de habitaciones y compartimentos en los que se alojaba la Curia episcopal. Doña Blanca, después de ser recibidos en el interior del mismo, una vez que pudo conocer cada una de sus principales dependencias, hace un curioso relato promenorizado:

“Teníamos un cuarto inmenso, a la vez, salón y alcoba. Las camas y el tocador estaban en la misma. Otro grandísimo salón completaba el apartamento. Las ventanas de la segunda sala daban su vista a un jardincito, hallándonos de éste a una tremenda altura. Aun debajo de él, en mayor profundidad, se veía el barranco por donde corría el agua que los nuestros habían ido a buscar bajo el fuego enemigo unas horas antes.

Las camas no eran muy episcopales. Seguro que en Cuenca habría muchísimas mejores, pero después de permanecer acampados resultaron muy agradables. Sánchez Gutiérrez y otros no tenían camas, y cuando se les dieron, rehusaron a ellas. Por mucha insistencia, lo único que conseguimos de ellos, fue tumbarse en el suelo en un jergón.”

Este edificio de corte renacentista-barroco, era uno de los más emblemáticos de la ciudad. Edificado junto a la catedral se encontraba sobre el crestón rocoso que da al río Huécar y que permite el paso por el puente de piedra de San Pablo. Está bien defendido por las dificultades de acceso que la roca natural mantenía, además de estar aspillero, bajando en terrazas hasta el picado que se cuelga sobre el propio río.

Durante unas horas se acoplaron allí los infantes, aprovechando el momento para asearse y descansar de todo el excesivo agobio y tensión que había provocado los acontecimientos. Aquella tarde resultó la más pacífica de todas, a pesar, de que en las calles, la algarabía de los vencedores no permitía descansar ni un solo minuto. El olor a humo entraba por las “rendrijas” de las ventanas, aún cerradas, y calaba las ropas del interior de los edificios.

El 16 de julio amaneció con una neblina intensa que impedía ver el azul del cielo. Era insoportable el olor a sangre, a ropas y maderas quemadas, a pólvora, a muerte. Doña Blanca quiso volver a celebrar un solemne réquiem en la catedral, tal como se lo había prometido a la Virgen si le concedía la victoria, dedicado a todos los difuntos caídos en combate. Lo ofició el capellán castrense del batallón de Lanceros de España, don Silverio Lahoz, secundado por el de la reserva de Toledo, a pesar de que era de mayor graduación. Antes de la misa, hubo confesión múltiple, empezando por los propios infantes y seguidos de numerosos soldados de la tropa, sobre todo, los navarros. Durante la misma, se siguió con profunda devoción, comulgando casi todos los asistentes.

El resto de la mañana, el infante don Alfonso marchó nuevamente al atrio del Palacio Episcopal y, sentado en un cómodo sillón con mesa al lado, se dedicó durante más de tres horas, a atender las peticiones y partes de sus tropas. Igualmente, atendió a los vecinos civiles que le pedían clemencia y ayuda para sus familias.

El gobernador La Iglesia y otros jefes liberales que se encontraban prisioneros recibieron un trato especial por parte de las fuerzas carlistas y, sobre todo, por la constante exigencia del propio infante quien, insistentemente, aludía a la benevolencia y exquisitez con el que debía tratarse al militar, rendido y entregado, al margen de su graduación como tal. Sin embargo, su tolerancia no lo fue, ante aquellos que, por circunstancias diferentes, se mantenían huidos o escondidos, no aceptando las normas de rendición, una vez tomada la plaza. Eso le desesperaba. Ahí encontramos uno de los episodios más negros que tuvo que vivir la ciudad de Cuenca el día 16 de agosto.

“Enseguida de su entrada, advirtió Alfonso- comenta doña Blanca- que, pasado el plazo de doce horas, todos aquellos defensores que no se hubiesen entregado y se escondiesen no gozarían del derecho de tener a salvo la vida. Hizo tal advertencia mi marido porque se supo que aún un gran número de *cipayos* permanecían ocultos y con sus armas efectuaban algún que otro tiro con pólvora sorda desde los rincones. Actuaban por la espalda y eso, en la guerra, es traición. Esta razón determinó el fusilamiento de muchos cipayos, acto siempre detestable pero, por desgracia, necesario en tiempos de guerra.”

A lo largo de todo aquel 16 de julio, el trabajo fue intenso en toda la ciudad vieja. Las órdenes del infante eran tajantes. Todos los soldados que habían defendido la ciudad debían haberse entregado y sus armas confiscadas; por otro lado, se ordenó destruir las fortificaciones que quedaban en pie, para lo cual, se obligó a numerosos vecinos a ayudar a los soldados carlistas en las tareas de demolición, disminuyendo en lo posible, las construcciones de carácter defensivo, sobre todo, las de la parte alta y las que se encontraban cerca del palacio episcopal.

Él mismo, como era de menester, había dado una orden estricta en cuanto al respeto a tener con las casas particulares, advirtiéndole de no ejecutar “acciones de saqueo, robos o rapiña”, señalando el castigo correspondiente en caso de no cumplirla, así como en el trato humano a civiles y militares, apresados. A pesar de ello, algunos incendios seguían activos y otros, por circunstancias desconocidas, se iniciaron ese mismo día, como fue el caso del Ayuntamiento, supuestamente provocado para evitar o retrasar en lo posible, el derribo de las fortificaciones. Esta circunstancia obligó al propio infante –según manifestaciones del gobernador La Iglesia- a colocar centinelas y vigilantes en muchos de los lugares de la ciudad para evitar incumplir la norma establecida.

Amaneció el día 17 y lo hizo de la misma manera que el día anterior. La ciudad sumida en un mar de humo, un olor incesante y un constante ir y venir de soldados carlistas, ejecutando órdenes e intentando controlar toda la ciudad. Por su parte, los infantes, una vez que habían descansado en las mismas dependencias episcopales, se reunieron con su alto mando, tanto con el general Freixa y su hijo, como con el comandante Joaquín Freixa y los oficiales, Villalaín, Monet y Agramunt. Faltaba Cucala, encargado de las batidas por los alrededores de la ciudad, controlando los movimientos del enemigo, las huidas de los defensores y la posible llegada de las tropas liberales enviadas desde Madrid. Recordemos que para don Alfonso, Pascual Cucala era su fiel paladín.

En una primera acción, el infante Borbón mandó llamar al barón de Benicasim, primo del fallecido don Julio Segarra, y hombre de entera confianza, al que le confió la organización de todos los prisioneros que se tenía en la ciudad, para llevar a cabo una larga marcha hacia su cuartel general de Chelva. Había que iniciar los preparativos adecuados para llevar el suficiente alimento, medicinas y ropa, y proceder así a una marcha que se antojaba, larga y dificultosa.

Mientras este encargo se ponía en marcha, el Estado Mayor carlista, establecido en la ciudad, estudiaba las decisiones a tomar:

-“¡Adelante!, marcharemos sobre Madrid, después de haber conseguido este resonante éxito”- comentó con voz fuerte el infante. Ante esta exclamación tan jubilosa, el general Freixa le advirtió:

- Alteza, marchar sobre Madrid ahora, sería nuestra tumba. Alrededor de la ciudad de Cuenca están las tropas liberales que fueron enviadas desde Madrid. El general Moltó y el coronel Fajardo, por un lado; y el general Soria Santa Cruz, por el otro, nos tienen rodeados y a punto de iniciar su asalto. El único camino, quizás el más seguro, será el de la Sierra y desde él, podremos regresar a nuestro cuartel general. Debemos marchar hacia Chelva.

La prensa lo describía con detalle (94): “...se hallaban en marcha para socorrer la ciudad y batir al enemigo las brigadas de López Pinto, Fajardo y otra, procedente de Guadalajara, a las órdenes del brigadier Araoz.”

Por otro lado, “La Gaceta publica hoy las siguientes noticias: *El general Soria Santa Cruz participa desde Valverde donde está acantonado, que en la madrugada de hoy caerá sobre Cuenca, cuya población sigue defendiéndose con gran vigor, y que el número de heridos de las facciones es considerable.*”

Y así: “*las columnas mandadas por los brigadieres Fajardo y Araoz van juntos sobre Cuenca desde Minaya, de donde salieron anteayer día 15 por la mañana; empleando dos jornadas, debieron estar ayer a la vista de Cuenca. Otra columna lleva otra*

dirección y quizás haya llegado antes. Las últimas noticias recibidas son de las cuatro de la madrugada de ayer 16, y por lo tanto son falsos los rumores que han circulado, siendo casi seguro que a la hora que escribimos estas líneas deban hallarse enfrente del enemigo todos los refuerzos que se han dirigido para liberar Cuenca de la facción.”

Pero todo esto no se ajustaba a la realidad del momento. Los diarios lanzaban noticias infundadas, basadas más bien en rumores provocados por viajeros que habían conseguido burlar al ejército carlista. No había duda, que el ejército liberal enviado en ayuda de Cuenca estaba próximo, pero se encontraba acantonado sin haber tomado la decisión de atacar “por no se qué causa...”, dirían después los partes oficiales. En aquellos días, 16 y primeras horas del 17, los carlistas tenían controlada perfectamente la ciudad y estaban decidiendo como abandonarla. Por esa razón, el infante había reunido a su Estado Mayor.

Don Alfonso, como en él era costumbre, aceptó los consejos de sus generales y dispuso la orden de controlar el ferrocarril y llegar hasta Albacete. Esta idea tampoco era muy acertada, pues más bien la ilusión la sustentaba, pero no el buen acierto, teniendo en cuenta dónde y cómo estaban las tropas del gobierno.

A lo largo de todo ese día, se le encargó al teniente Sixto que hiciera una última búsqueda de paisanos escondidos; bajó a la casa del Corregidor y se abrieron las celdas allí instaladas para que todos fueran colocados en la calle e iniciar de esta manera el proceso de cuantificar a todos los prisioneros. Eran más de ocho celdas, dispuestas en tres alturas de aquel edificio histórico (95). Las escaleras de acceso eran muy estrechas y apenas había una ventana que pudiera iluminar el acceso. Cada celda, pequeña, disponía de un ventanuco y las puertas eran de madera reforzada con escuadras de hierro. Un candado grande les daba el toque de seguridad. En las manifestaciones de algunos supervivientes, como es el caso de Ramón Guijarro, queda patente los difíciles momentos vividos:

“Después de salvar la vida en el campo de San Francisco, al lado del convento, gracias a uno de nuestros paisanos enrolado con los carlistas, fuimos hechos prisioneros y se nos llevó al cuartel instalado en aquella zona. Había un sargento que no se me olvidará. Alto, musculoso. Solo gozaba pegando bofetadas. Recuerdo que nos llamaba y nos preguntaba nuestro nombre, y cuando se lo decíamos, nos pegaba cuatro bofetadas el muy...

Nuestras familias no podían venir a traernos las cosas de comer ni las ropas. Eran maltratadas, golpeadas, sobre todo, las mujeres que allí se acercaban. Allí estuvimos hasta el día 16, que salimos tres cuerdas de prisioneros, otros se quedaron para el día siguiente.”

Es decir, ese mismo día 16, don Alfonso había determinado que una primera salida de prisioneros iniciara su marcha hacia el cuartel general de Chelva. En ese primer contingente irían todos los soldados liberales cogidos presos en la defensa de la ciudad, tanto los pertenecientes a las fuerzas reales como a los Voluntarios y un gran número de contribuyentes. Aproximadamente, unos 700 prisioneros.

Vigilados por el segundo batallón de Guías del Maestrazgo, a las órdenes del comandante Giner y un escuadrón en retaguardia bajo el mando del coronel Acuña, formaron en la parte baja de la ciudad. Sus componentes, la mayor parte prisioneros del cuartel de San Francisco y otro grupo de voluntarios de la Casa del Corregidor. Eran tres cuerdas de prisioneros –según las palabras de uno de los testigos, el liberal Pedro

Gómez-, *“cada cuerda iba a ir por una ruta diferente, la mía la dirigieron por La Cierva y de allí a Cañete, donde estuvimos un tiempo descansando. Reanimados, alimentados y con agua suficiente, nos hicieron marchar hacia el Vallecillo y de allí a Salvacañete, donde una columna de liberales dirigidos por López Pinto y en las que estaba el coronel conquense don José Lasso y Cobo nos rescataron. Sin embargo, aquella marcha fue durísima, penosa. Recuerdo cuando en Cuenca, en la plaza de la Constitución, a pie firme, todo el tiempo que fue preciso nos retuvieron mientras desfilaban los batallones con doña Blanca y don Alfonso al frente y los zuavos tocando su música.”*

La salida de los prisioneros del día 16 estaba organizada, como ya he comentado anteriormente, en tres cuerdas que utilizaron tres caminos diferentes. Unos, marcharon por el camino de La Cierva desde Fuentes –recordemos que este recorrido se lo conocían a la perfección las tropas carlistas por haber llegado el contingente mayor desde Chelva-; mientras que otros, marcharon por el camino de Cañete, hacia esta localidad de la sierra, -camino que consideraban más seguro, ya que la citada población siempre había sido bastión carlista- y, una tercera, por Cañada y Carboneras de Guadazaón, -quizás, la más insegura, por tener el riesgo de poder encontrarse con las posibles tropas del general Soria Santa Cruz por allí afincadas, según noticias recibidas-

En la primera ruta, el relato de uno de los supervivientes nos permite conocer las dificultades de ese desgraciado viaje (96):

“El sol comenzaba a molestarnos casi al momento de salir de la ciudad. Yo iba en la primera cuerda que había salido el día 16. En la carretera, el polvo y el sol abrasador que caía nos producía mucha sed, una sed horrible. Llegamos al río Moscas y quisimos beber, pero los carlistas no lo consistieron. Suplicamos. Todo inútil. Los carlistas gozaban con nuestros sufrimientos.

Llegamos al puerto de Las Zomas. El calor, el polvo y el cansancio hacía más difícil la ascensión. Hay prisioneros que se rinden; no pueden más. Uno de nuestros compañeros no tiene ya fuerza para levantar los pies y, desesperado, pide por favor a los carlistas que le fusilen. Prefiere morir de una vez. Entonces, otro prisionero, el alférez de voluntarios llamado Juan Verde, que, afortunadamente, todavía vive, se lo carga a sus espaldas y con él acuestas sube el empinado puerto, con asombro de todos nosotros.

Y este mismo alférez, que constantemente estuvo dando prueba de valor y de entereza, más adelante, cuando estábamos cerca de la Cañada, se encontraría con otro prisionero llamado Perfecto Santa Cruz, el cual a causa de los sufrimientos padecidos aquellos días, había perdido la razón y se negaba a continuar la marcha. Los carlistas, le empujaban con saña y al enterarse Juan, corrió a su auxilio para evitar que lo mataran. Se lo echó a sus hombros y lo llevó durante más de media hora hasta encontrar un buen bagaje donde colocarlo perfectamente, volviendo a su puesto. Ya poco supimos del pobre demente, posiblemente y según noticias posteriores, lo fusilaron en la fuente del Milano...”

Igualmente, otro de los supervivientes de nombre Germán Torralba (97), y del que ya hemos aludido algún comentario durante la conquista de la ciudad, escribió un diario de viaje donde expresaba al detalle todos y cada uno de los sufrimientos padecidos en el trayecto desde Cuenca a Cañete:

“Íbamos en filas de a dos y luego de a uno, según los barrancos por donde pasábamos. No llevábamos agua y el calor era agotador. Muchos no llevaban calzado adecuado y los pies los llevaban ensangrentados. Después de tres horas, nos permitían descansar y

era el momento en el que, unos a otros, nos ayudábamos para limpiar la sangre, ponernos pañuelos o trozos de camisa en los pies dañados y así poder continuar la marcha. Los carlistas, no es que nos tratasen mal, sino que temerosos de ser perseguidos por las tropas liberales que ya habían entrado en la ciudad, pudieran darnos alcance. Por eso, nos aceleraban la marcha y nos obligaban a no descansar apenas.”

Desde el primer día de asalto a la ciudad, el gobierno municipal de la ciudad –según Acta Municipal- decidió en reunión urgente acordar una serie de medidas. Antes de iniciar la sesión, varios concejales decidieron abandonar sus puestos, hecho que provocó su destitución automática. Era el caso del primer teniente de alcalde, don Calixto Jiménez, el tercer teniente de alcalde, don Eugenio Carretero y el primer regidor síndico, don Joaquín M^a Girón. Así, en la sesión extraordinaria celebrada unos días después, concretamente el 20 de agosto, y presidida entonces por el que fue nombrado gobernador civil don Martín de Useloti de Ponte, se aceptaba la dimisión en el cargo, del entonces alcalde don Hilario Lozano Serrano, quien, después de atravesar los difíciles momentos de la invasión carlista, decidía dejar su puesto y trasladarse con su familia a Madrid.

Aquel día 16 de julio, después de la primera salida de prisioneros, ante los concejales que se mantenían en el cargo, se procedió a solicitarles por parte del Estado Mayor carlista de la ciudad, la requisa de los dineros en un plazo urgente determinado y una serie de actuaciones bajo la pena de muerte si no se llevaban a cabo. Tal fue así que se emitieron serios bandos por parte de los infantes. En ellos, se obligaba a seguir demoliendo las fortificaciones por parte de los vecinos de la ciudad; que las mujeres con cantaros y demás objetos siguieran sofocando los diferentes incendios que aún seguían activos y que los voluntarios se entregasen a las autoridades en la puerta de la catedral, en el plazo de dos horas.

Todo se hizo, tal cual. Mientras las dos primeras acciones se realizaban, los voluntarios fueron hechos prisioneros y llevados al interior de la catedral, lugar más seguro y espacioso, a pesar de los ruegos del propio obispo Payá y Rico, quien pedía constantemente clemencia para ellos.

Pérez Galdós, con maravillosa narrativa, nos hacía una descripción pormenorizada de la catedral conquense (99): “El interior de la catedral me impresionó grandemente por la majestad y elegancia de sus líneas ojivales, diluidas en un doble misterio de silencio y oscuridad. El presbiterio y el ábside me parecieron espléndidos, las verjas magníficas. Silvestre oyó dos o tres misas en diferentes capillas, y luego estuvo arrodillada largo rato ante el altar de san Julián, un armatoste greco-romano del estilo más antipático y pedantesco. Beatas vejancas no cesaban de llegarse a los mármoles del sepulcro para besuquearlos y llenarlos de babas...”

Allí, en aquel templo, espacioso, frío y místico, fueron encerrados los prisioneros del cuerpo de Voluntarios de la ciudad.”

Don Alfonso reunió a una Comisión municipal (100) y les exigió en el plazo de cuarenta y ocho horas el canon de guerra obligatorio. Aunque la primera petición por parte del infante se ajustaba a la abultada cantidad de 1.000.000 de reales, equivalente a las 250.000 pesetas que consideraba debían de pagar por su obstinada resistencia a la entrada de sus tropas, tuvo que rebajarla ante las solícitas quejas del propio consistorio que, ante la situación de la ciudad, veían imposible su recaudación. El infante decidió

exigirles un anticipo ajustado a otras cantidades en función de determinadas partidas: por un lado, 800.000 reales a los vecinos; por otro, que fueran entregados los Bonos del Tesoro, libramientos y metálicos, por valor de 90.000 pesetas y que la Delegación del Banco de España les diera 100.000 pesetas. Mientras, los mayores contribuyentes de la ciudad debían entregar sus cantidades al consistorio hasta alcanzar la cantidad que la propia ciudad debían abonar a Madrid como pago de su tributo trimestral. Así, acabó el día 16.

En la documentación municipal existe un recibo con el membrete impreso del Cuartel General del Ejército carlista del Centro y de Cataluña, con fecha 23 de julio de 1874 y firmado en Cuenca, donde se justifica el pago de 716.314 reales por el factor municipal don José Vert. Con ello, la ciudad sufragaba casi las tres cuartas partes de lo establecido en el mandato de don Alfonso, quedando 283.686 reales por pagar, cuyo plazo de entrega quedaba fijado en un tiempo breve.

El siguiente día amaneció igual de triste para los habitantes de Cuenca. Mientras, los carlistas se preparaban para establecer un nuevo cordón de prisioneros y salir de la ciudad, los miembros del consistorio municipal se esforzaban en conseguir el dinero solicitado. Toda tentativa por obtener su propósito fue nula.

La estancia en la ciudad de los infantes y su Estado Mayor seguía creando ese clima de tensión, miedo y desesperanza. La vecindad y el gobierno municipal deseaban su marcha por varias razones: había que recoger a los muertos y darles la correspondiente sepultura; organizar la ciudad, devastada por los desgraciados acontecimientos; esperar la llegada de las tropas del gobierno para imponer la seguridad necesaria y ordenar nuevamente el sistema de orden, paz y convivencia y, sobre todo, “que el enemigo marchase, porque era eso, enemigo”. Durante estos días, el miedo generaba desconcierto, actuaciones confusas, recelo entre los propios habitantes y eso arrastraba efectos contradictorios. Entre otros acontecimientos anecdóticos está el provocado por el cura Salvador, asistente del vicario de la Diócesis y de ideología carlista, cuando el mismo día 17, le confesaba al propio infante y a su esposa, que en el palacio episcopal, en las dependencias que comunicaban con la catedral, se encontraban varios vecinos escondidos y bien armados. Estaban allí por orden del propio obispo que les había permitido esconderse ante su llegada.(101)

Cuando se enteraron del hecho, la propia doña Blanca, quiso en persona dirigir esa búsqueda, haciéndolo –según su propio relato- como un acto divertido:

“Quedé encantada cuando se me informó de aquel hecho. Y pensé que sería de lo más divertido, igual que aquel juego del colegio que llamábamos ¡caché, caché! Junto a Sixto, Perico y Sánchez, iniciamos la búsqueda por aquel tremendo edificio, lleno de rincones, escaleras, subterráneos, habitaciones lúgubres, etc., y comenzamos una búsqueda divertida para evitar que aquellos pobrecitos pudieran salirse con la suya. Sin embargo, era peligroso, porque estaban armados y asustados. Curiosamente, detrás de la cama de nuestra alcoba, encontramos una puerta falsa y un pasadizo que, por medio de una escalera oculta, nos condujo al jardincillo que colgaba sobre el precipicio. Bajamos al jardín y después de una búsqueda incesante no localizamos nada raro. El sacerdote carlista nos iba ayudando y abriendo puertas ocultas. Era un verdadero laberinto aquel palacio episcopal. A cada momento, una sorpresa. Ciertamente fue construido este edificio para poder esconderse en caso de necesidad. Llegamos a unas puertas cerradas con llave. El cocinero las tenía y nos abrió. Allí encontramos un elevado número de

alimentos que nos iban a venir muy bien para la marcha, entre ellos, enormes cantidades de chocolate, al lado había colchones, dos cántaros de agua, sacos de patatas, pero no aparecía ningún soldado liberal. Al poco tiempo, mi esposo, mandó hacia nosotros a un grupo de zuavos, siempre más expertos para todo tipo de acción de guerra. Al poco tiempo, estos soldados, encontraron a los liberales escondidos. En un rincón, ocho soldados y un cabo, bien armados, temblando de miedo y sin hacer el menor intento de utilizar las armas, se entregaban a nuestras fuerzas. El infante, mi esposo, después de advertirles que habían incumplido la norma y que ello obligaba a tomar medidas de consejo de guerra, decidió –gracias a su benevolencia y a su buen corazón –, perdonarles la vida y unirlos al resto de los prisioneros que serían conducidos a Chelva.”

Después de atender a los heridos en el Hospital de Santiago y en el Hospital de Sangre que había en la calle Solera, visitar a los enfermos y supervisar a la tropa, los infantes volvieron a sus alcobas donde dormirían una nueva noche.

“Quedamos profundamente dormidos –sigue relatando la infanta-, esa noche apenas hubo ruidos, solamente el incesante olor a humo. Los perros no ladraban, quizás asustados por los acontecimientos habían huido fuera de la ciudad. Solamente, el relincho de algún caballo rompía el silencio de la noche. Toda la plaza del Obispado estaba llena de caballos, pues nuestra caballería tenía allí desplazada la guardia de custodia nuestra. Era una imagen de guerra “bonita” al asomarnos por aquellas ventanas y ver a nuestros soldados, aposentados en el suelo y apoyados en aquellas desconchadas paredes de los edificios donde tenían sus mantas para dormir.”

Todo este tiempo pasado en Cuenca, días 16, 17 y 18, supuso un constante riesgo para las fuerzas carlistas porque permitía tener cada vez más próximas a las tropas gubernamentales. Sin embargo, para su Estado Mayor, aquellos días fueron necesarios para recoger la contribución que el ayuntamiento les debía preparar con la mayor rapidez. Mientras, algunos miembros del consistorio, decidieron enviar a don Alfonso y doña Blanca una comisión de señoras para intentar convencerles de que les perdonase el cobro de aquellos dineros tan necesarios para la ciudad, ahora totalmente destruida. Tal comisión se acercó a la infanta y le rogó que no tomasen rehenes y les perdonase el cobro de los tributos correspondientes a los trimestres que Cuenca debía enviar al gobierno de Madrid. Ella se negó, dando a entender que “para vosotros os debe de dar igual aquel dinero, ya que nunca los vais a poder utilizar, pues cuando marchemos de vuestra ciudad, os lo requerirá el gobierno madrileño como contribución estatal. La negativa del consistorio por recaudar tales cantidades y abonarlas a los carlistas provocó una reacción inesperada, pues los infantes mandaron apresar a los mayores contribuyentes de la ciudad, siendo encerrados, como rehenes, en el Ayuntamiento hasta conseguir las cantidades solicitadas.

El día 17, Calixto Jiménez, Hilario Lozano, Manuel Zarco, Eugenio Carretero, Melitón Bautista, Santos López, Juan Manuel Pérez, León Carretero, Eusebio Cabañas, Mariano Lledó, Gabriel Córdoba, Manuel Ballester y Mariano López firmaban un escrito dirigido a don Alfonso en el que le pedían, desde el lugar donde estaban retenidos, que *“no podían recoger los 50.000 duros exigidos por los vencedores a pesar de estar practicando todas las diligencias habidas y por haber para obtenerlo. Después de muchos esfuerzos habían logrado obtener 21.575 duros y 14 reales, cantidad que consideraban era la justa y no la que ellos le pedían, porque esa contribución que solicitaba el Estado se basaba en el 13 % y sumaba eso, por lo que expresaban fuera aceptada la misma y ellos pudiesen quedar libres como rehenes.(102)”*

Sin embargo, la respuesta fue negativa. Los infantes, aconsejados por su Estado Mayor y, viendo que no se conseguían obtener los fondos solicitados, decidieron abandonar la ciudad por considerar demasiado arriesgado permanecer un minuto más ante la proximidad de las tropas del gobierno. Sin embargo, como medida de presión, decidieron mantener como rehenes a los prestigiosos contribuyentes y ser conducidos como prisioneros hasta Chelva, permaneciendo en ella hasta que la ciudad de Cuenca pudiese cumplir sus pagos.

En la plaza mayor, se prepararon todos los dispositivos necesarios para iniciar la marcha. Los soldados, al mando de dos sargentos, se colocaron en posición de guarda y en el centro, fueron colocándose –obligados por las bayonetas de los soldados carlistas– de dos en dos, los prisioneros que iban saliendo de la catedral. Después de unas dos horas desde el inicio, aparecieron los infantes en sus caballos, junto al Estado mayor carlista. Los estandartes, a su lado, los zuavos, la banda de tambores, seis filas de lanceros y toda la formación a punto.

La catedral estaba ausente de aquel espectáculo y sus imágenes parecían querer mirar para otro lado, ante el espectáculo allí presentado.

Desde la parte alta de la ciudad, descendieron por la calle Alfonso VIII ante los gritos desesperados de madres y esposas que veían como sus padres e hijos abandonaban su hogar como prisioneros de guerra, sin saber qué destino les esperaba.

En un segundo intento, cerca de San Felipe, la comitiva fue nuevamente frenada por un grupo de mujeres que, insistentemente, pedían la liberación de sus esposos. Sin hacer caso de tal incidente y apartadas las sufridas mujeres por los zuavos que iniciaban la cuerda, continuaron su marcha sin hacer ningún alto más. Desde el cerro de la Magdalena, un cañón disparaba unas salvas como anuncio de su marcha y de su triunfo. El barón de Benicasim, el mismo que en el parte liberal aparece como barón de Benicarló, dirigía la columna.

En esta última partida, iban los voluntarios conquenses que habían defendido la ciudad, muchos acogidos al indulto ofrecido y otros, no acogidos; todos presos, unos y otros, eran conducidos en el mismo grupo. Algunos vecinos civiles les acompañaban. Eran aquellos rehenes que, como familias adineradas, habían sido retenidos hasta que la ciudad pudiese pagar la cantidad exigida como contribución de guerra. Todos formaban una larga columna que presidía el grueso de las tropas carlistas con los infantes al frente. Detrás, varios carros con el botín conseguido, las piezas de artillería, el material de guerra y los fondos recaudados. En último lugar, veinte mulas, obtenidas de la población, iban cargadas de alimentos, agua, mantas y alguna joya religiosa. Al son de la música de los zuavos y con el estandarte de su batallón al frente, la comitiva salía de la ciudad cuando ya se oían los cascos de los caballos de las tropas liberales del general Soria Santa Cruz, aproximándose a la ciudad.

El propio Germán Torralba (103) en su Diario, revive intensamente aquellos desgraciados momentos: *“...estupefacto me quedé, cuando saludándole mi tío con el nombre de Sr. Flix, supe que aquel hombre era eclesiástico. Ni su cara, ni su traje, ni sus maneras hacían sospechar tal cosa.*

En silencio observábamos sus movimientos nada tranquilizadores, a la vez que los de mi tío, por significar unas veces las súplicas, otras el sentimiento. La entrevista, a pesar de la prisa manifestada, duraría más de treinta minutos. Por fin vimos que se despedían, y después de acompañarle mi tío, quizás suplicándole hasta la escalera, se

presentó a nosotros con las lágrimas en los ojos. Cuanto podía decirnos, debimos saberlo en su silencio y dolor...Empezó por querer infundirnos esperanzas asegurando que no nos fusilarían...Preguntado que sería de nosotros, donde nos llevarían y cuando, nos contestó que aguardaríamos a ser canjeados en el depósito que tenían establecido en Vistabella, provincia de Castellón a unas cuarenta leguas de Cuenca, para cuyo punto saldríamos al otro día por la mañana, debiéndonos presentar al capellán, bajo su responsabilidad al toque de diana, en los tránsitos de la catedral.”

Seguía en su descripción Germán Torralba: “...como reclutas bajo la férula de un cabo loco, todos recibimos la orden de formar de a dos. En esta posición nos contaron llegando a presumir alguno sí esta operación tendría por objeto diezmarlos o quintarlos. Entre tanto y formados voluntariamente ante nosotros seguían las familias llorando. Aquello se hacía ya insufrible. Creo que todos deseábamos ya abandonar la ciudad cuanto antes. Eran las seis de la mañana cuando una voz de ¡marchen! dio por terminada la estancia en aquel sitio. A medida que marchábamos por las naves de la catedral y antes de salir a la plaza mayor, por derecha e izquierda, con bayoneta calada se nos iban agregando carlistas.”

Según manifestó el gobernador La Iglesia, preso en esa comitiva: “Iba doña María de las Nieves, doña Blanca para ellos, montada en un caballo blanco con una bandera del mismo color en la mano, acompañada de su esposo, y llevando en el cuartel general a mí mismo, también a caballo, de uniforme y sin espada. Los prisioneros éramos conducidos a pie entre las filas carlistas que vigilaban constantemente cualquier movimiento, arengándonos para que la marcha fuera rápida, a pesar de que alguno no podía andar, a causa del calor y la falta de agua. Era terrible ver como marchaban muchos de ellos, sin poder apenas andar.

Los más fuertes llegaron a Cañete, donde, merced a las gestiones de los oficiales del batallón llamado de Cuenca, fueron puestos en libertad, regresando nuevamente a Cuenca en un estado lastimoso. A mí mismo, como brigadier de Cuenca, se me obligó a continuar hasta Chelva, junto al resto de los prisioneros.”

El parte que daba el propio gobernador civil de Cuenca, don Norberto Sancho (104), y que, quedaba reflejado en el diario oficial de la Gaceta, expresaba que los carlistas permanecieron en la ciudad hasta las doce de la noche del día 18, momento en que salieron con gran número de provisiones, efectos, dineros y rehenes.

“Los carlistas no han perdonado en Cuenca, en su sed insaciable de incautaciones, ni a sus mismos correligionarios. Entre las personas que se han llevado a Chelva, en castigo de no haberles aportado las cantidades que les exigían a bayoneta calada, se hallan algunos carlistas reconocidos de la ciudad de Cuenca y varios curas, que al principio les ayudaron.”

Seguía el parte del gobernador Sancho: “Sus pérdidas han debido de ser muy numerosas, pues sólo en las calles se recogieron 150 cadáveres. Tampoco se pueden enumerar los heridos, pero con relación a los muertos deben de ser muchos, pues diariamente salían carros con dirección a Chelva, y bien pueden calcularse en más de 700.”

Un nuevo superviviente de aquella conquista hacía su particular relato: “Una vez hechos prisioneros, nos dieron órdenes de trasladarnos al cuartel de San Francisco haciendo una amarga peregrinación por las calles que tuvimos que recorrer, entre silbidos y voces lanzadas de nuestros mismos paisanos, afines al carlismo. Fuimos incorporados

a los militares prisioneros y conducidos todos a la Sierra, maltratándonos y matando a algunos que no podían caminar.” (105)

En cuanto a las referencias de las diferentes fuentes sobre las pérdidas de uno y otro bando, hay diferencias importantes, según proceda la noticia. Por ejemplo, el comunicado oficial que el presidente de la Diputación Provincial enviaba al Presidente del Consejo de Ministros expresaba:

“Las pérdidas de los defensores fueron en realidad muy escasas antes de la entrada del enemigo: después se elevaron, durante el combate en las calles, a poco más de 100 hombres.

Las de los carlistas, 1.000 hombres, contándose entre ellos unos 400 muertos, si nos atenemos al parte que precede.”

El del gobernador civil interino, Don Norberto Sancho, que por el temor de ser difusos no transcribimos, dice refiriéndose al particular “que sus pérdidas han sido muy numerosas, pues sólo en las calles se recogieron 150 cadáveres, y los que se les causaron durante los asaltos habrán duplicado este número, pues veíamos grandes hogueras en donde los arrojaban.

Tampoco puedo enumerar los heridos, pero con relación a los muertos deben haber sido muchos, pues diariamente salían carros cargados de ellos con dirección a Chelva y bien pueden calcularse en más de 700.

Ambos partes, escritos bajo la impresión de los sucesos momentos, exageran (150) – según nos dice Eugenio de la Iglesia-. Las pérdidas del enemigo fueron realmente numerosas, pero sólo se elevaron, según los más exactos datos, a 76 muertos y sobre 520 heridos.”

Acabada la lucha directa en las calles, aquel día 15 de julio, la ciudad había quedado como un cementerio viviente, bajo el pasto de las llamas, derruidas las fortificaciones y un total de 480 prisioneros que la han abandonado, además de los 700 que marcharon el día 16 en la primera salida. Estos últimos, pertenecían al batallón de Toledo, carabineros, lanceros y Guardia Civil. Aunque, algunas personas habían podido huir en dirección a Madrid, o a pueblos circundantes, lo cierto es que, los carlistas habían podido coger a la mayor parte de los soldados defensores que seguían con vida.

Según comunicaba el general Freixas en su parte oficial, las fuerzas carlistas que han vencido en Cuenca, han cogido prisioneros al brigadier gobernador de la plaza, cuatro jefes, 25 oficiales y 500 soldados del batallón de Toledo; dos fuertes escuadrones, uno de Lanceros de España y otro de Carabineros, 26 caballos de la guardia civil y toda la milicia nacional: en suma, 2.200 hombres. Cogieron además, las cuatro piezas rayadas de batalla de a ocho, 530 proyectiles Krupp, 377 botes de metralla, 569 escopetas, 20 cajones de cartuchos de granada, todo el armamento de infantería, consistente en 700 fusiles Remington y otros efectivos de guerra. Mucho de este material se encontraba en los almacenes de bagajes situado en el monasterio de los padres Paules. (106)

Cuando los soldados y los infantes abandonaron la ciudad, entraron las tropas que dirigía el general Soria Santa Cruz, nombrando, por parte del gobierno de Madrid, al mariscal de campo Don Remigio Moltó como delegado especial para investigar todo lo sucedido en esta conquista (107):

“Por tal Decreto queda nombrado al mariscal de campo Don Remigio Moltó y Díaz Berrio, delegado especial del gobierno con facultades extraordinarias para que, reasumiendo las atribuciones de las autoridades civil y militar de Cuenca, averigüe si la plaza y su castillo fueron debidamente defendidos y si los delegados del gobierno en

los diversos ramos de la administración llenaron cumplidamente sus deberes; y para que, enterado de los hechos allí ocurridos, realice inmediatamente el decreto de 19 del presente mes con relación a los perjuicios sufridos por los habitantes de aquella ciudad, y a la indemnización debida a las familias de las víctimas de atentados que reprueban las leyes de guerra.”

Mientras la ciudad recibía a los soldados del gobierno, como pasto de las llamas, en ruinas muchos de sus lienzos amurallados, con muchos muertos sin sepultar, niños llorando por las calles y una población diezmada, no más de diecisiete mil habitantes, la peregrinación carlista hacia Chelva seguía su camino. La marcha era lenta, demasiado lenta por los numerosos prisioneros, muchos de ellos en muy malas condiciones físicas, con escasos alimentos y mal calzados por los días de sitio sufridos. Superaban los setecientos los que formaban esta cuerda. Los conducidos hacia el Rincón de Ademuz eran soldados pertenecientes a todas las armas, voluntarios de la capital y jefes y oficiales de la plaza. Además de los soldados, iban voluntarios, civiles y algunos vecinos rebeldes. Junto a ellos, varios carromatos cargados de armas, municiones, alimentos, algunas obras de arte; las piezas de artillería y numerosos caballos requisados, daban vida a un convoy que tendría que atravesar, por caminos polvorientos y rocosos, un largo trecho hasta llegar a su destino: el cuartel general de Chelva.

Después de cruzar las Zomas, un camino les condujo a Cañada del Hoyo, donde, obligados por el cansancio y el sol abrasador, descansarían un par de horas. Esta primera columna, la más numerosa, iba dirigida por el barón de Benicarló. Mientras esto sucedía, las tropas liberales del brigadier López Pinto que hacía cuatro días habían salido desde Madrid para abortar la conquista de la ciudad de Cuenca, -informados de la situación de la columna de prisioneros-, decidieron cortarles el camino e intentar rescatarlos.

Los carlistas, no tomaron el mismo camino que habían utilizado para llegar e iniciar su conquista a la ciudad, provocado sin duda, por el numeroso convoy que transportaban, tanto humano como material. La segunda columna, la que había salido el día 18 iba más ligera que la primera, al concentrar menos prisioneros y transportar menos cargamento militar. Siguieron la carretera que conduce a La Melgosa y luego a Mohorte, terreno llano, descansando cerca del segundo pueblo donde cargaron algunas provisiones. Este convoy iba dirigido por Monet y su jefe de estado mayor, el coronel Cortés. Ambos jefes tenían la misma graduación, aunque la veteranía del primero le había concedido el mando. Cruzaron por Cañada del Hoyo, después entre Pajarón y Pajaroncillo recogieron la artillería requisada a los defensores de Cuenca, la misma que habían dejado días antes la otra columna de carlistas. Llegaron a Boniches donde no tuvieron más remedio que parar unas horas para solventar un problema en las ruedas de las piezas de artillería. La primera columna ya estaba en Cañete. Allí, gracias a la intervención del batallón de Cuenca, muchos de los prisioneros, los que se encontraban en peores condiciones, pudieron regresar a Cuenca.

El barón de Benicarló, después de aliviar en todo lo posible a la tropa, también extenuada por el largo recorrido y el cansancio que arrastraban desde los días de guerra anteriores, continuó marcha hacia Salvacañete e hizo un alto, mientras el otro convoy quedaba rezagado en Cañete para alimentarse y descansar. Don Alfonso y doña Blanca, ocuparon las viviendas mejores de la Plaza Mayor de la villa. Eran las del alcalde y el juez de paz, donde se les sirvió una succulenta comida, limpiaron sus caballos y les permitieron descansar en cómodos jergones.

Germán Torralba, al que ya hemos aludido como prisionero y testigo de esta acción, hace esta referencia:

“Doña Blanca era una mujer pequeña, pero elegante. Iba siempre bien ataviada con el uniforme de amazona y su altivez le distinguía entre todos. Utilizaba dos caballos, uno blanco llamado Cuenca y otro de color oscuro, cuyo nombre no logré conocer. Su esposo, Don Alfonso, era un hombre alto y bien parecido. Tenía el semblante tristón, posiblemente por el cansancio que arrastraba después de tantos días de batalla. Era educado y trataba muy bien a la tropa. Cuando paseaba por las calles de Cañete, se paraba a hablar con la población, preguntándole cosas sobre la primera guerra, momento en que este lugar había sido plaza fuerte. Cañete era un pueblo amurallado, la gente humilde y campesina, pero eran honrados. Nosotros, llevábamos los pies ensangrentados de tanto andar y algunas mujeres nos ayudaron a curar un poco nuestras dolencias. Había mucho agua y la fuente de la plaza, manaba constantemente para nuestro placer y el de los caballos.”

La tropa se aposentó en los diferentes soportales de la plaza. Allí, la población les abastecía de alimentos y dulces, cuidó sus caballos y curó las heridas de muchos de los heridos. Mientras el grueso de las tropas se mantuvo en esta población, la avanzadilla que mandaba el barón de Benicarló ya se encontraba en Salvacañete, situada a unos quince kilómetros de este punto.

Los soldados carlistas, que habían salido de Cuenca el día 16, llegados a este pueblo, situado en alto, se expandieron por todo el caserío buscando acopio y lugar de descanso. La marcha había sido demasiado dura y faltaba mucho camino por recorrer. Cuando apenas llevaban unas horas descansando, un grito les sobresaltó y les provocó desconcierto: ¡”El enemigo”!, ¡”el enemigo”! (108)

Sin apenas darse cuenta, un importante número de soldados liberales al mando de López Pinto habían rodeado la localidad de Salvacañete, situada en un alto, atacando por sorpresa a todo el destacamento carlista. Un cruce de disparos alarmó a la población que quedó encerrada dentro de sus casas, mientras los soldados de don Carlos corrían de un lado hacia el otro, sin orientación ni orden. Al cabo de poco tiempo, se apagaba el fuego y se entregaban al ejército liberal. Los que no fueron heridos, salieron en desbandada por la ladera derecha de la población, dirigiéndose hacia el río y otros, procuraron refugiarse entre los pajares próximos o en la vega próxima. Mientras, los soldados de López Pinto, rescataban a los prisioneros.

La Gaceta (109) reseñaba esta brillante acción y reflejaba el parte que desde Teruel, el 20 de julio de 1874, enviaba el mismo coronel haciendo un detallado resumen de su rescate y victoria ante los carlistas del barón de Benicarló:

“Las fuerzas de mi mando han practicado esta operación con muchísimo arrojo y serenidad, que se necesitaba para llevar a cabo tal difícil empresa, sin que peligrara la vida de nuestros prisioneros.”

Él mismo, envía al Ministro de la Guerra el siguiente comunicado, reflejado en la documentación municipal del Archivo conquesense (110):

“El 20 de julio de 1874 obtuve en Salvacañete una victoria sobre parte de las tropas carlistas de Don Alfonso que custodiaban a setecientos prisioneros de todas las armas y se hicieron fuerte en el pueblo de Salvacañete, lográndose rescatar a todos ellos,

causando al enemigo muchos muertos y bastantes prisioneros, entre ellos, 7 jefes y oficiales. La victoria se obtuvo después de 22 horas de marcha sin descanso.”

Entre las tropas vencedoras destacó el conquense don José Laso Pérez, perteneciente a la primera Brigada de la tercera División del Ejército del Centro, por entonces afincado en Teruel y que, con arrojo y valentía, favoreció el triunfo y el rescate de todos los prisioneros.

Una vez realizada esta exitosa operación, López Pinto decidió seguir otra ruta diferente para evitar encontrarse con las tropas carlistas que estaban en Cañete, junto a los dos infantes, y para ello, marcharon hacia Teruel (111).

“El comandante militar de Sagunto, en telegrama de hoy dice, que por pasajeros salidos ayer tarde de Teruel y que me merecen crédito, se me dice en este momento que ayer entró en Teruel el brigadier López Pinto con toda la guarnición de Cuenca, que llevaban prisioneros 200 carlistas con dirección a Cantavieja, siendo rescatada en Fortanete por dicho brigadier, el que, además, cogió prisioneros parte de los carlistas que custodiaban la guarnición de Cuenca, y entre ellos, seis u ocho oficiales del estado mayor de Don Alfonso, los que, por su traje, deben ser personas de suposición.

Por el conducto de la diligencia de Teruel, se confirma el telegrama del gobernador militar de Sagunto que transcribí a V.E. esta tarde, referente al rescate de los prisioneros procedentes de Cuenca por la brigada López Pinto. Sobre el mismo asunto, el gobernador de Cuenca, nos dice que por la estación de campaña de Carboneras van llegando a aquella capital muchos voluntarios de los que se llevaron los carlistas y daban como seguro, por habérsele oído a carlistas fugitivos llegados de Cañete, que hacia Salvacañete fue copado el batallón Segarra que custodiaba los prisioneros de la guardia civil, carabineros, reserva de Toledo y lanceros, que hicieron en Cuenca, rescatándolos las tropas sin expresar cuantos fueron“.

Este último trayecto, de Cuenca a Teruel, bien lo relatan algunos de los testigos que habían sido rescatados. Pedro González, uno de ellos, nos dice:

“En Salvacañete, después de un gran enfrentamiento entre los dos ejércitos, fuimos rescatados todos los prisioneros. Mientras la refriega, nos agachamos y refugiamos en los rincones de aquellas callejas, algunos pudieron entrar en la iglesia. Acabada la lucha y rendidos nuestros conducentes, los soldados del gobierno fueron aclamados con vítores por todos nosotros y por vecinos del propio pueblo. Reconducidos todos, iniciamos con rapidez el camino hacia Teruel, ciudad a la que llegamos después de varias horas de camino y en la que nos hicieron un gran recibimiento. Allí nos socorrieron con una peseta, libra y media de pan y un par de alpargatas.”

La prensa se hacía eco del importante hecho (112): *“Habiéndose publicado oficialmente el rescate de los prisioneros de Cuenca, no queremos contravenir a las disposiciones vigentes publicando los siguientes detalles que, acerca de la entrada en Teruel de la columna de López Pinto inserta el “Diario de Avisos” de Zaragoza. –Entre los prisioneros carlistas han venido siete jefes y un joven con galones de comandante a quien han guardado toda clase de consideraciones porque, según relación de los prisioneros, evitó el fusilamiento de los mismos en Salvacañete. También han traído al barón de Benicasim (en otros documentos aparece como barón de Benicarló), jefe principal de las fuerzas carlistas, muchas armas, municiones, bagajes, equipos y otros. Entre los setecientos prisioneros salvados por la columna de López Pinto han venido veintiocho oficiales.*

Momentos antes de entrar en Teruel fue muerto un voluntario de Cuenca, efecto de un accidente, que dicen se ha producido por la alegría de verse libre.”

En otro parte del mismo diario y de la misma fecha que el anterior, seguía comentando:
“Los prisioneros de Cuenca pertenecientes al instituto de la Guardia Civil rescatados por la brigada López Pinto ascienden a veinticinco, en la siguiente forma: -De infantería, el comandante don Juan Ballesteros y Titos; el capitán don Manuel Seijo Fenusta; un cabo primero, otro segundo y nueve individuos. De la fuerza de caballería, el teniente don Tiburcio Potenciano Hijosa; dos sargentos segundos; un cabo primero y nueve guardias.”

Mientras los liberales y prisioneros rescatados continuaban su marcha por tierras aragonesas, las fuerzas acantonadas en Cañete y comandadas por los propios infantes, siguieron camino hacia Chelva, una vez enterados que la brigada de López Pinto había dejado el camino expedito (113).

“Personas llegadas de Ademuz afirman que las facciones dirigidas por Don Alfonso, después de la toma de Cuenca, han llegado a aquellas montañas sumamente destrozadas y descontentas por las numerosas bajas sufridas en el ataque de la ciudad, además de las padecidas por la facción del barón de Benicarló en Salvacañete. Los carlistas han confesado que suben a muchos cientos de hombres los que perdieron en la conquista de la ciudad. Pero, sobre todo, han causado un mal efecto ver regresar a la facción Monet, reclutada en el rincón de Ademuz y pueblos de la sierra meses antes, trayendo de Cuenca una mitad de la fuerza que se llevó, pues dicen que es la que más bajas sufrió en el ataque.”

Los soldados liberales de López Pinto, llegaron a Zaragoza donde tuvieron un gran recibimiento, con muchos obsequios y vítores. La Diputación Foral les daría una espléndida comida servida incluso por los propios diputados. Así lo relata Pedro González (114):

“...nos dieron el socorro diario y a la marcha para Madrid, nos entregaron a cada uno, cuatro duros. De la llegada a Cuenca, no quiero ni hablar. Todavía me emociono al recordar como abracé a mi mujer y a mis hijos, de quienes me había separado con la seguridad de que no volvería a verlos más... Aquellas emociones no son para contarlas, créame, ¡es necesario haberlas vivido!”

Según el diario “La Época” de fecha 2 de agosto de ese año, relata textualmente:

“El día 30 se sirvió en Zaragoza una abundante comida a los prisioneros rescatados de Cuenca y a las tropas que los rescató. La comida se componía de una abundante sopa, cocido, chorizo, una libra de carne por plaza, vino y postre, más una copa de licor.”

Después, muchos de los rescatados recorrieron diferentes lugares antes de volver a sus correspondientes hogares, siendo objeto de atenciones y buen trato por los habitantes de las poblaciones a las que llegaban (115).

“Ayer circularon por Madrid muchos de los soldados prisioneros en Cuenca, llamando la atención de cuantas personas transitaban por la calle a causa de sus semblantes demacrados por las penalidades sufridas.

En diferentes puntos ha visto un colega corrillos de curiosos rodeando a uno de estos infieles, víctimas de nuestras luchas civiles, que, con la ruda franqueza del soldado, refería en todos sus detalles las horribles escenas ocurridas en Cuenca, que no eran más que el prólogo de los padecimientos que más tarde les esperaba.”

Una vez, que desde Madrid se estableció el orden gubernativo de la ciudad y provincia, se nombró al señor Useleti de Ponte gobernador civil de la misma. Éste, tomó las medidas adecuadas para establecer el orden en la ciudad, depurar responsabilidades y adecuar los mecanismos de recuperación económica y financiera. Sin embargo, hacía unos días que el primer nombramiento había recaído en don Antonio Martín Marquina, quien a los pocos días decidió dimitir por razones personales, dejando vacante el puesto. El Ministerio de la Guerra, con carácter de urgencia, nombró al día siguiente de la dimisión a don Martín Uselete de Ponte.

Así se citaba (98):

“En la parte oficial de La Gaceta se publican dos decretos expedidos por el Consejo de Ministros, el uno admitiendo la dimisión que del cargo de gobernador de la provincia de Cuenca ha presentado Don Antonio Martín Quintana; el otro, el nombramiento para dicho cargo de Don Martín Uselete de Ponte.”

La situación de la ciudad, necesitada de todo tipo de recursos, tanto alimenticios como monetarios, recurrió a la ayuda del gobierno de la nación, junto a la aquellos particulares que estuviera dispuestos a aliviar la desgraciada situación en que había quedado toda la ciudad (116).

“La comisión encargada de arbitrar recursos para socorrer las desgracias de Cuenca, abre una subscripción pública, pudiendo, todos los que gusten contribuir a ello, depositar las sumas en la Casa de Comercio de Platería perteneciente a don Raimundo Peñalver, Puerta del Sol, esquina Carretas.

Oportunamente se publicarán las listas y se formalizarán las cuentas de recaudación e inversión.”

Igualmente, se procedió, por parte del mismo gobierno de la nación, a agradecer y abonar las cantidades establecidas a todos aquellos municipios que habían colaborado en la atención a la tropa y a los prisioneros rescatados en Salvacañete. En su comunicado, se hacía referencia a las cantidades a percibir, pretendiendo con ello compensar sus gastos y dándoles las gracias por su patriotismo y benevolencia (117).

“Una comisión de Cuenca presidida por su gobernador civil de aquella provincia, el señor Useleti, conferenció ayer con el alcalde primero señor marqués de Sandoval, dándoles las más expresivas gracias por el interés que el Ayuntamiento de Madrid se ha tomado por los voluntarios y demás individuos de la guarnición de aquella capital.”

La ciudad de Cuenca, mientras tanto, intentaba volver a la normalidad. Había quedado derruida en gran parte de sus principales edificios públicos, necesitaba limpiar todas y cada una de las barricadas construidas, así como todos los desperfectos y ruinas provocados por los diferentes cañonazos sufridos. Poco a poco, su ayuntamiento, dirigido por don Manuel Zarco estableció las medidas municipales necesarias para su orden y funcionamiento. Como los recursos ordinarios estaban agotados, se solicitó con fecha 23 de septiembre de 1874 al Ministerio de Fomento, una autorización para poder efectuar una corta de pinos en los montes de su propiedad, que una vez subastados, proporcionarían la cantidad restante e incluso, los préstamos de cada uno de aquellos vecinos que lo habían realizado.

Se solicitó un expediente de corta, suficiente para obtener la cantidad de 300.000 pesetas, el equivalente aproximado al 1.000.000 de reales, teniendo en cuenta el 20 %

de gasto que solía generarse, además de unas 50.000 pesetas más para el saldo de la quinta parte correspondiente al Estado. “Se buscaría aquel lugar de su término que favoreciera la repoblación, ya que iba a ser un elevado número de pinos los cortados”. (118)

Según figura en la documentación municipal, las cortas realizadas en el periodo a tratar habían sido:

1869 a 1870:	1.600 metros.	52.500 pesetas
1870 a 1871:	6.000 metros.	80.000 pesetas
1871 a 1872:	3.860 metros.	11.180 pesetas
1872 a 1873:	5.880 metros.	68.600 pesetas
1873 a 1874:	7.880 metros.	86.610 pesetas

Por lo que se necesitarían para la corta prevista en pago de contribución, unos 25.000 metros cúbicos, es decir, unos 75.000 pinos, ya que la relación estimativa es de 3 pinos por un metro cúbico, y así llegar a las 300.000 pesetas aproximadas.

Fueron elegidos los montes de Cerrogordo, Muela de la Madera, Sierra de Fuertescusa y Veguillas del Tajo, que en aquel tiempo estaban muy limpios, con abundante madera y de fácil repoblación.

El regreso de los prisioneros a Cuenca, sin duda, fue de los momentos más felices que una ciudad y unos habitantes podían haber disfrutado. Así fue. Sin embargo, el viaje había sido demasiado duro después de tantos y tantos kilómetros andados. El camino seguido, para evitar encontrarse con las tropas carlistas que aún seguían en tierras conquenses, había recorrido valles, barrancos y caminos tortuosos. Por otro lado, la ayuda de los ayuntamientos fue fundamental para poder llevar a cabo el regreso. La implicación y el gasto ocasionado por ello, llevó a muchos consistorios a solicitar al gobierno una ayuda económica. Así, lo hicieron Valmadrid y Teruel, solicitando 85 y 511 pesetas, respectivamente, como gastos de socorro; igual sucedía con Cócera, localidad de Teruel, donde el alcalde solicitaba 85 pesetas, según acuerdo municipal refrenado en sus Actas (119).

En la zona conquense, solamente el pueblo de Villar del Saz de Arcas, por medio de su alcalde Don Murciano Peñalver, reclamaba al Ayuntamiento de Cuenca, la cantidad de 49 pesetas y 49 raciones de pan, que había facilitado a los cuarenta y ocho prisioneros atendidos. Según consta en los fondos municipales, esta cantidad se le pagaría en agosto de 1875 (120).

La brillante actuación del conquense don José Laso en el rescate de Salvacañete, provocó una popular reacción d agradecimiento entre los vecinos de Cuenca, solicitando a su alcalde la concesión de un voto de gracia y un ascenso. Para ello, doscientos treinta y cuatro vecinos firmaron una solicitud que fue debidamente contestada por la corporación municipal el 12 de diciembre de 1874, nombrándole hijo predilecto de la ciudad. Desde Teruel, su lugar de residencia, fue contestado el nombramiento con una carta de agradecimiento firmada el 12 de enero de 1875 por el propio interesado y, acompañada, de un escrito particular que el propio alcalde de Teruel don Carlos Turrat, redactó con tal hecho (121).

Igual que sucede en cualquier contienda civil, durante la conquista de la ciudad de Cuenca, había que depurar responsabilidades por actuaciones determinadas. Así vimos, como el gobierno de Madrid abrió una investigación para analizar las causas de la defensa de la ciudad, en función de si las órdenes de mando habían sido debidamente

interpretadas, o si la propia actuación de la tropa en los momentos cruciales de la misma había cumplido debidamente el protocolo de intervención; incluso, quién y cómo, habían facilitado la entrada por aquel hueco de la calle de la Moneda. Igualmente, hubo también, investigaciones de “limpieza ciudadana” en las vinculaciones ideológicas de muchos de los participantes en la contienda.

Tal es así, que desde Madrid se ordenó a los nuevos responsables municipales y provinciales, llevar a cabo esa “limpieza”, no solo en la capital, lugar donde numerosos vecinos habían ayudado al ejército carlista a la toma de la ciudad, sino, pueblo por pueblo, en todos aquellos lugares de paso por las tropas o por donde el cordón de prisioneros había descansado en su salida desde Cuenca hasta Chelva.

Según los Archivos consultados (122), se sabe que en Cañete, lugar donde la última comitiva de prisioneros, junto a los infantes, había pernoctado durante alguna noche, se llevó un riguroso seguimiento en pesquisas y actuaciones, como consecuencia del apoyo que muchos de los habitantes de la villa habían hecho a los enemigos del gobierno. Para ello, quedó establecido durante unos meses, el Batallón de Reserva número 1, dirigido por el comandante don José de Aguilera y Egea, para pacificar la población y analizar las causas de su apoyo.

Las diferentes investigaciones que durante unas semanas se llevarían a cabo, permitieron el encarcelamiento de varias personas de la misma población y de lugares limítrofes, tal es el caso de Benigno Jiménez, natural de Zafrilla y que había participado en ayuda del ejército de don Alfonso, el cual se acogería al indulto dado el 29 de enero de 1875, presentándose al alcalde de su localidad; Igualmente, Zoilo Navarro Cejalvo, natural de Villar del Humo, que había permanecido en la partida del coronel Palacios en sus múltiples correrías por aquella comarca, fue acogido también al indulto del 10 de mayo de 1875; o Telesforo Mariana, natural de las Majadas y apresado en Cuenca, durante el tiempo de la investigación (123).

Por otro lado, en Cuenca, hubo una minuciosa investigación que quedaría impune en gran parte, por establecer el propio gobierno, un indulto general para todos, una vez liberada la ciudad y establecida las pautas administrativas de nuevo orden. Sin embargo, el encarcelamiento de algunas personas, tal es el caso de don Lucas García Martínez, vecino de Villanueva de los Escuderos y la de don Victoriano Higuera Escobar, cuya pertenencia a las fuerzas carlistas había quedado constatada, aunque fueran de alguna manera hechos aislados, pero sí serían ejemplares, para una población sumida en el miedo, por el sufrimiento pasado.

Además de las medidas anteriormente citadas, por las que se establecerían estrategias de recaudación de fondos para equilibrar la caja de hacienda municipal, se dictaron bandos donde aparecían normas de urgente funcionamiento. Con fecha 28 de noviembre de 1875, empezaron a realizarse gestiones de devolución de cantidades que varios particulares habían aportado a la exigencia impuesta por el Estado Mayor carlista de don Alfonso y doña Blanca. A su vez, a don Ezequiel Ordóñez, se le agradeció públicamente el donativo de quinientas pesetas dado en favor de las viudas y huérfanos de los desgraciados sucesos cometidos por los excesos carlistas en julio de 1874. Los dos mil reales de vellón se repartirían entre las 29 familias, correspondiendo a 20 y 10 pesetas, aproximadamente, entre cada familia (124).

A pesar de las bajas sufridas en la acción de Salvacañete y del triunfo de López Pinto, rescatando a los prisioneros y cogiendo a más de doscientos carlistas, el resto del ejército de don Alfonso siguió la dirección a Chelva. Después de varios días de incesante marcha, en muchos casos, a través del monte para evitar el encuentro con los liberales, el 29 de julio llegaban a la localidad valenciana, su cuartel general.

Alineados los batallones, que se distinguían por el color de sus boinas, azules, blancas o encarnadas, salieron al balcón del Ayuntamiento de esta localidad valenciana los titulados infantes y allí observaban, con grotesca seriedad, el aspecto marcial de sus huestes.

“El cabecilla Lizárraga, a quien los carlistas llamaban general –según cita la Gaceta-, a caballo y situado frente a la casa de Don Andrés Bonet, alojamiento de aquellos, dictaba entretanto disposiciones para la marcha. Este general carlista ceñía una gran espada y una faja dorada con una chapa en el centro, con las armas o iniciales de su rey C. VII. Le acompañaban sus lugartenientes, Navarrete y otros cabecillas, junto a él y sus valiosas tropas, sobre todo por ser tan elevadas. Lizárraga tenía, por entonces, una edad de 58 a 60 años.”

Nos citan los historiadores contemporáneos: “Al aparecer en el balcón estaban los hermanos del Pretendiente, elegantemente ataviados para la ocasión; al lado, una numerosa, pero destemplada banda de música, rompió con una marcha parecida a la que se le conoce con el nombre de Real, y fue desplegada al viento una vistosa bandera de damasco encarnado muy vivo, bordada en oro, y en cuyo centro figura una imagen de la Purísima en azul y muy pronunciado.

Acto continuo rompieron la marcha los carlistas y ya en Chelva, salieron a la calle los titulados infantes, que se montaron a caballo y se situaron a retaguardia y detrás de Lizárraga.

La llamada doña Blanca vestía pantalón bombacho negro y tonelete azul, con caprichosos dibujo de cinta negra por delante y por la espalda, lo cual la asemeja, lo mismo que el batallón de zuavos encargados de su custodia, a los soldados de Turquía. A la cabeza lleva boina encarnada, caída hacia la oreja izquierda. Pendiente del cuello lleva una cartera de viaje de color amarillo. D. Alfonso viste de caballero particular, si bien cubre su cabeza con una boina, y ninguno de ambos lleva armas.”

Al salir de Chelva tomaron tres distintas direcciones, y más tarde, a las seis y media, salió de aquel pueblo otra partida en distinta dirección de las fuerzas que acabamos de aludir. En esta localidad habían demostrado los carlistas lo mucho que han podido conseguir como botín en la toma de Cuenca, pues en sus cintos, muchos de ellos portaban reales de oro y plata.

En la ciudad de Cuenca, las acciones para recuperar el pulso de la ciudad y volver a la vida cotidiana, estuvieron condicionadas por la difícil situación económica en que había quedado después de la marcha de los carlistas. Hubo ofrecimientos y disposiciones gubernamentales que procuraron paliar estos problemas (125).

“Don Darío Coó ha concebido el pensamiento de dar una función dramática dedicada a los heroicos defensores de Cuenca y al bizarro brigadier Iglesias, que al frente de un puñado de valientes supo sostener la bandera de la libertad y con ella, la honra de nuestra Patria.

Los productos de esta función se destinarán a encabezar una suscripción a favor de las familias desgraciadas a causa de los excesos y atropellos cometidos por los carlistas en Cuenca.”

También (126): *“Han sido socorridos en nuestra administración del periódico, con 80 reales, ropa blanca, tabaco y una muleta de mano, Lucas Aparicio, soldado del primer batallón del tercer regimiento de artillería de a pie, herido en el muslo derecho, en Cuenca el 14 de julio.”*

En Chelva, descansaron unos días y los infantes, junto a los soldados que habían conseguido llegar a la ciudad, intentaron reorganizar sus tropas, bastante diezmadas después de la acción de Salvacañete. Muchos, heridos después del ataque de López Pinto, fueron hospitalizados para acelerar su recuperación. Reorganizados los ejércitos del Centro, dejó el mando de Aragón a Pascual Gamundi y el del Centro, Cuenca y Guadalajara, a Casimiro Villalaín.

De Chelva, después de aquellos días de recuperación, partirían para tierras aragonesas. El 2 de agosto llegaban a Sarrión, para volver a atacar Teruel. En aquella ocasión, el infante, nombró al general Lizárraga como jefe del Estado Mayor carlista. Al día siguiente se presentaron en Teruel, aunque no darían la orden de atacar hasta el día 4 de ese mismo mes. Como escribe Melchor Ferrer (127): *“La acción duró hasta las seis de la tarde, en que se recibió la intimación para que se rindiera la guarnición, a lo que contestó el brigadier Santa Pau rechazándola. Los carlistas se retiraron pues acudían las columnas de Iriarte y Lasso, retirándose el infante por Corbalán a Alcalá de la Selva, en Teruel, donde se le unió Gamundi.”*

Estaba claro, que aquella acción exitosa de Cuenca, había levantado tanto el ánimo de las tropas carlistas que el propio infante, consideró un excelente momento moral para la toma de otro punto fuerte del centro del país. Por un lado, sería quitarse la espina de aquella primera derrota sufrida ante las murallas turulesas y, por otro, demostraría a Savalls, su enemigo dentro del propio carlismo, que él era el mejor jefe para dirigir el ejército de su hermano Carlos.

Sin embargo, aquella ciudad supo defenderse bien. La Gaceta (128), resume el parte oficial del ejército liberal y nos describe el frustrado ataque a este enclave aragonés, firmado por el brigadier gobernador de la misma, Jacinto de Santa Pau, el 7 de agosto de 1874:

“El segundo cabo del distrito de Aragón transmite que ha dirigido el brigadier Iriarte, participando de diez horas de marcha, su entrada en Teruel, que por segunda vez se defendían con denuedo sus habitantes, habiendo sido tan grande su regocijo, con que la valiente población le ha recibido.

A las primeras disposiciones tomadas por el brigadier Iriarte fue la de perseguir al ejército carlista que, fallando en su intento, habían logrado huir hacia Corbalán y Cantavieja, dejando en poder de nuestras tropas tres carros con mil raciones de pan, igual número de vino y cebada. Otra columna, al mando del brigadier Reyes, marcha sobre la facción por diferentes caminos.

Las facciones de Lizárraga y don Alfonso habían iniciado un movimiento sobre esta población, habiéndose reunido el día 2, a las nueve de la noche, en el inmediato pueblo de Sarriá con numerosas fuerzas procedentes de Chelva.

El día 3 llegó el enemigo intentando sorprender, pero fue rechazada por nuestros defensores, obligándoles a retirarse al arrabal, donde, después, de horadar casas, destruir puertas y abrir aspilleras, para cuyo trabajo se aprovechó la oscuridad de la noche, rompieron por la mañana en un nutrido fuego, que no se interrumpiría hasta las cinco de la tarde. Desde el arrabal con tiros constantes y desde el cerro de Santa Bárbara con dos piezas de artillería se mantuvo el fuego unas quince horas sin que

lograran su intento. Las fuerzas sitiadoras pasaban de diez mil hombres mandados por los siguientes jefes: Freixa con tres mil, la mayor parte de la antigua facción de Santés; Cucala, padre, con cuatro batallones; Vallés con tres; Segarra con ocho compañías; quinientos caballos al mando de Monet y cuatro piezas de artillería. Iba al mando el infante D. Alfonso y D^a Blanca, le acompañaba, y su estado mayor lo componían: Lizárraga como general; los hijos del infante D. Enrique, coroneles, tres comandantes, un capitán y cinco paisanos, entre ellos, dos franceses.

La línea de defensa de Teruel, la formaban ciento cincuenta soldados de la reserva, al mando de sus capitanes Rafael Hernández y Ambrosio Martínez; ochenta guardias civiles con D. José Zúñiga y cuatro compañías de la milicia con sus comandantes. La artillería se colocó en posición para repeler al enemigo y eran cuatro cañones dirigidos por D. Benito Bonet.

Después de todas aquellas quince horas, sin que pudieran entrar los carlistas y pasada la noche sin que se notase movimiento, el día 5 se avistaban las columnas de Iriarte, primero y Lasso después, que obligó a la retirada de los carlistas precipitadamente. El ejército de D. Alfonso y D^a Blanca tuvieron 30 muertos y cerca de 100 heridos, mientras que los defensores, 4 muertos, 13 heridos y 7 contusos.”

Los intentos por tomar algún pueblo de la provincia de Teruel, después de la frustrada conquista de la capital, continuaron poco después. Alrededor del 13 de agosto las tropas dirigidas por don Alfonso llegaron a Calanda, para proseguir hacia Alcañiz. Nuevamente se escapó la victoria. Las tropas carlistas retrocedieron ante el ataque del ejército liberal cada vez más organizado y coordinado. Los infantes se retiraron a Valdealgoria, para marchar posteriormente a Mazalcón. A continuación, como escribe Melchor Ferrer: “ *El infante D. Alfonso de Borbón lo hemos visto retirado a Calaceite después del golpe de Alcañiz; luego fue a Gandesa, estuvo en Benicarló y Vinaroz, y durante la estancia en la primera de estas poblaciones hubo un pequeño combate entre las fuerzas que bloqueaban Peñíscola y la guarnición de la misma.*”

El 9 de septiembre de 1874, Carlos VII, firmó dos Reales Decretos. El primero de ellos estaba relacionado con la división del ejército dirigido por su hermano, es decir, separar el ejército del Centro del ejército de Cataluña (129): “*...hoy, el crecimiento de las fuerzas valencianas, aragonesas y murcianas hacen innecesaria su agregación a Cataluña, como atestigua altamente la gloriosa toma de la ciudad de Cuenca; hoy pues, debe separarse lo que la naturaleza divide, ya que el Ebro limita las frecuentes operaciones combinadas; hoy ha llegado la hora de responder a las justas exigencias de la estrategia, que señala la ciencia y la historia militar de todas las épocas, tanto en las guerras extranjeras como en las civiles, lo mismo en la Edad Media y Antigua, que en la Moderna. Queda, por tanto, separado el ejército de Cataluña del Centro.*”

De esta manera, don Rafael Tristany y otros dirigentes carlistas de Cataluña apoyaron dicha separación, considerándola fundamental y ello iba, sin duda, en detrimento de don Alfonso y doña Blanca. El infante quedaría, solamente, al mando del Centro, mientras Tristany ocuparía el mando de Cataluña.

En el segundo Real Decreto, Carlos VII, nombraba a su hermano Alfonso, Capitán General. Sin embargo, la división de las fuerzas había molestado profundamente a su hermano y le escribió para pedirle que volviera a unirlos, petición denegada por el rey. Tales circunstancias, obligaron a los infantes a tomar decisiones de fuerte calado patriótico. Por un lado, don Alfonso solicitó la dimisión de su puesto y abandonar

cualquier cargo militar dentro del ejército carlista. Mientras, nombró al general Gerardo Martínez de Velasco como encargado de la comandancia militar de Valencia, mientras llegaba el decreto del nuevo relevo. Se establecieron en Alcora para descansar unos días y allí permanecieron hasta que su hermano Carlos aceptó la dimisión y su marcha de España, hecho que ocurriría el 20 de octubre de 1874, dirigiéndose por Adzaneta, San Mateo, La Cenia, Cheta y Gandesa. El 21 de octubre de 1874 cruzaron el Ebro por Flix, terminando así su participación en la tercera de las guerras carlistas.

Doña Blanca (130), escribiría más tarde dos cartas, de la que haremos alusión más adelante, expresando detalladamente las consecuencias y el sufrimiento que aquella decisión de Carlos VII supuso para su esposo, en una de ellas. Mientras, en la otra, expresaba el malestar que varios sectores carlistas había provocado hacia sus personas, aprovechando esta situación en la que les había colocado su propio hermano. Todo esto, les generó una profunda reflexión que cambiaría su concepto de la Causa, desde ese mismo momento hasta el final de sus días.

En 1875, las acciones carlistas fueron menos espectaculares y se limitarían a la zona de la sierra en los límites con la región levantina. La capital de Cuenca volvería a sufrir una fuerte alarma, cuando a primeros de abril de 1875, llegaron noticias de que los carlistas preparaban desde su base de Chelva, una nueva operación contra la ciudad, falsa alarma que nunca se consumaría. Podría decirse que desde primeros de julio la guerra carlista había terminado en la zona centro de la meseta, mientras los últimos movimientos eran esporádicos. Los diferentes grupos de carlistas, muchos de ellos diseminados, comenzaron a acogerse al indulto general decretado por el gobierno, instando a abandonar las armas.

Con la proclamación de Alfonso XII como rey y con motivo también del triunfo final de las tropas gubernamentales sobre los carlistas que se rindieron definitivamente en La Seo de Urgel el 22 de agosto de 1875, el Ayuntamiento de Cuenca propuso festejar el acontecimiento el día de San Mateo con la suelta de vaquillas, cuyo presupuesto alcanzó las quinientas treinta y ocho pesetas, con cincuenta céntimos, que, descontando el importe de la venta de las vacas, resultó un balance de doscientas cinco pesetas.

El 20 de febrero de 1876 se acordó celebrar el final de la guerra con tres corridas de vaquillas enmaromadas pero, dada la situación de precariedad económica por la que pasaba el Ayuntamiento de la ciudad, se limitaron solamente a una de las tres programadas.

En el mes de marzo se intentó celebrar otra, conmemorando la entrada de Alfonso XII en Madrid, pero debido a los gastos ocasionados con las celebraciones de ese año, tuvieron que suspenderse (131):

“El 13 de septiembre de 1876, no permitiendo la situación económica del municipio, la celebración con festejos en el corriente año del aniversario de la conquista de Cuenca, acordó limitar a la iluminación de las Casas Consistoriales y a la función religiosa de costumbre de dicha solemnidad.”

Aunque el triunfo final de las fuerzas del gobierno frente a la insurrección carlista parecía determinante, el gobierno de Alfonso XII mantuvo las precauciones necesarias durante bastante tiempo, siempre temeroso de un posible nuevo levantamiento.

Medidas restrictivas, de control y minuciosa vigilancia, alternarían con otras de protección y control de la sociedad. Igualmente, mantuvo en pie las fortificaciones elevadas en numerosas poblaciones, reforzando, incluso, algunos puntos estratégicos.

Con fecha 24 de marzo de 1876, en un comunicado del ingeniero jefe real se concretaba lo siguiente (132):

- Que en la localidad de Molina de Aragón se mantengan las fortificaciones del recinto, incluida la Torre de Aragón, y queden estacionadas un tiempo, las fuerzas gubernamentales allí establecidas.
- Que en la localidad de Cañete, del partido de Cuenca, se refuercen los puntos fortificados y quede su guarnición allí establecida varios meses, por considerar aquella zona, de fuerte influencia de ataques carlistas, próxima al Maestrazgo.
- Que en la localidad de Sigüenza, se modifiquen por necesidades de paso, los recintos fortificados, demoliendo parcialmente solo, lo necesario o prescindible.
- Que en Cuenca, se abandone el recinto, devuelvan y entreguen los solares expropiados por la ocupación carlista y se derrumben en aquellos puntos innecesarios, las fortificaciones, para ensanche de las vías públicas.
- Igualmente, en esta ciudad que ha sufrido el mayor ataque de esta tercera guerra, se haga un balance y un inventario para entregar al Mayor de la Plaza de las obras de fortificación costeadas con fondos públicos de: calle Estrecha, del Correo, de San Juan, de las inmediaciones al cuartel de la guardia civil, de la Plaza Mayor, de la calle Colmillo, de San Pablo, de la calle de la Cruz, de San Martín, del Matadero y de Santa Lucía.

La toma de la ciudad de Cuenca fue aprovechada por todos los medios liberales para enjuiciar la misma de la manera que más daño pudiera hacer al carlismo. Así, la derrota infringida a los defensores de la ciudad, al ejército del gobierno allí establecido y la posible falta de ayuda propiciada por las fuerzas liberales que nunca llegaron a tiempo, quedaría lo más minimizada posible, haciendo de este hecho militar un escarnio para la población pacífica y para la propia convivencia civil. Ello suponía, cargar las tintas en todas aquellas noticias que, de una u otra manera, pudieran dañar todavía más la imagen de Carlos VII y sus seguidores.

“De 70 a 80 voluntarios acribillados a bayonetazos van encontrados ya en Cuenca, según el testimonio de viajeros que han llegado recientemente de aquella ciudad. Por conducto igualmente auténtico se sabe que entre los incendiarios y devastadores carlistas hay un gran número de demagogos, de procedencia extranjera, que en Cuenca como en otras partes hacían alarde de sus instintos, quemando cuanto encontraban y diciendo que ellos no eran ni han sido ni serán nunca carlistas. (133)”

Igualmente, algo que podía herir todavía más la sensibilidad ciudadana del pueblo liberal español era la contabilización de las bajas producidas en la contienda, bajas, por una parte, propias de un enfrentamiento bélico, tanto si se trata de guerra de liberación como de guerra civil.

Así, El Imparcial, en su matutino del 26 de julio de 1874, hacía una relación que, posteriormente sería publicada en los demás medios oficiales, donde aparecían las personas de la ciudad fallecidos o muertos por diferentes motivos. Sin embargo, tal y como se expresara la relación, la parcialidad podía ser de mayor énfasis para su divulgación:

“Los paisanos de Cuenca asesinados en las calles por los carlistas fueron: Pedro González, padre, Jorge Martín, Isidro Redondo, Victoriano de León, Enrique Escobar, Francisco Solaz, Matías González, Modesto Torija, Eusebio Rodrigo, Pedro

Almonacid, Mariano Castellanos, Pedro Díaz, Román Alcolea, Saturnino Martínez, Tomás Sepúlveda, Perfecto Santa Cruz, Mariano Martínez, Sanz, José Jiménez, Plácido Palomo, Marcelino Ramos, José Benitez, Inocente Cornago, Joaquín Recuenco, Juan Nicolás Pérez, Juan García, Miguel Mejía, Marcos Rosos, Lorenzo Vela y otros cuyos cadáveres no han podido ser identificados.

Otro de los hechos que más han llamado la atención en Cuenca, dejando de lado la parte de ferocidad de los carlistas, ha sido el singular empeño con que destrozaron las máquinas y aparatos de física y las muestras del gabinete de historia natural del Instituto, así como los enseres y efectos de las escuelas públicas. Si estos actos se confirman, ellos solo dirán más a España y al mundo que la más extensa serie de reflexiones.”

* Adjuntar la relación impresa de víctimas.

La toma de Cuenca fue la victoria más importante del ejército carlista desde que los infantes cruzaron el río Ebro. La derrota de Teruel quedó olvidada.

La importancia de la conquista de Cuenca se puso de manifiesto poco después, cuando toda una serie de hipótesis y anécdotas recorrieron el país de norte a sur y de este a oeste.

El efecto que produjo la misma fue extraordinario. No solo a nivel político, pues el propio gobierno de Madrid quedó asombrado, hasta tal punto, que le concedió excepcional gravedad al asunto. El ejército carlista, conseguía con la conquista de Cuenca, demostrar su capacidad de maniobra y su consistencia de fuerzas, al avanzar por el Centro y generar un nuevo temor en Madrid, capital del gobierno central. Igualmente, este éxito, motivaría al ejército del Norte a llevar a cabo acciones exitosas, como la victoria de Abarzuzas, dando al conflicto legitimista una nueva dimensión. Este efecto militar provocó además un efecto moral, generando en la tropa de los Infantes un nuevo soplo de ilusión y tenacidad para seguir a favor de la Causa.

La prensa liberal intentó por todos los medios desvirtuar la conquista de Cuenca, sacó páginas y páginas intentando vilipendiar a los carlistas, acusándoles de crueles y sanguinarios.

La conquista de la ciudad fue un hecho memorable para el recuerdo carlista. Esa fecha del 15 de julio pasó a los anales de la historia del carlismo, celebrada y conmemorada por el propio Carlos VII, creando el 11 de septiembre de 1874 una medalla para que la usaran todos aquellos soldados de su ejército que hubieran tomado parte en la misma.

Por otro lado, el gobierno liberal de la ciudad, en recuerdo de la fecha de ocupación carlista de Cuenca y la muerte de numerosas personas, levantó un monumento en el Campo de San Francisco, detrás del desaparecido Cuartel de Provinciales, en el mismo sitio en que hoy se levanta el edificio que fue de ICONA y ahora ocupa el Servicio de Recaudación de la Diputación. A pesar de esta decisión el proceso fue el siguiente:

El 22 de febrero de 1876 se convocó a los liberales en el municipio conquense y el Sr. Alcalde propuso la construcción de un mausoleo en la Plaza Mayor, frente a la Catedral, en honor de las víctimas habidas en el asedio y toma de la ciudad. La propuesta fue aprobada y se designó una comisión compuesta por el Sr. Gobernador civil, el Sr. Alcalde y diez vecinos más.

La Comisión hubo de ser renovada, pues varios de los designados se negaron a formar parte de la misma, alegando diferentes motivos y disculpas. Se imprimieron mil

ejemplares de una circular municipal, solicitando donativos a los vecinos de la ciudad y de otras localidades de la provincia. La convocatoria para la presentación de proyectos se hizo, según consta en el expediente, de manera verbal para mayor rapidez, y con fecha 18 de abril de 1876, fue aceptado el proyecto presentado por D. Benito Ángel.

El 20 de mayo del mismo año, se acordó variar el emplazamiento del mausoleo, que en principio, se había decidido colocar frente a la catedral y que después se pensó ubicar entre las calles de las Torres y San Francisco, por detrás del cuartel del mismo nombre.

Próximas a terminarse las obras, el 13 de noviembre de ese mismo año 1876, se incineraron los restos distribuidos entre el cementerio general, el cementerio de San Gil y el del Hospital de Santiago Apóstol.

La relación nominal de los exhumados en estos tres cementerios ascendía a veinte, según consta en Acta Municipal. Sus cenizas se introdujeron en una caja de plomo que fue colocada en el cubo situado sobre la mesa del altar del monumento. No pudieron ser incluidas todas las víctimas pues se ignoraba el lugar exacto de los que fueron fusilados y enterrados fuera del recinto de la ciudad. Posteriormente, se colocó una verja de hierro para cerramiento del mismo.

En el año 1878, se cumplía el cuarto aniversario, por lo que se comisionó, en sesión municipal del 2 de julio al tercer teniente de alcalde José Martínez Otonel y a los concejales Miguel Martínez y Francisco Pérez Moreno, para la preparación y realización de actos conmemorativos.

Se inició el mismo, con un volteo general de campanas de la catedral y la torre de Mangana, igual que se hacía en la madrugada del día 15 de julio, fecha en la que se dijeron varias misas rezadas desde las cinco hasta la ocho de la tarde. En esta última, la corporación municipal y los invitados al acto, se concentraron en la catedral para la misa de Requiem.

Abría la comitiva una escuadra de bastidores de la guardia civil, a quienes seguían los residentes de la Casa de Beneficencia y los familiares de las víctimas y vecinos conqueses; detrás, iban diversos jefes y oficiales de las administraciones civiles y militares, con destino en la capital; representantes de la corporación, de otras entidades y de la Diputación Provincial, así como el alcalde de la ciudad, bajo mazas. Cerraba el cortejo, la banda de música de la citada Beneficencia y las fuerzas del ejército de la guarnición de la ciudad.

Después de dirigirse a la plaza mayor, por Correduría, Cordoneros, San Juan, Palafox, Juego de Pelota, Madereros y Aguirre, se llegaba al Monumento y allí cantaron un solemne reposo, seguido de salvas de ordenanza y regresando a San Esteban.

Un extracto (134) de la cuenta de gastos ocasionados por la construcción y proyecto del citado monumento, refleja lo siguiente (134):

- Recaudado por suscripción.....	6.773,13 pts.
- Subvención municipal.....	4.196,28 pts.
Total gastos.....	10.969,41 pts.

A partir de entonces, la misa del 15 de julio en recuerdo de las víctimas, se celebraba en el lugar donde fue levantado el monumento, seguido de diversos actos de honor.

En la documentación adjunta, figura una copia del programa elaborado por las Corporaciones municipales con fecha 8 de julio de 1916, firmado por el alcalde don Manuel Caballer y el secretario municipal don Evaristo Pareja, donde se describe detalladamente los actos a realizar en tal conmemoración, incluyendo el recorrido que

hará la comitiva, seguida de las salvas de ordenanza y de las diferentes fuerzas que formarán el desfile solemne. También, haya una alocución de llamada a todos los vecinos de la capital, invitándoles a los actos a celebrar.

La prensa hablaba así del trágico suceso (135):

“¡15 de julio de 1874!...¡los carlistas!...¡Cuenca!...En los anales de la historia de esta ciudad esa fecha tiene el valor emotivo de las grandes epopeyas.

El 15 de julio, para todos los conquenses, es fiesta de guardar. Es fecha que trae a nuestra mente el recuerdo de luctuosos días, en los que las fuerzas carlistas, como hordas salvajes, irrumpieron en la población entregándose a vandálicos excesos: la historia de aquellos días, escrita con sangre fratricida, nos habla de crímenes y traiciones, de robos y venganzas...Pensar en el 15 de julio equivale a pensar en aquellos bárbaros zuavos, en la figura de aquella mujer, insensible, fanática y cruel, cuya siniestra silueta, se acusa mucho más. Y sobre todo, equivale a pensar en aquel puñado de hombres que, sostenidos tan solo por la llama del ideal, supieron luchar heroicamente en defensa de la libertad,

Para aquellos valerosos liberales, Cuenca ha guardado y guarda un profundo sentimiento de admiración y gratitud.

Fue tan grande la impresión que estos sucesos produjeron en el espíritu de la ciudad, que el Ayuntamiento, como representación popular, se ha creído en todo momento, cualquiera que fuese su significación política, en el deber de alimentar constantemente el recuerdo de esa fecha y de esos sucesos. Para ello puso el nombre de Quince de julio a una de las principales calles; y en esa misma calle levantó más tarde un mausoleo en honor de las víctimas sacrificadas por los carlistas. Y todos los años, al llegar el 15 de julio, el Ayuntamiento lanzaba un manifiesto recordando al vecindario la significación de ese día, y celebraba una procesión cívico-religiosa que, desde el municipio marchaba al mausoleo.”

* Adjuntar el panfleto editado por el Ayuntamiento entonces.

El recuerdo de aquellos trágicos sucesos donde la muerte reinó a sus anchas fue objeto de artículos y artículos, amparados en la vida política del momento. La prensa de la Dictadura de Primo de Rivera, quizás algo más liberal por emblema que por convicción aprovechaba las efemérides para realzar el sincronismo, perturbar la osadía y acrecentar el odio a quienes habían luchado por una ideología intoxicada. Un conquense, Santiago López (135 bis) hizo de su pluma el estandarte del anticarlismo:

“Ya están los defensores de don Carlos en poder de la presa codiciada. Ya están los hijos de Cuenca, hollando con su destructora planta el suelo donde nacieron, la ciudad donde se educaron.

Ellos mismos se roban anillos, relojes y cubiertos, por objetos de campaña o los venden por pequeñas cantidades. No falta en la ciudad gentes tan amigas de lo ajeno, sobre todo en el sexo femenino, que a pesar de su aspecto beatífico se dedican a este tráfico y saben ocultar lo que sus amigos abandonan o dejan olvidado.

El Instituto..., es más tarde destrozado por varias turbas que penetran a pretexto de que allí hay armas ocultas y cipayos escondidos. Rompen las puertas interiores, destruyen por completo e gabinete de Física, arrojan a la calle objetos de la Historia Natural y Geografía.

Hechos que revelan un salvajismo feroz; hechos, que patentizan estupidez e ignorancia; hechos que causan indignación y universal censura y que al hacernos volver los ojos a las naciones progresivas, nos marcan el rostro con el color de la vergüenza.

Destruir objetos de valor y utilidad, de arte y de enseñanza; despojar las imágenes de las valiosas ofrendas de los fieles; atentar contra el pudor; esto es poco para las reales huestes de don Alfonso y doña Blanca. Necesitan ahogar con sangre sus instintos, contemplar de las víctimas el estertor y la agonía, mofarse del llanto de las viudas y los huérfanos y completar su obra con la muerte.

Llegamos al momento...ñeque el enemigo ebrio de vino y de sangre, corta la vida de pacíficos y honrados ciudadanos padres de familia...”

Igualmente, el rescate de los prisioneros realizado en Salvacañete gracias a la intervención de las tropas liberales del coronel López Pinto, fue también punto de inflexión para abanderar el triunfo de un liberalismo que un gobierno revolucionario pretendía colocar como revulsivo social. España, en esos momentos políticos, se encontraba entre la incertidumbre de mantener ese moderantismo caduco que mantuvo el poder en tiempos de Isabel II y el nuevo concepto liberal que preconizaban las mentes más modernistas, lideradas por Prim –ya fallecido- Segarra, Salmerón, Castelar y algún que otro político de corte monárquico diferente.

Había que acabar con el carlismo como fuera –decían las mentes más liberales del momento-. Era una lacra social, política y económica que estaba mermando un país, inmerso en unas contradicciones ideológicas y lleno de dudas por las malas condiciones económicas que un desigual reparto de riqueza mantenía a una España anclada en el Antiguo Régimen desde hacía siglos.

Bajo el título de *Sucedió hace 100 años*, una crónica que conmemoraba aquel rescate de prisioneros, expresaba (136):

“Capitanía General de Baleares. El Señor Ministro de la Guerra en telegrama de ayer me dice lo que sigue: el brigadier López Pinto en telegrama transmitido por Sigüenza participa que en la mañana de anteayer, obtuvo en Salvacañete una importantísima victoria sobre gran parte de las facciones de don Alfonso que custodiando los setecientos prisioneros de todas las armas e institutos hechos en la toma de Cuenca, se hicieron fuertes en aquel pueblo logrando rescatar a todos ellos, derrotando al enemigo, causándole muchos muertos, bastantes prisioneros, entre ellos a siete jefes y oficiales y el principal que mandaba las fuerzas, barón de Benicarló, copándoles armamentos, municiones, caballos, efectos de guerra y bandas militares. Las tropas han practicado esta operación con muchísimo arrojo y serenidad, obteniendo tan importante resultado después de veintidós horas de marcha sin descanso por medio de las sierras de Albarracín y Valdeluca y de tres días de carecer de raciones pues solo en Salvacañete pudo conseguirse un pan para cada diez soldados. El Gobernador militar de Teruel da conocimiento de la llegada del señor López Pinto a aquella ciudad, conduciendo la guarnición de Cuenca, rescatada en dicho encuentro. Lo que he dispuesto se publique para conocimiento de los leales habitantes de esta isla. P.D.J.H. de Ariza. Esea.”

* Adjuntar el recorte de prensa.

Y quizás, acabar este apartado del “Saco de Cuenca”, siguiendo el romanticismo de la época, inspirando a poetas en esa poesía fruto de la lucha, del contraste entre el idealismo del escrito y la realidad desnuda, adueñándose de las obras poéticas el desaliento y el desengaño, podría ser, al menos, propio del reflejo más textual. El escritor Sinesio Delgado (137), narra de esta manera tan personal, los sucesos de 1874 en Cuenca:

“Entramos los batallones
de fieras, no de soldados,
y entraron como legiones
de demonios coronados.

Tan grande fue la matanza
y tantos los atropellos,
que como el tiempo no alcanza
a borrar las huellas de ellos.

Allí están, como terribles
recuerdos de día aciago,
pruebas fijas y tangibles
de la lucha y del estrago.

Muchos detalles sangrientos,
una historia desgraciada
cada familia, y doscientos
balazos cada fachada.

Tanto llega a interesar
aquel brutal disparate,
que va el viajero a buscar
los vestigios del combate.

Total: se cubrió de gloria
quien resistió la conquista
y echó una mancha en su historia
el ejército carlista.”

El 19 de julio de 1925 aparecía un poema en pro de la libertad e igualdad entre todos los ciudadanos, sin distinción, y en referencia a los tristes sucesos de 1874, bajo el título de “No hay diferencias”

Ya somos aquí en Cuenca
Todos iguales,
No existen ya carlistas
Ni liberales,
Abundando, tan solo
Que yo me sepa,
Fariseos y carcas
De pura cepa.
Lo del 15 de julio
(pero...¡qué risas!...)
Todo ya se ha olvidado,
Menos las misas,
Que, como son sufragios
Que dan dinero,
De ellos no hará renuncia

Por nada, el clero.

Sarcasmo tras sarcasmo:
El conquensismo
Mata las libertades,
Y abre un abismo
Entre el mártir austero
Que murió antaño
Y el liberal pancista
Que goza hogaño. (141)

Y en otra publicación, al año siguiente, bajo el título “A los liberales”:

El quince de julio
Habrá procesión,
En pan de protesta
Contra la reacción
Que trajo a Cuenca
Las tristes andanzas
Que alpueblo costaron
Horribles matanzas.

El quince de julio
Como en otros años,
Procesionalmente
Irán los engaños
Y místicas caras
Muchas clericales,
Diciéndole al pueblo
Que son liberales.

¡Qué son liberales...!
Sí; se ve la pinta,
Liberales de esos
Con más de una tinta,
Para que en un momento
Cambar de color,
Y agarrarse a la ubre
Que nutre mejor...

¡Vaya liberales
De guardarropía...!
De esos liberales...
¡cualquiera se fía...!
Bonita le han puesto
A la libertad,
Con su amor al pueblo
Y su autoridad.

El quince de julio
Nos darán el pego,
Lanzando a los aires
El himno de Riego,
Que es la panacea
Que cura los males
De los izquierdistas ultraclericales.
Antinomia (142)

QUIZÁS, LA VERSIÓN MÁS OBJETIVA...

(Expongo aquí, un curioso texto narrativo, escrito unos cuatro años después, por quién, con cierto rigor objetivo, según sus palabras, pudo contrastar las noticias de la prensa liberal, los comunicados oficiales del propio mando carlista y los partes producidos por testigos directos como el gobernador militar de la ciudad, el gobernador civil interino y el presidente de la Diputación de Cuenca, con sus apreciaciones personales, haciendo de esta narración un contenido esencialmente interesante.)

“La Defensa de Cuenca (143)”

Advertencia.

Con verdadero temor comencé a escribir las páginas que siguen, porque uniéndome tan estrecho parentesco y entrañable cariño con el actor principal del terrible drama desarrollado en Cuenca los días 13, 14 y 15 de Julio de 1874, dudaba si, despojado de toda pasión, me sería dable desplegar las dotes de imparcialidad que requiere la fría narración histórica; pero, después de comparar el siguiente relato con las descripciones que de la defensa publicaron los periódicos, y con los partes producidos por el gobernador civil interino y presidente de la Diputación; comprobados algunos hechos y rectificadas otros, cuando en octubre del mismo año tuve ocasión de visitar en Alcora el cuartel general carlista de don Alfonso, he podido plenamente convencerme de que, en aquellas partes y en aquellas descripciones, se exageran algunos puntos, se desconocen otros y se realiza, mucho más que en la mía, el valor e inteligencia de los defensores.

Creo, pues, la relación que sigue completamente libre de toda exageración, pudiendo, por lo tanto, considerarse como la más exacta y verídica que, sobre la defensa de Cuenca, hasta el día se ha publicado:

“El 15 de julio de 1874, a las once de la mañana aproximadamente, penetraban en la ciudad de Cuenca, las facciones carlistas del Centro, al mando de los titulados infantes don Alfonso de Este y doña María de Braganza.

La escasa guarnición que defendía la plaza, aunque fatigada con tres días de continuo combate, no se desanima y emprende en las calles una sangrienta lucha que solo termina a las cuatro de la tarde, cuando acorralados aquellos valientes en las ruinas de la Inquisición, agotadas sus fuerzas y desfallecidos por el hambre y el cansancio, nada era posible hacer para prolongar la resistencia.

Son tan exageradas las versiones que por entonces se publicaron respecto a la toma de Cuenca (144), que hasta el día no se ha formado, en general, una idea exacta acerca de aquella brillante defensa –habría también que decir, y de aquel estratégico ataque- que constituye, a nuestro juicio, uno de los más notables hechos de armas ocurridos en la última guerra civil.

Desde la entrada de la facción de Santés, meses antes, concretamente en octubre del año anterior, habíase comprendido la necesidad de poner a la ciudad al abrigo de un golpe de mano de los carlistas; pero aunque algo se había hecho para conseguirlo, es cierto que al mediar el año de 1874 Cuenca no tenía ni la guarnición ni los elementos suficientes, para hacer frente a un formal ataque de las facciones que don Alfonso estaba organizando militarmente.

La ciudad, situada en una verdadera cuenca, dominada por elevadas alturas, habría sido susceptible de larga defensa, si dichas alturas hubieran estado convenientemente fortificada; pero en tal caso la guarnición mínima que necesitaba, no podía bajar de 2.500 hombres, número excesivo a la sazón en que el estado de la guerra del Norte exigía la presencia de nuestros nutridos y fuertes batallones.

Sin embargo, una guarnición de 1.000 a 1.200 combatientes hubiera bastado para defender el caso de la población, si no contra un sitio en regla, al menos contra un ataque a viva fuerza, único que podía temerse dada la prontitud con que, en el momento del peligro, podía la plaza ser socorrida.

Así al menos la juzgaba el brigadier La Iglesia, gobernador militar de la misma, el día que se hizo cargo de aquel peligroso puesto, no cesó de producir reclamaciones para se le aumentasen con un batallón las escasas fuerzas que la guarecían.

Consistían éstas en cuatro compañías de reclutas de la reserva de Toledo, un escuadrón de carabineros, fuerte de 70 hombres, 60 lanceros del regimiento de España y nos 45 guardias civiles. Total, 550 combatientes.

La artillería constaba de cuatro piezas de 11 artilleros. Cuenca, iba a recibir por fin un batallón cuando el desgraciado ataque de Monte Muru en el norte, hizo que el citado batalló y otras fuerzas más tuvieran que ir hacia aquella dirección y Cuenca se quedase reducida a su defensa a partir de ese momento.

Ninguna de las salidas que las tropas de Cuenca hacían por algunos puntos de la provincia, intentando hacer alarde de su fuerza –prácticamente mínima- pudo engañar a los carlistas acerca de la verdadera situación de los defensores de la ciudad, y nada bastó para impedir el ataque que don Alfonso tenía proyectado.

En efecto, en la noche del 12 de julio, apenas el gobernador militar había participado al ministro de la Guerra que de un momento a otro esperaba ser atacado, las tropas de don Alfonso tomaban posiciones en las alturas que dominan la plaza, cortaban las aguas y el telégrafo y emplazaban la artillería. Dicha vanguardia estaba compuesta de os batallones de zuavos, primero de Guías, 4º y 6º de Valencia y 1º de Cuenca, tres escuadrones y cuatro piezas de montaña.

Mientras tanto las tropas de la guarnición, aumentadas en unos 150 voluntarios que se habían podido reunir, ocupaban los puntos que previamente tenían designados, prontas a rechazar el ataque.

Pero el día 13, en el momento que el gobernador daba órdenes de tocar diana, esperando los carlistas que ese fuera su toque, aparecieron en el horizonte rompiendo con un nutrido fuego de artillería y fusilería, al que la plaza pudo contestar enérgicamente. El combate estaba empeñado y no cesaría hasta pasadas setenta horas después.

Aquella tarde se hizo preciso abandonar el barrio o arrabal de la Carretería, no comprendido en la línea de defensa, pero que el gobernador había creído poder defender. Hallábase encargado de su conservación el bravo teniente coronel de la reserva de Toledo don Francisco de la Peña, pero con solo 150 hombres que tenía a sus órdenes, no era posible atendiese a cubrir una línea tan extensa como la encomendada. Recibió, pues, órdenes de replegarse al casco de la población, verificándolo con tal sangre fría y lentitud que hasta media hora después de haber salido del barrio el último soldado, no se atrevieron los carlistas a penetrar en el mismo, creyéndolo todavía ocupado. Primera noticia falsa la dada por los carlistas cuando dijeron en sus partes oficiales que habían obligado a los defensores de la Carretería a huir después de un encarnizado combate. Claro está que fue decisión propia del gobernador La Iglesia, voluntariamente, al observar que eran pocas tropas para su defensa y su ayuda era más estimable y necesaria en el propio casco de la población.

Al anochecer se presentaba en la puerta de Madrid, un parlamentario del titulado jefe de Estado mayor general carlista don Cayetano Freixa, quién en nombre de don Alfonso intimidaba a los sitiados a rendirse. Como no podía ser menos, la contestación del brigadier La iglesia era la esperada, diciéndole que estaban dispuestos a cumplir con su deber defendiendo la plaza hasta el último extremo.

Después de este incidente, cuatro nuevos batallones incrementaban las tropas carlistas y con ese aumento intentaban un nuevo asalto al amanecer del día 14 del que serían nuevamente rechazados a pesar de la gran diferencia de tropas.

Mientras un vivo fuego de cañón era dirigido al interior de la ciudad, dos fuertes grupos de soldados se lanzaron contra los defensores: por un lado, un grupo atravesaba el Huécar pretendiendo conseguir su objetivo; por otro, intentaban tomar las ruinas del titulado castillo y que no era otro, que las ruinas de la Inquisición. Pero, el fracaso volvía a ser su acción final.

Cuando se estaba en plena refriega de aquel día 14, una intensa polvareda hacía crear ilusiones a los sitiados, pensando que por fin llegaban las tropas de rescate; sin embargo, cuando todo era alegría se tornó en tremenda desilusión y destreza, al comprobar que aquella polvareda representaba a los tres batallones y un escuadrón de la llamada brigada de Gandesa que mandaba el coronel Agramunt, cura de Flix.

Con tales refuerzos, no es extraño que los carlistas mantuvieran el fuego constante para seguir intimidando e impedir que los soldados liberales se entregasen al descanso.

En este estado se llegaría a la madrugada del día 15, el día fatídico. El peligro era por momento cada vez más inminente; los soldados estaban muertos de cansancio; su único alimento en aquellos días, sin haber podido separarse de las aspilleras, había consistido en pan y vino; muchos voluntarios habían ido desapareciendo y apenas quedarían unos 50 sobre las armas; de la población, en la cual el espíritu carlista dominaba, ningún auxilio podía esperarse, y ni aún quedaba, por último, el recurso de refugiarse en el mal llamado castillo, porque, si bien la parte que daba al exterior podía considerarse inexpugnable, era hacia el interior un edificio abierto y ruinoso que ninguna seguridad ofrecía.

La resistencia había sido hasta aquel momento todo lo enérgica que se podía desear, y el enemigo, aunque tan numeroso, completamente desalentado por el mal éxito de sus ataques, empezaba a desconfiar del buen resultado de sus operaciones.

Después de cuarenta y ocho horas de un vigoroso ataque decidieron, los carlistas, presentarse a don Alfonso, con objeto de manifestarle la imposibilidad que ofrecía la toma de la primera línea de la ciudad de Cuenca, aconsejándole retirarse al punto que su Alteza tuviese a bien ordenarles. (145) Sin embargo, el infante, contaba con inteligencias en la plaza y tenía exactas noticias del escaso número de sus defensores y la situación de desánimo que presentaban, por lo que contestó a sus jefes que siguieran sin descanso, insistiendo en ese intento de penetrar.

El cabecilla Villalaín fue llamado directamente por el mismo don Alfonso y se le encargó el asalto definitivo con todas las fuerzas disponibles que se contaban. Con tal ejercicio, el propio jefe carlista dijo a sus tropas:

“A todos los jefes y oficiales de la línea de ataque. Autorizado por su alteza el Infante General en jefe, ordeno a todos los jefes y oficiales que atacan la ciudad rebelde, que en el término de una hora avancen, taladren e incendien, si es preciso, los edificios que se conveniente hasta desalojar al enemigo, y de verificarlo, será pasado por las armas sin contemplación el jefe u oficial que no cumpla esta orden, previos los auxilios espirituales.”

Con tal tremebunda y terminante orden, era de esperar que el nuevo asalto se llevase también a cabo con terrible decisión y energía, pero nada de esto iba a obligar a los denodados voluntarios a evitar la defensa con éxito. Sin embargo, poco después, a las diez y media de la mañana, se les abrió, como por ensalmo, la puerta falsa de una casa de la calle de la Moneda, y en cortos instantes comienzan los carlistas a extenderse por las inmediaciones, comenzando también, por parte de la guarnición, una defensa heroica, que constituye la página más brillante de la defensa de Cuenca.

“Estaba claro que había habido inteligencias dentro de la ciudad. Por un lado, algunos testigos defensores advirtieron en sus comentarios posteriores que, en algunos momentos, durante su defensa, sin que hubieran entrado aún los carlistas, habían sufrido disparos desde dentro del casco urbano, posiblemente por conquenses seguidores del carlismo. El mismo brigadier la Iglesia lo había comprobado, pero se abstuvo de comunicarlo porque ello podía provocar el pánico entre los defensores de la ciudad. Igualmente, aquellos traidores fueron los que abrieron esa puerta de la calle de la Moneda al enemigo, consiguiendo así lo que no habían podido obtener por los medios tácticos de asedio. (146)”

No fue ya posible recuperar el terreno perdido. Los defensores de la puerta del Postigo y de la de Madrid, venían batiéndose en retirada, y ningún esfuerzo bastó para rechazar al enemigo, como en los primeros momentos intentó el propio gobernador a la cabeza con una veintena de hombres. Ciertamente es que, a pesar de todo aquello, la puerta de Valencia se defendía heroicamente con un puñado de soldados del primer jefe de la reserva de Toledo don Francisco de la Peña y el comandante de carabineros don Ismael González; pero fueron esfuerzos aislados que de nada iban a servir.

Era éste el último baluarte y allí concentró todas sus fuerzas el teniente coronel Freixa con todo su ejército carlista a pesar de las barricadas construidas con carros, colchones y cuantos objetos útiles podían echar mano, deteniendo parcialmente al enemigo en su ascenso por las empinadas calles. A pesar de ello, los valientes defensores provocaban estragos entre los atacantes y la muerte de algún defensor, sobre todo la del valiente don Francisco de la Peña (147). “Este joven militar era simpático, tan pequeño de cuerpo que hubiera merecido con justicia el dictado de El valiente entre los valientes. En el momento de ser herido de un balazo en el pecho y observando el brigadier que se hallaba así, le dijo ¿qué eso de la Peña? Y el le contestaba en ese detalle de pundonor: ¡No es nada, mi brigadier! y volviéndose hacia su compañero le dijo: “con ésta tengo bastante”, señalando su herida, dejando de vivir a los pocos momentos, cayendo sin levantarse jamás.”

En la Plaza Mayor, a la entrada de la calle de San Pedro, trató la última vez el gobernador de cargar contra el enemigo con solo seis u ocho hombres que le acompañaban; pero arrastrado de allí por su ayudante don Manuel de la Iglesia y por el citado comandante González, quedaron ellos mientras su jefe era obligado a subir a organizar la defensa en el castillo.

Por fin a las cinco de la tarde, sin haber abandonado ni un cañón, ni un cajón de municiones, ni un solo caballo, eran acorraladas aquellas valientes tropas en el edificio de la Inquisición, abierto por la parte de la ciudad, tal como ya se ha dicho. Nada era ya posible hacer allí, ni tampoco podía exigirse de hombres que apenas conservaban las fuerzas físicas necesarias para tenerse en pie. Todos los medios de resistencia se habían agotado, y aunque hubiera querido prolongar, la imposibilidad más absoluta lo habría impedido, pues escasamente llegaría a 100 hombres los aptos para manejar las armas. La mayor parte de los quintos de la reserva de Toledo, jóvenes de entre 19 y 20 años,

yacían tendidos por tierra después de tan largo combate, y ni aun podía esperarse que tuvieran el suficiente ánimo para defender sus vidas. Cincuenta y cuatro horas de fuego continuo en las aspilleras, y seis de sangrienta lucha en las calles, eran, en efecto, demasiado rudo aprendizaje para tan noveles soldados.

He aquí, por tanto, la defensa de Cuenca con todos sus principales detalles.

Nada hablamos de capitulación como si lo hacen otros comunicados y textos, porque allí no hubo capitulación alguna. Hubo, sí, el pensamiento de realizarla, después de agotados los medios de resistencia; pero al salir el brigadier gobernador en el momento de cesar el fuego del corralón formado por las ruinas del castillo, a fin de conferenciar con el jefe enemigo, se vió rodeado por una turba que le hizo prisionero, gritando por todos los tonos, que no hubiese cuidado que serían respetados todos los defensores. No hubo, pues, lugar ni aun de capitular, pudiéndose con verdad decir que en Cuenca todo se perdió menos el honor.

Por tanto, este es el parte que más se puede aproximar a la verdad de lo ocurrido y lo digo con total franqueza, reconociendo el valor de los defensores y manteniendo también el arrojo de los atacantes que, amparados en su elevado número, supieron experimentar un deseo insospechado de valentía por conseguir su objetivo. Fue el acto más importante de esta tercera guerra y lo fue por las consecuencias que pudo tener en los dos bandos.

Cierto es, que el presidente de la Diputación Provincial de Cuenca también dirigió un parte al Presidente del Consejo de Estado, analizando al detalle estos sucesos y que, se halla bastante conforme con la verdad, si bien peca de algún trato exagerado en lo relativo a las pérdidas del enemigo, y al suponer que al lado de los defensores estaba la capital entera cuando eso no fue verdad.

“Posesionado el invasor de la plaza, se estremece el corazón al haber de describir los horribles crímenes a que se entregó. Ni las escenas de la Commune de Paris, ni las sangrientas del 93 en Francia, ni tampoco los vandálicos hechos del 2 de mayo en Madrid al penetrar las legiones de Murat, tiene comparación con lo que aquí sucedió. Toda asimilación sería inexacta, todo colorido estaría lleno de palidez. Se ha saqueado la ciudad, haciendo la ruina de muchas familias; se ha penetrado en las iglesias con cínica descompostura; se ha humillado la dignidad de todas las clases; se ha despreciado al clero hasta en la cabeza del venerable prelado; se ha preso y conducido entre bayonetas a lo más escogido de la población; se han hecho matanzas horribles en medio de las calles, entre los gritos de alegría de aquellas turbas desenfrenadas; se han fusilado los hijos en los brazos de las madres; se han sacado del lecho del dolor a los pacientes para matarlos con el plomo, y se han incendiado edificios, cuyo fuego voraz se propaga todavía y cuyos estragos no pueden calcularse.”(148)

Sin embargo, no aparece así en el parte detallado de la defensa y toma de la ciudad de Cuenca en julio de 1874 que firma el gobernador militar de la provincia don José de la Iglesia, mucho más exhaustivo y menos elocuente en el trato de los carlistas con la población y en las injurias difamadas contra los infantes por algunos medios o partes ofrecidos –según sus propias palabras- y del que ya hemos clara alusión a lo largo del tratamiento de la obra.

Epílogo

No quiero con este trabajo avivar recuerdos no deseados, ni abrir heridas curadas, porque cuando el drama lidera el relato nunca favorece el conocimiento, sino que lo daña. Quiero, si cabe, ofrecer historia, pasado, para recordar lo mal hecho o, por lo menos, lo que no se debería volver a hacer y, tener en su conocimiento el cometido moral de su enseñanza.

La historia es, pues, la ciencia del hombre; y también de los hechos humanos, por eso hay que reconstruir con textos e interpretar sus contenidos. Tómelo así, conozcamos un poco más y valoremos todo en base, a nuestra conciencia personal, pero también entendamos la historia siempre según el momento en que se desarrolla. No queramos trasladar aquellos tiempos con sus marcajes ideológicos y sus condicionantes sociales y religiosos, a esta época actual en la que vivimos, estableciendo paralelismos imposibles porque no existen fundamentos comunes. Seamos coherentes con la Historia y la Historia será benévola con nosotros.

Hemos relatado aquí un momento dramático, resultado de una guerra civil, provocada por un enfrentamiento dinástico como trasfondo de un contenido socioeconómico y religioso que afectó a la España decimonónica, convulsa y desorientada.

Nos hemos basado en documentos de una y otra parte; en textos orales de protagonistas activos, en comunicaciones oficiales de corte propagandístico, en autobiografías de actores de esta situación política y en trabajos de investigación de otros historiadores.

Desde los dos ángulos reflejamos la exposición porque el carlismo debe estudiarse desde un criterio historiográfico completamente diferente al tradicional o usual, ya que, aunque este movimiento político sea un fenómeno ideológico en parte, sus condicionantes populares y sus reivindicaciones socio-económicas, lo hacen diferente y especial.

La documentación carlista está precisamente poco utilizada; sigue habiendo mucho sin salir a la luz a pesar de muchas aportaciones monográficas que han sido publicadas en los últimos años. Ya se está consiguiendo muchos datos de archivos municipales, regionales o particulares, que nos van permitiendo conocer aspectos más significativos y, el carlismo va siendo un poco más conocido por el público actual que, siempre ha visto en estas guerras y sus bases ideológicas ese paradigma oscuro de una España atrasada e inculta.

Es cierto que en el imaginario popular –como nos dice Aróstegui-, los carlistas quedaron estereotipados como esas gentes belicosas y violentas que reclamaban un rey particular y una religión única, provocando guerras convulsas; pero cierto es, también, que el carlismo ayudó a que las masas campesinas tuviesen la oportunidad de reivindicar sus angustiosas necesidades. Fue, sin duda, ese movimiento contrarrevolucionario para mantener el Antiguo Régimen, pero con una casuística diferente provocada por las grandes diferencias entre las regiones donde se produjo. En el carlismo vasco o el catalán se vieron obligados a defender esas formas de la comunidad rural antigua, mantenida por viejos hidalgos en estrecha alianza con el clero conservador; en Castilla, Aragón, Valencia y Andalucía, tiene otros matices que le diferencian y en los que el clero duda de su participación y el campesinado tiene menos fuerza por sus condiciones geográficas.

En las guerras carlistas, su vocación insurreccional, su tradición militar partisana desarrollando una milicia permanente y esa quinta esencia de la tradición como emblema de fondo, fueron siempre muestras de ese carácter que la sociedad española siempre le impuso.

En la conquista de Cuenca se pueden apreciar todos sus personalismos divergentes y todas sus variantes. En el centro de España, la Castilla más austera y menos campesina, poco encontramos que se asemeje a esas concepciones socioeconómicas y políticas que sirven de base para ese carlismo decimonónico y que se habían dado en País Vasco, Cataluña, Aragón o Valencia.

Aquí, la estrategia posible en esa primera lucha que da vida a esta tercera guerra carlista con un don Carlos intransigente, fuerte en su concepto ideológico, animoso y seguro de la victoria, ya no tiene el mismo sentido; ahora, don Carlos ha descendido en su prestigio, ha visto “duendes” dentro de su propio esquema ideológico y duda del protagonismo que la historia le va a deparar.

Por eso, la conquista de Cuenca se sale del plano previsto. Va a ser una lucha a muerte sin cuartel, como ese “león herido” que quiere mantenerse vivo a toda costa y ello, le da esos tintes de dramatismo inusuales en los contenidos morales de las primeras insurrecciones; sus protagonistas directos, primero Santés y después, los infantes Alfonso Carlos y doña Blanca, van a querer demostrar en esta conquista y sus consecuencias que sigue viva la llama de un carlismo activo cuando realmente, las disensiones internas, los enfrentamientos entre los propios dirigentes y esa crisis del insurreccionalismo, les acucian sin descanso.

Por eso, el recuerdo que queda entre nosotros, de ese Carlismo del XIX, es negativo. Ni siquiera aquellos “posibles defensores de la Causa”, habitantes de Cuenca, que apoyaron la entrada de los carlistas en la ciudad, ahora, podrían seguir defendiendo su actitud; porque los contenidos que indujeron a aquella acción bélica de julio de 1874 y los contenidos que ahora nos permiten recordarlo y revisarlo, han cambiado de una manera brutal.

Está claro que el carlismo utilizó, por necesidad y recurso, la violencia como estrategia de disputa de poder y está claro, también, que la extensión al desarrollo de su política militar para conseguir sus objetivos, debía girar en torno al debilitamiento del gobierno español con sede en Madrid y, ahí, Cuenca tenía su lugar.

Alfonso Carlos, obligado entonces, a dirigir sus compromisos ideológicos y personales entre Valencia, Aragón y el Centro, para alejarse de su enemigo Savalls, director de operaciones en Cataluña, vió en Cuenca el baluarte de honor para mantener su prestigio y hacer valer, tanto a su hermano que había perdido su confianza en él, como al gobierno liberal, su capacidad militar y su fuerza de apoyo al carlismo. La derrota en Teruel le clava una espina y Cuenca está a tiro en distancia y en defensa; sin embargo, desconoce el valor, la tenacidad y pundonor del conquense, herido en su orgullo, haciendo de esta conquista una demostración de capacidad de su honra.

Muerte y destrucción, sangre y fuego; todo se conjuga en esta conquista. Es un momento trascendente y su proximidad a Madrid le hace ser todavía más determinante; por eso, la prensa se vuelca en relatar al detalle sus pormenores, sus proclamas, sus crónicas partidistas y subjetivas, propias de una guerra que casi nadie sabe por qué, excepto sus ideólogos y dirigentes reales.

Las boinas rojas llenaron las hoces; ocuparon el cerro de la Magdalena y de Socorro; subieron por el Salvador, el Escardillo, Santa Catalina, Puerta de Valencia, de la Trinidad y entraron por el castillo. No había cuartel, ni descanso, ni perdón...

Los carlistas, deseosos de triunfos, alentados para demostrar su lugar en una España rota, hicieron de esta guerra su “guerra particular” y el vecino de Cuenca, ciudad provinciana, tranquila y sumida en una economía atrasada, sufrió en sus carnes todo tipo de “abuso militar” propio de actuaciones sin sentido, corrompidas por la necesidad del orgullo. Unos y otros lucieron drama, pero entre todos, la población civil, la que no entenderá nunca el por qué de los efectos guerreros, ni querrá intentar desvirtuar su contenido de vida, esa, que por

imposición, le toca sufrir la vida y la muerte, sin entender que no comparte galones, ni pólvora, ni medalla; fue la gran perdedora.

Por eso, se recuerda con tristeza, con drama y con mentira. Morir en una guerra entre hermanos es el mayor y más triste recuerdo que puede quedar en la memoria del ser humano. Cuenca no lo podrá olvidar nunca.

Acabada esta tercera guerra civil y su derrota supuso para el carlismo una nueva etapa revisionista. Para los vascos supuso la supresión definitiva de sus Fueros. El gobierno de Alfonso XII y de Alfonso XIII castigó de ese modo al pueblo vasco por su apoyo masivo al carlismo. Los años que siguieron hasta el fallecimiento de Carlos VII en 1909, supondría una simple supervivencia para ellos, intentando arañar en cada elección parlamentaria algún escaño al caciquismo secular.

El carlismo no empezaría a moverse otra vez, hasta que el sucesor de don Carlos, su hijo Jaime III, revolucionara las anquilosadas y tranquilas estructuras del partido, provocando una crisis interna que duraría hasta la época de la II República Española.

A MODO DE DOSSIER:

Artículo del periódico liberal “El Progreso” con fecha 19 de noviembre de 1885:

“Que los carlistas hace tiempo se preparan en España para una nueva campaña, que comenzarían en el caso en que las instituciones peligran por razón de la falta de salud del jefe del Estado, no es ya un secreto para nadie, pues bien claramente lo ha dicho la prensa de todos los matices y tampoco lo ha ocultado la ultramontana.

Los partidarios del oscurantismo, ya lo hemos dicho nosotros anteriormente, ni se arrepienten ni se enmiendan.

Su egoísmo sin límites, su tenacidad sin igual, sus sanguinarios instintos, les lleva a cometer esa serie de actos de salvajismo de que la historia patria contemporánea nos da cuenta y nosotros por desgracia, hemos presenciado algunos.

Gente sin honor, sin pudor, sin vergüenza, sin amor patrio; sin ninguno de los sentimientos morales que adornar deben el corazón de toda humana criatura, ni las lecciones le enseñan, ni las derrotas les intimidad, ni el desprecio público les anonada, ni el dolor les inspira compasión, ni la generosidad gratitud ni, en fin, los obstáculos le arredran. Solo tienen un objetivo; el dominio en la propiedad, en la familia, en el gobierno, en las conciencias, sin reparar en los medios de conseguirlo.

Ateos en religión, la religión les sirve de escudo y en nombre del Dios de la paz y la caridad ejecutan actos del Dios de las venganzas. Enemigos del progreso, al progreso lo utilizan para aherrojar el pensamiento y supeditar la conciencia; miembros aislados de la familia y la sociedad, en una y otra cautelosamente se introducen para destruir con su aliento hediondo los sagrados vínculos del parentesco y la amistad. Desordenados e inmorales, el orden y la moral tratan de sustentar destruyéndolas; ambiciosos de bienes de fortuna, de honores y condecoraciones, la pobreza y la humildad les sirve de velo con que cubrir sus dañadas intenciones. Ignorantes e incapaces de adquirir la ciencia, aspiran a dar la enseñanza pública y, finalmente, no hay propiedad, orden ni libertad que no ataquen. No hay empleo, cargo, profesión, honor o condecoración que no ambicionen. No hay ciencias, artes o comercio que no destruyan, ni legalidad que respeten, ni virtudes que adquieran ni vicios que no representen; pero todo encubierto con el manto de la más odiosa hipocresía.

Pues esa clase de gente, mejor diremos, esta manada de hienas se predispone en las sombras de lúgubres noches, negras como sus conciencias, negras como sus hábitos, negras como sus intenciones, a repetir una vez más los criminales actos que la ciudad del Cáliz y la Estrella presenciara en julio de 1874, cuando aún se escuchan los espeluznantes quejidos de las moribundas víctimas; los lastimeros ayes de amantes esposas y de tiernos hijos; cuando aún no se han enjugado las lágrimas que arrancaran pérdidas queridas; cuando aún se ostentan en las fachadas de sus casas señales del plomo homicida y en las calles, plazas y paseos aún no se ha secado la tierra empapada de sangre inocente.

Pues esta ciudad, teatro de aquella hecatombe, en la actualidad, según se susurra, sirve de guarida a muchos actores de tan buenas hazañas; de punto de cita adonde concurren ciertos pájaros de mal agüero que se confabulan, organizan y predisponen a empezar una nueva y tan honrosa campaña como la anterior. En esta ciudad se dice que se recluta gente; que se da ya a

cada individuo una peseta, cincuenta céntimos diarios de sueldo o haber como premio a su compromiso; se habla de que se ha comprado paño para hacer boinas, de que se dan y reciben órdenes y...quién sabe se adquieren armas y municiones.

Todo esto debe de averiguarse y, de ser cierto, castigarse con energía por las autoridades encargadas de mantener el orden público, y a falta de ellos, aunque esperamos que así se haga, por los que debemos evitar de hoy para mañana nuevos días de luto a esta desgraciada ciudad.

Conquenses que aún guardáis en vuestro pecho un átomo del cívico valor que demostrasteis en julio de 1874 y después sentisteis los efectos terribles de aquella época de luto y exterminio o deplorasteis los actos de barbarie que una horda de salvajes inspirados por una mujer sin corazón llevaron a cabo dentro del recinto de la ciudad que os vio nacer: ¡Alerta! ¡Alerta!

Ved que la avalancha se os viene encima sin dejarse sentir hasta el momento crítico en que su triunfo está asegurado, pues en el secreto del misterio, en las sombras de la noche, se proyecta la ruina de vuestros hogares, el exterminio de todo el que cree y piensa libremente, de todo el que nos e preste a servir de escabel a locas ambiciones o de instrumento a fatídicos planes.

Alerta, pues. No hay que confiar en los auxilios que de fuera os pudieran prestar. Ya sabéis lo que ocurrió en la fecha citada, que os abandonó a vuestras propias y escasas fuerzas, y si vencidos fuisteis lo fuisteis merced a la imprevisión, a la demasiada confianza, a la falta de unión. A la imperfecta dirección y, sobre todo, a una traición villana.

Vd. que la traición acecha. Aprended de ese espejo que se llama Historia. Hombres honrados y de elevados sentimientos, jóvenes viriles, padres de familia: sabes que hay quien trata de destruir lo que más queréis. Preparaos a defenderlo. Uníos como un solo cuerpo, y cuando la fuerza de la razón no impere y a las puertas de la razón de la fuerza llamen, contestad, o mejor contestemos con ella, seguros de la victoria. Lo contrario sería una cobardía. Sería labrarnos nosotros mismos la cadena de la más repugnante esclavitud.”

Artículos de Santiago López en el Diario local, de tendencia liberal y republicana “El Progreso”.

15 julio de 1886.

“Era ayer. Se tenía el suelo patrio con la sangre de sus hijos y Cuenca sufría el castigo de haber llevado al ejército carlista fanáticos soldados.

Era ayer. Una salvaje algarada aullaba dentro del recinto de esta mal defendida población. Una piara de gentes sin honor y sin conciencia fusilaban a indefensos ciudadanos y manchaban impudicamente la castidad de la mujer; blasfemaba dentro del sagrado recinto, desnudaban a los santos para vestir sus cuerpos y despojaban de sus joyas a veneradas imágenes con sacrílega avaricia, con furo y sin vergüenza.

El día 15 de julio del pasado año 1885 se dolía Cuenca de nuevos y crueles males. La epidemia colérica sembraba entre nosotros la muerte y el dolor. ¡Nefasta conmemoración de nefastos días!

El quince de julio será hoy, más para nosotros, fecha que nos recuerde lo que a la humanidad castigan dos plagas devastadoras y temibles: la destructiva plaga de las huestes de don Carlos y la temible plaga del cólera morbo.

Era ayer. El extraño estruendo de la multitud que se creía vencedora. El fuego graneado de los que avanzaban y de los que cedían. Los gritos de ¡no hay cuartel! ¡viva la religión! apenaban el ánimo del más fuerte, del más indiferente a propias y ajenas desgracias; del más sereno ante fieros males.

Soldados indisciplinados, hambrientos unos, ebrios otros de vino y sangre, cruzaban calles, asaltaban casas, insultaban a sacerdotes, golpeaban brutalmente a las mujeres; hervían en coraje, denuestos e insolencias.

Eran los bárbaros que estaban no a las puertas de Roma sino dentro de Cuenca.

¡Tristes episodios y repugnantes escenas nos hicieron presenciar los leales defensores de su Dios y su Rey!

Aquí, un grupo de granujas que ostenta en las bayonetas objetos destinados a la ilustración del hombre, arrancados del gabinete de Historia natural de este instituto. Allí, una pandilla de

zuavos arrastrando a un infeliz. Unos desalmados acuchillando a un hijo enfermo, en los brazos de su madre angustiada y moribunda. Otros infames asaltando con voracidad de hienas el recinto que albergaba a una desdichada joven. Quien rociaba con petróleo un edificio, quien vaciaba el bolsillo ajeno. Éstos saqueaban comercios e iglesias; aquellos destrozaban licores y viandas. ¡Una orgía de sangre y fuego, e vino y robo!

Tristes recuerdos, hoy aún más dolorosos al verse aumentados con las víctimas que hiciera la enfermedad implacable del huésped asiático.

Los que aún vivís entre nosotros y contribuisteis, insensatos, a tan desastrosos hechos; los que ayer nos mandabais por orden real de doña Blanca y nos regís por orden real de un gobierno fusionista, mirad al fondo de vuestra severa conciencia, cubrid el rostro con vuestras manos, avergonzaos de haber dado ocasión a que este pueblo, donde habéis nacido, tenga que lamentar sucesos tales. Y consagrad un recuerdo a aquellos mártires que por vosotros pasaron a otra vida. Es lo que puede reconciliaros con los vivos y el religioso respeto a las cenizas de los muertos. Y vuestra sincera renuncia a suicidas propósitos que sólo ocasionarían mayores desgracias.

Los que fuimos, cual siempre, entusiastas defensores de la libertad y el progreso; los que hicimos frente a la fanática piara que escupía a Dios al defender a su rey y destrozaba a la patria con su lucha fratricida, oremos por los soldados de la libertad que por ella sucumbieron. Consagremos un recuerdo a aquellos que fueron nuestros padres, nuestros hijos, nuestros hermanos o nuestros amigos.

Vivamos esperanzados y animosos. Esperanzados en el mayor bienestar y nuevos horizontes para ésta nuestra querida patria, y animosos para las contingencias del porvenir. Que si la patria y la libertad peligran, ya porque el gobierno inaugure una campaña de reacción y resistencia ante el peligro de morir, ya porque los carlistas se presenten en el campo, cumpliremos como buenos defendiendo la patria y la libertad, y con la patria y la libertad nuestra bandera.

Concluyamos diciendo al recordar los desastres de las epidemias pasadas: ¡Qué descansen en paz las víctimas de julio!

15 julio de 1888.

“Católicos y Carlistas”

Hay días de luto en los pueblos como hay en la humanidad días nefastos.

Hace catorce años que una infame soldadesca, mandada por una mujer, un curo y unos cabecillas, ensangrentó las calles de esta pacífica ciudad al grito salvaje de ¡no hay cuartel! y al grito fanático de ¡viva la religión!

Hace catorce años que fue Cuenca el teatro de tristísimas escenas, que vio invadido su recinto por una multitud desenfundada; que después de tres días de heroica defensa pagaba ajenas culpas, descuidos inconcebibles de su jefe militar, quizá planes forjados en la maquiavélica cabeza de otro jefe de Gobierno. Serie lamentable de torpezas que no perdonarán nunca los leales defensores de sus derruidas murallas aun cuando liberal se llama el hombre funesto que entonces se hallaba al frente del gobierno, el que hoy como en aquellos tiempos desconcierta a esta nación.

¡Día de luto el 15 de julio de 1874!

¡Qué despertar tan risueño el de las madres, las esposas y los hijos de los defensores! ¡qué satisfacción, cuánta alegría al vislumbrar en el lejano horizonte tropas que dijeron ser las de Calleja!

¡Qué triste decepción al saber que eran batallones carlistas, refuerzos del enemigo!

¡Y qué triste anochecer el día que conmemoramos cuando Cuenca estaba en posesión de hordas salvajes de asesinos, incendiarios y bandidos!

Apenada está nuestra alma por los recuerdos de esta hecatombe de que fuimos testigos presenciales y después sus primeros cronistas.

¡Y cómo no, si nuestra fantasía nos lleva a contemplar, a la pálida luz de faroles que agonizan, los cadáveres insepultos de víctimas inocentes!

¡Y cómo no, si entre el hormiguero de humanas fieras vimos a un infeliz frutero implorando perdón a su verdugos; él, que era la bondad personificada, inofensivo y humilde, demandando compasión a una trailla infame de cobardes asesinos;

¿Quién no siente profunda pena y más profunda indignación al recordar cómo el inocente vendedor de frutas fue arrastrado y quemado con petróleo?

¿Quién no maldice al carlismo y sus secuaces al contemplar a una madre atribulada, insultada y maldecida al querer defender el cuerpo enfermo de su querido hijo, sobre el cual, ya exánime víctima del furor de los carlistas, pasó a caballo en la angostura de la calle adonde fue arrojada, la serenísima princesa doña Nieves de Borbón y Braganza?

Losa defensores de un Dios que debe ser, como ellos, sanguinario y cruel; una religión que da tan sazonados frutos como los belicosos curas Flix y Santa Cruz, y de un rey estúpido y cobarde que sueña ser legítimo heredero de la corona de España, escupieron al Dios de misericordia y de bondad, blasfemaron de la Virgen y los santos, profanaron los templos, despojaron de ricos mantos a varias imágenes, mataron a seres indefensos, ya jóvenes robustos ya enfermos exánimes ya débiles ancianos a nombre de la religión cristiana y mancharon ¡impúdicos!, con su asquerosa baba, el limpio honor de castas doncellas.

Miserables y viles aquellos desenfrenados y lúbricos carlistas que en pelotones y aullando como hambrientas fieras se lanzaron, con la voracidad de hienas y chacales, sobre el fatigado y moribundo cuerpo de la joven María, ángel inmolado en el altar de la concupiscencia por los defensores de la religión, el trono y el altar.

Y más que inhumanos, bestias feroces aquellos que obligaron a una débil y joven mujer, hija de otra de las víctimas, a recoger los trozos de la masa encefálica del padre asesinado y a arrojarlos por una de las ventanas de la casa.

Los que habláis de que el escapulario es el distintito de la milicia católica defendéis, más o menos encubiertamente, a los Torquemadas de ayer y a los Torquemadas de hoy; los que alardeáis de una religión que no sentís y blasonáis de unos sentimientos que no albergáis; los que declamáis contra las sanas doctrinas de los defensores de todo lo noble, levantado y digno, que abominan a los carlistas por falsarios de la religión cristiana y a los soberbios católicos pro defensores de la grey carlista; vosotros, ayer individuos de juntas y sociedades que reclutaban gente y pagaban adeptos; invitadores al festín del 15 de julio de 1874, donde brindaban por el Dios escarnecido y por la patria insultada los batallones carlistas, ebrios por el vino y la sangre. Si acariciáis la idea de resucitar aquellos días de desesperada lucha y de honrosa entrega, pero de villanías sin cuento del infante vencedor; si pretendéis con vuestra intransigencia religiosa y vuestro fanatismo político traer días de luto a esta querida ciudad, tened en cuenta que de aquellos valientes defensores, por vosotros a mansalva asesinados, quedan sus hijos y parientes, sus esposas indignadas, sus padres y hermanos no abatidos, prontos a expulsar para siempre de vuestro hidalgo suelo esa ralea vil que, al manchar de sangre nuestras calles, enrojeció de vergüenza el rostro de la patria.

Y vosotros, víctimas inocentes de la sanguinaria grey carlina o leales defensores de la libertad frente al negro pendón de la tradicional barbarie, descansas en vuestras tumbas, que vuestro recuerdo, vuestro nombre y vuestro ejemplo, nos dan fuerzas y aliento, y juramos por nuestro honor defender vuestras cenizas, combatir sin tregua ni descanso a los carlistas antiguos, a los reformados carlistas, a los tradicionalistas católicos y a cuantos hagan causa común con vuestros cobardes verdugos.

Crónica en el Diario Electra, periódico decenal conquense. Año I. Cuenca, 19 julio de 1930. Firmado por D. Juan Jiménez Aguilar:

“Cincuenta y seis años van pasando. Ciertamente son muchos, más que suficiente para que de unas manera espontánea se fueran apagando los candentes odios que provocaron, las bárbaras y repugnantes escenas de aquellos días en que los carlistas fueron dueños de la ciudad; para que los parientes de las víctimas –que en tal fecha hacían alarde y renovación de sus legítimos agravios- cedieran de sus fieras actitudes de os primeros aniversarios, cuando mi hermano Emilio Sánchez Vera escribía con ingenua arrogancia:

Mientas en mi mente exista
memoria tan espantosa,
no pisará vuestra fosa
la vil planta del carlista...

Pero si cincuenta y seis años deben bastar para que recobremos la serenidad ciudadana y poner alto el corazón, no son nada para borrar la trágica efeméride. Eterno baldón de aquellos príncipes que, sacrificando a su ambición todos los respetos humanos, entraron en la ciudad bañados “en sangre hasta las cinchas de sus caballos”, estigma indeleble de los malos pastores que preferían convertirse en siniestros matarifes, y cuyas duras entrañas no llegaron a conmover los asesinatos, saqueos e incendios que en Cuenca se cometían en nombre “del Trono y Altar”...

¿Perdón? Todo el que apetezca y quiera al Hermano Lobo –que en aquellos días clavó sus buídos dientes en de la carne de las más indefensas ovejas- y sinceramente concedido- pero al propio tiempo vaya el testimonio de nuestra perdurable indignación por aquellos actos tan reñidos con la paz evangélica y la hermandad de todos los hombres, como incompatibles con el derecho de las gentes y los fueros de la civilización.

Mucho antes de lo que suponían, los victimarios que el 15 de julio solían encerrarse en sus casas, sin salir hasta la procesión del siguiente día, pudieron mostrarse sin recelo durante la procesión cívica y, hasta llegaron algunos a firmar las alocuciones- cada año más frías e insinceras- en que se invitaba al vecindario para llevar una corona a la tumba de los mártires de la Libertad, y asistir a los responsos que el Ayuntamiento costeaba y se cantaban en trono al obelisco.

Ni aún así llegó a sentirse alarmado el espíritu liberal conquense; el cual, dando alto y nobilísimo ejemplo de tolerancia, ha puesto cuanto estaba de su parte para destruir la virulencia y ceguera de los fanatismos todos, como lo demuestra la actuación del “Ateneo Conquense”, pro cuya tribuna desfilaron, con iguales honores, los representantes de los más antagónicos idearios.

Pero ved cómo respondieron desde el campo contrario a tan hidalga confianza, apenas fue llegada aquella interinidad –por todos conceptos facciosa- cuya audacias morales, económicas y políticas han empujado a España al borde del dantesco abismo. Una vez más la “Gelu rigentem qudam Columbram” de Esopo y Pedro –que el conquense, leal y compasivo, abrigó en su pecho- namque ut refecta esta, necuit...” Y no trato hoy de las “sórdidas colaboraciones” ultramontanas, en cuanto tuvo de orgiástica, descocada y rapaz aquella “hora de las derechas”, sino en lo que hubo entonces de menosprecio para una costumbre local digna del mayor respeto. Era el cumplimiento de una obligación moral, contraída por la ciudad con sus defensores, que – en número exíguo y abandonados a sus propias fuerzas- resistieron con gran heroísmo, hasta que la traición los entregara a manos del enemigo.

Si algún día había de desaparecer la acostumbrada “procesión cívica” –que una vez al año manifestaba en las calles un fervor que no cede en sinceridad a ningún otro, del que participa la mayoría de los conquenses indígenas- no era oportuno hacerlo durante aquella situación interina y precaria con poderes arbitrariamente conferidos a cualquiera, que confía, quizás, de paso por nuestra capital.

Nadie les acusaba de aquellos crímenes –como se sigue acusando sin mayor motivo, a los judíos de hoy, de lo que hicieron sus remotos antepasados –tampoco nadie maldecía su raza- aunque no cedemos un punto, en condenar la perversión moral que revelan aquellos actos y en execrar a los caudillos que lo consintieron para que se expansionaran “sus pobrecitos zuavos” – pero tal empeño en borrar el recuerdo de aquel momento histórico ha de parecernos muy sospechoso, a quienes sufrimos pérdidas de familiares y menoscabo en los bienes patrimoniales, y lejos de conseguir los impunitas su objeto, nos hacen releer las historias –debidamente documentadas algunas donde se hace constar que ni siquiera se respetó la vida de “los que se hallaban gravemente enfermos en el lecho del dolor”. Y en tanto que continuaban las inhumanas expansiones, dicen López, Torralba y Torres Mena que los príncipes “recibían el Sacramento de al Eucaristía de mano del reverendo Obispo de la Diócesis – el insigne Payá y Rico- a quien

reprocharon largo aquellos Borbones, que acogiera en su palacio a buen número de liberales para substraer los al vesánico furor de las turbas carlistas.

Por eso el digno Prelado les advirtió “que así no se conquistaban los tronos en la tierra, ni otras coronas en el cielo” manifestándose así mismo la repulsa universal, cuando huyendo de España, los torpes caudillos buscaron asilo en el Norte de Europa.

Hay crímenes que no pueden prescribir, para el sentimiento público herido; y vano esfuerzo fue hundir durante la Dictadura las débiles tapias aspillerazas del Matadero Viejo, enajenar el Cuartel de nuestras heroicas milicias y suprimir la procesión cívica, con la obsesión de un delincuente que trata de borrar las comprometedoras huellas...Había otra manera de haberlas desaparecer sin dejar rastro de aquel furor cainita; ser mejor educados, practicando siempre una amplia tolerancia con las disidencias ideológicas, poniendo cuidado en la refutación de las cuestiones doctrinales –cual corresponde a un pueblo que se tiene por culto- y la convivencia respetuosa y el trato leal, realizarían en breve el milagro que no se puede esperar de cincuenta y seis años de impenitencia ultramontanas.”

**Boletín Informativo de la Junta de Madrid de la Comunión Tradicionalista Carlista.
Madrid, 1996.**

“El Carlismo es un legitimismo –aunque sea mucho más que eso-, dado que el carlismo nace a consecuencia de una pugna dinástica. ¿Por qué la anécdota se transformó en categoría? Porque el legitimismo proporcionó y proporciona al tradicionalismo español el banderín de enganche político, al ser hito señalizador en el gris desconcierto de las desorientaciones decimonónicas. El legitimismo carlista es la cobertura externa que el tradicionalismo necesitó para no irse desangrando en el juego de las circunstancias menudas.

El Carlismo sirvió a los tradicionalistas españoles para que pudieran seguir siendo españoles en la integridad de las doctrinas y en la pasión de los sentimientos. De ahí que, sin dinastía legítima, el Carlismo no sería lo que desde el principio fue y sigue siendo: el baluarte de la españolía, la última trinchera, desesperada y rabiosa, de ser español. Para el carlista, así, es necesaria la fidelidad a la dinastía legítima –la que va de Carlos V a Alfonso Carlos I-, porque sin tal fidelidad perdería la nota más característica de su carlismo militante.

La legitimidad, pues, cumplió la tarea histórica de dar unidad al tradicionalismo, instrumento al servicio de la tradición y no a la inversa. La legitimidad sirve a la tradición. Esto significa: que la legitimidad de origen sirvió a la legitimidad de ejercicio. Por eso es fundamental en el Carlismo la idea de prioridad de la legitimidad de ejercicio sobre el de origen, en caso de una hipotética pugna o roce entre ambas.

Para el Carlismo, en efecto, la legitimidad de origen no es, en definitiva, más que la institucionalización de la legitimidad en el ejercicio. Esta doctrina es tan clara dentro del Carlismo, que ella justifica el destronamiento de Juan III, a causa de la legitimidad de ejercicio, y pese a corresponderle indiscutiblemente la legitimidad de origen, siendo como era hijo de Carlos V, hermano de Carlos VII y abanderado indiscutido de la causa. Pues bien, Juan III fue destronado por haber incurrido en pérdida de la legitimidad de ejercicio al aceptar las teorías políticas del liberalismo.

A falta de la persona física del rey concreto, los españoles leales a la tradición acatarán, según las leyes fundamentales de la monarquía, al que enarbole la bandera de la legitimidad de ejercicio. Y esto, que puede sonar extraño a los demás, es cosa meridianamente clara para los carlistas, que ya estaban apercebidos de tal eventualidad.”

**Balada de julio.
Boletín Carlista. Madrid, 1886.**

Ha pasado el tiempo
de la nieve blanca.

ya llego aquel julio
como una muchacha
que perfume, madre,
tiene esa montaña.

Cuando cese el fuego
saltaré a las zarzas
con moras y nidos
donde canta el agua.
De los verdes pinos
sobre una baranda
una pastorcita
come sus manzanas.
Yo haré que me borde
el aspa cruzada
por vientos y lluvias
con dedal de plata;
Y con boina roja
estaré a la espera
bajaré a esa Cuenca
si el otoño llega.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

- 1.- Clemente, J.C.: *Los carlistas. La historia en sus textos*. Istmo. Madrid, 1990
- 2.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Segunda parte. Espasa-Calpe. Madrid, 1934
- 3.- Ramos Martínez, B: *Memorias y Diario de Carlos VII*. Madrid. Gráficas Europa, 1957
- 4.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Segunda parte. Espasa-Calpe. Madrid, 1934
- 5.- Garmendia, V: *La Segunda Guerra Carlista, 1872-1876*. Madrid. Siglo XXI, 1976. Bullón de Mendoza, A: *Auge y ocaso de Don Carlos. La expedición Real*. Madrid, Arca de la Alianza Cultural, 1986.
- 6.- Actas Municipales de Cuenca. Legajos 1179, exp. 3 y legajo 653, exp. 1
- 7.- AMC. Legajo 6533, exp. 1
- 8.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Primera parte. Espasa-Calpe. Madrid, 1934
- 9.- AMC. Leg. 809 exp. 44
- 10.- AMC. Lega. 504 exp. 1
- 11.- *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.
- 12.- Actas Municipales de Cuenca. Legajo 1179. Recogido en la Revista Olcades, Volumen 2, reeditado en 1982.
- 13.- *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.
- 14.- AMC. Leg. 810. Exp. 26
- 15.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Segunda parte. Espasa-Calpe. Madrid, 1934
- 16.- *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.
- 17.- Romero Saiz, M: *Las Guerras carlistas en Tierra de Cuenca*. Cuenca, 1993. *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.
- 18.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Tercera parte. Actas de la colección Luis Hernando de Larramendi. Madrid, 2002
- 19.- Ramos Martínez, B: *Memorias y Diario de Carlos VII*. Madrid. Gráficas Europa, 1957
- 10.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Tercera parte. Actas de la colección Luis Hernando de Larramendi. Madrid, 2002
- 11.- *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.
- 12.- Garmendia, V: *La Segunda Guerra Carlista, 1872-1876*. Madrid. Siglo XXI, 1976. Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Tercera parte. Actas de la colección Luis Hernando de Larramendi. Madrid, 2002
- 13.- Pirala, A: *Anales de la guerra civil*. Imp. Manuel Tello. Madrid, 1875.
- Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.
- 14.- AMC. Leg. 810. Exp.12
- 15.- Pirala, A: *Anales de la guerra civil*. Imp. Manuel Tello. Madrid, 1875.
- 16.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Tercera parte. Actas de la colección Luis Hernando de Larramendi. Madrid, 2002
- 17.- Revista Olcades. Artículo de José Luis Muñoz Ramírez. Pirala, A: *Anales de la guerra civil*. Imp. Manuel Tello. Madrid, 1875.
- Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.
- 17.- AMC. Leg. 729. Exp. 15
- 18.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Tercera parte. Actas de la colección Luis Hernando de Larramendi. Madrid, 2002
- 19.- *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.

- 20.- *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV. Parte militar firmado por el comandante del ejército liberal, el brigadier Carballo, el 7 de mayo de 1874.
- 21.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Tercera parte. Actas de la colección Luis Hernando de Larramendi. Madrid, 2002
- 22, 23 y 24.- *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.
- 25.- AMC Actas Municipales de los días 19 y 26 de agosto de 1874.
- 26.- AMC Leg. 810, Exp. 12
- 27.- AMC Leg. 729 Exp. 15
- 28.- *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.
- 26.- Pirala, A: *Anales de la guerra civil*. Imp. Manuel Tello. Madrid, 1875.
- 27.- *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.
- 28.- Serrano, Nicolás M^a y Pardo, Melchor: *Anales de la Guerra Civil (España desde 1868 a 1876)* Tomo II. Madrid, 1876
- 29.- Archivo Municipal de Cañete. *Documentos AHN*. Reclasificados. Años 1868-1876.
- 30.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Tercera parte. Actas de la colección Luis Hernando de Larramendi. Madrid, 2002
- 31.- *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.
- 32.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Tercera parte. Actas de la colección Luis Hernando de Larramendi. Madrid, 2002
- 33.- AMC Actas Municipales de los días 19 y 26 de agosto de 1874.
- 34, 35, 36 y 37.- AMC Leg. 729 Exp. 16
- 38.- *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.
- 39.- Romero Saiz, M: Las guerras carlistas...obr.cit.
- 40.- *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.
- 41.- Archivo Municipal de Cañete. *Documentos AHN*. Reclasificados. Años 1868-1876. Documentos particulares.
- 42.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Tercera parte. Actas de la colección Luis Hernando de Larramendi. Madrid, 2002
- 43.- Pirala, A: *Anales de la guerra civil*. Imp. Manuel Tello. Madrid, 1875.
- 44.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Tercera parte. Actas de la colección Luis Hernando de Larramendi. Madrid, 2002
- 45.- De la Iglesia, Eugenio. *Recuerdos de la Guerra Civil*. Biblioteca de la correspondencia militar. Imprenta de Pedro Abienzo. Madrid, 1978.
- 46.- Ferrer, Melchor. *Documentos*. Pp113-114. Orden General del 5 de julio de 1874, Alcalá de la Selva: para llamar la atención de la columna enemiga Montenegro, y atraerla a las buenas posiciones entre Segorbe y Teruel..."
- 47.- Ferrer, Melchor. *Documentos*. Pp113-114. Orden General del 5 de julio de 1874, Alcalá de la Selva: para llamar la atención de la columna enemiga Montenegro, y atraerla a las buenas posiciones entre Segorbe y Teruel..."
- 48.- Serrano, Nicolás M^a y Pardo, Melchor: *Anales de la Guerra Civil (España desde 1868 a 1876)* Tomo II. Madrid, 1876. página 789 y ss. La Gaceta de Madrid.
- 48 bis.- Baroja, Pio: *Los recursos de la astucia*. Caro Regio. Madrid, 1920.
- 49.- Muñoz Ramírez, JL: *Un aire de modernidad en la Cuenca de los años veinte*. Colección Atalaya. Cuenca, 2007.
- 50.- Miró Fueneto, A: *Alocución escrita sobre la labor de D. César Ordax-Avecilla, Gobernador civil de la provincia de Cuenca*. Enero, 1887.
- 51.- *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV.
- 52.- AHN. Documentos del Archivo Carlista de la familia Borbón-Parma. 24 junio de 1874. Carta de D. Calixto Cortés.
- 53.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Tercera parte. Actas de la colección Luis Hernando de Larramendi. Madrid, 2002
- 54.- Serrano, Nicolás M^a y Pardo, Melchor: *Anales de la Guerra Civil (España desde 1868 a 1876)* Tomo II. Madrid, 1876. página 789 y ss. La Gaceta de Madrid.
- 54 bis.- Serrano, Nicolás M^a y Pardo, Melchor: *Anales de la Guerra Civil (España desde 1868 a 1876)* Tomo II. Madrid, 1876. página 789 y ss. La Gaceta de Madrid.
- Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV. Parte de don José de la Iglesia.
- 55.- Diario El Imparcial de 15 julio de 1874.
- 56.- Llopis, Rodolfo. Crónicas en el diario El Sol. Madrid, 1919-1931. "Los carlistas entran en Cuenca".
- 57.- Llopis, Rodolfo. Crónicas en el diario El Sol. Madrid, 1919-1931. "Los carlistas entran en Cuenca".
- 58.- AHN. Archivo Carlista de la familia Borbón-Parma. Archivo Fal Conde. *Documentos varios*. Madrid.
- 59.- AHN. Documentos. *Escrito de Luis de Toledo a don Alfonso de Borbón*. Madrid, 14 julio 1874
- 60.- AHN. Documentos. *Carta del alcalde de Tarancón, Ceferino Alcázar, enviada al ministro de la Guerra*. 14 de julio de 1874.
- 61.- AHN. Documentos. *Escrito del Cura de Flix a don Alfonso de Borbón*. Cuenca, 15 julio de 1874.
- 62.- AHN. Documentos. *Escrito de Luis de Toledo a don Alfonso de Borbón*. Madrid, 14 julio 1874
- 63.- Torralba, Germán. *Episodio de la guerra del 1874...* Mis memorias. obr.cit.
- 64.- AHN. Documentos. *Parte militar enviado a don Alfonso de Borbón por el cura de Flix*. Papeles sueltos. 15 julio 1874
- 65.- Diario La Época. 4 de agosto de 1874. *Sumaria contra la actuación de los defensores de la ciudad de Cuenca*.
- 66.- Diario El Imparcial. 6 de agosto de 1874. AHN. *Sumaria contra la actuación del gobernador civil D. José de La Iglesia*. La Gaceta de Madrid. 1874.
- 68.- AHN. Documentos Archivo Borbón-Parma. *Papeles sueltos de D^a María de las Nieves*. Madrid.
- 69.- Llopis, Rodolfo. Crónicas en el diario El Sol. Madrid, 1919-1931. "Los carlistas entran en Cuenca".
- 70.- AHN. Documentos Archivo Borbón-Parma. *Papeles sueltos de D^a María de las Nieves*. Madrid.

- 71.- *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo del Estado mayor del Ejército*. Publicado por el Depósito de la guerra de 1889. Madrid, Tomo XIV. Parte de don José de la Iglesia.
- 72.- Diario el Imparcial de fecha 26 de julio de 1875, página 4.
- 73.- Serrano, Nicolás M^a y Pardo, Melchor: *Anales de la Guerra Civil (España desde 1868 a 1876)* Tomo II. Madrid, 1876 Capítulo X, pag. 738.
- 74.- Diario La Iberia, 16 julio 1874.
- 75.- Serrano, Nicolás M^a y Pardo, Melchor: *Anales de la Guerra Civil (España desde 1868 a 1876)* Tomo II. Madrid, 1876 Capítulo X, pag. 738. Parte firmado por don Norberto Sancho.
- 76.- Anónimo. *Guerre civile...* obr.cit.
- 77.- Documentos personales. (Obtenidos de un vecino de Cuenca, anónimo.)
- 78.- Guía del peluquero y barbero. Revista Mensual. Agosto 1874, pag. 4.
- 79.- Diario el Sol. Madrid, 1931.
- 80.- Diario La Iberia. 25 de julio 1874.
- 81.- Herrera, B: artículo titulado "Inmolada". Diario La Lucha, 17 julio de 1927.
- 82.- Diario La Época. 23 julio 1874.
- 83.- Diario La Iberia, sábado 8 agosto de 1874, página 2. Telegrama enviado desde Londres el día 5 del mismo mes.
- 84.- Semanario francés "La Guerre civile", en su página 337
- 85.- Tradición, número 38, de 14 de julio de 1934.
- 86.- AHN. Documentos del Archivo Carlista de la familia Borbón-Parma. 24 junio de 1874. Papeles sueltos de doña Blanca.
- 87.- Serrano, Nicolás M^a y Pardo, Melchor: *Anales de la Guerra Civil (España desde 1868 a 1876)* Tomo II. Madrid, 1876. página 789 y ss. La Gaceta de Madrid.
- 88.- AMC. Comunicado enviado a Madrid. AHN. Documentos de La Gaceta, 8 julio 1911. Imprenta de C. León.
- 89.- Notas biográficas anónimas que fueron entregadas al autor de este trabajo. 18 de octubre de 1994.
- 90.- Documentos del Archivo Carlista de la familia Borbón-Parma. 24 junio de 1874. Papeles sueltos de doña Blanca.
- 90 bis.- AMC Leg. 729. Exp. 43
- 91.- Diario La Lucha. Órgano de la Sociedad Obrera "La Aurora". Año V. número 102. 16 julio de 1922. Notas biográficas anónimas que fueron entregadas al autor de este trabajo. 18 de octubre de 1994.
- 92.- Documentos del Archivo Carlista de la familia Borbón-Parma. 24 junio de 1874. Papeles sueltos de doña Blanca.
- 92bis.- El Imparcial del jueves 23 de julio de 1874, página 3; La Época, del domingo 2 de agosto de 1874, página 2.
- 93.- Pérez Galdós, B: Episodios Nacionales. "De Cartago a Sagunto". Crónica irrefutable de lo ocurrido en Cuenca en el ardiente verano de 1874
- 94.- La Iberia del 16 de julio de 1874. El Imparcial del 18 de julio de 1874, página 2.
- 95.- Investigaciones realizadas por el propio autor en la rehabilitación de la casa del Corregidor, gracias a la ayuda del aparejador D. Javier de la Fuente. Papeles sueltos de los descendientes de D. Ramón Guijarro, recogidos anónimamente por el autor.
- 96.- Entrevista realizada a uno de los supervivientes, aparecida fragmentada en el Diario La Iberia, del martes 28 de julio de 1874, página 3.
- 97.- Torralba, Germán. Sus memorias. Episodio de la Guerra Civil del Centro. Impreso en Madrid, 1876. Imprenta J. Noguera.
- 98.- La Época de 21 de agosto de 1874.
- 99.- Pérez Galdós, B: Episodios Nacionales. "De Cartago a Sagunto". Crónica irrefutable de lo ocurrido en Cuenca en el ardiente verano de 1874.
- 100.- AMC. Leg.509. Exp.8
- 101.- AHN. Documentos del Archivo Carlista de la familia Borbón-Parma. 24 junio de 1874. Papeles sueltos de doña Blanca.
- 102.-
- 103.- Torralba, Germán. Sus memorias. Episodio de la Guerra Civil del Centro. Impreso en Madrid, 1876. Imprenta J. Noguera.
- 104.- Serrano, Nicolás M^a y Pardo, Melchor: *Anales de la Guerra Civil (España desde 1868 a 1876)* Tomo II. Madrid, 1876 Capítulo X, pag. 738. Parte firmado por don Norberto Sancho.
- 105.- La Lucha. 17 de julio de 1821. Año IV. Número 50.
- 106.- Serrano, Nicolás M^a y Pardo, Melchor: *Anales de la Guerra Civil (España desde 1868 a 1876)* Tomo II. Madrid, 1876 Capítulo X.
- 107.- El Imparcial, 23 de julio de 1874. Decreto del día 21 del mismo mes, nombrando a don Remigio Moltó.
- 108.- Torralba, Germán. Sus memorias. Episodio de la Guerra Civil del Centro. Impreso en Madrid, 1876. Imprenta J. Noguera.
- 109.- Serrano, Nicolás M^a y Pardo, Melchor: *Anales de la Guerra Civil (España desde 1868 a 1876)* Tomo II. Madrid, 1876. página 789 y ss. La Gaceta de Madrid.
- 110.- AMC. Leg. 673. Exp. 22
- 111.- El Imparcial de 22 julio de 1874
- 112.- El Imparcial de 24 de julio de 1874
- 113.- La Correspondencia de España de 25 de julio de 1874
- 114.- Entrevista diario El Sol a Pedro González, superviviente de la conquista de Cuenca por los carlistas. Llopis, Rodolfo. Crónicas en el diario El Sol. Madrid, 1919-1931. "Los carlistas entran en Cuenca".
- 115.- La Iberia de 2 de agosto 1874
- 116.- El Imparcial de 3 de agosto de 1874
- 117.- El Imparcial de 4 de agosto de 1874
- 118.- ACM. Leg. 509. Exp. 8
- 119.- ACM. Leg. 705. Exp. 4
- 120.- ACM. Leg. 811. Exp. 22
- 121.- ACM. Leg. 673. Exp. 31
- 122.- ACM. Leg. 811. Exp. 29
- 123.- ACM. Leg. 811. Exp. 29
- 124.- AMC. Libro de Actas Municipales. 17 agosto de 1874
- 124.- AMC. Leg. 694. Exp. 24
- 125.- La Iberia de 14 de agosto de 1874
- 126.- El Imparcial de 18 de agosto de 1874
- 127.- Ferrer, Melchor. *Documentos*. Obr. cit.
- 128.- Serrano, Nicolás M^a y Pardo, Melchor: *Anales de la Guerra Civil (España desde 1868 a 1876)* Tomo II. Madrid, 1876. página 789 y ss. La Gaceta de Madrid.

- 129.- Braganza y Borbón, María de las Nieves de: *Mis Memorias (sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874)*. Tercera parte. Actas de la colección Luis Hernando de Larramendi. Madrid, 2002. Prólogo de César Alcalá.
- 130.- Documentos del Archivo Carlista de la familia Borbón-Parma. 24 junio de 1874. Documentos de Fal Conde.
- 131.- Cordente, Heliodoro. *La Tauromaquia conquense*. Edita Diputación Provincial, 2000
- 132.- AMC. Leg. 496. Exp. 3
- 133.- *El Imparcial* de 25 de julio de 1874
- 134.- Boletín Oficial de la Provincia. Número 130. 30 de agosto de 1878
- 135.- *El Sol* de 18 de julio de 1925
- 135 bis.- López, Santiago. *Los sucesos de Cuenca*. Imprenta Mariana. Cuenca, 1878
- 136.- *Diario de La Palma* de 18 de julio de 1884
- 137.- *El Progreso* de 15 julio de 1888. ¡Pobre María!
- 138.- *La Lucha* de 19 de julio de 1925. No hay diferencias
- 139.- *La Lucha* de 11 de julio de 1926. Copla a los liberales
- 140.- *La Lucha* de 17 julio de 1921. Año IV, número 50
- 141.- *La Lucha* de 19 de julio de 1925
- 142.- *La Lucha* de 11 de julio de 1926
- 143.- De la Iglesia, Eugenio. *La Defensa de Cuenca...* obr. cit., página 116 y ss.
- 144.- *El Correo Militar*. Julio de 1875. Se publicó un artículo firmado por don Eugenio de la Iglesia.
- 145.- "*El Volante de la Guerra*". Órgano oficial del Ejército Real de Valencia, correspondiente al 31 de julio de 1874.
- 146.- *El Correo Militar*. Julio 1875.
- 147.- "*El Volante de la Guerra*". Órgano oficial del Ejército Real de Valencia, correspondiente al 31 de julio de 1874.
- 148.- De la Iglesia, Eugenio. *La Defensa de Cuenca...* obr. cit., página 116 y ss.
- 149.- De la Iglesia, Eugenio. *La Defensa de Cuenca...* obr. cit., página 151 y ss.
- 150.- Parte oficial del Presidente de la Diputación al Presidente del Consejo de Ministros. Agosto de 1874.

BIBLIOGRAFÍA

- ABANADES LÓPEZ, Claro: *Carlos VI, conde de Montemolín*. Ediciones de Prensa Tradicionalista, sin especificar fecha ni ciudad.
- ALDERETE, Ramón de: *...Y estos Borbones no quieren gobernar*. Asniérez. Francia, 1974
- AMESTI, Luis de : *La estancia de don Carlos en Chile*. Santiago de Chile, 1963
- ARONSON, Theo: *Venganza Real. La Corona de España 1829-1868*. Grijalbo. Barcelona, 1968
- ARÓSTEGUI SÁNCHEZ, J: *El Carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1876*. Diputación Foral de Álava. Vitoria, 1970
- El Carlismo en la dinámica de los movimientos liberales puros. La formulación de un modelo*. Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas. Volumen IV. Universidad de Santiago de Compostela, 1976
- *El Carlismo y Las Guerras Carlistas. Hechos, hombres e ideas*. Junto a otros autores. La Esfera de los Libros, Madrid, 2003
- ARTAGAN, B: *Carlistas de antaño*. La Bandera Regional. Barcelona, 1910
- *Príncipe heroico y soldados leales*. Biblioteca de la Bandera Regional. Barcelona, 1912
- *Políticos del Carlismo*. Biblioteca de la Bandera Regional. Barcelona, 1913
- ARTOLA, M: *Partidos y programas políticos, 1808-1936*. Tomo I. Los partidos políticos. Aguilar, Madrid, 1974
- BALANSÓ, J: *La familia rival*. Barcelona. Planeta, 1994
- BAROJA, P: *Historias de un hombre de acción*. 20 volúmenes. Editorial Planeta, Barcelona, 1967-70
- BAYO, Ciro: *Con Dorrengaray, una correría por el Maestrazgo*. Ediciones del Centro. Madrid, 1974
- BENOIT, P: *Por don Carlos*. Ediciones Aura. Madrid, 1929
- BERMEJO MARCOS, M: Valle-Inclán. *Introducción a su obra*. Anaya. Madrid, 1971
- BLINKHORN, M: *Carlismo y contrarrevolución en España*. Editorial Crítica. Barcelona, 1979
- BORBÓN, Eulalia de: *Cartas a Isabel II. Mi viaje a Cuba y Estados Unidos, 1893*. Editorial Juventud. Barcelona, 1949
- BORBÓN PARMA; Carlos Hugo. *Qué es el Carlismo*. Editorial Dopesa. Barcelona, 1976
- BORBÓN PARMA, Cecilia de: *Diccionario del Carlismo*. Editorial Dopesa. Barcelona, 1977
- BORBÓN PARMA, María Teresa de: *El momento actual español cargado de utopía*. Editorial Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1977
- BORREGO, A: *Autocrítica del liberalismo*. Iter Ediciones. Madrid, 1970
- BOTELLA-SERRA, C: *Don Cándido Nocedal*. Barcelona, 1913
- BRAGANZA Y BORBÓN, María de las Nieves: *Mis Memorias*, 3 volúmenes. Espasa-Calpe. Madrid., 1934, 1938 y Actas 2002
- BURGO, Javier del: *Conspiración y guerra civil*. Alfaguara. Madrid, 1973
- *La princesa de Beira y el viaje de Custine*. Editorial Gómez. Pamplona, 1946

- *Carlos VII*. Antología. Ediciones Siempre. Pamplona, 1947
- *Biografía del siglo XX. Guerras Carlistas*. Diputación Foral de Navarra. Pamplona, 1978
- BURGO, Jaime del: *Las Guerras Carlistas*. Temas de Cultura Popular. Pamplona, 1973 y 1974
- CALERO, Pico: *El maestrazgo*. Colección C.P. Alcoy. 1975
- CARLOS VII: *Cartas inéditas de Carlos VII*. Prólogo, notas y Apéndices de Jaime Carlos Gómez-Rodulfo. Madrid, Ediciones Montejurra, 1959
- CARR, Raymond: *España, 1808-1939*. Ariel. Barcelona, 1969
- CIERVA, Ricardo de la: *Franco, don Juan. Los reyes sin corona*. Época, Madrid, 1992
- CARO CELADA, E: *Curas guerrilleros en España*. Editorial PPC. Vida Nueva. Madrid, 1971
- CASARIEGO, J.E.: *Lo que hoy es el carlismo*. Centro de Estudios Tradicionalistas Caros VII. Madrid, 1969
- CLEMENTE, J: *Nosotros, los Carlistas*. Cambio 16. Madrid, 1977
- *Diálogos en torno a la guerra de España*. Easa. Madrid, 1979
- *Los orígenes del Carlismo*. Easa. Madrid, 1979
- *Historia del carlismo contemporáneo*. Grijalbo. Barcelona, 1977
- *Bases Documentales del Carlismo y de las guerras civiles de los siglos XIX y XX*. Servicio Histórico Militar. 2 vols. Madrid, 1985
- *Las Guerras Carlistas*. Ediciones Península. Barcelona, 1982
- *Crónicas de los carlistas. La Causa de los legitimistas españoles*. Martínez Roca. Barcelona, 2001
- COMELLAS GARCÍA-LLERA, J.L.: *Comunión Tradicionalista. Homenaje a Iparraguirre*. Imprenta Zunzunegui. Beasain, 1933
- CONDE DE SALAZAR Y SOULERET, J: *Los mártires españoles del siglo XX*. 3 volúmenes. Juan Sánchez editor. Madrid, s/a
- CORTÉS ECHANOVE, L: *Cartas inéditas de Carlos VII*. Ediciones Montejurra. Madrid, 1959
- DE LA IGLESIA, Eugenio: *Recuerdos de la Guerra Civil*. Imprenta de Pedro Abienzo. Madrid, 1978. Inédito.
- EL VOLANTE DE LA GUERRA. Órgano Oficial del Ejército Real de Valencia. Valencia, 1874.
- ELÍAS DE TEJADA, F: *La monarquía tradicional*. Madrid, Rialp, 1954
- ENCISO, E: *¿Qué es el Carlismo?* Cuadernos Mañana. Zaragoza, 1966
- EXTRAMIANA, J: *Historia de las Guerras Carlistas, 1872-1876*. Madrid, Siglo XXI. 1976 y San Sebastián, 1979
- FERNÁNDEZ RÚA, J.L: *España secreta 1868-1870*. Ediciones Nacional. Madrid, 1974
- FERRER, Melchor: *Documentos de don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este*. Editorial Tradicionalista. Madrid, 1950
- *Historia del Tradicionalismo Español*. 30 vls. Ecesa. Sevilla, 1960-1979
- *Historia del legitimismo español*. Montejurra. Madrid, 1958
- *Escritos políticos de Carlos VII*. Editora Nacional, Madrid, 1977
- FONTANA, J: *La revolución liberal*. Instituto de Estudios Fiscales. Madrid, 1977
- FORTALEZA, Marqués de: *La usurpación de un trono*. Imprenta Europa. Madrid, 1946
- GALINDO HERRERO, S: *"Carlismo"*. Publicaciones Españolas (fascículos) Madrid, 1953-1957
- GARMENDIA, V: *La Segunda Guerra Carlista*. San Sebastián. Haramburu editor, 1979
- *Prensa y Sociedad española 1820-1935. Notas para el estudio de una guerra carlista (1868-1876)*. Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1975
- *El Carlismo*. Masson et Cie. Paris, 1975
- *La Segunda Guerra Carlista (1872-1876)* Siglo XXI. Madrid, 1976
- HARDMAN, F: *La guerra carlista vista por un inglés*. Taurus. Madrid, 1967
- IGLÉSIES, J: *La entrada del carlismo a Reus en 1872*. Dalmau editor. Barcelona, 1968
- JIMÉNEZ-LANDI, A: *Una ley de Sucesión y quince siglos de historia*. Aguilar. Madrid, 1968
- LAPUENTE BENAVENTE, P.A. : *Alfonso Carlos I*. Editorial Mon. Madrid, s/a
- LARRAINZAR, F.J.: *Carlismo y música celestial*. EASA. Madrid, 1979
- LIZARZA INDA, F.J. : *La sucesión legítima a la Corona de España*. Ed. Gómez, Pamplona
- LONGHURST, C: *Las novelas históricas de Pío Baroja*. Ed. Guadarrama. Madrid, 1974
- LÓPEZ SANZ, F: *De la historia carlista*. Editorial Navarra, S.A. Pamplona, 1951
- *Carlos VII, rey de los caballeros y caballero de los reyes*. Ed. Gómez. Pamplona, 1967
- LOZOYA, Marqués de: *Historia de España*. Tomo VI. Salvat Ediciones. Barcelona, 1967
- LUZ, Pierre de: *Los españoles en busca de Rey (1868-1871)*. Ed. Juventud. Barcelona, 1968
- MARRERO, V: *El tradicionalismo español del siglo XIX*. Publicaciones españolas. Madrid, 1955
- MARX, C: *La revolución española*. Ed. Cenit. Madrid, 1929
- MELGAR, Francisco. Conde de: *Veinte años con don Carlos*. Espasa- Calpe. Madrid, 1940
- *Pequeña historia de las guerras carlistas*. Ed. Gómez. Pamplona, 1958

- *El noble fin de la escisión carlista*. Cuadernos de Política e Historia. Madrid, 1954
- *En desagravio*. Casa editorial Bloud-Gay: Paris, 1916
- MELIA, Joseph: *El largo camino de la apertura*. Editorial Dopesa. Barcelona, 1975
- MESEGUER, Eugenio: *El doble sello de Carlos VII*. Revista el Eco Filatélico. Pamplona, s/a
- MONTERO, J: *El Estado Carlista. Principios teóricos y práctica política (1872-1876)* Madrid, Fundación Luis Hernando Laramendi, 1992
- NAGORE, Leandro. *Apuntes para la historia 1872-1886. Memorias de un pamplonés en la segunda guerra carlista*. Diputación Foral de Navarra. Institución Príncipe de Viana. Pamplona, 1964
- NAVARRO CABANES, J: *Prensa Carlista. Apuntes bibliográficos*. Sanchiz, Torres y Sanchiz. Valencia, 1917
- OLAZABAL Y RAMERY, J: *El cura Santa Cruz, guerrillero*. 2 volúmenes. Ediciones Lur. San Sebastián, 1979
- OYARZUN, R: *Historia del carlismo*. Alianza. Madrid, 1979
- *Pretendientes al trono de España. La cuestión dinástica a la luz de la historia*. Juventud, Barcelona, 1965
- *Vida de Ramón Cabrera*. Aedos, Barcelona, 1961
- PABÓN, Jesús: *No importa (Apuntes del Duque de Madrid sobre la última guerra carlista)*. Revista de Estudios Políticos, número 110. Madrid, 1960
- *La otra legitimidad*. Prensa Española. Madrid, 1965
- PARES Y PUNTAS, María Eulalia: *La Sanidad en el Partido Carlista (Primera y Tercera guerras carlistas)*. Revista Medicina e Historiam número 68. Barcelona, 1977
- PARTIDO CARLISTA. *El partido carlista*. Madrid, 1973
- *Ayer y hoy del Carlismo*. Cuadernos IM. Madrid, 1975
- *Índice de preguntas y respuestas*. Madrid, 1976
- *Cancionero Carlista*. Jefatura Regional Carlista de Cataluña, 1965
- PEÑA IBAÑEZ, J.J.: *Las guerras carlistas*. Editorial Española S.A. San Sebastián, 1940
- PÉREZ GALDOS, B: *Episodios Nacionales*. Aguilar 3 tomos Madrid, 1950
- PETRIS, Sir Charles. *La Casa Real Española*. Edit. Juventud. Barcelona, 1960
- PIRALA, Antonio. *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista, con la Regencia de Espartero*. 3 volúmenes. González Rojas editor. Madrid, 1889
- *Anales desde 1843 hasta la conclusión de la actual guerra civil*. 5 volúmenes. Manuel Tello, Madrid, 1875
- POLO, Fernando: *¿Quién es el rey?*. Ed. Tradicionalista. Sevilla, 1968
- PUGA, M^a T y FERRER, E: *Los reyes que nunca reinaron. Los carlistas: "Reyes Pretendientes al trono de España"*. Barcelona, Flor del Viento, 2001
- RAHDEN, Guillermo. Barón de: *Andanzas de un veterano de la guerra de España*. Diputación Foral de Navarra. Pamplona, 1965
- RAMOS MARTÍNEZ, Bruno: *Memoria y Diario de Carlos VII*. Madrid, 1957
- RODEZNO, conde de: *La princesa de Beira y los hijos de don Carlos*. Cultura Española, Santander, 1938
- *Carlos VII, duque de Madrid*. Espasa-Calpe. Austral. Buenos Aires. Argentina, 1948
- ROMERO RAIZABAL, Ignacio. *Boinas rojas en Austria*. Junta Nacional Carlista de Guerra. Burgos, 1936
- *El Carlismo en el Vaticano*. Ed. El autor. Santander, 1968
- SAGRERA, Ana: *La Duquesa de Madrid (última reina de los carlistas)*. Palma de Mallorca, 1969
- SANS PUIG, J.M^a: *Liberales y carlistas*. Editorial Bruguera. Barcelona, 1976
- SECO SERRANO, Carlos. *Triptico carlista*. Editorial Ariel. Barcelona, 1973
- *De Carlos V a Carlos VII*. Revista Destino. Barcelona, 1966
- *Don Carlos y el carlismo*. Revista Universidad de Madrid. 1955
- SUÁREZ BRAVO, C: *Guerra sin cuartel*. Editorial Sucesores de Rivadeneyra. Madrid, 1885
- TAVERA, José María: *Carlos VI, duque de Madrid*. Ediciones G.P. Barcelona, 1959
- TOLEDANO, L.F.: *El caudillaje carlista y la política de las partidas*. Ayer, 38. 1999.
- TORRAS, Jaime: *Liberalismo y rebeldía campesina*. Ariel. Barcelona, 1976
- UNAMUNO, Miguel de: *Paz en la guerra*. Espasa-Calpe. Madrid, 1964
- URIGÜEN, B: *Orígenes y evolución de la derecha española: el neo-catolicismo*. Madrid, CSIC, 1986
- URQUIJO GOITIA, M: *Liberales y carlistas. Revolución y Fueros vascos en el prelude de la última Guerra Carlista*. Bilbao, Universidad del país Vasco, 1994
- VV.AA.: *Las guerras carlistas*. Destino número 1, 1949. Barcelona, 1966
- *Guerras carlistas: 1847-1876. Dos Españas, frente a frente*. Historia y Vida. Barcelona, 1976
- *Cien años de la tercera carlistada*. Mundo, 1.474. Barcelona, 1973
- VILA-SANJUAN, José Luis. *Coronas sin cabeza, cabezas sin corona*. Planeta. Barcelona, 1989

- *Los reyes carlistas. Los otros Borbones*. Planeta. Barcelona, 1993

SIGNOS DOCUMENTALES

AHN.- Archivo Histórico Nacional.

AMC.- Archivo Municipal de Cuenca.

AHP.- Archivo Histórico Provincial.

AHU.- Archivo Histórico de Uclés.

CONTRAPORTADA

En el Saco de Cuenca, el escritor conquense Miguel Romero, nos ofrece un completo relato de los dramáticos acontecimientos que tuvo que vivir la ciudad de Cuenca durante la tercera de las Guerras Carlistas, cuando en julio de 1874, cerca de quince mil soldados comandados por los infantes don Alfonso Carlos de Borbón-Austria y su esposa, doña María de las Nieves de Braganza, atacaron y conquistaron la ciudad provocando durante varios días el mayor drama que los conquenses han vivido a lo largo de su dilatada historia.

Sangre, destrucción, muerte, horror..., y cuántos calificativos quisiéramos añadir componen esta narración realizada en su más completo detalle, cuyo contenido está basado en el apoyo documental más exhaustivo, recogido de los diferentes partes oficiales militares, tanto del gobierno liberal como del mando carlista, noticias de los medios de comunicación del momento, proclives al sistema de gobierno imperante, manifestaciones orales de testigos presenciales, algunos de ellos, actores de esa gran tragedia, textos alusivos de los grandes escritores españoles y memorias de algunos de los protagonistas directos de la contienda.

Todo en un todo, con una narrativa fácil en su lectura y analizados en un contexto histórico que intenta objetivizar los acontecimientos en función de la formación histórica e investigativa de su autor.

Los acontecimientos directos del desarrollo de la tercera guerra carlista en la geografía manchega y el Centro de la península sirven de antesala al pormenorizado relato del sangriento Saco de Cuenca.